

AL ACECHO DEL REINO

Pedro CASALDÁLIGA

Edición telemática con permiso del autor, por Servicios Koinonía: <http://servicioskoinonia.org/pedro>

Como libro de papel esta obra ha tenido las siguientes ediciones:

- Al acecho del Reino. Antología de textos 1968-1988*, editorial Nueva Utopía y Ediciones Endymión, Madrid 1989, 305 pp
- Na procura do Reino. Antologia de textos 1968-1988*, FTD, São Paulo 1988, 278 pp
- A l'aguait del Regne. Antologia de textos 1968-1988*, Claret, Barcelona 1989, 250 pp
- Auf der Suche nach dem Reich Gottes*, Hermagoras Verlag, Viena 1989, 320 pp
- In Pursuit of the Kingdom. Writings 1968-1988*, Orbis Books, Nueva York 1990, 254 pp
- In cerca di giustizia e libertà. Antologia di testi: 1968-1988*, Editrice Missionaria Italiana, Bologna 1990, 383 pp
- Al acecho del Reino. Antología de textos 1968-1988*, Claves Latinoamericanas, México 1990, 344 pp

ÍNDICE

[PRESENTACIÓN: Homenaje y coyuntura](#)

[INTRODUCCIÓN-ENTREVISTA DE ALERTA Y DESAFÍO](#)

[FE DE IDENTIDAD](#)

1. Identidad
2. En éxodo
3. No te he negado

[NECESARIAMENTE POLÍTICOS, EVANGÉLICAMENTE REVOLUCIONARIOS](#)

1. O se sirve al sistema o al pueblo
2. El capitalismo es intrínsecamente malo
3. La revolución es integral
4. La verdadera opción por los pobres
5. La política como encarnación
6. Ser cristiano siendo revolucionario
7. Violencia y no-violencia
8. Fe cristiana y marxismo

[CON LOS POBRES DE LA TIERRA Y LOS PUEBLOS OPRIMIDOS](#)

1. La lucha de la tierra
2. Los pueblos indígenas
3. El pueblo negro

[EN LA PASIÓN DE LA PATRIA GRANDE](#)

1. Superación de los colonialismos camuflados
2. Futuro de la Iglesia Latinoamericana
3. Dificultades para las comunidades de base
4. Viaje a Nicaragua
5. En qué no es posible la neutralidad

[SIENDO IGLESIA, HOY, AQUÍ](#)

1. La Iglesia en el Vaticano II
2. Carta al Papa Juan Pablo II
3. Cómo debería ser un obispo hoy
4. Luces y sombras en la Iglesia de hoy

5. Cómo profetiza el pueblo
6. ¿Qué sería la «Iglesia popular»?
7. Las misiones hoy
8. Una vida religiosa renovada
9. Ecumenismo

LIBRES EN LA NOVEDAD DEL ESPÍRITU

1. El hombre nuevo
2. En busca de una contemplación militante
3. La espiritualidad de la liberación
4. Amor político y solidario
5. El martirio
6. Entre la muerte y la esperanza

EN COMPAÑÍA DE LOS QUE HAN CREÍDO

1. Si Francisco de Asís viviera hoy en América Latina
2. San Romero de América, pastor y mártir
3. María, la madre de Jesús

POR JESÚS DE NAZARET, EL SEÑOR, EL HERMANO

BIBLIOGRAFÍA

1. Referencias bibliográficas utilizadas
2. Bibliografía de Pedro Casaldáliga

DEDICATORIA

*A los veinte años
del Concilio latinoamericano
de Medellín.*

*A los veinte años de andadura
de la Iglesia de São Félix do Araguaia.*

*Bajo el signo de los 500 años
del mal llamado "descubrimiento"
y de la tan ambigua «evangelización».*

PRESENTACIÓN

Homenaje y coyuntura

Este libro es un homenaje a Pedro Casaldáliga. Por voluntad del mismo Pedro, sin embargo, no lleva un prólogo como los acostumbrados en ocasiones de este género. Lleva por delante, simplemente, unas sencillas palabras para explicar funcionalmente su por qué.

En el curso de este año 1988 Pedro cumple sus sesenta años. Se cumplen también veinte de su incorporación a Brasil y de su andadura al frente de la ya famosa Iglesia de São Félix do Araguaia. Con esta ocasión, algunos amigos quisimos rendirle un homenaje, sencillo, cordial y puesto eficazmente «al servicio de la Causa», como querría Pedro, ¿Qué homenaje podría ser?

Por propia experiencia y por conversaciones con Pedro mismo, hace tiempo que sabíamos que son muchos los amigos (sobre todo los nuevos amigos que siguen descubriéndole cada día) que nos preguntan y le preguntan por los textos principales, por un libro «mayor» con el que hacerse una visión global de su pensamiento y de su testimonio. Pero ese libro no existe, hasta ahora.

Son ya veinticinco los libros que Pedro ha producido, con más de veinte traducciones a distintos idiomas, aparte de más de cien prólogos a libros ajenos, de innumerables entrevistas concedidas a multitud de revistas y otros medios de comunicación, varios discos, casetes y videos. Lo principal de su palabra y de su testimonio está disperso a lo ancho de una producción tan dilatada que no es fácilmente abarcable ni siempre accesible en el mercado del libro, a pesar de las repetidas ediciones que muchas de sus obras han alcanzado. Se echaba en falta una forma de recoger, en síntesis al menos, lo mejor o lo más significativo de su obra, como una carta de presentación para los amigos nuevos, como un concentrado recuerdo y un llamado renovado para los amigos ya más viejos. Una antología podría ser quizá nuestro mejor homenaje.

La ocasión, por otra parte, se tornaba coyuntura histórica, al ser mirada desde una perspectiva más amplia: se cumplen, en efecto, simultáneamente, veinte años de Medellín, «nuestro concilio mayor, el punto sin duda más alto de toda la historia eclesial de América Latina». Los veinte años latinoamericanos de Pedro y los veinte años de brasileña andadura («caminhada») de su Iglesia de São Félix, forman parte ya, latinoamericanamente reconocida, del patrimonio espiritual de esta Iglesia de la liberación que inició su marcha en aquel Pentecostés continental, hace veinte años. La publicación antológica del testimonio de Pedro y su Iglesia sería una forma eficaz de celebrar el aniversario de Medellín, colaborando a avivar el fuego de su rescoldo amenazado.

Y, con una perspectiva aún más larga, avistábamos en el horizonte los quinientos años de un «descubrimiento» y una «evangelización» ya en trance de celebración. En ese contexto, la proclamación, renovada en un libro, de su voluntad apasionadamente liberadora -por amerindia, afroamericana, criolla, por latinoamericana de Patria Grande- el Pedro y su Iglesia, podría, incluso debería ser una aportación no despreciable de cara a que esta celebración multisecular sea tan penitencial como festiva, con tanta carga de memoria como de profecía, con talante liberador -«descolonizador y desevelizador»- en todo caso.

Y éste es el libro. Este es el homenaje sencillo, cordial y «puesto al servicio de la Causa», en esta múltiple coyuntura latinoamericana. A él han querido unirse varias editoriales de diferentes países. A él se van a unir -estamos seguros- multitud de lectores admiradores. También a ellos les invitaremos a expresar a Pedro el homenaje de su amistad. (Caixa Postal 5 / 78370 São Félix do Araguaia, MT / Brasil).

Se trata de una antología pretendidamente abarcadora de todo lo principal de su pensamiento y vivencia, de lo más urgente de su mensaje pastoral. Se ha abandonado todo criterio meramente estético-literario o histórico-documental. Así, no figuran aquí poesías excelentes cuyo principal valor es literario, ni quedan recogidos algunos documentos o cartas que, si bien tienen un valor documental definitivo para la controvertida y hasta martirial historia de la Iglesia de São Félix, han cedido su puesto a otros textos que expresan mejor su mensaje testimonial.

La ordenación de los textos, por su tema, al margen de su fecha o de su significación histórica, pretende una cierta sistematicidad orgánica. No mayor que la que permiten años de vida y muerte en el agitado sertao de la Amazonia legal. Suficiente, sin embargo, para captar una vida y su testimonio profético en su globalidad mayor.

Han sido reunidos ciento cincuenta textos, procedentes de cuarenta publicaciones diversas, desde los textos primeros de su llegada a Brasil hasta textos nuevos, de hoy mismo, incluyendo también algún texto de ayer que ha permanecido hasta ahora «embargado» e inédito, como la carta de Pedro a Juan Pablo II.

La selección y la ordenación de los textos, en todo caso, han sido compartidas con Pedro desde el primer momento, y han sido revisadas finalmente por él. Suyos son también el título y los subtítulos del libro.

Las referencias bibliográficas de cada texto sólo pretenden servir a quienes desearan buscar el texto más amplio o el contexto a que pertenece cada fragmento.

La bibliografía final presenta un panorama de la amplia producción que en este libro hemos pretendido sintetizar y ofrece una orientación a quien -admirador o estudioso- se interese por las obras de Pedro en cualquiera de los idiomas en que son accesibles.

Mención aparte merecen -aunque no la necesitan por evidencia- los dibujos de Cerezo Barredo, «Mino», el «pintor de la teología de la liberación», o «el pintor de la liberación», como ya va siendo conocido por nuestras latitudes. Sus dibujos, que invaden todos los medios de comunicación de la «Iglesia que camina en la andadura ("caminhada") del Pueblo», no podían estar ausentes en esta obra de Pedro.

Que a los viejos amigos de Pedro, a los amigos nuevos y, sobre todo, a los muchos venideros, nos aliente este libro de Pedro en nuestra andadura «al acecho del Reino».

José María Vigil
São Félix do Araguaia, 1988

INTRODUCCIÓN-ENTREVISTA DE ALERTA Y DESAFÍO

A los 500 años: descolonizar y desevelizar

-Varias efemérides concluyen en la hora en que das a luz este libro: entramos bajo el aniversario mayor de los 500 años y celebramos los veinte años de Medellín; también se cumplen veinte años de tu incorporación a Brasil, veinte años de andadura de tu Iglesia de São Félix do Araguaia, y tus sesenta años...¿Cómo ves la coyuntura global en que aparece tu libro?

-Me parece una coyuntura sumamente provocadora, y simultáneamente saludable. En cristiano, todo lo saludable es provocador. Medellín fue, sin duda, el punto más alto de la historia eclesial de América Latina. En cierta medida fue una ruptura y un gran salto hacia el futuro: ese gran concilio latinoamericano de Medellín, nuestro concilio mayor. Al mismo tiempo, los «quinientos años», a los que ya nos aproximamos, que Iberia, Estados Unidos, gobiernos y entidades de América Latina y de Europa se disponen a celebrar de modo muy «festivo», muy acrítico, incluso con muchos intereses -el gran turismo de los 500 años, el gran regodeo etnocentrista de los 500 años-... todo ello nos obliga a nosotros, como cristianos y como latinoamericanos, a rever, a revisar, a desandar, a desandar volviendo hacia las fuentes de la identidad latinoamericana y hacia las fuentes de la identidad cristiana también, es decir, a «descolonizar» y a «desevelizar»...

-La celebración de los 500 años, ¿deberá ser festiva o penitencial?

-Puede ser simultáneamente las dos cosas. Yo celebro la Muerte de Cristo penitencial y festivamente. Debe ser una celebración pascual. En primer lugar, claro, debemos reconocer todo lo que en esos 500 años ha habido y todavía hay de muerte, de negación, de prohibición, de esclavitud, de colonialismo, de etnocentrismo, de reduccionismo...

En segundo lugar, debemos celebrar también todo lo que en esos 500 años ha habido de heroísmo, de riesgo, de martirio... bien entendido que no habla sólo de los mártires que quizá los indígenas nos hicieron, sino sobre todo de los muchísimos más mártires que nosotros les hicimos a los indígenas. Quiero hablar de todos los «mártires del Reino» que se han dado en este continente por defender una propia cultura, por defender la libertad, por defender la justicia. Y también por anunciar el evangelio de Jesús.

-¿Fue un «descubrimiento»?

-No. Fue un encuentro por casualidad, en gran medida. Fue también un choque de culturas y de pueblos. Fue una codicia. Fue una invasión. Fue una conquista. Debemos hacer que sea, cada vez más, encuentro de continentes, encuentro de pueblos. Cuando los miembros del CIMI (Consejo Indigenista Misionero, de Brasil), y todos los antropólogos honestos, contestamos las políticas de los gobiernos del continente con respecto a los indígenas, contestamos la «integración» de esas culturas, de esos pueblos, a una supuesta nación mayor, a una supuestamente mayor o mejor cultura. Sin embargo, decimos que aceptaríamos muy bien una «inter-integración», ¿no?, el que un continente se encontrase en otro continente, el que unos pueblos se integrasen con otros pueblos y se «inter-integrasen». América Latina puede, debe darle a Europa, mucha ecología, mucha naturaleza, mucha gratuidad, mucha alegría, mucho colorido, mucha hospitalidad, mucha solidaridad, mucha utopía, mucha esperanza...

-¿Fue una «evangelización»?

-Fue una evangelización compulsoria, muy culturalista, muy impositiva. Fue una evangelización muy poco evangélica. Porque sirviendo al Señor servía al Rey; trayendo Evangelio traía también cultura europea, ibérica; creyendo anunciar el Reino de Dios imponía el Imperio, por ser poco lúcida en su teología. Quizá las circunstancias no permitieron más, pero nosotros estamos obligados a criticar la historia pasada a la luz de lo que la historia presente nos permite para corregir el futuro, ¿no?

Fue una evangelización violentadora, que provocó estos eclecticismos que con tanta frecuencia, después, muy fácilmente, hemos querido condenar. El mundo indígena sigue estando ahí. El mundo negro sigue estando ahí también. Afortunadamente, no han acabado todavía, y tienen vitalidad suficiente para continuar siendo ellos aun siendo cristianos, aun siendo -quizá «nuevamente»- evangelizados...

Fue una evangelización ambigua pues, cuya memoria debería ser una celebración penitencial, para pasar a ser esa evangelización valiente y «nueva» que el propio papa Juan Pablo II pedía refiriéndose a los 500 años.

-Has dicho que todo ello nos obliga a «descolonizar» y a «desevangelizar»... ¿Qué significaría «descolonizar»?

-«Descolonizar» significaría: volver a las fuentes de la identidad latinoamericana, dejar que América Latina sea lo que originalmente es, permitir que se realice como un continente de todos, fraternos, con una unidad radical, indígena, negra, criolla...

Descolonizar significaría dejar que se realice y se libere este continente prohibido hasta ahora, dependiente, sometido a una deuda externa injusta, inicua: una deuda que el pueblo latinoamericano no debe pagar, porque él no hizo esa deuda; una deuda que el pueblo latinoamericano no puede pagar, porque ya la pagó, con materia prima, con mano de obra barata, entregando sus propios bienes, el suelo, el subsuelo...; una deuda externa que es pecado pagar, que es pecado cobrar...

Descolonizar, volver a la identidad latinoamericana, significa permitir que la gran cultura latinoamericana -que es la suma de muchas culturas, sin duda, de muchos pueblos indígenas inicialmente, del pueblo negro, esclavo, traído a América Latina también, y del resultado en muchos lugares, el pueblo criollo- pueda expresarse en todos los aspectos de la vida cultural, en sus producciones literarias, artísticas... en la educación, en la organización política, administrativa, en la misma agricultura...

Descolonizar significa permitir al pueblo latinoamericano que pueda expresarse en el concierto de las naciones del mundo como otro, como diferente, a mi modo de ver con una identidad que en cierta medida unifica a todos estos pueblos y que permite que se hable muy legítimamente de la «Patria Grande»: América Latina entera y el Caribe simultáneamente...

-¿Qué significaría «desevangelizar»?

-«Desevangelizar» significaría descolonizar la evangelización. El evangelio vino a América Latina envuelto, traído, servido por una cultura al servicio de un imperio, el ibérico en un principio. Más que el mensaje evangélico limpio, supracultural, liberador... vino un mensaje de importación cultural que a lo largo de los 500 años ha hecho que en América Latina no se pudiera dar realmente una Iglesia autóctona.

Puebla, en el famoso documento verde, que providencialmente fue rechazado por incompleto, por deformador, a mi modo de ver, hablaba de la «evangelizaron de las culturas». Nuevamente se está retomando esa expresión de América Latina, en el Celam, en el Vaticano. La expresión podría ser incluso válida, siempre que no se redujese al culturalismo que niega el total proceso histórico, que no es sólo cultural, sino político también. Debe ser una inculturación que entre de lleno en las culturas de los pueblos, en la historia de estos pueblos, y en los nuevos procesos históricos que estos pueblos están viviendo: procesos culturales, sociales, económicos, políticos...

Desevangelizar lo mal evangelizado, para nosotros, en América Latina, sólo puede significar partir para una plena liberación socio-político-económica, cultural, integral; sólo puede significar evangelizar liberadoramente los procesos históricos de nuestros pueblos. Los procesos de liberación de nuestros pueblos, a la luz de la fe, se incorporan, forman parte, construyen en cierta medida, anuncian, preparan, reciben, esperan... el gran Proceso del Reino.

Puebla también hablaba legítimamente de la «civilización del amor», expresión muy bella, muy estimulante y cristiana, si es plenamente entendida. Sin embargo, tanto en América Latina como en Europa, esa expresión ya se ha diluido en una especie de irenismo que niega la dramaticidad de los procesos históricos que nosotros aquí en América Latina y en todo el tercer mundo estamos viviendo. A la «civilización del amor» debería añadirse aquello que con expresión feliz designó el teólogo jesuita, español, vasco, salvadoreño, Ellacuría, como la «civilización de la pobreza».

-«Descolonizar» y «desevangelizar», conjuntamente... Quiero expresarte, ya desde este primer momento, una duda que a más de un lector le asaltará ya desde ahora, con lo poco que llevas dicho, pero que otros muchos experimentarán, inevitablemente, al final de este libro: ¿estarás mezclando lo religioso y lo político?, ¿no habrá en todas estas tus palabras religiosas mucha política?

-Quisiera responder a esta posible acusación o extrañeza remontándome al fundamento último, a Dios mismo. (Sin duda que, en este contexto de «desevangelización» y de vuelta a las fuentes de nuestra identidad cristiana podemos encajar también la necesidad de rever al propio Dios, de revisar nuestra imagen de Dios).

Nuestro Dios, para que no sea un ídolo, sólo puede ser el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Pablo habla del humanismo, de la humanitariedad de Dios que ha aparecido entre nosotros. Yo quisiera interpretarlo en el sentido siguiente. Nuestro Dios es un Dios humanado, encarnado. Su Hijo, el Verbo, Jesucristo, Jesús de Naza-ret, nacido de mujer, hijo de María, hombre histórico sometido a una cultura, en un tiempo, bajo un imperio... El misterio de la encarnación, para nosotros, los cristianos, es la expresión máxima de la solidaridad humana de Dios. Jesucristo es la solidaridad histórica de Dios hacia los hombres, con cada una de las personas humanas, con cada uno de los pueblos, con sus procesos históricos. Nuestro Dios es un Dios humanado, humanísimo, históricamente humanísimo. Para nuestra fe, los derechos humanos son intereses históricos de Dios...

Para nosotros no hay dos historias humanas: una historia profana y al margen de Dios, y otra historia humana sobrenatural que Dios cuidaría, que Dios haría suya. Sin negar lo que tradicionalmente los teólogos

han llamado «de orden natural» o «de orden sobrenatural», «de naturaleza» o «de gracia», nosotros confesamos una única historia humana, porque el Dios salvador es el mismo Dios creador...

Esta humanitariedad de Dios, de Jesucristo, que es el Dios humanado, pasa por un proceso histórico concreto, determinado, de tensiones, de tentaciones, de conflictos con los intereses de los grandes de su tiempo: del imperio romano, del templo, de Jerusalén, de los latifundistas judíos, del legalismo que sometía al pueblo a un auténtico cautiverio espiritual...

Si revemos nuestra imagen de Dios, habremos de revisar también esa idea de religión alejada de la historia (de la única historia), alejada de los hombres, de los pueblos, de sus procesos históricos, de la política... Si creemos realmente en el Dios de Jesús (no digo en otro Dios) no es posible no entrar en política...

Y si creemos en ese Dios, si aceptamos a ese Jesucristo, Dios encarnado, hombre conflictivo, acusado, condenado a muerte, colgado de una cruz, prohibido por los poderes imperiales, religiosos y económicos de su tiempo... necesariamente, como Iglesia, como comunidad de seguidores de Jesucristo, habremos de rever también, de revisar, de transformar nuestra propia teología, o sea, la sistematización de nuestra fe cristiana, la celebración de esta misma fe cristiana que es la liturgia, la administración de esta fe cristiana, de la vivencia de esta fe, que es la pastoral, y la vivencia personal de cada uno de los cristianos, de esta misma fe, que es la espiritualidad...

En América Latina, en esta coyuntura concreta, a partir de Medellín y ya bajo el signo de estos 500 años, se está viviendo (con mucho conflicto, sin duda, lo cual no deja de ser un signo «cristiano») una nueva liturgia, una nueva teología, una nueva pastoral, una nueva espiritualidad, una santidad en cierta manera nueva, típicamente latinoamericanas todas ellas...

-Vayamos por partes. Rever, revisar en primer lugar la teología...

-La teología de la liberación es eso: una nueva sistematización de la fe cristiana desde América Latina, hoy, que trata de rever la teología cristiana retornando a las fuentes de nuestra identidad cristiana.

Rever el Dios en quien creemos significará ante todo y sobre todo superar toda dicotomía. El Dios de la biblia, en todas sus páginas es un Dios antropomórfico, es un Dios metido en la tierra, es un Dios metido en la historia. Es un Dios que, incluso, se va descubriendo a sí mismo a lo largo de la historia de un pueblo. Los judíos creyentes podían decir muy bien, entusiasmados, agradecidos: no hay ningún otro Dios más próximo que nuestro Dios... También nosotros los cristianos proclamamos a nuestro Dios como Emmanuel, Dios con nosotros; más aún, Dios como nosotros; más aún, Dios como los más pobres de entre nosotros, Dios hecho hombre, Dios hecho pobre, Dios hecho marginado, Dios hecho perseguido, Dios hecho excomulgado, Dios hecho condenado, ejecutado, muerto... Según esto habrá de reverse la teología... Y ese intento cuaja entre nosotros en la teología de la liberación.

He repetido muchas veces que esta teología recibe mucho más de la marcha caminante de todo el pueblo latinoamericano, creyente y oprimido y en proceso de liberación, que de la cabeza pensante de nuestros teólogos, que podríamos imaginar encerrados en sus gabinetes confrontando apenas los textos bíblicos y los textos del magisterio...

Si se entiende la palabra con un cierto humor, pero me parece que con una carga de verdad, yo diría que la teología de la liberación es muy «geopolítica», muy radicalmente histórica. Parte de una tierra concreta, de un continente concretamente, parte de un pueblo, de unos pueblos, con una cierta unidad continental, que viven sus procesos de independencia, de masacre histórico, de hambre, de cautiverio, y al mismo tiempo de reivindicación y de liberación. Es una teología que no ve sólo las señales de los tiempos -como ya nos enseñó el Vaticano II- sino también, como gusto de decir con frecuencia, los signos de los lugares. Es una teología que revaloriza quizá como nunca -excepto quizá los tres primeros siglos de la Iglesia- la voz del pueblo como voz de Dios, el *sensus fidei* de un pueblo, de unos pueblos. En Europa, al menos años atrás, han dejado al teólogo muy fácilmente en su gabinete, en su cátedra, en sus libros; se ha dejado demasiado al predicador en su convento, en su parroquia, en su púlpito. El teólogo y el predicador de la liberación conviven con el pueblo, hacen hincapié en experimentar también la pobreza del mismo pueblo, en vivir los procesos pastorales de estos pueblos/procesos que son a la vez culturales, políticos, económicos.

-Por todo ello es por lo que la teología de la liberación encuentra otras teologías que no la comprenden ¿no?

-Sí. Y por eso hay que apelar al necesario pluralismo. Yo comprendo perfectamente que a veces me desentienda con otros obispos, que me desentienda con sectores de la curia romana -Ratzinger por ejemplo-, que me desentienda en algunos aspectos con el papa Juan Pablo II. Eso no niega para nada ni mi fe ni mi comunión eclesial. Si la Iglesia ha de ser también humana, si la Iglesia ha de ser también histórica, la Iglesia ha de ser también plural, dentro de la unidad de una sola fe. Una sola fe y muchas teologías, ¿no? ¿Sería legítimo decir que sólo puede haber una teología cuando en los 20 siglos de historia de la Iglesia ha habido tantas teologías ya? La teología de Agustín no es la de Orígenes -ambas reconocidas-. La teología de Agustín no es la de Tomás, ni la de Tomás es la de la liberación. Y, sin embargo, todas esas teologías, a su debido tiempo, con sus peculiaridades y sus mediaciones históricas y científicas, en cada momento, han procurado sistematizar la fe.

Pero ese legítimo pluralismo no significa que la teología de la liberación sea «una teología más», la teología «para América Latina». No significa que la teología de la liberación no tenga -más al fondo de su propia latinoamericanidad- algo de permanente y universal que no es sólo para América Latina. Yo he dicho en alguna ocasión, y puedo reafirmarlo, que, para mí, la única verdadera teología cristiana ha de ser teología «de la liberación». La única verdadera espiritualidad cristiana ha de ser espiritualidad «de la liberación». La única verdadera teología «cristiana» es aquella teología que sistematiza la fe «en el Dios liberador» tal como se nos ha manifestado en Jesús, el Liberador del pecado, de la esclavitud, de la muerte, simultáneamente de las personas y de los pueblos. La única verdadera espiritualidad «cristiana» es aquella que vivencia la presencia de ese Dios manifestado en Jesucristo Liberador, y que estimula, asimila, propugna y se arriesga hasta la muerte para que el Espíritu «Liberador» de ese Dios se dé en cada persona, para que «Su Liberación» se realice en cada pueblo.

-Pasemos a otro punto a revisar, de entre los que has citado: la liturgia.

-La misma teología de la liberación -finalmente reconocida por el propio Juan Pablo II, reconocida como útil y necesaria, ya en mayoría de edad- nos ha posibilitado una cierta libertad de espíritu y madurez para que nuestra misma liturgia y pastoral de la espiritualidad se vivan de un modo sistemáticamente lúcido, diríamos. El pueblo latinoamericano reclama su religiosidad popular hace siglos, hace 500 años. Esa religiosidad fue con mucha frecuencia despreciada por ser considerada en un primer momento como pagana, quizá, simplemente; posteriormente como muy ambigua, ecléctica; por considerarla incluso a partir de sectores de izquierda como alienada y alienante; y sin embargo la reconocemos cada vez más como una espiritualidad sumamente legítima, por latinoamericana y por su gran potencial de liberación también. Y, sin duda, con una carga de ambigüedades históricas explicables.

La religión es parte esencial de una cultura, es el núcleo radical de una cultura, según los mejores etnólogos y antropólogos, y estamos hablando del continente amerindio, profundísimamente religioso. Los antropólogos de los primeros años de este siglo, venidos de Europa, llegaron a decir que en regiones de América Latina, de Brasil concretamente, los indígenas no tenían religión. Tuvieron que reconocer después que en esos indígenas todo era religión...

La religiosidad popular, o «la religión popular», como quieren los especialistas que sea llamado para mayor respeto, para superar una cierta connotación despectiva, se está viviendo hoy en América Latina de un modo bastante armónico, militante y muy liberador. Las celebraciones de la fe son cada vez más comprometidamente históricas, las celebraciones de «las romerías de la tierra», aquí en Brasil concretamente, las celebraciones nacionales o continentales de las CEBs donde la eucaristía se torna -cada vez más, sin dicotomía posible- celebración de la Pascua de Jesús y de la Pascua de su pueblo, eucaristía fraterna y subversiva...

-¿ Y la espiritualidad?

-La nueva santidad que propugnamos no es tan nueva. Quiere ser simplemente «cristiana», la santidad del propio Jesús, la espiritualidad del cristiano que sigue a Jesús, o sea, vivir la fe, en su respectivo lugar y tiempo, según el Espíritu de Jesús. ¿No es él el Verbo encarnado?

Una espiritualidad cristiana, necesariamente, no podrá ser desencarnada, ahistórica. Y la historia es política... Necesariamente, pues, ha de ser una *espiritualidad que supere toda dicotomía*. Para nosotros el cielo no anda por un lado y la tierra por otro. En ese unir el cielo y la tierra la más tradicional liturgia cristiana canta ese «intercambio» o «comercio» entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, intercambio y comercio que se dan en Jesucristo. Una verdadera santidad cristiana, como la que queremos entender y vivir hoy, aquí en América Latina y en el mundo entero, necesariamente habrá de pasar por las «mediaciones históricas». Habrá de asumir los problemas, sufrimientos y riesgos del respectivo pueblo, de la respectiva hora histórica que este pueblo esté viviendo. Contemplará a Dios no sólo en la palabra escrita y estática de la Biblia, ni siquiera en una quizá idílica visión de la naturaleza, sino ante todo y sobre todo en la conflictividad, en la lucha, en el proceso histórico. La Biblia sí, la naturaleza también, pero ante todo y sobre todo la historia. Ya San Agustín nos recordaba que Dios ha escrito dos grandes libros: el libro de la Biblia y el libro de la vida. La mejor corriente bíblica actual de América Latina insiste mucho en este particular y ha pasado a ser un slogan para nuestras comunidades cristianas: «la Biblia y la vida, la vida y la Biblia». Carlos Mesters ese famoso escriturista brasileño, ha sabido traducir en libros espléndidos esta preocupación.

Esta santidad política es una santidad encarnada, histórica, una santidad que *opta por los pobres* empobrecidos, que toma partido por los pobres, que procura situarse en su lugar social, que con los pobres asume los riesgos, el conflicto, la lucha de la liberación de los mismos pobres, que contesta al sistema de opresión, de dominación, de privilegio. Es una santidad que contempla a Dios sobre la marcha de la misma historia, de los acontecimientos diarios.

Las espiritualidades tradicionales hablaban de contemplar y después pasar, entregar, comunicar a los demás lo contemplado. Otras espiritualidades decían: «contemplativos en la acción». Nosotros decimos más concretamente que hay que ser *contemplativos en la liberación*, contemplativos en la acción específicamente política. No se trata sólo de una acción benefactora, simplemente humanitaria o caritativa. Se trata de una

acción típicamente política. Ya Pío XI, si no recuerdo mal, decía que la mayor expresión del amor cristiano sería la caridad política, porque es un amor que alcanza a las personas y alcanza a los pueblos, alcanza a las personas como estructuradas y estructurantes, alcanza a las coyunturas y a las estructuras del ser y del vivir de los humanos.

Es una santidad, por otra parte, que sabe *vivir ecuménicamente* la presencia de Dios y su acción salvadora en el mundo. Una santidad normalmente de frontera. En toda esa marcha de la liberación del Dios con nosotros y del Dios como nosotros, no aparece en todas partes quizá como un Dios «eclesiástico», ni siquiera como un Dios «cristiano», pero parece siempre como un Dios humanamente «liberador». Cuando nosotros celebramos nuestros mártires, recordamos que en todo caso, siendo algunos de ellos quizá no cristianos, y hasta proclamándose ateos, fueron «mártires del Reino», mártires de ese proceso mayor, de esa Causa mayor, de ese interés mayor de Dios al cual también la Iglesia debe servir. La Iglesia, toda ella, no puede ser más que una diaconía, un servicio al Reino de Dios. La Iglesia no es para sí misma. La Iglesia es para el Reino, en el Mundo, en la esperanza y en la preparación del Reino más allá, en la parusía.

La espiritualidad de la liberación, simultáneamente, y por definición, será una espiritualidad *necesariamente conflictiva*, incomprendida, por contestataria. Perseguida por los privilegiados, por todos los poderosos. Es una espiritualidad revolucionaria.

Esta conflictividad, por otra parte, es un rasgo característico del mismo Jesucristo. La conflictividad característica de la vida de Jesús, esa actitud fundamental en su vida, será una actitud fundamental en la vida del cristiano que quiera vivir la espiritualidad cristiana.

Jesús vivió también *la conflictividad con el templo* y con la sinagoga. Pudiera parecer natural que él hubiera entrado en conflicto sobre todo con el imperio romano. Sin embargo podemos decir que en la vida de Jesús aparece mucho más diaria, mucho más constante la conflictividad con la sinagoga y con el templo, la conflictividad con la Ley y con el culto. Jesús, si vale la expresión, apareció como el nuevo Dios que recuperaba al antiguo Dios, que negaba al Dios profanado, utilizado, sometido a la Ley. Cuando se rasga el velo del templo de arriba abajo, uno tiene la impresión de que se rasga, de que se rompe todo un concepto de Dios, todo un modo de vivir el culto, toda una ley religiosa y moral que no correspondía verdaderamente a Dios, al verdadero Dios. De ahí la conflictividad de Jesús con el templo y con la sinagoga.

En la Iglesia, en cada uno de nosotros, continúa habiendo saduceísmo, fariseísmo, legalismo... La Iglesia, como cualquier institución humana, aunque no sea sólo una institución humana, corre el riesgo de institucionalizarse excesivamente, corre el riesgo de replegarse sobre sí misma. Corre el riesgo -como han dicho nuestros teólogos, como han procurado alertarnos sabiamente- de ahogar a veces el carisma bajo el poder. Por eso es por lo que también el cristiano de hoy, como en su tiempo Jesús, puede experimentar el conflicto no sólo frente a los poderes de este mundo, sino frente a lo que en la Iglesia pueda haber de templo y de sinagoga...

-En América Latina el problema más vital y candente no es simplemente la relación entre la fe y la política, sino entre la fe y la revolución. Porque los procesos históricos que viven nuestros pueblos son procesos revolucionarios, lo cual quiere decir que son procesos violentos y traumáticos... ¿Qué decir frente a los procesos revolucionarios?

-Si se dice que la Iglesia ha de meterse en política (cosa que hoy ya se acepta), y si se dice que la Iglesia ha de optar por los pobres, se está diciendo necesariamente que la Iglesia se ha de meter en la política real que está aconteciendo en cada pueblo y en cada lugar. Se está diciendo que la Iglesia ha de optar no sólo por los pobres individualmente considerados, sino colectivamente considerados también. Ha de optar por los intereses de esos pobres también, por sus procesos. Si se da un proceso revolucionario en Nicaragua, en Guatemala, en El Salvador, o en México, o en Filipinas, o en Colombia o en Perú... la Iglesia, evidentemente, habrá de entrar en esos procesos. Como entró el propio Cristo en la historia humana. Ha de entrar críticamente, a la luz de una mediación mayor. La Iglesia no tiene la última palabra en mediaciones sociopolíticas. La Iglesia no puede pretender tener un programa socio-político-económico para ninguna sociedad. La Iglesia, sin embargo, como luz, como fermento, como levadura, puede y debe entrar en todos los procesos históricos.

Concretando: a la hora de hablar de una revolución, es evidente que la Iglesia puede y debe entrar en una revolución que transforme las estructuras imperialistas, oligárquicas, explotadoras, depredadoras... de hambre, enfermedad, incultura... en estructuras de identidad cultural nacional, de autonomía, de comida, educación, salud, vivienda...

El gran problema, concretamente para los cristianos, será el de la violencia o no-violencia. Porque no hay duda de que el propio Jesús, que trajo la paz, que es «el Príncipe de la Paz», que «es nuestra Paz», como diría san Pablo, no vino en principio a traernos la violencia. Pero hay una serie de textos que nos hablan de una cierta violencia: «no he venido a traer la paz sino la violencia», «he venido a separar los padres de los hijos», «el Reino de Dios sufre (reclama, exige) violencia»... Sé que se dirá que no se trata de una violencia revolucionaria. Pregunto: ¿de qué tipo de violencia se tratará? Me dirán que de una violencia ascética. Pregunto: ¿será una violencia, una reacción simplemente individual, individualista, que pueda prescindir de lo colectivo, de lo social, de lo estructural?

Para mí resulta claro que un cristiano ha de estar contra las armas, que ha de estar en principio contra toda violencia. Ahora bien, la misma Iglesia, a lo largo de los siglos, ha reconocido a las personas y a los pueblos el derecho a la legítima defensa. Aún recientemente los papas, Pablo VI, e incluso Juan Pablo II en algún momento determinado, han reconocido a los pueblos oprimidos bajo una tiranía prolongada el derecho a una revolución armada para librarse de esa tiranía cuando no había otra salida posible. Si la humanidad evoluciona, si los derechos de los pueblos son respetados de otro modo, si una futura ONU consigue resolver los conflictos entre los pueblos, de dentro de cada pueblo, por vía diplomática y política, mucho mejor.

Actualmente, estando como están las cosas, la Iglesia de Nicaragua, de Guatemala, de El Salvador... no pueden negarse a participar en los procesos revolucionarios de sus pueblos, en los procesos que aquellos pueblos campesinos, indígenas, oprimidos, están viviendo. La Iglesia de Nicaragua, de Guatemala, de El Salvador no puede negarse a un posicionamiento claro contra la intervención de Estados Unidos, contra la prepotencia y la violencia del ejército salvadoreño, físicamente sostenido por Estados Unidos, o del ejército guatemalteco, al servicio de la oligarquía nacional.

La Iglesia como Iglesia, como institución, en sus documentos, en sus celebraciones, en las normas concretas que dé para toda su comunidad, ante todo y sobre todo recordará los grandes principios cristianos que se refieren a la moral política, al compromiso histórico de los mismos cristianos. Evidentemente, no sancionará ningún proceso como si fuera «el único proceso posible» para el Reino; no propugnará ningún partido como si fuera «el partido cristiano»; no podrá decir que la democracia cristiana es «el partido de la Iglesia». Este pecado ya ha sido cometido primero en la vieja Europa, en la tan eclesiástica Italia, y se está cometiendo actualmente en Centroamérica: todos sabemos que hay un intento claro, por parte de sectores altísimos de la jerarquía eclesiástica, de que la democracia cristiana triunfe en Centroamérica. Demócratacristiano es Duarte, y lo es Vinicio Cerezo. (Me llamó mucho la atención -lo he dicho más de una vez- que Napoleón Duarte enviara a la revista oficial de Comunión y Liberación -ese movimiento tan poderoso hoy en la Iglesia, tan querido personalmente por el papa Juan Pablo II- una carta en la que llamaba «compañeros» a los miembros del movimiento, y que la revista publicase dicha carta como primera página, como editorial prácticamente de la revista). Me parece que los cristianos, y la misma Iglesia en cuanto tal, ha tenido pocos escrúpulos y tiene aún pocos escrúpulos en definirse cuando se trata de una política o de un proceso de tipo más conservador. Ha tenido y tiene muchos escrúpulos cuando se trata de un proceso revolucionario...

-Que la Iglesia no deba canonizar un partido, ¿significa que deba mantenerse neutral, por encima de los bandos en contienda en una revolución?

-No. No es posible que los dos bandos tengan la misma razón. No es posible que los dos bandos tengan el mismo derecho. No es posible que los dos bandos tengan los mismos intereses. No es posible que los dos bandos tengan la misma mayoría.

En Centroamérica está bien claro. El sandinismo, en Nicaragua concretamente, con sus deficiencias, con sus mediaciones incluso marxistas, no hay duda de que es un proceso histórico revolucionario que partió del pueblo nicaragüense, asumido por la mayoría del pueblo nicaragüense, un proceso sandinista más que marxista, pero un proceso también cristiano, que arranca de la mayoría del pueblo de Nicaragua, y que contesta el imperialismo secular, la oligarquía secular, concretamente la dictadura somocista; que reivindica la autonomía de Nicaragua; que reivindica una reforma agraria al servicio de la mayoría nicaragüense (los campesinos de Nicaragua); que exige no sólo esa tierra, sino comida, salud, educación, para todo el pueblo nicaragüense. Y la mayoría del pueblo salvadoreño, la mayoría del pueblo guatemalteco, están reivindicando también la tierra, la salud, la educación... están contestando el mismo imperialismo, las mismas oligarquías seculares... No es posible ser neutral ahí sin dejar de ser cristiano.

Ante este tipo de movimientos revolucionarios liberadores, con esta conjunción de causas de reforma agraria, contestación al imperialismo, liberación de tantas opresiones seculares, descolonización, recuperación de la propia identidad... desde nuestra propia fe, y desde la teología y espiritualidad de la liberación no podemos dejar de apoyarlos, aunque críticamente, naturalmente.

Cuando estuve en Nicaragua, a pesar de que iba allí con partido ya tomado previamente, y hasta con pasión, a la luz de mi fe y en la oración, e intentando reexaminar las cosas con serenidad, entendí cuatro o cinco cosas por lo menos muy evidentes, que recogemos ahora aquí en este libro: los obispos, como obispos, en Nicaragua, pueden y deben pronunciarse contra la intervención norteamericana. Pueden y deben reivindicar la autodeterminación del pueblo nicaragüense. Pueden y deben apoyar el proceso sandinista, en lo que tiene de reforma agraria, de recuperación de la identidad cultural del pueblo nicaragüense, de comida para todos, de educación para todos... Se trata de bienes básicos, fundamentales. Ahí es donde nosotros los cristianos, que sólo podemos creer en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, nos encontramos con que esos derechos humanos coinciden con los intereses de ese Dios. La Iglesia no puede ser neutral en ningún lugar. Como digo en otra página de este libro, «en amor, en fe y en revolución no es posible la neutralidad».

Y esta neutralidad -insistamos- no es sólo imposible aquí, en el tercer mundo, sino también en el primer mundo. Yo, como europeo incluso, pero también como obispo, he dicho muchas veces, y lo quiero decir con mucha sinceridad y también con una cierta agresividad pastoral, que la Iglesia del primer mundo -

hablemos sin más matices, así, de primer y tercer mundo-, si quiere ser sincera y solidaria, no podrá menos de vivir en el primer mundo optando realmente por los pobres y por los procesos de los pobres del primer y tercer mundo, para ser la única Iglesia de Jesucristo, a lo largo y ancho del mundo, para que confiese a la única humanidad, toda ella hija del único Dios a quien confesamos como Padre. Si la Iglesia del primer mundo no se hace solidaria de las personas y de los pueblos del tercer mundo, está negando a Dios, no está ejerciendo la caridad fraterna. En este sentido, ya digo en otro texto de este libro que hoy la caridad, entendida socialmente, entendida comunitariamente, entendida colectivamente, tiene el nombre de «solidaridad». La poetisa nicaragüense Gioconda Belli, decía que «la solidaridad es la ternura de los pueblos»; yo añadiría que la solidaridad es la caridad de las Iglesias. Debe ser.

-Hoy aceptamos que hay salvación fuera de la Iglesia, sabemos que los movimientos de liberación se mueven fuera de la Iglesia, a veces incluso atacados por ella... ¿Qué podríamos decir hoy de aquel viejo adagio que rezaba «fuera de la Iglesia no hay salvación»?

-Fuera de la Liberación -entendida como integral, como plena, como total- no hay Iglesia. Y por eso, fuera de la Iglesia liberadora no hay Iglesia. La Iglesia sólo es Iglesia en la medida en que anuncia, celebra, construye y espera la Salvación. Y la Salvación sólo es salvación si salva las personas como individuos y como miembros de un pueblo, de una sociedad. La Salvación sólo es Salvación si salva las personas también históricamente. La Salvación se plenificará en la escatología, en la parusía, pero la Salvación acontece en este mundo. Jesús no es nuestro Salvador sólo al otro lado de la muerte. Jesús es nuestro salvador porque ya del lado de acá de la muerte nos salva de todo pecado, de toda esclavitud (la esclavitud es el pecado organizado) y nos salvará también de la muerte.

«Fuera de la salvación no hay Iglesia». Fuera de la Liberación, así entendida, no puede haber Iglesia. La Iglesia, o es liberadora o no es Iglesia de Jesucristo el Liberador.

-Concluamos con dos preguntas globales: a la altura de estos 500 años, ¿cuáles serían los puntos de interés más importantes para América Latina?

-He hablado de recobrar la identidad del continente. En primer lugar, reconocer al continente latinoamericano, al continente americano todo, como un continente «amerindio». La identidad pues de todos los pueblos indígenas. Sus plenos derechos. Sus territorios. Sus culturas, y dentro de esas culturas las respectivas lenguas (la lengua es el 50 por 100 de la cultura de un pueblo; mientras un pueblo continúa con su propia lengua continúa siendo «aquel» pueblo).

Reconocer los derechos y la identidad del Pueblo negro, a lo largo y ancho del continente también. Traído como esclavo. Más diluido en el continente, pero que representa un contingente numérico muy significativo. (Por ejemplo, Brasil, el segundo país negro del mundo, tiene unos cincuenta millones de negros). Y reconocer esa especie de «identidad ecléctica», si vale la palabra, del continente latinoamericano, que es indígena, que es negro, que es criollo. Tiene un rostro América Latina. Tiene un alma. Es ella. Es otra. Puede y debe completar la humanidad.

En segundo lugar, permitir que América Latina haga una experiencia autóctona de revolución social, política, económica. Que América Latina viva su socialismo y hasta su marxismo, donde crea que deba vivirlo. El mismo Che, y Mariátegui, por citar dos nombres significativos, gloriosos, de América Latina, serían ya un ejemplo. La misma Cuba, aun teniendo que vivir las circunstancias de estrangulamiento histórico que vivió, con sus errores, sin duda, y posteriormente Nicaragua, con su proceso sandinista, están enseñando hasta qué punto el mismo marxismo -no digamos, en términos más generales, la misma revolución- pueden ser vividos autóctonamente en América Latina, aprendiendo incluso de las mismas deficiencias, errores, limitaciones de esos procesos primeros. La democracia, en América Latina -en el mundo también, pero estamos hablando ahora de América Latina- debe ser «otra democracia». He dicho muchas veces y lo digo ahora nuevamente, que quizá después de «amor» la palabra «democracia» sea la palabra más prostituida en este mundo. Decir «democracia» hoy ya casi no significa nada. O, fatalmente, con frecuencia, significa la misma negación de la democracia. Porque no es una democracia popular. Porque no es una democracia mayoritaria. Porque no es una democracia realmente participativa. Porque no es un gobierno del pueblo al servicio del pueblo. Acaba siendo nuevamente el gobierno minoritario, el gobierno oligárquico, «en nombre del pueblo», al servicio de unas minorías.

América Latina puede y debe exigir, en esta ocasión de los 500 años, un nuevo derecho internacional, un nuevo derecho de los pueblos. ¿Por qué un pueblo se ha de considerar mayor o mejor que otro pueblo? ¿Por qué Estados Unidos -podríamos hablar de Rusia también si nos refiriéramos al resto del mundo, o de Japón o de Alemania, para hablar de imperios más recientes, para no hablar ya del imperio español o del portugués- puede permitirse el lujo de invadir decenas de veces América Central? ¿Por qué la ONU y las naciones del mundo pueden asistir a estas violaciones con tanta pasividad?

Por otra parte, esa autoctonía que exigimos de la política, de la cultura, de la economía, en un proceso revolucionario, debemos exigirla de la Iglesia también. Esa única humanidad que se da en los varios continentes, es aquí humanidad amerindia, afroamericana, criolla. La única Iglesia de Jesucristo que se da a lo largo y ancho de la tierra, se da aquí, debe darse aquí «latinoamericanamente», para que sea la Iglesia del

Verbo Encarnado, la Iglesia de Jesús de Nazaret, una Iglesia para estos pueblos, para este pueblo, para esta hora...

-Para acabar, ¿cuáles serían los grandes intereses de la Iglesia de América Latina a la altura de esta coyuntura de los 500 años?

-Posibilitar con alegría y con acción de gracias el proceso de la teología de la liberación. Posibilitar y estimular con alegría y con acción de gracias el proceso de la espiritualidad de la liberación. Canonizar, si no en la «gloria de Bernini» -que quizá no haga falta- sí en el reconocimiento público, esa pléyade de mártires que América Latina viene dando a la Iglesia y al mundo desde hace siglos, pero sobre todo en estos últimos años; mártires con nombre solemne reconocido, como san Romero de América, y millares de mártires anónimos, como los indígenas, los campesinos, los obreros, los agentes de pastoral, los defensores de los derechos humanos en América Central, en los varios países...

Posibilitar una liturgia autóctona, típicamente latinoamericana. Estimular la pastoral latinoamericana. Reconocer la autoctonía de las conferencias episcopales. «Rehacer» el Celam, aquel Celam que fue un día de tantas esperanzas, de tanto testimonio, de tan valiente profecía, y que últimamente ha pasado a ser, para muchos, o un Celam simplemente incómodo, o un Celam apenas tolerado. Que fuese realmente una especie de comunión de las varias Conferencias Episcopales del mismo continente latinoamericano...

Yo estaba estos días pensando otra vez en los 500 años. Imaginaba incluso una serie de sonetos que haría, que estoy haciendo ya, así, sobre la marcha, como todos mis poemas. Serían cinco sonetos primeros, a Colón, a las carabelas... Cinco sonetos también, al conquistador anónimo, al misionero anónimo, al indio anónimo, al negro anónimo, a la madre anónima. Y, finalmente, un soneto libre a la Patria Grande.

Nuestro querido teólogo, nuestro gran teólogo Gustavo Gutiérrez, va a lanzar este año un libro sobre «san Bartolomé de Las Casas», como digo yo. Para este libro acabo de hacer un soneto. Helo aquí:

A BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Los Pobres te han jugado la partida
de una Iglesia mayor, de un Dios más cierto:
contra el bautismo sobre el indio muerto
el bautismo primero de la vida.

Encomendero de la Buena Nueva,
la Corte y Salamanca has emplazado.
Y este tu corazón apasionado
quinientos años de testigo lleva.

Quinientos años van a ser, vidente,
y hoy más que nunca ruge el Continente
como un volcán de heridas y de brasas.

¡Vuelve a enseñarnos a evangelizar,
libre de carabelas todo el mar,
santo padre de América, Las Casas!

Fe de dentidad

Identidad
En Éxodo
No te he negado

IDENTIDAD

Si no sabéis quién soy. Si os desconcierta
la amalgama de amores que cultivo:
una flor para el Che, toda la huerta
para el Dios de Jesús. Si me desvivo

por bendecir una alambrada abierta
y el mito de una aldea redivivo.
Si tiento a Dios por Nicaragua alerta,
por este Continente aún cautivo.

Si ofrezco el Pan y el Vino en mis altares
sobre un mantel de manos populares...
Sabed: del Pueblo vengo, al Reino voy.

¡Tenedme por latinoamericano,
tenedme simplemente por cristiano,
si me creéis y no sabéis quién soy!

(TE,13)

EN ÉXODO

La vida sobre ruedas o a caballo,
yendo y viniendo de misión cumplida,
árbol entre árboles me callo
y oigo cómo se acerca tu Venida.

Cuanto menos Te encuentro, más Te hallo,
libres los dos de nombre y de medida.
Dueño del miedo que te doy vasallo,
vivo de la esperanza de Tu vida.

Al acecho del Reino diferente,
voy amando las cosas y la gente,
ciudadano de todo y extranjero.

Y me llama Tu paz como un abismo
mientras cruzo las sombras, guerrillero
del Mundo, de la Iglesia y de mí mismo.
(TE, 14)

NO TE HE NEGADO

Por causa de Tu causa me destrozo
como un navío, viejo de aventura,
pero arbolando ya el joven gozo
de quien corona fiel la singladura.

Fiel, fiel..., es un decir. El tiempo dura
y el puerto todavía es un esbozo

entre las brumas de esta Edad oscura
que anega el mar en sangre y en sollozo.

Siempre esperé Tu paz. Te he negado,
aunque negué el amor de muchos modos
y zozobré teniéndote a mi lado.

No pagaré mis deudas; no me cobres.
Si no he sabido hallarte siempre en todos,
nunca dejé de amarte en los más pobres.

(TE, 18)

Necesariamente políticos, evangélicamente revolucionarios

O se sirve al sistema o al pueblo
El capitalismo es intrínsecamente malo
La revolución es integral
La verdadera opción por los pobres
La política como encarnación
Ser cristiano siendo revolucionario
Violencia – No-violencia
Fe cristiana y marxismo

Contra toda filosofía funcionalista, nosotros creemos que ni la ciencia ni la técnica pueden exhibir, en ninguna circunstancia, la bandera blanca de una pretendida neutralidad. Todo acto técnico, todo gesto científico chorrea ideología. *O se sirve al sistema o se sirve al pueblo*. Trazar una carretera en el papel, planear un censo, clasificar un remedio, es política. Todo técnico, todo científico es siempre un político, aun cuando se niegue a serlo: o reaccionario, o reformista, o transformador. La revolución no germina solamente en los brazos y en la sangre de los labradores y de los obreros. Vosotros, llamados a ser aliados legítimos del pueblo, haréis también esa revolución o lucharéis vendidos contra ella. En este sertao del Mato Grosso yo he visto muchas batas asépticas de médico irreparablemente manchadas con la sangre despreciada del pueblo.

Negaos a aquellos servicios técnicos supuestamente indiferentes. Sed técnica y ciencia al servicio de la libertad, de la justicia, de la vida.

(EDP, 170)

El Dios de los señores no es igual», decía Arguedas y recuerda Gustavo Gutiérrez. «No es igual al Dios de los pobres. En realidad, el dominador, en última instancia, es un incrédulo frente al Dios de la Biblia».

Y recuerda, más adelante Gustavo, en su libro *La fuerza histórica de los pobres*, esta palabra de Berdiaeff: «Si yo tengo hambre, ése es un problema material; si otro tiene hambre, ése es un problema espiritual».

Mejor aún, digo yo: el hambre que yo tengo es un problema material para mí. Realísimo, sin duda. Pero el hambre que mi hermano tiene es un realísimo problema, tanto material como espiritual. Material para él. Para mí, espiritual. Tanto si conozco ese hambre como si la ignoro, debiéndola conocer. «Tuve hambre y no me disteis de comer»... O tuve hambre y ni siquiera os enterasteis.

(ERF,137)

En *política no hay nada definitivamente escrito*. La política de un país o del mundo, como la vida de una persona, se va haciendo a tuestas, cada día. De todos modos, yo he pasado de la visión horrorizada del anarquismo, en mi infancia, a las opciones del socialismo. Por el contacto con la dialéctica de la vida, por las exigencias del Evangelio y también por algunas razones del marxismo. Qué socialismo, no lo sé a punto fijo; como no sé a punto fijo qué Iglesia será mañana la que hoy estamos pretendiendo construir, por más que sé que la queremos cada vez más cristiana; como no sé cuál es la total Utopía -que, en mi Esperanza, creo realidad- hacia la que camina el mundo de los Hombres, sacudido por el Espíritu de Jesucristo Resucitado...

(Y CJ, 180)

Yo creo que el *capitalismo es "intrínsecamente malo"*: porque es el egoísmo socialmente institucionalizado, la idolatría pública del lucro por el lucro, el reconocimiento oficial de la explotación del hombre por el hombre, la esclavitud de los muchos al yugo del interés y la prosperidad de los pocos.

Durante el interrogatorio a que fuimos sometidos los miembros del equipo pastoral de la Prelatura, el presidente del proceso me preguntaba insistentemente por mi socialismo, por lo que yo entendía por socialización. (Esta última palabra fue sorprendida, como el cuerpo de un delito, en algunos de los escritos y grabaciones que la Policía y el Ejército nos robaron o nos «aprehendieron»). Para no entrar en disquisiciones, que no era hora, le respondí:

-Para mí, Dr. Francisco, socialización sería la mayor participación posible de todos los ciudadanos, dentro de la mayor igualdad posible, en «todos los bienes de la naturaleza y de la cultura». (La expresión entrecomillada hacía referencia a la nomenclatura de Paulo Freire, cuyas doctrinas y métodos de educación popular fueron también cuerpo de delito en nuestro «inquerito»).

El se limitó a responderme -con todos los que se limiten a eso- que esa socialización era una utopía.

-He dicho «posible», añadió; y, en todo caso, Dr. Francisco, mi esperanza es realmente utópica, porque no acabará de realizarse nunca aquí, en la ciudad terrena...

Y, sin embargo, añado ahora, toda vida cristiana debe ser «realización» de esa Utopía. Sólo caminamos hacia la Ciudad celeste en la medida en que intentamos instaurarla «utópicamente» aquí, en las embrutecidas calles de la Ciudad terrena. Quien se niega a construir aquí abajo el mundo del Hombre Nuevo, con los materiales de la Política de que aquí y ahora dispone, está castrando su Fe en la praxis de la vida social que es política, se está negando a construir el Reino de Dios que es también comunidad fraterna, igualdad efectiva, comunión real de bienes. El Mandamiento Nuevo es radicalmente socializador. El Evangelio es la subversión de los intereses, porque es la demolición de los ídolos. ¿Quién puede encajar las clases sociales en la Constitución del Reino? Al presidente de nuestro proceso y a su escribano, Eugenio y yo les entregamos un ejemplar del Nuevo Testamento con esta dedicatoria: «Um dia a Palavra de Deus fará o inquerito de todos nos». Previamente Eugenio le había dicho al Dr. Francisco que a la Policía se le había pasado por alto el libro «más subversivo» que teníamos en casa...

Creo, en resumidas cuentas, que la socialización del mundo puede ser un intento real de vivir en sociedad cristianamente. Y creo que la sociedad capitalista es la negación radical de ese intento. El capitalismo no puede ser cristiano. El socialismo, sí. Si mañana aparece otra cosa mejor para ser políticamente cristianos -para ser cristianos en la vida real, que siempre es política-, entonces los cristianos deberemos ser esa otra cosa mejor. Y así, a tuestas posibles y concretas, hasta la Parusía. Amén.

(Y CJ, 181)

La verdadera revolución definitivamente transformadora de la sociedad humana es tanto psicológica como socio-político-económica. Hemos de transformar simultáneamente -subrayad el adverbio, para evitar escapismos dualistas- tanto las personas como las estructuras.

(EDP, 167)

BIENAVENTURANZAS DE LA CONCILIACIÓN PASTORAL

Bienaventurados los ricos,
porque son pobres de espíritu.

Bienaventurados los pobres,
porque son ricos de Gracia.

Bienaventurados los ricos y los pobres,
porque unos y otros son pobres y ricos.

Bienaventurados todos los humanos,
porque allá, en Adán, son todos hermanos.

Bienaventurados, en fin,
los bienaventurados
que, pensando así,
viven tranquilos...,
porque de ellos es el reino del limbo.

(FVC,31)

Se dice -y con cuántos subterfugios- que la *opción por los pobres* ha de ser «preferencia! y no excluyente».

Si la opción por los pobres es ponerse al lado de los pobres y contra su pobreza y marginación, la opción que también se haga por los ricos deberá ser ponerse al lado de sus personas pero contra su lucro y privilegios. Si no es así, volvemos a lo de siempre. Todos hermanos en Adán y en Dios, pero cada uno en su lugar social, unos pasándolo muy bien y otros pasándolo muy mal.

Siempre me ha dado mucho recelo ese «preferencia!» de la opción. Una albarda, que es albarda sobre albarda si todavía se le añade un «no excluyente» a la opción.

Es evidente que la Salvación de Cristo es universal. A todos se ofrece. Pero pasa por un camino cierto: el reconocimiento efectivo del prójimo como igual, como hermano. Con todas las consecuencias. Nadie es igual cuando se ve obligado a vivir de forma tan diferente. Balancearse equilibradamente entre una y otra clase social es dar el nombre del Padre a la blasfemia. Y los ricos, en cuanto ricos, siempre se excluyen del Reino.

Si Cristo es
la riqueza
de los pobres,
¿por qué no es
la pobreza
de los ricos
-para ser
la hermandad
de todos?

(ERF, 135)

En política continúo pensando, cada vez más, que uno, incluso siendo obispo, *debe decir una palabra concreta para ser fiel y honesto*; y para no quedarse en la hermosa y cómoda y aprovechada posición de la neutralidad, ¿no?, con lo cual uno se siente después en el derecho de recibir homenajes y beneficios de unos y de otros porque no se comprometió. Por lo mismo, hoy por hoy para mí el camino mejor es un socialismo, un socialismo democrático; que no es el partido tal o cual, que no es, ni mucho menos, la nación tal o cual; aunque pueda darse un poco en el y gracias a tal y cual partido de tal y cual nación, pues las diferentes experiencias son las que posibilitan una experiencia «más» perfecta dentro de la relatividad de todas las cosas (la iglesia incluida) en este tiempo de nuestra activa espera, que no es el tiempo de la eternidad aún, sino que es el tiempo de la relatividad. Entonces, creo que deberíamos superar el querer vincular excesivamente la fe a un tipo de compromisos, o mejor, a un tipo de programas políticos. Aunque deberíamos, necesariamente (repito: necesariamente), vincular siempre la fe a un verdadero compromiso sociopolítico también. Este compromiso se traducirá incluso en partidos, y para ello cada cristiano verá. ¿Por qué no?

Como puedo debo tener opiniones y actitudes en biología, en medicina, en literatura, mucho más puedo y debo tenerlas en política, que es mucho más vital.

(DMG, 173)

La Política como encarnación

No hay forma de evitarlo. Intento presentar el contexto y la pastoral de nuestra Iglesia y sé que a muchos amigos de ayer -de hoy todavía, supongo- les parecerá que hablo excesivamente politizado. Sé que les dejo, a distancia, un mal sabor de boca. Algunos hermanos de Congregación, incluso, podrán recordar que el Padre Claret nos quería a los misioneros lejos de toda política... Pero... (Hay peros que maduran, con el tiempo). Lo político en mis palabras o escritos, en mi vida, en mi pastoral, en el día a día o en las sacudidas álgidas de nuestra Iglesia de São Félix -cierto o errado, ya he dicho que eso va por cuenta de la Misericordia de Dios- es, me parece, una exigencia ineludible de este contexto en que uno vive y actúa. Sería más sencillo y verdadero decir que es una exigencia de cualquier vida humana -la de un obispo también, claro está- en cualquier contexto. A este propósito, debo decir que el artículo del P. Gentile, en «L'Osservatore Romano», sobre mi libro «Yo creo en la Justicia y en la Esperanza» -de la colección «El Credo que ha dado sentido a mi vida», Desclée de Brouwer, Bilbao- me supo un poco a benévola comprensión. Lo que sucede muchas veces con algunos señores de los Primeros Mundos o de las Primeras Iglesias cuando se esfuerzan por «comprender» las ideas y las actitudes de sus hermanos del Tercer Mundo o de la Tercera Iglesia. Quiero decir, no se trata tanto de justificar nuestras ideas y actitudes por el contexto excepcional en que estamos viviendo, sino de ver si las ideas y actitudes de esos señores no están demasiado fuera del contexto humano normal en que ellos mismos, quizá ausentes, vivan.

Si la Política es la realización del Bien Común, ¿quién puede zafarse de colaborar en esa realización, dentro de sus posibilidades y según las peculiaridades de su función social?

Nunca podemos olvidar los cristianos -los eclesiásticos, sobre todo, y más aún, los obispos- que, diciéndolo o no, somos políticos siempre: a favor, en contra, o en la imposible neutralidad. Desgraciadamente, durante siglos (y hoy y mañana, si nos descuidamos) estuvimos (y estamos y estaremos) mucho más fácilmente... a favor. A favor del orden establecido que nos asegura aquella paz que no es la Paz que Cristo vino a traer al Mundo. O en la aséptica neutralidad de los que no quieren mancharse las manos con las vicisitudes de esta Tierra, donde el Hijo de Dios realmente se encarnó como Hombre histórico.

Bien, estoy teorizando, ¿no?, y repitiendo. Pero, como decía el querido baturro en Salamanca, «si nosotros somos más tozudos que los otros es porque, además, tenemos razón».

No soy tan simple como para meterme a dictar programas de Economía Política o a organizar partidos o a propugnar candidaturas. Pero tampoco acepto una Política para Eclesiásticos que se mantenga en la región de los altos principios que no hacen vivir a nadie.

En todo caso, y bajando al suelo, yo estoy viviendo y viendo vivir y morir -malamente- a muchos hermanos, aquí, en este Mato Grosso, que es un rincón, enorme, maravilloso y brutal, de ese llamado Tercer Mundo (por la mala sombra de los otros dos Mundos que se empeñan en que no haya un Mundo solo). Hoy, por ejemplo, día 19 de agosto de 1977, estamos sin médico en São Félix, sin antibióticos, ni rayos X, sin oxígeno. Una mujer, que está para dar a luz, se desangra en hemorragia. Mi compañero Pedrito, el misionero navarro de Murugarren, cerca de Estella, está en cama, con una laringitis aguda o lo que sea y ardiendo de fiebre. El sarampión ha invadido la ciudad. Anteayer murió -de sarampión y pulmonía- una chiquitina de nueve meses, Eliane, hermosa como un ángel prematuro, que yo acababa de bautizar... Y vienen las multinacionales del diablo y, además de tomarles la tierra a los indios y a los labradores, nos inundan el País -bajo programa oficial del Gobierno cómplice- con las píldoras que, en sus respectivos mundos arriba citados, ya no quieren ni las gatas. Y hacemos contratos atómicos. Y gastamos los recursos y los nervios en la obsesión de la Seguridad Nacional (Aquí es donde yo digo: ¡maldito sea el Capitalismo y el Colonialismo y la Economía dependiente y la Dictadura!).

¡Qué miedo te tenemos a la igualdad, hermanos! ¡Y cómo nos agarramos a los privilegios! Yo, que soy «anárquico» -dice un fraile dominico amigo- y «revoltado» contra todo y «contra todos» -dice el bueno del Arzobispo de Diamantina, que de tantas cosas me acusó-, me siento feliz de saber que, según los futurólogos de la Etnografía, un día seremos todos mulatos y que, según los futurólogos de la Política, un día viviremos todos socializadamente...

Los nuevos y antiguos guasones han dicho siempre que «de hombre a hombre va cero». El hombre -ha dicho el Señor- es un hermano del hombre; todos somos prójimos. Esta es -bien o mal vivida- mi Fe revolucionaria. A esta esperanza igualitaria me atengo. ¡Apelo a este compromiso de Liberación!

Hablando aún de Política, quiero transcribir aquí una de las respuestas que di a una encuesta sobre Pastoral Latinoamericana que está por publicar -bajo el título de «Reportaje Latinoamericano»- el misionólogo suizo Hans Schopfer, de Friburgo.

La pregunta número 4 dice: «¿Tienen obispos y sacerdotes un derecho o una obligación de hacer política a favor de los marginados y explotados? ¿Por qué y cómo?».

Yo respondo:

«Es evidente que sí. (Ahí, Fernando Sebastián, el entrañable hermano, Rector de la Pontificia de Salamanca, que pasó por aquí hace poco, dándonos el alegrón de su visita, me advertía, más sabio que aragonés: «Has de matizar. Es cierto que después lo dices, más o menos, todo. Pero sueltas de entrada ese "evidente que sí", que choca; y eso siempre te va a traer complicaciones). Por la misma naturaleza de las cosas, en este caso la Sociedad Humana (a la que obispos y sacerdotes también pertenecen): y por motivos de suplencia -en un servicio de caridad- cuando las instituciones normales (partidos, sindicatos, parlamentos...) no tienen posibilidad de ejercer sus funciones propias en favor del pueblo.

La vida humana es una realidad única y compleja. La Fe cristiana o es histórica o no es. Quien pretende situarse en la neutralidad, por eso mismo ya se declararía reaccionariamente político y siempre, de hecho, a favor del status quo.

La Profecía es también denuncia de la injusticia. Y la situación de marginado o explotado depende estructuralmente de una injusta política socioeconómica. Toda profecía encarnada en la realidad afectará a la Política y será considerada política inevitablemente. La Historia de la Iglesia es una prueba de esta afirmación, aunque muchas veces, por desgracia, «la Profecía» no haya estado al servicio del Pueblo sino al servicio del Poder. (La Iglesia, ¿no ha sido imperialista, feudal, esclavista, capitalista...?).

La Iglesia como tal, no debe tener una Sociología propia o una Política propia; como no puede tener su propia Medicina o Biología. Debe iluminar con el Evangelio y penetrar, con la mediación de la Gracia, la Sociología, la Política.

Pero un obispo o un sacerdote pueden optar explícita y públicamente por una solución política -el Socialismo democrático, por ejemplo- como concretización -provisoria siempre, siempre imperfecta- de la marcha de la Historia Humana, en una hora X, en un lugar. Nunca presentando esa «solución política» como un postulado de la Fe o como única posible actitud eclesial en la materia.

Naturalmente, los obispos y los sacerdotes mantendrán su «hacer política» principalmente en la línea de la Palabra que ilumina y compromete, en el trabajo de concientización de sus comunidades y en su actitud de plena libertad en el Espíritu frente al poder constituido, frente a los monopolios económicos, frente a los grupos de privilegio o de presión, frente a la publicidad manipuladora...

(PL, 33-37)

La Iglesia es para el mundo una misión de salvación. Ella no debe ser para el mundo una fuente de problemas, la contestación por la contestación. No se quiere decir que no pueda colaborar más de cerca con un régimen realmente humano. Ahora bien, ella deberá ser siempre una conciencia crítica.

Hacer una política cristiana -o tal partido cristiano, la democracia cristiana...- lo encuentro ridículo. Como sería ridículo hacer una biología, una pintura, una ciencia cristiana. Cualquier cosa, la biología, la pintura, la agronomía, la política, deben ser biología, agronomía, política. El mensaje cristiano puede animarlas, dinamizarlas, liberándolas de las propias limitaciones. Pero sin colocarles una etiqueta. Sería un error fatal.

(ND, 109) 51

En aquellos años que antecedieron a la segunda guerra mundial muchos se engañaron. La Iglesia se situaba, frente al comunismo, dentro de una mentalidad eclesiástica, no suficientemente desarrollada, francamente temerosa. El ateísmo era el enemigo definitivo y fatal. El nazismo parecía a algunos enemigo del comunismo y, por tanto, una especie de salvaguardia.

-Pedro, una de las justificaciones dentro de la propia Alemania para el crecimiento del Partido Nazi fue que constituía un frente de contención ante el avance de las reivindicaciones sociales.

-Y continúa siendo una justificación para muchos regímenes de América Latina. Contra el comunismo todo pasa a ser válido, justificable. Justificaciones que podrían ser explicables, por ejemplo, en un Pío XII, o en obispos alemanes de aquella época, son hoy inadmisibles. Ya tenemos experiencia histórica. No justifico a Franco, no justifico la equivocación de quien se alió con el nazismo. Hoy tenemos memoria histórica.

-Esa concepción, Pedro, del comunismo como lo malo y de su contrario como la redención, como el bien, es una visión maniquea.

-Es una visión superada, sin perspectiva histórica.

-Y de la cual se benefician ciertos intereses.

-El mal se pone de un lado y el bien de otro, y la historia no camina, no evoluciona.

-Es una visión idealista.

-Una visión idealista que se niega a la dialéctica.

-Es antidialéctica. Dicen: «esto o aquello», cuando es: "esto y aquello", ¿no, Pedro?

-Eso y aquello, sí, y, definitivamente, ni eso ni aquello, sino algo que esperamos.

(NDA, 181)

Creo que hoy sólo se puede vivir sublevadamente. Y creo que *sólo se puede ser cristiano siendo revolucionario*, porque ya no basta con pretender «reformular» el mundo. Los providencialismos desencarnados, los neoliberalismos y neocapitalismos y ciertas neodemocracias y otros sosegados reformismos que mienten o se mienten -cínicos o bobos-, sirven únicamente para salvar el privilegio de los pocos privilegiados a costa de la productiva sumisión de los muchos muertos de hambre. Y, por eso mismo, me parecen objetivamente inicuos.

Una cosa he entendido, claramente, con la vida: las derechas son reaccionarias por naturaleza, fanáticamente inmovilistas cuando se trata de salvar el propio tajo, solidariamente interesadas en aquel Orden que es el Bien... de la «minoría de siempre».

(YCJ, 179)

CANCIÓN DE LA HOZ Y EL HAZ

(Cosechando el arroz de los posseiros de Santa Terezinha, perseguidos por el Gobierno y por la Latifundio.)

Con un callo por anillo
monseñor cortaba arroz.
¿Monseñor «martillo
y hoz»?

Me llamarán subversivo.
Y yo les diré: lo soy.
Por mi pueblo en lucha, vivo.
Con mi Pueblo en marcha, voy.

Tengo fe de guerrillero
y amor de revolución.
Y entre Evangelio y canción
sufro y digo lo que quiero.
Si escandalizo, primero
quemé el propio corazón
al fuego de esta Pasión,
cruz de Su mismo Madero.

Incito a la subversión
contra el poder y el dinero.
Quiero subvertir la ley
que pervierte al Pueblo en grey
y al gobierno en carnicero.
(Mi Pastor se hizo Cordero.
Servidor se hizo mi Rey).

Creo en la internacional
de las frentes levantadas,
de la voz de igual a igual
y las manos enlazadas...

Y llamo al orden del mal,
y al progreso de mentira.
Tengo menos paz que ira.
Tengo más amor que paz.

Creo en la hoz y en el haz
de estas espigas caídas:
¡una Muerte y tantas vidas!
¡Creo en esta hoz que avanza
-bajo este sol sin disfraz
y en la común esperanza-
tan encurvada y tenaz!

(CEL.21)

Ya he dicho que no acabo de saber cómo pronunciarlo con respecto a *Violencia-Nonviolencia*. Confieso que no me gusta hablar ni de Violencia ni de Nonviolencia. Me gustaría más que se hablase, como programa, de Justicia, de Libertad, de Amor. Y que cuando se hablase de Violencia o Nonviolencia, se fulminase primero -consecuentemente- la Violencia mayor que está ahí, institucionalizada, oficialmente justificada, diplomáticamente tolerada y dialogada, y provocando, por reacción tantas otras violencias bien menores. Eso de la «espiral de la Violencia» de que habla el querido Dom Hélder.

Claro, me gustaría que no se «violentase» ni el pétalo de una flor. Soy alérgico a la violencia, por temperamento y por Fe. Creo en el Amor universal de Dios, Padre de todos los hombres; creo en el Mandamiento Nuevo de Jesús, creo en el perdón de los enemigos y, por eso mismo, en el Amor de todos a todos y en el Amor fraterno que merece cada hombre singular. Y puedo asegurar que esta Fe en la Caridad me viene costando mucho sufrimiento.

Pienso que nunca he «odiado» a nadie; nunca me he alegrado de la muerte de nadie; nunca he deseado «mal» a nadie. He deseado, eso sí, más de una vez que fracasasen ciertas empresas o planes o gobiernos o poderes. Y lo deseo. Y muchas veces he sentido una desolada ira. Ya el 29 de octubre de 1969, escribía, en el *Diario*:

«Estoy acumulando una cantidad infinita de desprecio, de ira, contra esa política explotadora, autocebada... Si no sé hacer o no puedo, si no logro hablar, si no consigo hacer de mi vida un testimonio, dame, Señor, por lo menos la gracia «mínima» de libertar a alguien con mi muerte...»

Uno tiene, entre otras, esta pasión de la ira. Pienso que ella puede ser incluso un exasperado «sacramento» de mi amor al prójimo. Modestia de mi ira aparte, las iras de los Profetas, la ira de Jesús, fueron a su tiempo y a su modo un sacramento del cielo de la gloria de Dios y de la dignidad del hombre que a ellos los abrasaba.

Reconozco que cierta ira pueda ser tanto fruto del hígado o del cansancio como expresión de la impotencia social de resolver las tragedias que estallan a los ojos de uno, o reacción ante la pasividad y la «independiente» coexistencia de los grandes y las instituciones.

De todos modos, no sé muy bien qué decir, en la praxis, para quien sufre la opresión en su carne y en su casa:

«Estoy pensando -repensando- estos días en la actitud de lucha social que sería verdaderamente cristiana y, por lo mismo, realista y veraz. No digo "eficiente", en términos de eficacia técnica o lucrativa (o inmediateista). Sé que es una lucha en el tiempo y para la escatología. Sigo pensando que la "violencia" y la "no-violencia" son expresiones desacertadas, la Justicia y el Amor definen más plenamente la verdadera actitud cristiana de una vida comprometida en la renovación del mundo.

Hablar de "no-violencia" siempre se parece un poco a hablar de "no-guerra" con relación a la Paz. Se dice "no-violencia" con relación a la "violencia". Se debería decir "justicia" y "medios justos". ¿Cuáles? ¿Cuándo? ¿En qué medida? Este es el problema de conciencia de cada hora y de cada individuo. Lo cual no significa que no pueda ser también doctrina general, criterios básicos de la Iglesia.

Tal vez falta revisar y definir mejor la moral de la legítima defensa. Yo sé muy bien a qué atenerme si se trata de mi defensa personal. Morir es una fácil solución, quiero decir que es clara para ser asumida personalmente. Ya es menos clara para ser impuesta o pedida a un padre de familia o a un pueblo. ¿Habrá de pensarse en "martirios" colectivos? No sé... Los teólogos han de meditar mucho todavía acerca de la "Teología de la Revolución" (y la "No-violencia"). Y los "violentos" y los "no-violentos" y los "ni-una-cosa-ni-otra" hemos de dialogar mucho todavía.

"Si quieres la Paz, trabaja por la Justicia". Ésta, en todo caso, es una fórmula válida.» (Diario, 7 de junio de 1972).

Lamento la existencia de las guerrillas, admiro la ¿utópica? generosidad de muchos guerrilleros, pero, sobre todo, condeno inexorablemente las causas que provocan las guerrillas. Y, en principio, me parece más digno un guerrillero que un dictador.

Dios sabe cuánto he pedido y buscado la Paz:

«La Paz pedida siempre.
La Paz nunca lograda.
La extraña Paz divina que me lleva
como un barco crujiente y jubiloso.
La Paz que doy, sangrándome de ella,
como una densa leche...»

Y, sin embargo, he escrito también, en esos días de conflictos (de injusticia, de persecución y de represión), que el propio nombre de la Paz me sabía a inercia, a complicidad interesada, a angelismo. De

hecho, con demasiada frecuencia la Paz es sinónimo del Orden establecido, cuando solamente la Justicia es el nombre antiguo y nuevo de la Paz. «Paz, paz, paz y no hay paz», dice el Señor, porque no hay Justicia. ¿Puede alguien ser bienaventurado por buscar la Paz, si no la busca con una abrasada sed de Justicia? Ya sé que Cristo habla de aquella Justicia que es la Gloria del Dios vivo, ¡pero que es también la gloria del hombre vivo!; como que habla del Primer Mandamiento, ¡que es también el Segundo! Sé que «nadie puede hablar de Justicia si no es él mismo un justo»: ¿podrá hablar de Paz aquel que no se desvive efectivamente por construirla en la Justicia?

Creo, en todo caso, que «Él es nuestra Paz». Y a Él me atengo en última instancia, mientras en primera instancia me ensucio las manos y me enturbio y agito el corazón en el barro y en el llanto de la cotidiana lucha por la Justicia de tantos hermanos. «Lucha y contemplación» es el tema de ese Concilio de los Jóvenes que se abrió, un agosto, al socaire de Taizé. Felipe, un muchacho de 22 años que vive entre los gitanos de Grenoble, lo comentaba así: «La lucha es un medio. El fin es el encuentro con Dios, pero ese encuentro es imposible sin la Justicia».

«Para los comunistas -dice Ernesto Cardenal, en el prólogo amazónico con que se ha dignado honrar mis poemas últimos- Dios no existe, sino la Justicia. Para los cristianos, Dios no existe sin la Justicia».

(YJC, 182-185)

Quien me pidió este prólogo al libro-homenaje a *Camilo Torres*, hacía oportunamente una salvedad: «siempre que eso no le comprometa...».

Yo pienso que este prólogo me compromete, sí. Como todo el libro compromete a sus lectores. Como nos compromete a todos Camilo Torres, su vida, su muerte.

Contra lo que pretendía la prensa reaccionaria de Colombia, que respiraba a fondo sobre el «ex-cura bandolero» muerto, el sacerdote guerrillero Camilo Torres no es un pasado bajo una tierra anónima sin flores, «un modesto capítulo de historia» ya cerrado.

Un artista gallego advertía, en la guerra de España: «el fascismo no entierra cadáveres sino semilla». Mucho antes, Jesús enseñaba que el grano de trigo que muere generosamente produce mucho fruto.

Camilo Torres es una causa. La causa de América Latina...

No se trata de justificar sus yerros políticos, de visión o de táctica. Muchos, incluso no enemigos, lo tacharon de ingenuo y de precipitado. (Todos los epitafios acostumbran a ser demasiado breves).

Tampoco sería fácil dilucidar el acierto o desacierto de cada una de sus actitudes frente a la jerarquía eclesiástica, en un tiempo, ya vencido, en que la jerarquía siempre tenía razón. Ciertamente, el procedimiento canónico usado con Camilo Torres no fue modelo de diálogo eclesial.

Apasionadamente, mucho se ha escrito sobre Camilo. Siento, sin embargo, que aún no ha sido estudiada serenamente su figura, como patriota colombiano, como sacerdote, como sociólogo, como militante, dentro del real contexto político y eclesiástico que la produjo.

Porque, en todo caso, Camilo Torres sucedió en el país y en la Iglesia de Colombia. Alguien dijo que sólo en Colombia podía suceder. Por la compacta e inmovilista tradición católica de aquella nación; por la sumisa dependencia que esa tradición ha venido imponiendo sobre las clases desposeídas; por el rotativo juego de poderes, siempre oligárquicos, de las manos de los liberales para las manos de los conservadores; por la consustanciada apariencia democrática en que vive la Colombia nación, justificando la situación de penuria en que malvive el pueblo colombiano...

Muchos -y yo con ellos- no tendrán escrúpulo en calificar a Camilo Torres como un mártir latinoamericano y como un profeta de nuestra Iglesia. Amó hasta el fin. Dio la prueba mayor, dando la vida.

Camilo Torres fue un precursor dramáticamente aislado en la frontera de la Iglesia con el mundo. Reconozcamos que 15 años atrás era difícil entender, muy difícil de aceptar su comportamiento.

Después de Camilo, ha corrido mucha agua entre los Andes y el mar, mucha sangre mártir y guerrillera, ha corrido mucho viento del Espíritu sobre la cardilacerada de América. Medellín ha sido después de Camilo. (¡Medellín, «la blanca» contradictoria Medellín!). Y después ha sido Chile, aunque truncado. Y Nicaragua victoriosa. Y ahora El Salvador de san Romero.

Hombre de contrastes violentos y violentadores, Camilo Torres sólo podía provocar entusiasmo o ira o prevención. De extracción social burguesa, sacerdote privilegiado por sus superiores, catedrático universitario formado en los emporios de la sabiduría extranjera, funcionario público, creativo y solicitado periodista, orador de masa («tribuno», como gustaban decir en la retórica Colombia), Camilo traiciona abiertamente su clase, deja la sotana y se pasa con bagaje y... con armas al lado del pueblo de los suburbios y fábricas y las veredas campesinas, al lado de las fuerzas «ambiguas» de la revolución. Muere en la montaña, como un excomulgado, bajo las balas del orden «legítimamente establecido».

La soledad -la célibe amada- que ciertamente lo acompañó muchas veces, en vida, y sobre todo en los últimos meses de su aventura generosa, lo sigue acompañando también ya muerto, en amplios sectores de la Iglesia y en los círculos mal-pensante y bienvivientes de la sociedad conservadora y liberal de Colombia y del mundo. En Brasil, Camilo Torres todavía hoy es un ilustre desconocido, nombre apenas de la canción de Viglietti para los enamorados de la revolución...

El guerrillero Camilo Torres fue previamente un sociólogo y un pastor. Antes de enrolarse en la guerrilla, estudió, oró, consultó, evaluó, probó mil recursos de opinión pública, de movilización, de organización popular, colaborando incluso en programas oficiales de educación, de cooperativismo y de reforma agraria.

La guerrilla y la muerte fueron el desenlace lógico de un caminar, con ilusiones y yerros posiblemente, pero, a mi modo de ver, heroicamente honesto...

Sociólogo colombiano y hombre de Iglesia, Camilo hizo un amplio y severo diagnóstico de la sociedad y de la Iglesia de Colombia. De la jerarquía, del clero colombiano, ajenos, según él, a las exigencias de la justicia social. (Lo cual le mereció amarga réplica, venganza póstuma, del más conceptuado clero de la Colombia catolicísima). De las «25 familias millonarias», la oligarquía colombiana, que ya se transformó en vértebra y novela del país, y que nunca podría perdonar la traición de clase de un Restrepo, hijo de la burguesía bogotana.

No soy especialista en sociología, menos aún en historia colombiana -historia que aprendí a conocer y a amar, siendo aún niño-, pero considero indispensables los estudios sociológicos de Camilo Torres para entender colombianamente esa época social -fin de carrera, si Dios y el pueblo ayudan- de la historia oligárquica de ese país hermano.

Del diagnóstico, seriamente fundado en estudios, en contactos con la realidad, en perseverante trabajo de organización popular, surgió la decisión de Camilo. Había que romper, «abandonar nuestro sistema de vida burguesa», estar «con los pobres y como pobres», «confiar en los valores del pueblo». Hacer la revolución. Porque «todo reformismo tibio será sobrepasado» y «solamente mediante la revolución se puede realizar el amor al prójimo»...

Su fe se tornó urgencia práctica. Su cristianismo se hizo tarea histórica. Como cristiano, Camilo era un humanista integral, sin dicotomías, un humanista de la persona y de la sociedad. El Hombre se hizo en él pasión, la pasión de su vida. Como entendía que lo había sido en la vida del propio Cristo Jesús «sin el hombre, Cristo sería un redentor inútil». Camilo quería, quiso, «realizar en toda su extensión las aplicaciones, psicológicas, sociológicas e históricas de la encarnación de Dios con todas sus consecuencias».

Para él, siempre sacerdote, el sacerdote ha de ser «un profesional del amor, a tiempo integral». «Descubrí el cristianismo como una vida centrada totalmente en el amor al prójimo; percibí que valía la pena comprometerse en este amor, en esta vida, y por eso escogí el sacerdocio para convertirme en un servidor de la humanidad». Si proclamaba que «solamente mediante la revolución era posible realizar ese amor al prójimo», es porque él exigía -generoso, impaciente- que ese amor fuese «eficaz». «El problema para el cristianismo se presenta en términos de caridad eficaz, o sea, en términos de aquello que constituye la primera prioridad del apostolado en el mundo moderno y de los países subdesarrollados». «Comprendí que en Colombia no se podía realizar este amor simplemente por la beneficencia, sino que urgía una revolución con la cual este amor estaba íntimamente vinculado». «La revolución, repetía Camilo, es un imperativo cristiano»...

Los estudiantes, que Camilo conocía de cerca, con quienes convivió en dialéctica amistad, y todos los impacientes, nuevos o viejos, siempre un poco estudiantes a la hora precisa de actuar, podríamos recoger el consejo que el joven maestro diera solemnemente, en el recinto de la Universidad de Bogotá: «La revolución no se hace tirando piedras a la policía o quemando un carro»... «Es necesario que la convicción revolucionaria del estudiante lo lleve a un compromiso real, hasta las últimas consecuencias». Y añadía con espíritu de ascética revolucionaria: «la pobreza y la persecución no se han de buscar. Pero, en el actual sistema, son las resultantes lógicas de una lucha sin cuartel contra las estructuras vigentes. En el actual sistema, son los signos que autentican una vida revolucionaria».

Todos los que pretenden ser aliados honestos del pueblo; los grupos, fácilmente divididos entre sí, por ese don peculiar de las izquierdas que juegan a dividirse para ser vencidas; y cuantos soñamos con una revolución verdaderamente eficaz, deberíamos desear siempre, con Camilo, ser aceptados como «servidores de las mayorías»; trabajar para que «la clase popular se unifique, se organice y decida», no olvidar nunca que «la revolución se hace a base de hechos y esos hechos el pueblo es quien los realiza».

Incluso los militares menores, los soldados, podrán aprender de Camilo, y con qué benéficas consecuencias para nuestra América drásticamente militarizada, que ellos, paradójicamente, no son más que «campesinos y obreros uniformados», hijos del pueblo a quien dispersan y disparan y prenden o matan...

Los cristianos podemos, debemos recoger de la misa prohibida de Camilo Torres -sacerdote, profeta y mártir- la antigua y nueva lección que el Señor Jesús dejó, en testamento a sus discípulos: amar al prójimo eficazmente, ir, en este amor, hasta el extremo de dar la propia vida.

Qué religión puede ser honestamente confrontada con una revolución social? Dicho de otro modo: la religión, ¿puede ser también revolución? O aún más: *¿puede dejar de ser revolucionaria la Fe cristiana?*

Bien entendida esa afilada palabra «Revolución». En Europa, en mi Europa, en el tristemente real Primer Mundo -que no debería existir, para que hubiese sólo un mundo, humano, en identidades libres y complementarias-, es muy posible que la palabra «Revolución» espante o desencante. ¡Tantas revoluciones se orientaron dramáticamente hacia la muerte, traicionando la llama y la sangre! Hecha esta concesión histórica, si los patricios europeos todavía me permiten la ingenuidad cristiana, me atrevería a proclamar que la Revolución de la que yo hablo es, nada menos que la conversión de la Sociedad: la transformación radical de las estructuras, que oprimen y subyugan, cuando deberían liberar humanamente e interrelacionar en fraternidad. La Revolución no es un mito, ni el mito es una quimera; por lo menos no lo es para nosotros, los hijos de la Amerindia. La Revolución no es un mal. Las banderas de la Revolución que nosotros todavía empuñamos -ingenuos, utópicos, ¡evangélicos!- caen del lado de la vida y de la esperanza de los Pobres, «los condenados de la Tierra», «los preferidos del Padre».

(Del Prólogo a las ediciones estadounidense y alemana del libro de Frei Betto «Fidel y la religión»)

El P. Diez Alegría escandalizó mucho cuando escribió: «Marx me ha llevado a redescubrir a Cristo y el sentido de su mensaje». Por su parte, Javier Domínguez confesaba: «En mí ha sido exactamente al revés: el estudio de la Biblia y del movimiento revolucionario cristiano me ha llevado a la comprensión del materialismo histórico».

A mí, la vida diaria -a la luz de la Fe-, el diario y creciente contacto con los pobres y oprimidos -por el imperativo de la Caridad- me han llevado a la comprensión de la dialéctica marxista y a una *metanoia política total*.

Las familias «murcianas», los suburbios, los obreros, de Sabadell y Barcelona; el campo del Alto Aragón; las familias obreras, los parados, los emigrantes del campo español, las criadas, los golfos de Sabadell, Barcelona y Madrid; los negros colonizados de Guinea y de Nigeria; los favelados, los «operarios», los negros segregados (sic), los nordestinos, los clandestinos y presos y torturados y muertos políticos, de Brasil; las familias retirantes, los posseiros, los peones, los indios y las prostitutas de este Mato Grosso, de esta Amazonía... han sido y son mis jueces, mis maestros y mis profetas en Revolución; a ellos debo esta incómoda traducción del Evangelio de Jesús que ahora intento vivir.

A ellos y a tantos mártires -cristianos sabiéndolo o cristianos sin saberlo-, leídos o conocidos, que dieron su vida por la Causa de los Pobres de la Tierra, por la Causa del Hombre Nuevo. A uno de ellos, el Che Guevara, le dediqué un poema, que apareció en «Clamor elemental» y que ha merecido el escándalo de «los buenos» y el panfleto de la Represión. El poema nació así:

«Por la noche, hasta la once, solos, con la "ciudad" apagada y una inmensa luna despierta, Manuel y yo escuchamos, por el transistor, el final del Primer Festival Universitario de música popular brasileña: "¡Qué bacana!", "Senhora del luar", "Vem, companheiro, ¡Che!" -homenaje y llamada al mártir del Continente.

Otra vez, Che Guevara. Y América. Y la muerte. Y los Pobres. Con una grande Paz, porque sé, en Cristo, que todo es Gracia, y espero en Él a través de todas las circunstancias, por fútiles, dolorosas o paradójicas que éstas sean.

Rezo por el Che. Siento que él, a estas horas, ya conocerá la fuerza suprema de la violencia del Amor. "Sin perder nunca la ternura", había pedido él...

El Araguaia, transido de luna, late a nuestros pies, como una arteria. Siento cerca de mí a muchos amigos concretos. Siento a América Latina. Recuerdo, con paz, la meditación de la mañana, unas palabras de Loew: en el apostolado es preciso saber esperar. Todo eso de las parábolas evangélicas que hablan de las lentitudes de la semilla. Yo aquí, muy poca cosa, ayudo a fructificar el Evangelio -y su Revolución- en esta América del Che que ha de ser de Cristo...

Algún día escribiré un poema a mi amigo Guevara. ¡Dios lo tenga en su Paz!» (Diario, 1 de octubre de 1968).

Y escribí un día el poema:

CHE GUEVARA

Y, por fin, me llamó también tu muerte
desde la seca luz de Vallegrande.
Yo, Che, sigo creyendo
en la violencia del Amor: tú mismo

decías que «es preciso endurecerse
sin perder nunca la ternura».

Pero tú me llamaste. También tú.
(Los dolorosos gritos compartidos.
Las múltiples miradas moribundas.
La inerte compasión exasperante.
Las sabias soluciones a distancia...
¡América, los pobres, el tercer mundo ese,
cuando no hay más que un mundo,
de Dios y de los hombres!).

Escucho, al transistor, cómo te canta
la juventud rebelde,
mientras el Araguaia late a mis pies, como una arteria viva,
transido por la luna casi llena.
Se apaga toda luz. Y es sólo noche.
Me cercan los amigos lejanos, venideros.
(«Por lo menos tu ausencia es bien real»,
gime otra canción... ¡Oh la Presencia
en Quien yo creo, Che,
a Quien yo vivo,
en Quien yo espero apasionadamente!
...A estas horas tú sabes bastante
de encuentros y respuestas.)

Descansa en paz. Y aguarda, ya seguro,
con el pecho curado
del asma del cansancio;
limpio de odio el mirar agonizante;
sin más armas, amigo,
que la espada desnuda de tu muerte.
(Morir siempre es vencer
desde que un día
Alguien murió por todos, como todos,
matado, como muchos...)

Ni los «buenos» de un lado,
ni los «malos», del otro,
entenderán mi canto a tu memoria.
Dirán que soy poeta simplemente.
Pensarán que la moda me ha podido.
Recordarán que soy un cura «nuevo».
¡Me importa todo igual!
Somos amigos
y hablo contigo ahora
a través de la muerte que nos une;
alargándote un ramo de esperanza,
¡todo un bosque florido
de iberoamericanos Jacarandas perennes,
querido Che Guevara!

(YJC, 188-190)

Muchos se preguntan sobre Nicaragua y su futuro con el fantasma del *Marxismo* delante de los ojos. Bastantes preguntas que se me han hecho en torno a mi visita a Nicaragua venían tropezando en los pliegues de ese fantasma. Sandinismo y comunismo serían simplistamente una misma cosa, el marxismo sería una perversidad radical, se puede prescindir de la Historia... Qué va a ser de Nicaragua, fatalmente «comunista», se preguntan los pusilánimes.

En diciembre de 1985, «Jornal do Brasil» publicaba una encuesta sobre «El Marxismo y la Fe cristiana». Tres preguntas. Yo respondí también y me parece oportuno reproducir aquí mis respuestas, para amigos, cristianos o marxistas, que, con o sin fantasmas, me pueden preguntar desde su fe, desde su

militancia. Quiero antes recordar lo que decía a las Comunidades Cristianas de Base aquel agnóstico integérrimo y carismático alcalde de Madrid, don Enrique Tierno Galván: «Dios no abandona nunca a un buen marxista». Añadiendo, por mi cuenta, que la Historia siempre le sale al paso a un buen cristiano...

«1. *La fe cristiana, ¿es compatible con el marxismo?*

-Un cristiano puede ser también marxista, a mi entender, siempre que no haga del marxismo su filosofía de vida y utilice, relativizados, los análisis y prospectos marxistas, relativos y provisorios como todas las contribuciones del pensamiento y de las ciencias humanas.

Otros pensamientos y ciencias -así relativizados- fueron y son considerados, por la Iglesia, como compatibles con la fe cristiana.

2. *¿Cuáles son las contribuciones recíprocas?*

-El marxismo le proporciona al cristiano que no quiera huir del suelo histórico un instrumental de análisis de la realidad socioeconómica, no sustituido hasta hoy por otros instrumentales mejores:

-en lo que se refiere al mecanismo interno del capitalismo como explotación sistemática del hombre por el hombre, del trabajo por el capital, de la necesidad por el lucro;

-en lo que se refiere a la real existencia de las clases sociales y a la lucha (o «conflicto») entre ellas.

El marxismo le presenta al cristiano la vida como dialéctica y la historia como tarea temporal ineludible y controlable, como un proceso de esfuerzos colectivos. No todo es simplemente providencia y don.

La fe cristiana, a su vez, puede proporcionar al marxista perspectivas y respuestas últimas:

-la complejidad del ser humano que es también, mujer, etnia, cultura, gratuidad, espíritu...;

-la apertura a la trascendencia. Dios está ahí, buscado, buscándonos;

-y la apertura a la escatología, como la esperanza de la sobrevivencia personal y no solamente de una diluida continuidad en la corriente de la Historia.

Un marxista no deja de ser, ante todo, una persona, aun siéndolo en sociedad. La muerte no deja de ser la pregunta más exigente de la vida, también para un marxista.

Yendo hacia Nicaragua, me encontré, en el aeropuerto de Panamá, con el patriarca Prestes. Aunque nos veíamos por primera vez, nos abrazamos como viejos amigos. El, al despedirnos, me dijo: "Don Pedro, su cristianismo y mi comunismo son la misma cosa".

Evidentemente que sí y evidentemente que no, podría haberle respondido yo a Prestes. Sí, porque su comunismo y mi cristianismo son la causa de toda una vida, voluntad y compromiso de servir ambos al Pueblo y de transformar radicalmente la sociedad. No, porque mi cristianismo, además de ser una causa y compromiso, es revelación y gracia. Puedo caminar con Marx, como compañero, pero "el Camino", para mí, es Jesucristo.

3. *La Iglesia ha sido acusada durante siglos de ser una institución totalitaria; acusación que hoy se hace más bien al Comunismo. ¿Cómo ambos pueden caminar en sentido democrático?*

-El teólogo de la Liberación, Gustavo Gutiérrez, sugiere, como la mejor manera de contestar críticamente ciertos socialismos históricos, coger en las manos los libros de Marx. Marx no pretendió engendrar dictaduras.

La mejor manera de contestar los totalitarismos de la Iglesia también es con el Evangelio de Jesús en la mano.

Frente a cualquier totalitarismo hay que estimular la participación efectiva del Pueblo en la gestación del Estado y en sus funciones, en la vida de la Iglesia y en sus ministerios. Como pretendemos un socialismo de rostro humano, queremos también una Iglesia con aire popular. (Yo no pido que la Iglesia sea una democracia; exijo que sea más: ¡una comunidad fraterna!).

Si la justicia en toda sociedad es el primer mandamiento, la libertad es el segundo, semejante al primero.

Descentralizar el poder del partido y de las curias. Hacer de la opinión pública, también en la Iglesia, clima normal de convivencia. Tornar la autoridad servicio. Crear mecanismos que controlen el poder del Estado y que mantengan evangélicas estructuras eclesíásticas.»

Con los pobres de la tierra y los pueblos oprimidos

La lucha de la tierra
Los pueblos indígenas
El pueblo negro

1. LA LUCHA DE LA TIERRA

TIERRA NUESTRA, LIBERTAD

Esta es la tierra nuestra:
¡la libertad,
humanos!
Esta es la tierra nuestra:
¡la de todos, hermanos!

La Tierra de los Hombres
que caminan por ella
a pie desnudo y pobre.
Que en ella nacen, de ella,
como troncos de Espíritu y de Carne.
Que se entierran en ella
como siembra
de Ceniza y de Espíritu,
para hacerla fecunda como a una esposa madre.
Que se entregan a ella,
cada día,
y la entregan a Dios y al Universo,
en pensamiento y en sudor,
en su alegría y en su dolor,
con la mirada
y con la azada
y con el verso...
¡Prostitutos creídos
de la Madre común,
sus malnacidos!
¡Malditas sean
las cercas vuestras,
las que os cercan
por dentro,
gordos, solos,
como cerdos cebados,
cerrando, con sus títulos y alambres,
fuera de vuestro amor

a los hermanos!
(¡Fuera de sus derechos
sus hijos y sus llantos y sus muertos,
sus brazos y su arroz!)

¡Cerrándoos
fuera de los hermanos
y de Dios!

¡Malditas sean
todas las cercas!
¡Malditas todas las
propiedades privadas
que nos privan
de vivir y de amar!
¡Malditas sean todas las leyes,
amañadas por unas pocas manos
para amparar cercas y bueyes
y hacer la Tierra esclava
y esclavos los humanos!

¡Otra es la tierra nuestra, hombres, todos!
¡La humana tierra libre, hermanos!

(Cel, 15)

Brasil es un país con casi cinco siglos de latifundio. Esa sería la mayor explicación de *la problemática «tierra»* que padecemos. La ley brasileña reconoce los derechos de «dominio fundiario»: la «posse» u ocupación de buena fe de una tierra reconocida como de nadie y el «título». En la práctica, el derecho que prevalece es el título, que sólo los fuertes consiguen.

La lucha de los «posseiros» contra los terratenientes ya se ha hecho proverbial. Además, estos últimos años el Gobierno ha favorecido singularmente el Latifundio nacional y multinacional (cada vez más multinacional o transnacional) con los llamados «incentivos fiscales» que dispensan impuestos y otorgan otras facilidades a las empresas que invierten en el campo y en el área amazónica principalmente.

Dentro de la actuación irregular, injusta, del mismo Latifundio, otro grave problema social lo constituyen los «peões» o asalariados del campo: hombres, familias, reclutados en las regiones más pobres del país (Nordeste, Norte, Centro), sin ninguna garantía laboral, normalmente sin «carteira» de trabajo y a merced de los intermediarios (gerentes, administradores, contratistas o «empreiteiros», fiscales, capataces, «gatos»).

En esta Amazonía legal la inspección oficial del cumplimiento de las leyes laborales ha sido casi nula. El peón es marginado en el campo; millares han muerto a tiros, a cuchilladas, por la malaria. Muchos salieron de la hacienda... debiendo. La policía habitualmente ha estado y está al servicio de los explotadores. Vale mucho más aquí la vida de una vaca que la vida de un peón.

En las regiones agrícolas del Centro y Sur del país ha surgido, estos últimos años, otro fenómeno de marginación rural: el «boia-fria» (hombre, mujer, niño), contratados para el día en plena plaza pública -como en la parábola del Evangelio-. «Boia» significa rancho, vianda.

Según estadísticas oficiales, hay en Brasil más de diez millones de familias sin tierra o sin tierra suficiente. Yo he defendido muchas veces que Brasil es un Pueblo de vocación agrícola frustrada. Las grandes masas de obreros, de subempleados y hasta de marginales de las metrópolis del país son campesinos prohibidos. Algunos, a pesar de todo, llegan al heroísmo de la militancia y de la fe: Santo Días, el metalúrgico asesinado por la policía en una huelga de Sao Paulo, había sido labrador y «boia-fria».

(Revista «Shupihui», Iquitos, 1981)

La Historia viene de lejos. Como *viene de lejos la codicia de la Tierra* en este Brasil, en todo este Continente latinoamericano. Los sucesivos imperios y las oligarquías de siempre hicieron, hacen, de la Tierra una especie de «capital de reserva» acumulado y un campo de batalla literalmente tal. La Tierra de Brasil empapada -la tierra latinoamericana- está de sangre indígena, de sangre campesina, de sangre «pastoral».

Yo mismo, mi Iglesia local de São Félix do Araguaia, somos testigos de este largo martirio a causa de la Tierra. Y muchas veces he pensado -pienso todavía- que morir, matado, por causa de la Tierra -de la Tierra de los Pobres, libre, repartida- sería una muerte incluso normal para un obispo, para un cristiano, en este Brasil, en esta Patria Grande Amerindia de los latifundios, de las multinacionales, de empresas mineras, de las empresas madereras, de la Seguridad nacional y de la Geopolítica continental.

Callar ante el latifundio -siempre inicuo, productivo o no, siendo particular o de una empresa privada- es aceptar la acumulación, el privilegio, la exclusión de las mayorías, la explotación de la mano de obra barata. Callar ante las multinacionales -el «grande Carajás», el Jica... o la hacienda Suiá-Missu, de la Liqueigás, dentro de la región de la Prelatura- es consentir la división del mundo en primero, segundo y tercero: este último siempre dependiendo del primero y a su servicio; el tercero -para bien del primero- en la miseria y en la ignominia y una creciente mortalidad.

El problema de la tierra es un problema teológico, urgentemente pastoral. «Tierra de Dios, Tierra de los hermanos», proclamaba oportunamente el lema de la Campaña de la Fraternidad de 1986, organizada por la CNBB en el tiempo fuerte de la Cuaresma.

La Tierra es el hábitat, la cultura, la vida, para los Pueblos indígenas. Es el suelo, la comida, el trabajo, para los labradores. Es, en la ciudad, la vivienda, el mínimo de dignidad que una familia humana puede exigir. Porque hay que recordar que el problema de la Tierra es tan agudo en el campo como en la ciudad. Casi la mitad de la población de Sao Paulo vive en favelas o en «corticos» deshumanizantes. El éxodo rural masivo provoca la aglomeración en las ciudades, la desestabilización cultural y familiar, el desempleo acumulativo, la desesperación, la violencia. En cierta ocasión, dentro de una Asamblea Nacional de la CNBB, Dom Paulo Evaristo Arns, arzobispo de Sao Paulo, conversando conmigo, reconocía la «migración» interna -con sus causas y sus efectos- como el mayor problema pastoral de Brasil.

La CNBB como conjunto hace tiempo que está reconociendo la gravedad extrema de esa problemática y está tomando postura con grandes documentos sobre la Tierra rural, sobre el Suelo urbano; exigiendo la Reforma Agraria, potenciando la Pastoral de la Tierra y de las Favelas, denunciando la codicia, la prepotencia y el crimen del latifundio y de sus secuelas. El mismo Papa Juan Pablo II -al que nadie considerará comunista o guerrillero- tuvo que recordar al presidente Sarney lo necesaria que es la Reforma Agraria en Brasil para que se pueda pensar en una democracia...

La CPT -Comisión Pastoral de la Tierra-, después del CIMI -Consejo Indigenista Misionero- ha sido la más feliz -contestada, perseguida, incomprendida, animosa, mártir- expresión de la preocupación pastoral en torno a la Tierra: uno de los más característicos «rostros rurales» de la Iglesia latinoamericana de todos los tiempos. Los labradores de hoy y los historiadores de mañana tienen la palabra.

Los 500 años de la conquista-invasión, de la evangelización más o menos impositiva, que vamos a «celebrar» y a «deplorar» -simultáneamente- son un marco histórico providencial para que de un lado y de otro del océano, en el mundo de los colonizadores y en el de los colonizados, una Iglesia y otra, asumamos la problemática de la Tierra en América Latina, con todo su alcance, como un gran desafío de profecía, de solidaridad y de pastoral. La tierra «robada» a los Pueblos Indígenas -como recordaba el mártir Tupa'i al Papa- y siempre «prohibida» a los «sertanejos», a los «campesinos», debe ser devuelta a sus legítimos dueños, repartida, convivida, pacificada. La «Tierra Prometida» al Pueblo de Dios, a todos sus hijos, debe ser -para credibilidad de la esperanza mayor- una tierra ya en la Tierra...

Un día, acompañando una tala comunitaria, bajo la vigilancia de los pistoleros de la hacienda Bordón, en Serra Nova, compuse un poemilla canción, que después se popularizó Brasil adentro:

«Somos un Povo de gente,
somos o Povo de Deus.
Queremos terra na Terra,
ja temos Térra nos Céus».

(Somos un Pueblo de personas,
somos el Pueblo de Dios.
Queremos tierra en la Tierra,
ya tenemos Tierra en el cielo).

(Del prólogo a «Chiesa e Terra in Brasile», SIAL-ASAL, Roma 1988)

En São Paulo hemos estado reunidos la Dirección Nacional y la Asesoría Ampliada de la CPT. Principalmente, para pensar la *reforma agraria*; para sentir lo que las bases piensan y hacen, reformando ya, transformando el Campo; para abrir mejor los ojos ante la nueva publicidad de reformas agrarias y tierras prometidas que el gobierno ha desencadenado en este año electoral.

Promete el gobierno 300 mil títulos de tierra (hay 10 millones de labradores sin tierra o sin tierra suficiente en este continental Brasil). Esos títulos, en su mayoría, ya son conquista del pueblo; serán apenas reconocidos. Son títulos de sudor y sangre.

La discusión sobre la reforma agraria pasa necesariamente por la discusión de la propiedad privada, por la discusión de la entera sociedad.

¿Con qué adjetivos se quiere esa reforma agraria? Ni economicista ni bucólica, claro está. Unos la temen porque podría estorbar el camino al socialismo. Otros, porque la sienten como un camino al socialismo, inevitablemente.

¿Cómo la siente y la quiere el campesino?

El profesor José Martíns nos recordaba: «no siempre la historia es insurreccional y nunca es mágica». La Reforma Agraria no es un acto institucional, decía alguien. «La gran transformación social acontece a nivel local o no acontece». Lo que no significa que no se deba preparar, localmente, la gran transformación global. La Revolución se hace revolucionando.

El capitalismo nunca hará, sin suicidarse, una reforma agraria que sea para el bien real de la mayoría. Hará reformismos agrarios.

La CPT, en todo caso, apoyará sólo aquella propuesta de reforma agraria:

- en que el propio pueblo labrador pueda opinar, decidir y actuar;
- de modo organizado (a través del sindicato o de la oposición sindical y de esas otras mil formas de organización que el pueblo inventa);
- en orden a una transformación estructural de la sociedad; en orden, pues, a una alternativa socialista, brasileña, latinoamericana;
- que tienda a «rescatar» la tierra para el pueblo labrador y que rescate también el alma campesina y su modo de existencia y de convivencia, su cultura, su religiosidad, su ritmo humano. Sin ruralismos utópicos pero también sin fatalismos urbanos y mecanicistas.

En Ceará se creó el «Catastro de la tierra de Dios», verdadera notaría de la tierra del pueblo.

Una reforma agraria real sólo puede arrancar de la tierra: de las bases populares del campo. Pero será para toda la humana ciudad. No basta ya sólo la «alianza campesina-obrera» sino el bloque hermano popular campo-ciudad. La gran clase popular, politizada, organizada, con militante. La democracia del pueblo, que es la única verdadera democracia. Despacio y con mucho realismo y con mayor esperanza, un día será; va siendo. A ritmo de azada, a ritmo de máquina, a ritmo de pueblo. Y al gratuito sorprendente ritmo del Reino de Dios.

(ERF,132)

La Reforma Agraria no es una «cuestión de conciencia». Decir eso sería como decir que la política, la economía, la administración pública fuesen un problema de conciencia. Y no se trata de un problema de conciencia individual. Es un *problema de justicia objetiva*, de derechos humanos. No depende de lo que yo piense o de lo que me dicte mi conciencia. Es un asunto objetivo.

La tierra es de todos y para todos. El pueblo lo sabe muy bien. La propiedad privada no es un bien supremo inalienable. Eso, la propia «Populorum Progressio», de Pablo VI, lo proclamó explícitamente. Si no entendemos esto no hay posibilidad de convivir con este mundo que camina, y, a mi modo de ver, tampoco hay posibilidad de respetar las exigencias del Evangelio.

Yo exijo simplemente democracia, justicia, libertad; estoy exigiendo socialización, que pienso que es la palabra que mejor puede traducir la «hermandad», como dice el pueblo del sertão, una igualdad. Exijo igualdad. Pero no soy yo, es Dios quien la exige. Unas palabras que me han impresionado profundamente, que creo que son Irene o san Agustín asumirían gustosos, son las palabras de aquella mujer de Riberá Bonito: «La gloria del Padre es así, nadie más alto, nadie más bajo». Ahí está toda la teología de la justicia social, de la socialización, de la fraternidad humana.

(NDA, 125-126)

2. LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Con algunas Iglesias de Brasil los pueblos indígenas están siendo una prioridad. En mi sensibilidad pastoral lo son. Porque es la prioridad más evangélica. Por dos motivos. Primero porque son los más pobres, como personas y como pueblo. No digo que sean los menos felices. Como personas y como pueblo tienen sobre sí la sentencia de muerte más inmediata, la muerte más lógica a partir del sistema. Estorban. Sus tierras, su floresta, su caza, su hábitat maravilloso, este lago Tapirapé... son estímulo, cebo de la codicia de los grandes, de los poderosos, del latifundio, de las carreteras famosas, de la integración nacional, del tristísimo desarrollo (maldito sea el desarrollo en estas circunstancias mortíferas, ¿no?), y del turismo ese.

Por esta condenación a muerte son los indios la causa más evangélica. Son los más pobres. Su sobrevivencia es a menudo cuestión de meses; dos, tres meses; una carretera que rompe, que pasa, que

ataca el organismo indígena que no tiene más reservas. O un simple sarampión se puede llevar una aldea entera.

Y, en segundo lugar, son también los seres más evangélicos porque siendo los más pobres, los más pequeños, los más desamparados, son también los más libres de espíritu, los más comunitarios y los que viven más armónicamente con la naturaleza, con la tierra, con el agua, con la luz, con la fauna y con la flora. Serían ellos, en la expresión antiquísima que actualizó «Ad Gentes», y que a mí me impresiona mucho siempre, serían «las semillas del Verbo»; o, mejor, traduciendo con más precisión, «El Verbo sembrado» en estos pueblos. Uno percibe realmente que está sembrado aquí.

En la medida en que la Iglesia de Brasil, y toda la Iglesia del continente, sepan y quieran hacer las debidas renunciaciones y asuman evangélicamente la causa de los indios, ellos serán realmente un revulsivo para toda la Iglesia y para nuestra sociedad, y por eso mismo una poderosísima fuerza de evangelio.

Pero, claro, para asumir así la causa indígena, hay que despojarse de todo etnocentrismo pastoral, de todo colonialismo. Pero «despojarse». Despojamiento que ha de ser sumamente lúcido, incluso científicamente, y quizá heroico. ¿Cómo no?, si ello implica dejar muchas cosas, pensar de otra manera, renunciar bastante a la propia religión incluso.

Ya no es renunciar simplemente a costumbres, a modos de comer y de vestir, o de ver y de sentir. Ni siquiera se trata de renunciar sólo a las filosofías. Es renunciar incluso a la propia religión. No digo a la fe, claro...

Para hablar del momento actual de la lucha por la causa indígena sería bueno partir de una visión más global, continental. Después de superar una primera fase colonialista (que no describo, ahí están los libros de historia), en la que un Las Casas dijo grandes cosas muy bien dichas, ¿no?... Este es un santo de mi devoción al que le levantaría un monumento -aunque no haga falta- en todas las aldeas indígenas del continente, y delante de todos los conventos de frailes misioneros y de todos los obispos, para que nos entrase por los ojos, hecho piedra y hecho grito, él Las Casas que nos avisó a tiempo y parece que sólo después de cuatro siglos hemos empezado a despertar...

Con una visión así, un poco continental, habría que destacar algunas figuras en varios lugares. En México está monseñor Ruiz; Samuel Ruiz que fue secretario del consejo de misiones del CELAM, figura extraordinaria que merece mucho de los pueblos indígenas y de la Iglesia de América Latina. Se podría destacar también al padre Meliá, catalán en el Paraguay que trabaja con los indios guaraníes, antropólogo y misionero. Y otros antropólogos misioneros, otros núcleos de misión que en varios lugares de América Latina ya hace unos años partieron de una autocrítica, se han despojado del prejuicio religioso latino, romano, occidental, etc., y han sabido distinguir bien entre religión y fe, han asumido los descubrimientos de la antropología, de la etnografía, y han superado incluso el neocolonialismo que hubo en el propio concilio y que se ha dado en el posconcilio. El mismo Medellín, prácticamente, ni siquiera pensó en los indios; a pesar de la lucidez con que Medellín supo enfrentar el continente y sus problemas mayores, ¿no? Y son cincuenta millones de indios en América Latina... Y son pueblos que están por morir, con esas raíces y potencialidades evangélicas...

Varios núcleos misioneros en América Latina han superado esas actitudes neocolonialistas. Aquí, en Brasil, esto se ha dado sobre todo a partir del CIMI, el Consejo Indigenista Misionero, que hace prácticamente cuatro años y medio que funciona como tal. Además de su actual presidente, Dom Tomás Balduino, tiene el CIMI otras figuras que dedican su vida al indio y al CIMI y que ya han sido perseguidos. A varios de ellos y a mí mismo se nos ha prohibido, por parte del propio presidente de la FUNAI, entrar en cualquier aldea india del país, dando incluso orden a los jefes de puesto policial de las diferentes aldeas de que si entráramos deberíamos ser presos automáticamente.

El CIMI ha recogido todo el legado, pasado y actual, sobre todo actual, de la etnología y antropología, que ha dejado de ser no sólo romántica o rusoniana, sino que también ha dejado de ser europeísta y cientifista y se ha vuelto bastante más humana, y más pragmática en el mejor sentido de la palabra. Y ha sacudido la conciencia de todos los misioneros en territorios indígenas o en aldeas aquí en Brasil. Ha sacado publicaciones importantísimas (el propio boletín del CIMI en un monumento histórico), y ha organizado ya siete encuentros de jefes indígenas que marcan historia; desde hacía cuatro siglos no se reunían los jefes indios. Esos encuentros están siendo perseguidísimos, por la FUNAI, por el latifundio y por los poderes económicos, porque saben lo que significa que los jefes indígenas se encuentren; y los indios lo han expresado así. El CIMI ha organizado también cursos de formación pastoral indigenista, teología, antropología, historia de las misiones, todo lo referente a culturas, cursos de lenguas; ha organizado las comisiones regionales...

Es importante decir que en términos político-sociológicos, y en términos pastorales de evangelio, el indio, los pueblos indios, sentidos realmente, asumidos de verdad a partir de una auténtica encarnación, por un lado ofrecen una alternativa nueva a nuestra sociedad capitalista de consumo, y por otro lado nos fuerzan a descubrir el evangelio en su simplicidad. Y por un lado y por otro, en una convergencia maravillosa en que se conjugarían el evangelio con la nueva sociedad, que sería mucho más evangélica, mucho más sencilla,

mucho más armónica del hombre consigo, con la naturaleza y con los otros hombres hermanos (entre los indios no hay neuróticos, no hay locos), me parece que nos dictaría a la iglesia el modo y manera de encarnarnos con el pueblo, que tiene las características del indio pero que no tiene ni la paz ni la felicidad del indio, y que ha perdido incluso el sentido comunitario que aún el indio tiene. Claro, no pretendo negar con esto las raíces en los pueblos indígenas de lo que los teólogos llaman «pecado original». Ya digo que no soy rusioniano. Simplemente comparo una sociedad con otra, y un modo de vivir el evangelio con otro modo, en las mil posibilidades que la vida indígena proporciona.

Para ser sincero, diré que a veces casi no tengo esperanzas reales de que fructifique esta opción en favor de los pueblos indios. Y otras muchas veces sí. Y forzando un poco más la esperanza, digo que sí. Sobre todo si conseguimos que la causa se haga continental. Y que esa querida y siempre dormida iglesia recuerde que no hay que amar en general sino que hay que amar en concreto; y que la pastoral no puede ser nunca una gran teoría, ¿no?, sino que ha de ser un gran amor encarnado, comprometido, arriesgado, enfrentando lo que haga falta. Si se consigue realmente una pastoral continental, y una conciencia e incluso una federación continental de pueblos indígenas -y para eso me parece importante un gran apoyo, incisivo, casi espectacular en el mejor sentido de la palabra-, creo que se podrían salvar los pueblos indígenas.

(DMG, 108 ss.)

Yo creo que *América*, a pesar del tiempo y de los sucesivos imperios y desintegraciones, *debe considerarse AMERINDIA*. No estoy negando las corrientes migratorias que ya se incorporaron vitalmente a esta Patria Mayor. Y desde luego reconozco el derecho que sobre América Latina ha conquistado, a base de humillación y de sangre, el Pueblo Afro esclavo. Sin embargo, creo que América es de raíz indígena y debe recuperar esta identidad madre, como Pueblo y como Iglesia.

Esto significa defender teóricamente y en la práctica la autodeterminación de los diferentes Pueblos indígenas del Continente, su organización en federaciones y confederaciones. Significa apoyar la reivindicación de esos Pueblos sobre sus respectivos Territorios, en muchos casos; y el reconocimiento «oficial», a nivel «nacional», de su lengua, en otros. Y significa la oposición abierta y consecuente a las políticas integracionistas de los diferentes Gobiernos antiindígenas, que son casi todos los Gobiernos del Continente.

La Iglesia, además de entonar un mea culpa mucho más amplio y real por la connivencia y omisión del pasado, debe «convertirse al Indio», superar la tentación proselitista de la «evangelización compulsoria» y llevar simplemente el Evangelio, y no la cultura extranjera, mucho menos el Capitalismo, la dependencia, el consumismo occidental.

La Pastoral Indígena y la Pastoral Indigenista no pueden quedarse en adaptaciones, que siempre terminan por viciar tanto el alma de un Pueblo diferente como el mismo Evangelio de Jesús.

América, en sus diversas naciones, en su entresijo continental, debe reaprender los valores básicos de las culturas indígenas: la ecología espontánea, la comunitariedad, la perenne vivencia religioso-cultural, el antilucro y el anticomunismo del indígena todavía libre.

La artesanía, la música, la danza, la fiesta indígena deberían ser recuperados por América, sin folklorismo y sin primitivismos.

Sé que estoy defendiendo una Utopía. Por eso la defiendo. El Evangelio es siempre la Utopía Mayor.

(Revista «Shupihui», Iquitos, 1981)

La pastoral indigenista es:

- específica, .
- cualificada,
- de emergencia.

En pastoral indigenista, es bueno recordar la constatación de Rahner: «El camino ordinario (por mayoritario) de la Salvación de los pueblos son las religiones no cristianas».

La pastoral indigenista no puede caer en la regionalización de las Iglesias locales o de los Regionales del CIMI o de la CNBB, aislados en sí y desconectados de la global pastoral indigenista de Brasil y de América. La pastoral indigenista ha de ser continental.

(ERF, 84-85)

Yo insisto cada vez más en esto. Es para mí como un dogma de fe: o *el indio se salva continentalmente* o *no se salva*; como, por otra parte, o se transforma continentalmente América Latina o no se transforma. No se trata de un país, sino de toda América Latina. La Patria Grande no es solamente folklore, o romanticismo literario, o movimientos artísticos... No. La Patria Grande es una realidad. Es uno el sistema que nos tiene sometidos a todos. Y va a ser una gran alegría cuando surja la libertad que revivirá a toda América Latina.

Continentalmente son más de cincuenta millones de indios. Y se están haciendo pactos amazónicos a favor no de los pequeños sino de los grandes señores, de las multinacionales. La Amazonía se está convirtiendo en una reserva multinacional. Incluso las reservas indígenas están siendo pasadas a las empresas multinacionales. Los ejemplos son muchos.

Creo que a partir de la muerte del Padre Joao Bosco -por defender a dos mujeres del pueblo- y del padre Rodolfo Lunkenbein -por defender a los indios Meruri- se firmó una alianza de sangre de la nueva Iglesia con esos dos segmentos sociales y étnicos de este país: los indios y los posseiros, que son los marginados sociales por excelencia en Brasil.

Y creo que esta alianza se está ampliando. Es evidente que ni los indios ni los sertanejos se salvarán si intentan salvarse aisladamente. De la misma forma que el hombre de campo no se salvará si no intenta salvarse junto con el hombre de la ciudad, el obrero. El problema es de clases; no debemos tener miedo a la palabra, porque la realidad es ésa. El pobre, de cualquier sector, uniéndose al pobre, al otro, para salvarse, para afrontar la sociedad que explota a todos. Porque uno solo es el enemigo y una sola es también la perspectiva de salvación. Quien da la vida por los otros no está renunciando a su propia vida, sino que la está valorizando como un servicio que da vida. Dar vida, dando la vida... Jesús no buscó la cruz por la cruz... Jesús se vio ante ella a partir del anuncio de la Buena Noticia de la liberación. Dios quiere que nos amemos, que seamos felices. Pero para ello Jesús tuvo que luchar, tuvo que afrontar las clases sociales de su tiempo, el Poder, fuera el Poder romano, el Poder de los fariseos o el Poder de la Ley. Automáticamente él se vio atacado, y su fidelidad al Padre y a los hermanos, a la «buena noticia», al Evangelio, lo llevó a los tribunales de Pilatos. El análisis que hizo, naturalmente, lo llevó a la muerte. Ahora bien, porque dio la vida, dio vida, más que nadie Él, que es la resurrección y la Vida. Su muerte se convirtió en resurrección para todos. Y desde entonces no hay ninguna muerte que sea simplemente muerte. Estoy pensando en el P. Rodolfo Lunkenbein, en el P. Joao Bosco Penido Burnier, y en tantos otros de esta región... No son muertes simplemente naturales, ni muertes simplemente «padecidas». Son muertes vividas, porque tienen una función vivificadora. Lo cual también se puede decir del Che, o de cualquier otro que cayera por un ideal político de transformación. El Che dio su vida fuera de una perspectiva de fe religiosa explícita, pero nadie negará su generosidad. Es evidente que dio su vida sintiendo que la vida continuaba...

(NDA, 185)

Hace tiempo -desde que entré en contacto habitual con las poblaciones indígenas- que siento la desaparición de pueblos enteros como un *absurdo misterio de iniquidad histórica* que me reduce a la más abatida fe. «Señor, ¿por qué los has abandonado?». ¿Cómo puede el Padre de la vida, el Espíritu creador de toda cultura, permitir esos aniquilamientos plurales...?

Para nosotros, los cristianos, para las Iglesias, en cuanto Iglesias, esa tragedia indígena es una acusación histórica nunca suficientemente valorada. Debería ser un remordimiento asumido, una convulsión profética y eficaz. Porque hemos sido más perseguidores que perseguidos.

La generosidad hasta el martirio de muchos misioneros en las Américas; las obras de beneficencia y educación de las Misiones; los gestos proféticos aislados de unos cuantos Las Casas en tiempos pasados y el tardío clamor que algunas Iglesias, también aisladas, alzan hoy contra ese exterminio continental, no eximen a la Iglesia -a las Iglesias- de una culpa histórica de omisión y connivencia, que solamente tiene igual con otra culpa histórica, quizá mayor, de las mismas Iglesias respecto a la esclavitud y el desprecio de los pueblos negros.

(EDP, 220)

A los indios de Roraima

Por el amor de vuestros muertos, por el amor de vuestros hijos, por el amor de vuestro pueblo, manteneos siempre unidos. Cada aldea con su Tuxaua. Los Tuxauas entre sí, como hermanos de un gran pueblo haciendo un consorcio de todas las aldeas de Roraima: Macuxi, Wapixana, Ingaricó, Taurepang, Yanomami, Wai-wai, Maion-gong, Wamiri, Atroari... y otros indios cuyos nombres quizá yo ni siquiera he oído. Todas las comunidades indígenas de este territorio como haciéndose una gran comunidad indígena. La unión indígena hace la fuerza indígena. No os dejéis dividir. No os dejéis comprar. Ni por las amenazas ni por las promesas, ni por el dinero, ni por el aguardiente, ni por la ilusión de la vida de los blancos. Hay mucho indio engañado que dejó un día su aldea y vive ahora rodando y sufriendo y pasando miseria y desprecio por esas ciudades y carreteras de Brasil.

Mantened encendidas, como una hoguera en el corazón de la aldea, vuestras costumbres. Enseñad otra vez la lengua materna a los que ya no saben hablarla. Quien pierde su lengua pierde el alma de su pueblo. Vuestra lengua no es una jerga; llamarla jerga es una ofensa de los blancos a la lengua que vuestros mayores hablaban. Si la tierra demarcada y defendida es el suelo donde un pueblo se planta y crece, la lengua propia es como la sangre que circula por todo el cuerpo de la comunidad.

Vosotros no estáis solos. Todavía hay millones de indios en esta América Latina. Conced la vida, el sufrimiento, las luchas, las victorias, las asambleas de los otros pueblos indígenas de todo Brasil y de toda América.

El hombre blanco, cuando llegó a este continente, metió a todos los nativos dentro de la gamella de un nombre único: «indios». Como si los muchos pueblos de este continente no tuviesen ni nombre ni historia. Y a todos los persiguió por igual, como caza. De todos ellos arrancó la tierra, las costumbres, la paz, la vida.

Vosotros que habéis sobrevivido a tanta persecución y a tanta codicia de los blancos invasores, haced ahora de esa palabra «indios» una sola bandera: la bandera de una gran patria, Amerindia, la América de los Indios unidos, respetados y libres.

El blanco siempre ha hablado mucho de Dios, pero no ha respetado la voluntad del Dios verdadero. Aquel Dios que es el Padre de todas las personas y el Señor único de todos los pueblos está con vosotros, apoyando vuestra lucha. Él es el Dios de la vida y no el Dios de la muerte.

Aquellos que sois cristianos sabéis que Jesucristo no vino al mundo para que los indios dejaran de ser indios. El no es un colonizador blanco. El es el Liberador. El indio cristiano que piensa en dejar de ser indio no puede ser un buen cristiano. Quien niega a su pueblo, niega a Dios, creador de todos los pueblos.

(EDP, 176-177)

Esta tarde hemos celebrado, con la Muerte gloriosa de Cristo, la muerte gloriosa de Rodolfo y de Simáo; la sangre de Tereza, de Lourenzo, de Zezinho y de Gabriel; la angustia y solidaridad de Ochoa, de los Bororo, de los Misioneros Salesianos de Meruri.

El 15 de julio pasa a ser una fecha histórica en la Historia de la nueva Iglesia Misionera. Rodolfo y Simáo son otros dos mártires, perfectos en el amor, según la Palabra de Cristo; el Indio ha dado la vida por el Misionero; el Misionero ha dado la vida por el Indio.

Para todos nosotros, indios y misioneros, esta sangre de Meruri es un compromiso y una esperanza.

¡El indio tendrá tierra! ¡El indio será libre! ¡La Iglesia será india!

Para la solemne misa de su funeral, en la catedral de Goiania, he escrito una «letanía penitencial» que expresa lo que siento acerca de la culpa colectiva, la obstinada ignorancia, que nos toca reparar, como Sociedad y como Iglesia, en nuestro comportamiento para con los Pueblos indígenas:

-«Por todos los pecados de la antigua y de la nueva Colonización que están aplastando durante siglos, a los Pueblos indígenas de nuestra América, pedimos perdón.

-(Perdón, Señor, perdón).

-Por los pecados de la propia Iglesia, tantas veces instrumento del antiguo y del nuevo colonialismo...

-Por el orgullo y la ignorancia con que despreciamos la cultura de los Pueblos indígenas, en nombre de una civilización hipócritamente llamada cristiana...

-Por la expoliación de las tierras del Indio y la destrucción de la naturaleza en que él vive, causadas por el Latifundio y los intereses de las grandes empresas nacionales o multinacionales, o por el turismo irrespetuoso...

-Por la inhumana violencia con que pretendemos transformar las comunidades indígenas en nuevas víctimas de nuestra civilización de lucro y de consumo, con el pretexto de una ilusoria integración...

-Por la incapacidad de descubrir el «Verbo sembrado», las raíces de Evangelio, en la vida simple y comunitaria de los pueblos indígenas...

-Por la falta de solidaridad de la conciencia nacional; por la falta de honestidad o de eficiencia de las autoridades responsables; por la omisión de la Iglesia...

-Porque tantas veces pretendemos aislar el problema indígena del problema global de todos los marginados del país, en la ciudad y en el campo...

-Por la falta de vocaciones dispuestas a encarnarse, como Jesús, en la cultura, en el martirio y en la esperanza de los Pueblos indígenas...

-Por los que mataron a nuestros hermanos Simáo y Rodolfo, por los que encubren este crimen, por todos los que matan, día tras día, al Indio, nuestro hermano...

-Por nuestra falta de esperanza en ese Mundo Nuevo que debemos construir, donde todos los Pueblos seremos libres y hermanos, siendo tu Pueblo...

(MSC, 28-29)

MISA DE LA TIERRA SIN MALES

(Selección)

APERTURA

Todos

En nombre del Padre de todos los Pueblos
Maíra de todo,
excelso Tupa.
En nombre del Hijo
que a todos los hombres nos hace hermanos.
En la Sangre mezclada con todas las sangres.
En nombre de la Alianza de la Liberación.

En nombre de la Luz de toda Cultura.
En nombre del Amor que está en todo amor.

En nombre de la Tierra-sin-males,
perdida en el lucro, ganada en el dolor.
En nombre de la Muerte vencida,
en nombre de la Vida,
cantamos, Señor.

MEMORIA PENITENCIAL

Blancos

Herederos de un Imperio de exterminio,
hijos de la secular dominación,
queremos reparar nuestro pecado,
venimos a celebrar la nueva opción,
Resurrección:

-en la Cena de la Muerte y de la Vida,
la antigua memoria perdida;

-la muerte de los Pueblos del pasado,
en la Fiesta del Pueblo esperado:
Resurrección;

-la Historia de América entera,
en esta Memoria de Liberación;

-en la Pascua del Resucitado,
la Pascua Amerindia
todavía sin Resurrección... Resurrección...
sin Resurrección.

Solo

Yo soy América,
soy el Pueblo de la Tierra,
de la Tierra-sin-males,
el Pueblo de los Andes,
el Pueblo de las Selvas,
el Pueblo de las Pampas,
el Pueblo del Mar...

Del Colorado,
del Tenochtitlán,
del Machu-Pichu,
de la Patagonia,
del Amazonas,

de los Siete Pueblos del Río Grande.

-Yo soy Apache.
-Yo soy Azteca.
-Yo soy Aymara.
-Yo soy Araucano.
-Yo soy Maya.
-Yo soy Inca.
-Yo soy Tupí.
-Yo soy Tucano.
-Yo soy Yanomami.
-Yo soy Aymoré.
-Yo soy Irantxe.
-Yo soy Karajá.
-Yo soy Tapirapé.
-Yo soy Terena.
-Yo soy Xavante.
-Yo soy Kaingang.
-Yo, Guaraní.

Y con canto Guaraní
todo el Resto del Continente,
todos los Pueblos de mi Pueblo,
cantan ahora su lamento.

-Hermanos, venidos de fuera,
si queréis ser hermanos,
escuchad mi canto.

Blancos

-Queremos escuchar,
de corazón abierto,
con la mano del remordimiento
sobre el ara del pecho.
Queremos reparar
la Historia de esta Tierra,
masacre secular.

Solo

-Yo tenía una Cultura de milenios,
antigua como el Sol,
como los Montes y los Ríos
de la gran Lacta-Nama.
Yo plantaba los hijos y las palabras.
Yo plantaba el maíz y la mandioca.
Yo cantaba con la lengua de las flautas.
Yo danzaba, vestido de claro de luna,
adornado de pájaros y palmas.
Yo era la Cultura en armonía con la Madre Naturaleza.

Blancos

-Y nosotros la destruimos,
llenos de prepotencia,
negando la identidad
de los Pueblos diferentes,
todos Familia Humana.

Solo

-Yo era la Paz conmigo y con la Tierra.

Blancos

-Y nosotros te violamos
al filo de las espadas,
con el fuego del arcabuz
quemamos tu sosiego.

Solo

-Yo conocía el oro, el diamante, la plata,
la noble madera de las florestas,
pero eran para mí los adornos sagrados
del cuerpo de la Tierra Madre.
Yo respetaba a la Naturaleza
como se respeta a la propia esposa.

Blancos

-Carabelas del Lucro,
vinimos navegando,
para vender la Tierra,
para explotar lucrando.

Solo

-Yo vivía en la pura desnudez,
jugando, plantando, amando,
engendrando, naciendo, creciendo,
en la pura desnudez de la Vida...

Blancos

-Y nosotros te revestimos
con ropas de malicia.
Violamos tus hijas.
Te dimos por Moral
nuestra Hipocresía.

Solo

-Yo tenía mis pecados,
yo hice mis guerras...
Pero no conocía
la Ley hecha Mentira,
el Lucro hecho Dios.

Blancos

-Y nosotros te revestimos
con ropas de malicia.

Yo era la Libertad,

Solo

no una simple estatua,
Moara en carne humana,
la Libertad viva.
Yo era la Dignidad,
sin miedo y sin orgullo,
la Dignidad Humana.

-Y nosotros te esclavizamos.
Nosotros te sepultamos
en la oscuridad de las minas.
Doblegamos tu cuerpo
bajo los cañaverales.
Y te arrojamos contra
los árboles amados,

Blancos

para cortar madera,
cortando tu espíritu,
el cerne de tu Pueblo.

Solo

-Mi tiempo era el Día y la Noche,
el Sol y la Luna,
las Lluvias y los Vientos generales,
mi Tiempo era el Tiempo, sin horas.

Blancos

-Y nosotros te amarramos
al tiempo del reloj,
a nuestro loco tiempo
de prisas e intereses,
al tiempo-competencia.

Solo

-¡Yo adoraba a Dios,
Maíra en toda cosa,
Tupa de todo gesto,
Razón de toda hora.
Yo conocía la Ciencia
del Bien y del Mal primeros.
La Vida era mi culto,
la Danza era mi culto,
la tierra era mi culto,
la Muerte era mi culto,
yo era un Culto vivo!

Blancos

-Y nosotros te misionamos,
infieles al Evangelio,
hincando en tu alma
la espada de una Cruz.
¡Campanas de Buena Nueva,
en un redoble a muerto!
Infieles al Evangelio

del Verbo Encarnado,
te dimos por mensaje
cultura forastera.
Partimos en mitades
la paz de tu vida,
adoradora siempre.

Solo

-El Amor del Padre de todos
me bautizó con el Agua de la Vida y de la Conciencia
y sembró en mí la Gracia de su Verbo,
Semilla universal de Salvación.

Blancos

-Mientras nosotros te herramos
con un Bautismo impuesto,
divisa de reses humanas,
blasfemia del Bautismo,
violación de la Gracia
y negación de Cristo.

Solo

-Yo era un Pueblo de millones de vivos,
de millones y millones de Personas Humanas,
millones de imágenes vivas del Dios Vivo.

Blancos

-Y nosotros te diezmamos,
portadores de la Muerte,
misioneros de la Nada.

Solo

-Yo os di la belleza del mar y sus playas,
yo os di mi Tierra y sus secretos,
los pájaros, los peces, los animales amigos, servidores,
el maíz de espiga apretada y repartida,
el generoso bulbo de la mandioca
-el pan de cada día-,
el guaraná oloroso de la floresta,
el caldo sedativo del chimarrón del Sur,
el remedio de la tierra enfermera,
el cayuco, volador en las aguas,
el Pau-Brasil de fuego,
nombre del corazón de vuestro País...

Blancos

-Y nosotros te depredamos,
desnudando tus florestas,
calcinando tus campos,
sembrando veneno
en los ríos y en el aire.
Y cercamos con alambre
la Tierra generosa,
separando, por alambradas,
los hombres contra los hombres:
para engordar el ganado

del hambre nacional,
para plantar la soja
de la exportación esclava.

Solo

-Yo era la Tierra libre,
yo era el Agua limpia,
yo era el Viento puro,
fecundos de abundancia,
hinchidos de canciones.

Blancos

-Y nosotros te dividimos
en reglas y en fronteras.
A golpes de codicia
recortamos la Tierra.
Invadimos los plantíos,
invadimos las chozas,
invadimos el Hombre.

Solo

-Yo hacía un camino cada vez que pasaba.
La tierra era el camino.
El camino era el Hombre.

Blancos

-Nosotros abrimos carreteras,
carreteras de mentida,
carreteras de miseria,
carreteras sin salida.
E hicimos del Lucro
el camino cerrado
para el Pueblo de la Tierra.

Solo

-Yo era la Tierra entera,
yo era el Hombre-libre.

Todos

-Y nosotros te redujimos
a Vitrina y Reserva,
a Parque zoológico,
a Archivo-polvo.

Solo

-Yo era la Salud de los ojos,
penetrantes como flechas,
de los oídos atentos,
de los músculos armónicos,
del alma en sosiego.

Blancos

-Y nosotros te sumergimos
en los virus, los bacilos

y las pestes importadas.
Redujimos tu pueblo
a un Pueblo de enfermos,
a un Pueblo de difuntos.

Solo

-Yo vivía embriagado en la Alegría.
La Aldea era una rueda de amistad.
Mis Jefes comandaban,
servidores del Pueblo,
con la sabiduría y el respeto
de quien se reconoce igual al otro.

Blancos

-Y nosotros te embriagamos
de aguardiente y desprecio.
Te hicimos objeto
del Turismo impúdico.
Convertimos tus Pueblos
en una placa de calle,
y tu Saber antiguo
en Tutela de menores.
Pusimos las argollas
de nuestros Estatutos
en tu Libertad.
Arrojamos tu Lengua
a las cuevas del silencio,
y a tus Sobrevivientes
a la cuneta de las carreteras,
a la cuneta de los vivos...
mano de obra barata
en las haciendas y en las minas,
en los burdeles y en las fábricas,
mendigos de los suburbios
de las ciudades sin alma,
restos del Continente
de la gran Lacta-Mama...

Solo

-¡Yo era toda América,
yo soy aún América,
yo soy la nueva América!

Todos

-Y nosotros somos ahora,
aún y para siempre,
la herencia de tu Sangre,
los hijos de tus Muertos,
la alianza en tu Causa.
Memoria rediviva
en la Alianza de esta Pascua.

ALELUYA

-¡Aleluya, aleluya, aleluya.
Todos los Pueblos de la tierra,

de la tierra-sin-males,
alaben al Padre!

-El Evangelio es la Palabra
de todas las Culturas.
¡Palabra de Dios en la Lengua de los Hombres!

-El Evangelio es la llegada
de todos los caminos.
¡Presencia de Dios en la Marcha de los Hombres!

-El Evangelio es el destino
de toda la Historia.
¡Historia de Dios en la Historia de los Hombres!

COMUNIÓN

-Celebrando la Pascua del Señor,
cantamos la Victoria
de toda la Humanidad.
Tribus de toda la Tierra,
Pueblos de toda Edad.
En la carne del Señor
revive toda carne.

Por eso comulgamos toda lucha.
Por eso comulgamos toda sangre.
Por eso comulgamos toda búsqueda
de una Tierra-sin-males.

-Libertados del primer Cautiverio
cantamos el Paso.

Cantando atravesamos
el nuevo Mar Rojo de tu Sangre.
Cantando comulgamos
el Pan de la Libertad.
Cantando repartimos
el Vino de la Hermandad.

Cantando caminamos en la búsqueda
de una Tierra-sin-males.

-Celebrando la Pascua del Señor...

CANTO FINAL

Unidos en la memoria
de la Pascua del Señor,
volvemos a la Historia
con un deber mayor.

Unidos en la memoria
de la Antigua Sujección,
juramos la Victoria
sobre esta nueva sumisión.

América Amerindia
todavía en la Pasión,
un día esta tu Muerte

tendrá Resurrección.

La Pascua que comemos
nos nutre de porvenir,
seremos en tus Pueblos
el Pueblo que ha de venir.

Los Pobres de esta Tierra
queremos inventar
esa Tierra-sin-males
que viene cada mañana.

¡«Uirás» siempre en la búsqueda
de la Tierra que vendrá...
Maíra en los orígenes,
al fin, Marana-tha!

(TSM)

3. EL PUEBLO NEGRO

En nombre de un Dios supuestamente blanco y colonizador, que naciones cristianas han adorado como si fuese el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, millones de Negros vienen siendo sometidos, durante siglos, a la esclavitud, a la desesperación y a la muerte. En Brasil, en América, en la madre África, en el Mundo.

Deportados, como «piezas», desde la ancestral Aruanda, llenaron de mano de obra barata los cañaverales y las minas, y llenaron las «senzalas» de individuos desaculturados, clandestinos, inviables. (Llenan todavía de subgente -para los blancos señores, las blancas madames y la ley de los blancos- las cocinas, los puertos, los burdeles, las favelas, las «baixadas», las cárceles).

Pero un día, una noche, surgieron los Quilombos, y entre todos ellos el Sinái Negro de Palmares, y nació, el Moisés Negro, Zumbí. Y la libertad imposible y la identidad prohibida florecieron, «en nombre del Dios de todos los nombres», «que hace toda carne, la negra y la blanca, rojas en la sangre».

Venidos «del fondo de la tierra», «de la carne del azote», "del exilio de la vida", los Negros decidieron forzar «los nuevos Albores» y reconquistar Palmares y volver a Aruanda.

Y están ahí, de pie, quebrando muchas cadenas -en casa, en la calle, en el trabajo, en la iglesia-, fulgurantemente negros al sol de la Lucha y de la Esperanza.

Para escándalo de muchos fariseos y para alivio de muchos arrepentidos, la Misa de los Quilombos confiesa, delante de Dios y de la Historia, esta máxima culpa cristiana.

En la música del negro «mineiro» Milton y de sus cantores y tocadores, ofrece al único Señor «el trabajo, las luchas, el martirio del Pueblo Negro de todos los tiempos y de todos los lugares».

Y garantiza al Pueblo Negro la Paz conquistada de la Liberación. Por los ríos de sangre negra, derramada en el mundo. Por la sangre del Hombre «sin figura humana», sacrificado por los poderes del Imperio y del Templo, pero resucitado de la Ignominia y de la Muerte por el Espíritu de Dios, su Padre.

Como toda verdadera Misa, la Misa de los Quilombos es pascual: celebra la Muerte y la Resurrección del Pueblo Negro, en la Muerte y Resurrección de Cristo.

Pedro Tierra y yo, que ya prestamos nuestra palabra, airadamente fraterna, a la Causa de los Pueblos Indígenas en la «Misa de la Tierra sin males», prestamos ahora la misma palabra a la Causa del Pueblo Negro, con esta Misa de los Quilombos.

Esta es la hora de cantar el Quilombo que está viniendo: es hora de celebrar la Misa de los Quilombos, en rebelde esperanza, con todos «los Negros de África, los Afros de América, los Negros del Mundo, en Alianza con todos los Pobres de la tierra».

(MQ)

MISA DE LOS QUILOMBOS
(Selección)

ENTRADA

Estamos llegando del fondo de la tierra,
estamos llegando del vientre de la noche,
carne de azote somos:
hemos venido para recordar.

Estamos llegando de la muerte en los ares,
estamos llegando de las turbias bodegas,
herederos de la nostalgia somos:
hemos venido a llorar.

Estamos llegando de los negros rosarios,
estamos llegando a nuestros terrenos,
santos malditos somos:
hemos venido a rezar.

Estamos llegando al suelo de los talleres,
estamos llegando del son y de las formas,
arte negado somos:
hemos venido a crear.

Estamos llegando del fondo del miedo,
estamos llegando de las sordas cadenas,
un largo lamento somos:
hemos venido a loar.

Del Exilio de la Vida,
de las minas de la Noche,
de la carne vendida,
de la Ley del azote,
del «banzo» de los mares...
a los nuevos Albores:
¡vamos a Palmares
todos los tambores!

Estamos llegando de las ricas cocinas,
estamos llegando de los pobres burdeles,
carne vendida somos:
hemos venido a amar.

Estamos llegando de las viejas «senzalas»,
estamos llegando de las nuevas favelas,
margen del mundo somos:
hemos venido a danzar.

Estamos llegando de los trenes de los suburbios,
estamos llegando colgados como locos,
con la vida entre los dientes llegamos:
hemos venido a cantar.

Estamos llegando de los grandes estadios,
estamos llegando de la escuela de samba,
sambando rebeldía llegamos;
hemos venido a contonearnos.

Estamos llegando del vientre de las Minas,
estamos llegando de las tristes chabolas,

gritos silenciados somos:
hemos venido a reivindicar.

Estamos llegando de la cruz de los ingenios,
estamos sangrando por la cruz del Bautismo,
marcados a hierro:
hemos venido a gritar.

Estamos llegando de los altos cerros,
estamos llegando de la ley de la Bajada,
de cuevas sin nombre llegamos:
hemos venido a clamar.

Estamos llegando de la tierra de Palmares,
estamos llegando del son de los tambores,
los Nuevos Palmares somos:
hemos venido a luchar.

EN NOMBRE DE DIOS...

En nombre de Dios de todos los nombres
-Yavé
Obatalá
Olorum
Oió

En nombre de Dios, que a todos los hombres
nos hace de la ternura y del polvo.

En nombre del Padre que hace toda carne,
la negra y la blanca,
rojas en la sangre.

En nombre del Hijo, Jesús, nuestro hermano,
que nació, moreno,
de la raza de Abraham.

En nombre del Espíritu Santo,
bandera del canto
del negro «folião».

En nombre del Dios verdadero
que nos amó primero sin
discriminación.

En nombre de los Tres
que son un solo Dios,
Aquel que era,
que es,
que será.
En nombre del Pueblo que espera
en la gracia de la Fe,
a la voz del Xangó,
el Quilombo-Pascua que lo libertará.
En nombre del Pueblo siempre deportado
por las blancas velas
en el exilio de los mares,
marginado
en los pueblos, en las favelas
y hasta en los altares.

En nombre del Pueblo
que hizo su Palmares,
que aún hará Palmares de nuevo,
¡Palmares, Palmares, Palmares,
del Pueblo!

ALELUYA

¡Aleluía, aleluía, aleluía!
Habla, Jesús, Palabra de Dios:
Tú tienes la Palabra Aleluía...

Hermano que habla la Verdad a los
Hermanos, danos tu nueva de Liberación.
Quilombolas libres del lucro y del miedo,
nosotros viviremos tu Evangelio,
¡nosotros gritaremos tu Evangelio!

Aleluía...
Ningún poder nos callará.
Aleluía, aleluía, aleluía.

Contra tantos mandatos del Odio,
Tú nos traes la Ley del Amor.
Frente a tanta Mentira,
Tú eres la Verdad, Señor.
Entre tanta noticia de Muerte,
Tú tienes la Palabra de la Vida.
Bajo tanta promesa fingida,
sobre tanta esperanza frustrada,
Tú tienes, Señor Jesús, la última palabra.
¡Y nosotros apostamos por Ti!

Aleluía...
Tu Verdad nos liberará.
Aleluía...

MARCHA FINAL

Nostalgia de la tierra que será nuestra,
nostalgia de ver a todos en la libertad,
nostalgia de una vida que va a ser otra,
nostalgia del Reino, mayor salvación,
nostalgia en lucha del mañana,
deseos de Aruanda que un día vendrá.
Nostalgia de la Tierra y de los Cielos
la nostalgia del Hombre que es «saudade» de Dios.
Encerrados en la Noche, durante milenios,
forzamos ahora
las puertas del Día.
Haremos un Pueblo de igual Rebeldía,
haremos un Pueblo de bantús iguales.
Haremos de todos los lares
fraternas «senzalas» sin más.
Haremos la Negra Utopía
del nuevo Palmares
en la única Casa Grande de los hijos del Padre.
Los negros de África,
los afros de América,

los negros del mundo,
en Alianza con todos los Pobres de la tierra.
Seremos el Pueblo de los Pueblos,
Pueblo rescatado,
Pueblo aquilombado,
libre de señores,
esclavos de nadie,
señores de nosotros mismos,
hermanos de señores,
¡hijos del Señor!
Siendo negro el negro,
siendo indio el indio,
siendo cada uno
como nos ha hecho
la mano de Olorum.

Seremos Zumbís, constructores
de los nuevos QUILOMBOS queridos.
En los muros rescatados
de nuestra ciudad,
en los campos por fin repartidos,
en la Iglesia que fue del Rey
ahora de nuevo del Pueblo,
seremos la Ley
de la nueva hermandad.
Iremos vestidos
de palmas de Vida.
Tendremos el color de la Igualdad.
Seremos la exacta medida
de la humana feliz dignidad.
Birimbaos de Pascua marcarán el pie,
el pie quilombola del nuevo Toré.
Por la tierra entera
juntos bailaremos
nuestra Capoeira.
Seremos bandera,
seremos «foliões».
En el nuevo Israel plantaremos
las tiendas de los hijos del Santo.
Los llantos, los gritos, unidos en un canto
de corazones hermanos,
en la lucha y en la fiesta del año entero.

En el rostro de todos los hombres sinceros,
la marca de la tribu de Dios,
la Sangre, señal del Cordero.
Y a la espera de nuestro Quilombo total
-el alto Quilombo de los cielos-,
los brazos erguidos, los pueblos unidos,
serán la muralla al miedo y al mal,
serán empalizada de la Aurora despierta
en los ojos del Pueblo,
de la Tierra liberada
¡en el QUILOMBO NUEVO!

(MQ)

Es que *ha terminado ya la esclavitud de los negros en Brasil?* ¿No hay todavía un tipo de cautiverio que esclaviza al pueblo negro y marca siempre a los negros como si valiesen menos, siempre arrinconándolos?

Aún se habla muy mal del negro. Hay muchos que aún piensan que los negros no valen. Y la ignorancia ha llegado a tal punto que para hablar de un negro bueno hay que decir que tiene «el alma blanca». Como si los blancos fuesen buenos por ser blancos...

Es una solemne mentira decir que en Brasil no hay discriminación racial. El negro en Brasil es despreciado, y casi siempre le tocan los trabajos peores. El 80 por ciento de la población negra brasileña vive en las regiones más pobres, confinada en barracas, ciénagas y favelas.

La misma Iglesia, durante siglos, no ha dado valor al negro. Los negros eran traídos de África como «piezas» y, llegando a los puertos brasileños, eran a un mismo tiempo bautizados y marcados a hierro. La Iglesia callaba, aceptando la esclavitud de los negros.

Se habla de 6 millones de esclavos negros traídos a Brasil. Hoy día, en el país, son 40 millones los negros y mulatos.

Brasil, América, tienen una deuda histórica con esos millones de negros cautivos que, con su sudor, su arte y su alma -fuerte como fuego bajo las cenizas- construyeron la riqueza y el futuro de nuestros países. En Brasil nadie ha trabajado más que el negro y la negra. En los ingenios de azúcar, en las plantaciones de café y algodón, en los desolladeros, en los puertos, en los talleres, en las haciendas, en las cocinas, en las minas, en las carreteras.

Para los negros siempre ha habido cautiverio, hasta hoy. La princesa Isabel los libró en el papel solamente. Pero está llegando el día de los negros, el día en que ellos se liberrarán de verdad. Y todos nosotros, negros y blancos, debemos ayudar para que ese día llegue pronto. Nuestro Dios es un Dios liberador que no acepta ningún tipo de cautiverio.

El día 22 de noviembre de 1965 fue muerto, por los portugueses y bandeirantes, el gran luchador negro Zumbi. En el Quilombo de Palmares, en Alagoas. Quilombos eran unos poblados donde los negros vivían libres y repartiendo entre todos el fruto de sus trabajos. El quilombo de Palmares, con más de 20 mil habitantes, resistió durante 95 años.

En memoria del martirio de Zumbi, el día 20 de noviembre ha sido escogido por los negros de Brasil como el «Día de la conciencia negra».

El negro, el indio, el trabajador del campo y de la ciudad, juntos en el camino, harán llegar el día de la liberación del pueblo. Jesús, pobre y perseguido, pero ya resucitado, abre camino, delante.

(EDP, 78)

Sobre la hora, o tal vez ya fuera de hora, les escribo esta carta. La vida de obispo no es ni mucho menos una vida sosegada de escritor con tiempo. Uno consigue escribir «sobre la marcha», rodando pastoralmente, como quien se dirige a interlocutores más lejanos, en el momento exacto de una preocupación o de una intuición todavía mal decantadas.

Hora de preocupación, en buena medida, es ésta en la que les escribo esta breve aportación personal sobre la «Misa de los Quilombos» y también sobre la «Misa de la Tierra sin males». Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, esas misas «prohibidas», la teología de la Liberación, la andadura de la Iglesia mirada asustadoramente como «Iglesia popular» por parte de quien no está muy cerca del Pueblo... todo acaba siendo un mismo providencial desafío, una misma evangélica tarea.

Cuando Pedro Tierra y yo decidimos escribir la Misa de la Tierra sin males, con ocasión del Año de los Mártires Misioneros (1978), insistíamos en «liberar» en nuestra Iglesia las fuentes de la memoria, del remordimiento y del compromiso. Resultaba demasiado casero, y hasta injusto, celebrar solamente a los tres mártires riograndenses, cuando la sangre que corrió por aquellos pagos -por una fe, por otra fe; llevando el Evangelio, defendiendo la Tierra y la Vida de un Pueblo- fue un verdadero río de martirios amontonados. «Los cristianos estamos habituados a reconocer y celebrar solamente a los mártires que otros nos hacen. Ignoramos tranquilamente los muchos mártires que nosotros hacemos». Así me desahogaba yo, en aquella circunstancia. Y no me parece que se pueda contestar de manera simplista a ese desahogo mío. Los tres y los millares, «unos y otros, (son) Mártires de la Causa Indígena. La Cruz, en medio de todos ellos. Aquellos, muriendo por amor a Cristo. Estos, masacrados "en nombre" de Cristo y del Emperador:

...mártires indefensos

por el Reino de Dios convertido en Imperio,
por el Evangelio convertido en decreto de Conquista».

De esa misma voluntad de «liberar» la memoria, el remordimiento y el compromiso cristianos ante la Historia -todavía más triste- de los millones de esclavos negros que los «cristianos» deportaron y vendieron y utilizaron, nació la Misa de los Quilombos.

Las buenas intenciones de muchos misioneros y las figuras de los no muchos Bartolomé de Las Casas o Pedro Claver no nos permiten borrar alegremente la deuda «cristiana», «eclesial», que hemos contraído con los pueblos indígenas y con el Pueblo Negro. Deuda gravísima, pública, histórica, que debe ser pagada públicamente, históricamente. Veo con mucho recelo los preparativos que se están haciendo -en la Iglesia, en

la Península Ibérica, en Estados Unidos, en América latina- en orden a la celebración de los 500 años del «descubrimiento» (y/o invasión), de la «evangelización» (y/o colonización) de la Amerindia despreciada, prohibida, hoy todavía con «las venas abiertas»...

En la prohibición de la Misa de la tierra sin males, de la Misa de los Quilombos y de la Misa de la Esperanza, el prefecto de la Congregación para el Culto Divino, cardenal Giuseppe Casoria, respondía a la respuesta de Dom Ivo Lorscheiter, presidente de la CNBB: «Permítame, excelencia, poder decir que la respuesta recibida, bien meditada, no parece haber notado el significado válido de la alusión hecha a la llamada Misa de la tierra sin males; ni expresa realmente la esperada respuesta que era de desear, asegurando que en el futuro la celebración de la Eucaristía será como debe ser y es, solamente memorial de la muerte y resurrección del Señor, y no reivindicación de cualquier grupo humano o racial».

Yo estoy plenamente de acuerdo con que «la celebración de la eucaristía es el memorial de la muerte y resurrección del Señor». Ya me gustaría discutir amigablemente ese incisivo adverbio «solamente». Me gustaría también discutir si la Eucaristía puede o no puede ser -siendo verdadera Eucaristía- la «reivindicación» de Justicia, Libertad, Pan, Tierra, Vida «de cualquier grupo humano o racial». Quien celebra la muerte del Señor ya reivindica toda la Vida. Quien celebra su Resurrección reivindica la Liberación plena de las personas y de los pueblos. Su Pascua es nuestra Pascua. En su muerte entran todas las muertes, en su Resurrección viven, sobreviven, todas las esperanzas. Desde los primeros días de las comunidades cristianas, reunidas para celebrar la Cena, los mártires fueron presencia incluso física en la mesa de la celebración. Los «mementos» de la Misa siempre pretendieron incluir, dentro de la Memoria de Aquel Muerto Viviente que nos incorpora salvándonos, la memoria de los otros vivos y de los otros muertos con los que formamos cuerpo en su Cuerpo, con quienes caminamos en la misma Esperanza, a quienes debemos justicia o amor, cuya cruz «completa lo que falta a la Pasión» del Crucificado...

Teologías y liturgias aparte, ponderaba yo, también, refiriéndome a esa prohibición vaticana: «¡Cuántas eucaristías hemos celebrado los sacerdotes, obispos y papas para conmemorar una dudosa efemérides cívica o militar o para agradecer el donativo, sacrílego tal vez, de un príncipe, una empresa o una madame».

Que la Misa sea Misa, que sea la Liturgia conocida y vivida por todos los cristianos como oración pública de la fe, como celebración del Misterio Pascual más fundamentalmente. Presérvense en todo el mundo aquellos gestos, palabras y el sentido básico de la Eucaristía, que caben en toda cultura y en cualquier hora histórica -si la fe es verdaderamente supracultural y católica-, hagamos del Memorial del Señor no otro rito rutinario, culturalmente impuesto, ni una arbitraria dramatización o show. Pero que la Misa sea siempre aquella «memoria subversiva» que purifica y compromete a la Iglesia de Jesús. Ofrezcamos también en la Misa «el fruto de la tierra y del trabajo del Hombre», así como la cultura y la historia de los Pueblos. Incorporemos todo sacrificio al Sacrificio. Comulguemos el Cuerpo entero, Cabeza y miembros. Permítannos celebrar la Misa hoy, aquí, nosotros. Con nuestra fe, personal y comunitariamente vivida, trayendo al altar de Dios las concretas luchas, sufrimientos y esperanzas de sus hijos. Hay por ahí demasiada Misa aséptica, que ya no es la Cena del Señor para los «asistentes» descomprometidos o atolondrados.

Yo sigo creyendo en la catolicidad de la Iglesia. Y por eso la quiero católica. En su Liturgia también. Creo demasiado en la Eucaristía -memorial de la Muerte y Resurrección de mi Señor Jesucristo- como para que acepte verla reducida al marco estrecho de una cultura o de una época. Del oriente del sol hasta su ocaso se debe celebrar la Eucaristía, según la exultante constatación de los antiguos Padres. Amerindia, Africana, Asiática, Europea, es siempre la Pascua de Jesús, nuestra Pascua. Hasta que El vuelva.

(Revista «Sem Fronteiras», Sao Paulo, 1983)

En la pasión de la Patria Grande

Superación de los camuflados colonialismos
Futuro de la Iglesia Latinoamericana
Dificultades para las comunidades de base
Viaje a Nicaragua
En qué no es posible la neutralidad

AMÉRICA LATINA

Sobre su larga muerte y esperanza
desnudo el cuerpo entero
-la palabra, la sangre, la memoria-,
definitivamente será mi cruz
América Latina.

Dios, pobre y masacrado,
grita al Dios de la Vida
desde esta colectiva cruz
 alzada
contra el sol del Imperio y sus tinieblas,
ante el velo del templo estremecido.

Mañana será Pascua
-porque El ya es mañana para siempre-.
(Revestida de llagas y sorpresas,
vendrá por el jardín
 la Libertad,
 hermanos.

Y hay que poner ternura en las quenás despiertas
y quebrar los aromas solidarios
y conminar el miedo del sepulcro
desarmando a los guardas).

Pero hoy todavía es Viernes Santo.
Todos somos testigos,
entre dados y lanzas,
mientras la madre llora sobre el hijo caído.

Yo no quiero negarme a ese misterio. ¡Yo no
quiero negarte!

América Latina
será mi cruz
definitivamente.

(TE, 62)

El despertar de África me había ganado, y representaba una nueva superación en mi conciencia de los *camuflados colonialismos* que en un tiempo sólo conocí como Descubrimiento y Evangelización. América ya no era sólo una gloriosa singladura de la heroica España navegante. Conocí, es cierto, una cara triste de la Cuba de Fidel Castro por algunos exiliados, casi niños, que llegaban a Madrid y que yo acompañé; pero yo sabía también bastante de la Cuba de Batista y del imperialismo yanqui y de las dinastías de verdugos latinoamericanos y de la situación de hambre, de analfabetismo y de explotación del Continente nuevo y de todo el Tercer Mundo y del pueblo-pueblo de los mundos segundo y primero.

En Guinea Ecuatorial aprendí muchas cosas de cerca. Y recuerdo bien las amargas confidencias de ciertos líderes negros, con las cuentas que pasaban los blancos, a los misioneros.

Después he acabado de entender, y hasta de sentir toda la ganga de racista superioridad, de dominio endiosado y de inhumana explotación con que se han descubierto, colonizado y, muchas veces, evangelizado los nuevos mundos. «Colonizar» y «civilizar» ya han dejado de ser para mí verbos humanos. Como no lo son,

donde vivo y peno, las nuevas fórmulas colonizadoras de «pacificar» e «integrar» a los indios. Imperialismo, Colonialismo y Capitalismo merecen, en mi «credo», el mismo anatema.

Me repugnan los monumentos a los descubridores y a los ban-deirantes. El monumento a Anhanguera en pública plaza de Goiania me duele físicamente. Me llenaría bastante más ver algún monumento a Las Casas o al sertanejo anónimo. Y me gustaría ver mucho más críticamente purgada la Historia de los Pueblos colonizadores y la Historia de las Misiones cristianas. Cuando leí «Entierren mi corazón en la curva del río», me avergoncé una vez más -con perdón- de ser «occidental», «español» y «cristiano»: por lo que el libro evocaba de tantos lugares y hechos de penetración civilizadora...

Sé bien que la raíz del colonialismo sigue, terca, en nosotros, como una naturaleza de superioridad etnocentrista. Nosotros somos los majos. Esas «pobres gentes» a las que somos enviados... No ha acabado, ni de lejos, el colonialismo eclesiástico -por ventilar los trapos sucios de casa-. En teología, en liturgia, en derecho, en pastoral, somos engreídamente europeístas, intelectualizantes, latinos, romanos y, por añadidura, de la Congregación tal o de la Iglesia de origen cual.

(YCJ, 176)

QUENA DE VIENTO Y PUEBLO

1. Decir «compañero» ahora,
en nuestra Latinoamérica,
es decir
hermano en lucha,
carne de una igual masacre,
fuego de igual esperanza.

Decir «compañero» ahora
es hacer la Nueva América
libre de otras Compañías,
¡compañeros!

2. Madre Iglesia,
madres:
no se pierde el hijo
que se va al Pueblo.

3. -Ustedes están bien,
muy bien, en esta sala,
nos prevenía en quechua
el buen maestro indio;
allá fuera ya es otra cosa, hermanos...
no hagamos de esta sala
la América soñada
que pueda ser un día,
que aún es, hermanos.

4. ¡Ay, frágil Libertad,
espacio donde el aire se hace incómodo
como un útero abierto!

5. Que el reclamar la tierra
no sea apenas levantar un viento
que provoca aguaceros aplaudidos,
y pasa el viento
y sigue igual el mundo...

6. -«Poder sobrevivir en este mundo,
this is the black question»,
decía el Hombre Negro.

7. No le pongas ropa blanca
a ese niño que bautizas.
El niño es negro

y la Gracia no es blanca.
Dale apenas
-Dios le dé-
vida nueva al niño negro.

8. Guillermina
Colombia
sin rostro todavía.
Rostro mujer de América, sufrido.
Mansa palabra fuerte,
linterna de las minas,
ama de casa, dueña mañanera
¡del Nuevo Mundo próximo!

9. El Pueblo
no puede huir
del pueblo en masacre.
(El agente, quién sabe,
va y viene
del pueblo al pueblo,
según el viento,
según el riesgo...

10. Maldito sea el hospital
que mata vidas por nacer.
Maldito sea su padrino
el Banco Mundial.

11. El Pueblo es el doctor.
El sabe cuándo y cómo
hacer el parto.

12. Frente a un solo Goliat,
muchos David
unidos,
con la honda y la piedra;
y también, a su hora,
con la espada tomada del gigante.

13. Convergencia de luchas
en la lucha.
Confluencia de arroyos
en el río del Pueblo.
Desde el monte y la aldea,
desde el campo y los barrios.

14. América India todavía
¡Madre en la Libertad y en la Sabiduría!

América ayer Española
¡desplazada novia!

América Libre Nueva mañana
¡Hermana!

15. Poned oído atento,
que viene con el viento de la Sierra
una diana de flautas;
que viene con el viento de la Mar
una diana de flechas.
América está hablando
en la lengua primera

de los indios
hermano.

16. Teoría de lutos y semillas
sobre mi corazón,
collar indígena,
cordón umbilical
entre el pueblo presente del pasado
¡y el futuro imposible que ya llega!

17. Tus cañas de azúcar,
tus flautas rebeldes,
nos llamaron, Cuba.

Todas tus Hermanas
irán despertando
hacia la mañana.

18. Y tú, pequeña Nica,
no eres la menor de mis ciudades,
dice el Señor;
porque de ti ha nacido
mi hija, Libertad,
mi hijo, el Hombre Nuevo.

(Guerrillera bordada de ternura,
flor de liberación, abanderada,
sacramento-guerrilla de la América Nueva,
¡Nicaragua!).

19. Viernes Santo del pueblo,
El Salvador prosigue en su agonía
la Misa de Romero.

Con llanto de esperanza,
el pueblo alumbra el Día
de El Salvador en Pascua.

20. La estola que tú me diste
se derrama, en cada Misa,
por mi cuerpo,
Guatemala...
¡Toda la Sangre de Dios,
la sangre de todo un pueblo!

21. Niña precoz,
hermana primogénita
de la Liberación
que se conquista.

Niña novia del Día prometido,
bautizada en la sangre,
grávida de esperanza.

Quiero abrazarte, América,
por tu cintura ardiente,
¡Centroamérica nuestra!

22. Cada India de América
tiene un nombre y un rostro.
Dejadla ser igual a su hermosura,
aun siendo hermana igual de todo un Pueblo.

23. Primero sea el pan,
después la libertad.
(La libertad con hambre
es una flor encima de un cadáver).

Donde hay pan,
allí está Dios.
«El arroz es el cielo»,
dice el poeta de Asia.

La tierra
es un plato
 gigantesco
 de arroz,
un pan inmenso y nuestro,
para el hambre de todos.
Dios se hace Pan,
 trabajo,
 para el pobre,
dice el profeta Ghandi.

La Biblia es un menú de Pan fraterno.
Jesús es el Pan vivo.
El universo es nuestra mesa, hermanos.
Las masas tiene hambre,
y este Pan
 en su carne,
 destrozada en la lucha,
 vencedora en la muerte.

Somos familia en la fracción del pan.
Sólo al partir el pan
podrán reconocernos.
Seamos pan, hermanos.

Danos, oh Padre, el pan de cada día:
el arroz o el maíz o la tortilla,
¡el pan del Tercer Mundo!

24. Y ponemos también
delante de tus Ojos creadores,
delante de los nuestros, absortos por el miedo,
el mecanismo tricontinental
de la pobreza libre
que contempla
y lucha en la esperanza...

25. «El amanecer
dejó de ser
una tentación».
Para ser una opción
y un largo desafío
de todo sueño humano.
Dejó de ser apenas mío
para ser nuestro, hermano.

26. Que el Pueblo tenga en sus manos
el Pan de la Eucaristía,
puesto que el pueblo hace el pan.
La tierra y su esposo, el Hombre,
produzcan la Eucaristía,

culto vivo del Dios vivo.

27. La sangre derramada
es una voz
 que se recoge, viva,
 en la carne del Pueblo
 que es la tierra.

28. Su Sepulcro vacío,
nuestros sepulcros llenos
de pueblo masacrado,
¡anuncian la Mañana!

29. Quiero plantar
en esta Amazonía
mi libre grito humano,
mi protestante fe liberadora,
la derramada antorcha de mi sangre.

Yo sé que la semilla
será un día cosecha convocada.

(CEL, 3-12)

Cómo ve el futuro inmediato de la Iglesia Latinoamericana, del Celam?

-Felizmente, la Iglesia latinoamericana es una cosa y el CELAM otra. Dicho sea esto y lo que voy a decir con tanto respeto como fraterna libertad y colegialidad corresponsable.

No soy futurólogo. Respondo a esta entrevista tres días después de la ascensión de Reagan. Y traigo estos días, entre las manos de la aprensión, El Salvador, Guatemala, nuestra América, como una creatura herida, perseguida a muerte. Tampoco quiero darle a Reagan una fatídica importancia mayor. Estados Unidos ya no es lo que era, ni en Europa ni en América Latina. Pero es demasiado aún.

Los Gobiernos militares dictatoriales del Continente, incluso los pseudodemocráticos, evidentemente serán presionados con mayor poderío por la política de Reagan y de su belicista secretario Heig. Y los Pueblos en camino de Liberación -El Salvador, sobre todo, Guatemala- serán violentamente reprimidos. Lo son ya. Nicaragua va a pasar por una dolorosa posrevolución.

En este contexto -que es político, social y económico- la Iglesia latinoamericana va a ser particularmente desafiada en su opción por los Pobres y por la autonomía de los Pueblos. Ahí es donde el CELAM, en hora menos buena, jugará, me temo, un triste papel. Lamento decirlo, pero debo decirlo para ser sincero. La intervención del CELAM en Nicaragua justifica esta melancólica previsión.

Creo que el anticomunismo y el antimarxismo apriorístico y fanático sigue impidiendo muy ciegamente la libertad de postura y de acción de gran parte de la Iglesia latinoamericana. De su jerarquía, de sus cuadros de clase media. (Aún me pregunto si se trata más de un anticomunismo que de un procapitalismo...).

La Iglesia Católica en el mundo entero hace hincapié en presentarse como neutral políticamente. Reconozcamos que no lo es. En América Latina lo más «oficial» de nuestra Iglesia es más bien demócrata. En un Continente oprimido bajo el capitalismo dependiente, esto equivale a hacerle el juego al Imperio: equivale a traicionar al Pueblo.

Creo también, como ya dije, que somos más romanos que católicos, más latinos que católicos. Por eso no sabemos reivindicar, ni de palabra ni por hechos, la justa identidad diferente de las Iglesias particulares y de toda una Iglesia continental, dentro de la única Iglesia de Jesucristo.

Nuestra Teología, nuestra Liturgia, nuestra Pastoral (no digamos nuestro Derecho Canónico) son todavía hoy latinoamericanos sólo en honrosas y sospechosas excepciones. Todos sabemos los dolores de la Teología de la Liberación. La CNBB ha pasado por lances casi grotescos para conseguir de Roma ciertas aprobaciones, que no siempre ha conseguido.

Creo, sin embargo, firmemente en el Espíritu de Jesús que se manifiesta a lo largo de todo el Continente, a través de las Comunidades Cristianas Populares. Creo apasionadamente en la fuerza caudalosa del Martirio de tantos cristianos, de tantos hijos de Dios, en esta América masacrada. Como se dijo en las angustiosas vísperas de Puebla, la marcha de la Iglesia popular -que es muy ortodoxamente católica- es irreversible. El Pesebre y la Cruz lo son.

Debo destacar también, entre las señales de la Esperanza, la capacidad y la dedicación, a veces, heroica, de nuestros teólogos; la creación y el funcionamiento de tantos organismos de documentación, de

estudio y de promoción pastoral que vienen proliferando en América Latina. Así como la nueva Vida Religiosa que la perseguida CLAR ha posibilitado providencialmente.

No puedo negar, porque está a la vista, la involución de nuestra Iglesia en muchos sectores de su jerarquía y en muchas comunidades más indefinidas. La figura de Juan Pablo II y su proclamación de la identidad católica pueden favorecer, en parte, ese replegamiento. Siempre hay aprovechados, cuando el miedo es mucho y el espíritu de pobreza y de libertad poco.

Desde Brasil, el CELAM aparece como hispanoparlante. Lo cual no es sólo un problema de idioma. Porque, además, el Episcopado brasileño es muy numeroso y la nación brasileña es grande y hasta fuerte. (Los pequeños episcopados de ciertos pequeños países latinoamericanos sienten de otro modo la prepotencia del CELAM). Ese organismo, que yo quisiera ver con muy buenos ojos de Esperanza, debería ser nuevamente un estímulo colegial, una caja de resonancia de las mejores vibraciones del Espíritu y del Pueblo en América Latina, un servicio a la peculiar identidad de nuestra Iglesia. Por ahora, me temo que no lo sea...

(Revista «Shupihui», Iquitos, 1981)

Las mayores dificultades que se registran en la constitución de las *comunidades de base* tienen tres orígenes: el propio Pueblo, la Iglesia y el Gobierno (o más ampliamente *el Régimen, el Sistema*).

a) El Pueblo católico de Brasil -la mayor población católica del mundo- es heredero del rancio catolicismo portugués, italiano, español... Roma, en un momento histórico significativo, marcó férreamente la religiosidad brasileña. La Jerarquía, el Clero, las estructuras eclesiales, se impusieron sobre un Pueblo sometido, dependiente, esclavo.

Sin entrar en disquisiciones y reconociendo la rebelde libertad con que el alma del Pueblo (indígena, negro) sobrevivió a la dictadura eclesial, hay que aceptar que el Pueblo católico de Brasil se había acostumbrado a la sumisión pasiva, al formalismo hasta supersticioso, al monólogo del cura, a la veneración exorbitada al obispo. Cuando el obispo pasaba por la calle, los frijoles se quemaban en la cocina. Delante de cualquier problema, de cualquier especie de reivindicación, la recomendación era: «Vaya a quejarse al obispo».

Así las cosas, no era fácil que este Pueblo-Iglesia se desdoblase vitalmente en Comunidades «autónomas», «democráticas», realmente participativas.

Hay otras dificultades. La gran masa es analfabeta o semianalfabeta. Y una comunidad -que ya no es cultura oral primigenia- necesita comunicarse también por la lectura, por el intercambio de documentos. El miedo a la represión, la tensión diaria e imprevisible de la lucha por la sobrevivencia, las distancias urbanas y rurales en este país continente y -aunque parezca un chiste- la televisión, han sido -y son aún- factores que vienen dificultando la formación y la vitalidad regular de las comunidades Eclesiales de Base en Brasil.

b) La Iglesia era aquí y aún es, en buena parte, esta Iglesia vertical que acabo de apuntar. Tenía además la Iglesia una larga sospecha, alimentada secularmente, frente a la religiosidad popular, tan ecléctica en este país del candomblé y la macumba. Por añadidura, la experiencia, supuestamente anárquica y hasta antijerárquica de las Comunidades de Base en Europa, suscitaba prevención en los obispos y en el clero brasileños. Sea dicho esto sin cargar las tintas. La verdad es que la marcha torrencial de las Comunidades Eclesiales de Base en el país arrolló todas esas prevenciones y estereotipos. Y ahora las CEBs se cuentan, como antes se contaban las confesiones y comuniones, por millares...

La realidad es que hay Comunidades y Comunidades. Depende de la línea pastoral de cada Iglesia particular, fundamentalmente. O de la línea pastoral de cada sacerdote, de cada monjita, de cada agente que, a veces, saben «desobedecer» evangélicamente al señor obispo... (?)

c) El Gobierno -recuerdo que hablo también del Sistema y del Régimen- no puede ver con buenos ojos ese movimiento popular que concientiza, subleva legítimamente y provoca la organización del Pueblo. En la época más dura de la represión, todo lo que olía a comunidad popular era brutalmente desarticulado. Se llegó a la tragedia y al ridículo. Ahora, con la perspectiva de las elecciones del 82, se ha levantado nuevamente el oleaje de insinuaciones y calumnias sobre la supuesta infiltración -marxista, naturalmente- en las Comunidades de Base. El Gobierno sabe que su partido, el PDS, no es popular. El Gobierno sabe de la fuerza popular que las CEBs tienen en la formación de la conciencia y del compromiso político de millones de brasileños. El Gobierno y sus jerifaltes deben saber también que ya se fueron aquellos tiempos de la política de los «coroneles» y del cabestro.

El PT (Partido de los trabajadores) tiene una amplia audiencia dentro de las Comunidades de Base; como también la Tendencia popular del PMDB (Partido del Movimiento Democrático Brasileño). Y esas son las dos fuerzas mayores y más auténticas de la Oposición Partidaria.

Algún cardenal, algunos obispos, algunos grandes de la prensa y del dinero, han hecho eco sumiso a la alarma del Gobierno. Olvidando la otra infiltración, el control oficial sobre las Comunidades, la presencia de agentes policiales disfrazados entre las mismas y el intento de imitación de las CEBs por parte del «Nuevo Mobra-Acción Comunitaria» -movimiento de educación oficial que pretende esconder su fracaso readaptándose y absorbiendo el trabajo ajeno-. Como decía san Agustín, el diablo haciendo de mico de Dios.

(Revista «Shupihui», Iquitos, 1981)

A REAGAN

Te excomulgan conmigo los poetas, los niños, los pobres de la tierra:
¡Óyenos!
Hay que pensar humanamente el mundo.
No te hagas el Nerón.
No estás filmando, mico de pantalla:
¡eres el mandatario de una grande nación!
(Yo le diré a tu pueblo que limpie para siempre
la mierda que ha pegado a su bandera tu bota de cowboy.
¡Y le diré que sepa, cuando vota,
que puede estar vendiendo mucha sangre y su honor!).

Habréis embriagado de Coca-Cola el mundo,
pero queda algún lúcido para decimos ¡no!
El lucro y el poder de vuestras armas
no pueden alcanzar mayor cotización
que el llanto enfebrecido de un niño de color.
La raza de los Hombres ya no está para imperios.
Reagan, escucha: el sol
nace sol para todos
y llueve el mismo Dios
sobre todas las vidas que ha llamado a la fiesta.
Ningún pueblo es mayor.
Haz tu patio en tu casa,
¡respétanos!

Raquel te sabe, Herodes,
y habrás de responder por tu desolación.

La estrella de Sandino te acecha en la montaña,
y en el volcán despierta un solo corazón:
¡como un mar de coraje la Nicaragua niña romperá tu agresión!

La sangre de los mártires sustenta nuestros brazos
y en nuestras bocas se hace cántico y surtidor.
Tú nunca has visto la montaña, Reagan,
ni has oído en sus pájaros la voz de los sin voz.
Tú no sabes de vida,
ni entiendes de canción.
No nos vengas ahora con morales hipócritas,
genocida que abortas todo un Pueblo y su Revolución.
La mentira que intentas darle al mundo (y al papa)
es la droga mayor.
Exhibes Libertad (en exclusiva)
y cercenas los pasos de la Liberación.

«Los Estados Unidos son potentes y grandes»...
All right! «We trust... in God».
Podéis creeros dueños, puedes tenerlo todo,
incluso dios, tu dios
-el ídolo sangriento de tus dólares,
el maquinal Moloch-,
¡pero te falta el Dios de Jesucristo,
la Humanidad de Dios!
¡Yo juro por la sangre de Su Hijo,
que otro imperio mató,
y juro por la sangre de América Latina
-preñada aurora, hoy-

que tú
serás el último
(grotesco)
emperador!

(NCP, 85-86)

LA ROSA CONVOCADA

Todos los que entendéis directamente
la locura sensata del Quijote,
el brazo levantado de Las Casas
conminando al Imperio y a la Iglesia,
la onda de Neruda
despertando la sangre y los volcanes.
(El solitario ojo de Camoens
obsesionado sobre el mar las velas).
Todos los que queremos ser nosotros:
blandamos esta lengua
que fue conquistadora,
tornándola bandera de conquistada libertad, hermanos.
Hagámosla, entre todos,
fraterna servidora del Canto primigenio,
intérprete novicia del Mito sofocado,
biznieta recobrada de los Muertos rebeldes.
¡Digamos
a una voz
la consigna del Día!
(Mañana será tarde nuevamente.
La libertad nos besa con urgencia de cita).

Convoquemos los pétalos
de todos los acentos -a veces fratricidas-
en una sola rosa declarada:
América Amerindia, Afro-América, América Criolla,
¡la Libre Patria Grande!

(CEL, 25)

CENTROAMERICA NUESTRA

Como un volcán en ti,
la paz de la Justicia.
Bandera de los Pobres,
como un viento de luchas,
la Libertad, en ti.

Centroamérica nuestra,
toda en dolor de parto,
futura como el Reino,
diaria como el llanto.

Maíz de tierra y sangre, madura, la Esperanza.
Amor en cada piedra, tatuada de Historia.
Tortilla compartida, la Pascua verdadera.
Eje del Mundo Nuevo, ¡Centroamérica nuestra!
Calladla, eruditos, fariseos.
Dejadla en paz, los grandes, invasores.
Veladla, de rodillas, los pequeños.
(Dios la tenga en sus manos, día y noche,
como un pájaro en vuelo).

Que nadie aborte el sueño que late en la montaña.
Que nadie apague el fuego que dora de promesa
las lonas del exilio.
¡Que nadie vista el día
desnudamente nuestro
que nace de la noche en Centroamérica!

(TEP)

São Félix do Araguaia, 1 de octubre de 1985

Queridos hermanos, compañeros de Esperanza:

Debía esta carta a cuantos -obispos, entidades, amigos- me han acompañado públicamente con su solidaridad en mi viaje a Nicaragua. Envío también esta carta a otros hermanos que están interesados en esta *causa común de Centroamérica*: sus Pueblos, sus Iglesias. Por esos Pueblos, por esas Iglesias, pasa el futuro próximo de nuestros Pueblos e Iglesias, en toda esta Patria Grande.

Algo deben de saber de mi viaje, por los medios de comunicación, aun con las tergiversaciones o el silencio cómplice con que las grandes agencias tratan a Nicaragua, Guatemala, El Salvador...

Y esta es una primera constatación: *estamos muy mal informados*. Durante las tres primeras semanas de ayuno del P. Miguel D'Escoto, en Estados Unidos no apareció una sola noticia sobre el particular. Y la «Voz de América» anunciaba cínicamente el fin de un mes de ayuno como el término de unas «vacaciones». Y anunciaba el secuestro de la «Flotilla de la Paz» -detenida por las bandas de Pastora- como «un show montado por el Gobierno Sandinista». Mis declaraciones en Sao Paulo, ahora, de regreso, fueron prácticamente silenciadas, a pesar de haber sido muy concurrida la rueda de prensa. El mayor desespero del Pueblo de Guatemala -que vive en una continua masacre genocida- es no ser oído, ser sistemáticamente ignorado.

Otra constatación irrefutable es que Nicaragua está en guerra, hace más de cuatro años, *en una guerra de agresión, financiada y dirigida por la Administración Reagan*. Muchos grupos pacifistas lo vienen denunciando públicamente. Decir que se trata de una «guerra civil» es ignorancia crasa o complicidad. Asesores militares, armas, equipamientos, subvenciones y publicidad de la contra-revolución son norteamericanos. Una mujer de Santa María -último municipio de Nicaragua, en la línea fronteriza con Honduras- analiza lúcidamente esta guerra: «...es el propio Estados Unidos quien hace que ellos ("los contra") vengan a hacernos todas esas crueldades. Parece que ese señor presidente de los Estados Unidos no quiere que este pequeño país de Nicaragua sea libre, porque él nos quiere dominar».

Honduras y Costa Rica son utilizadas por el imperio -sometidos los respectivos gobiernos- como refugio de los mercenarios que entran y salen por las anchas fronteras montañosas; también son utilizadas como campamentos de entrenamiento y para los secuestrados y como plataforma de contrainformación a través de potentes emisoras. Pérez Esquivel, el premio Nobel de la Paz, me contaba, horrorizado, el clima de agresividad que se ha conseguido crear en Costa Rica contra la vecina Nicaragua. Honduras, tan sufrida en su población campesina, es utilizada de tal modo que quedará socio-políticamente traumatizada por muchos años.

Esta guerra significa un *profundo desgaste para la nación nicaragüense*. No hace falta que llegue la invasión abierta. Nicaragua ya está siendo «invadida» por la agresión militar, por el terrorismo sistemático, por el bloqueo económico, por la contrainformación, por la manipulación religiosa. El 40 por ciento del presupuesto nacional ha de emplearse en la defensa directa. Los jóvenes viven movilizados. Decae la producción; el proceso de alfabetización -que redujo el analfabetismo de 68 a 12 por ciento- se siente afectado; hay precariedad en Nicaragua, y hasta carestía. En la montaña, sobre todo, y en la frontera, se vive frecuentemente bajo el terror. Los campesinos trabajan de día y vigilan de noche. «Soy delegado de la Palabra, productor y defensor», me confidenciaba un labriego de El Escambray, en la «mera frontera».

He *visto mucha muerte, mucho dolor*, muchas madres con hijos caídos, muchos huérfanos, muchos mutilados, muchas familias con parientes secuestrados, muchos nicaragüenses preguntándose por el futuro, viviendo «desasosegados por la Paz», como ponderaba un campesino. Los secuestros de hombres, mujeres y niños -sobre todo de animadores de las comunidades cristianas y responsables de la educación y de las organizaciones populares- son pan amargo de cada día. Las muertes más brutales, las torturas y mutilaciones, las violaciones, la destrucción de viviendas y plantíos, de poblados, escuelas, cooperativas, centros agrícolas... En pocos meses casi 400 escuelas se vieron obligadas a cerrar, en el sector campesino de Nicaragua. Doce mil muertos nicas se calculan, como víctimas de toda esa agresión.

La «contra» -compuesta de ex guardias somocistas y parientes suyos, de mercenarios y de algunos campesinos secuestrados-normalmente actúa drogada.

La manipulación de la religión -los nombres de Dios, del Papa y de Reagan, invocados por la «contra» como un solo nombre de guerra- y *la división interna de la Iglesia* son otro drama de la Nicaragua actual. Las comunidades de la ciudad y del campo y sus agentes de pastoral agradecieron conmovidamente mi presencia y la solidaridad humana y eclesial de Brasil. (Nunca me he sentido más brasileño. Yo era «el obispo de Brasil», así recibido, anónima y colectivamente muchas veces). Desgraciadamente no pude dialogar con la jerarquía católica de Nicaragua. Ella no respondió a mis cartas. Envié, sí -y era su derecho- una nota de protesta a la CNBB, por mi presencia en Nicaragua. Yo sabía que mi viaje sería conflictivo, pero consideraba esa conflictividad evangélicamente inevitable. Así lo expresé en mis cartas, como también manifestó en ellas el carácter personal del viaje, respaldado, eso sí, por 23 hermanos obispos y por muchos organismos y amigos brasileños.

He de lamentar que la jerarquía nicaragüense no se manifieste abiertamente contra la agresión externa y en favor de la autodeterminación de su pueblo y de toda Centroamérica. En Nicaragua resulta evidente que la jerarquía está contra el proceso revolucionario, o declaradamente o por submisión o por una especie de pacto corporativo. El cardenal Obando es utilizado como bandera, por la burguesía y por el antisandinismo en general, dentro y fuera del país, en Miami sobre todo. Monseñor Bosco Vivas, auxiliar en Managua, en titulares de periódico a página entera acusaba a la supuesta «Iglesia popular» de «comunista y atea». Monseñor Pablo Vega, presidente de la Conferencia Episcopal Nicaragüense, justificaba, hace dos semanas, en Bonn, de Alemania, la petición de ayuda (a Estados Unidos, se dejaba entender) porque en Nicaragua, según él, se conculcaban los derechos humanos. Amnistía Internacional, en su último informe, afirma que en Nicaragua no hay violación de los derechos humanos (y sí en El Salvador, en Honduras, y en Guatemala, países que, según el Departamento de Estado Norteamericano, son agredidos por Nicaragua...). El mismo monseñor pretendía, también en Bonn, desautorizar las elecciones que su país realizó y negaba motivación religiosa a cuantos fuimos a Nicaragua para unimos a la «insurrección evangélica». Por esas fechas, en el tribunal internacional de La Haya, la Administración Reagan era procesada por su agresión contra el Pueblo nicaragüense.

He oído a muchas personas sufridas del Pueblo lamentándose de la distancia y de la incomprensión de sus pastores. En varias diócesis, haciendo oposición a los centenares de Delegados de la Palabra -heroicos servidores de la Iglesia durante tantos años, mártires muchos de ellos, todos en riesgo constante- se promueven ahora, en una especie de alternativa, otros Delegados, con carnet oficial eclesiástico. Un obispo llegó a decir que su diócesis estaría muy bien si no hubiese en ella ni sacerdotes extranjeros ni religiosos. Y un portavoz de la Curia de Managua, dos años atrás, llegó a brindar, delante de muchos compañeros sacerdotes, por la pronta llegada de los marines yanquis... La visita del Papa permanece como una herida abierta en el corazón de muchos nicaragüenses. No hay posible neutralidad en esa patria dilacerada por la dictadura somocista durante 40 años, conquistada después por la Revolución, atacada ahora por la agresión imperialista.

Sin embargo, para quien acepte mi testimonio, puedo afirmar delante de Dios y de la Iglesia, que, después de recorrer buena parte de Nicaragua y en contacto directo con sus comunidades eclesiales de base y sus agentes de pastoral, *no he encontrado un solo sacerdote, religiosa, delegado de la Palabra o catequista que pretendiese una «Iglesia paralela»* o negase el ministerio episcopal. Por mi parte siempre insistí en la unidad fundamental de la Iglesia de Jesús, dentro de un pluralismo adulto y comprensivo; insistí también en la oración y en el compromiso real con los pobres y con sus procesos históricos.

Hay mucha fe en Nicaragua, a pesar de todo; mucha religiosidad popular. Como hay mucha combatividad y conciencia, y ternura y hasta alegría. La «Insurrección Evangélica» y la solidaridad de tantos hermanos de fuera ha reanimado allá la fe conturbada de muchos. De eso también soy testigo. En esos días de mi viaje me he afirmado en la convicción de que la Iglesia en Nicaragua y en toda Centroamérica debe ejercer primordialmente *la pastoral de la consolación y la pastoral de la frontera* -entendida ésta geográfica y socio-políticamente-, para así mantener aquella credibilidad que la nueva situación de esos Pueblos martirizados y en proceso de Liberación exige. Credibilidad que condicionará la propia credibilidad del Evangelio y hasta la credibilidad del Dios Vivo.

Hablar de persecución religiosa en Nicaragua sería algo muy grosero. Ha habido errores concretos, en la expulsión de algunos sacerdotes, por ejemplo, como los mismos dirigentes sandinistas reconocen. Muchos menos «errores», sin embargo, que en otros países que todos conocemos como «democráticos» o como «demócra-tacristianos»... En Nicaragua nadie es incomodado por su fe. Las celebraciones religiosas ostensivas, de innegable carácter artisan-dinista, se repiten diariamente.

También sería grosero hablar simplemente de censura. Hay la censura que la guerra exige y e norma internacional. «La Prensa» -diario de la oposición, portavoz de la Religión y de la Iglesia «antisandinistas»- habla, miente y calumnia a sus anchas, como yo mismo lo he podido comprobar todos estos días.

Que no hay contradicción «entre Cristianismo y Revolución» es mucho más que un slogan; es vivencia de miles y miles de nicaragüenses, comprometidos con el Evangelio y con su Pueblo.

Y también he visitado *Cuba* -dos días y medio-. Cuba vive un tiempo nuevo para la fe cristiana, como lo reconoce la misma Iglesia del país. Soy testigo también de los logros que el pueblo cubano ha alcanzado en la salud, en la educación, en la producción. Hemos de abrir el corazón y el Evangelio a esa Isla admirable. En Cuba me entrevisté con el Nuncio Apostólico. Y también con Fidel Castro.

En *El Salvador* -un día y una noche apenas- visité el «hospitalito» y el sepulcro de nuestro San Romero de América, así como dos «refugios» estremecedores. Hay medio millón de salvadoreños dentro del país y más de medio millón fuera, refugiados. La Administración Reagan entrega diariamente un millón de dólares al gobierno salvadoreño contra la Insurgencia Popular.

No entro en mayores detalles, por ahora, acerca de esas dos visitas a Cuba y a El Salvador, muy «tocantes» para mí.

En San Salvador fui recibido muy cordialmente por el arzobispo Mons. Rivera y Damas, presidente del CEDAC, consejo episcopal centroamericano. En Panamá me entrevisté con el arzobispo Mons. Mac-Grath, presidente de la Conferencia Episcopal Panameña, con el Nuncio Apostólico de Panamá y con Monseñor Rodríguez, presidente de la Conferencia Episcopal Cubana.

Todas estas personalidades eclesíásticas de América Central sienten el drama de la región como gravísimo y concuerdan en la necesidad de una urgente acción conjunta por parte de la Iglesia, en favor de la Paz y la autonomía de aquellos Pueblos triturados.

Termino, hermanos. Podría escribir libros de recuerdos entrañables y de desafíos inaplazables para todo latinoamericano, para los cristianos mayormente.

A nadie le exijo que sienta por Nicaragua el cariño que yo siento por ella, más ahora después de haber visto su Tierra, su Pueblo, su Historia candente. Quiero entre tanto, agradecer a todos -en nombre de la misma Nicaragua que así me lo manifestó repetidas veces- el apoyo que Vds. me dieron en ese viaje de comunión. A todos les pido además, hermanos y compañeros, *una efectiva solidaridad con Nicaragua y con toda Centroamérica*. A los compañeros obispos que me respaldaron públicamente les pido que inviten a sus Iglesias a *un día de vigilia mensual* por Nicaragua y por Centroamérica. A todos les pido que se inscriban en *los Comités de Solidaridad* y que colaboren efectivamente con las campañas que se vayan organizando. Esos mismos comités y la Embajada nicaragüense, en Brasilia, podrán mantenerlos al corriente. Pido a todos que vivan informados y que informen. Hemos de romper el bloqueo del silencio y de la mentira. Que corra la denuncia, que corra el anuncio: la mala-buena-noticia de muerte y resurrección que están viviendo nuestros hermanos centroamericanos. Su sangre —pobre y generosa— ha de caer en nuestros corazones, hecha eucaristía. Hagamos nuestra la palabra profética de una nica sobreviviente de la masacre de Wiwilí. Traspasado de dolor le contaba a Teófilo Cabestrero: «Yo quedé vivo para contarlo, para que esto tenga historia y el mundo sepa».

Confío en la voluntad de Liberación de esos Pueblos heroicos y creo en la sangre torrencial de sus mártires. Creo plenamente en el Dios de la Vida, Padre de los Pobres, y en su Hijo, Jesús, el Libertador total. De nuestra parte, ¡vamos a forzar la llegada del Día, compañeros!

Abraza a todos con mucha amistad, en esta Esperanza y con este Compromiso, su hermano, Pedro.

(CAB)

Por el solo hecho de recibir de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador (CDHES) el pedido de una declaración en favor de los *Derechos del Niño Refugiado Salvadoreño*, yo me siento profundamente avergonzado, ante Dios y ante la Historia.

Avergonzado de ser hombre y avergonzado de ser cristiano. Impotentemente irritado, a pesar de mi esperanza.

Porque ya hace años que América Central es una llaga viva. Y el occidente, llamado cristiano, y con demasiada frecuencia la propia Iglesia de Jesús, vienen presenciando con pasiva connivencia, cuando no con abierta participación, cómo el neocolonialismo y la oligarquía y la represión militar -que es prisión, tortura y muerte- diezman esos pueblos menores de la cintura de América.

Y la pesadilla criminal se nos ha hecho rutina de noticiario, o ha dejado incluso de ser noticia ante un balón de fútbol...

No voy a hacer ninguna declaración. Toda palabra apenas palabra, me parece un sarcasmo. Malditos seamos del Dios vivo los que fuéramos capaces de asistir pasivamente al dolor de Centroamérica.

Isaías, Jeremías, Amós... conminarían con la ira de Yahvé nuestra sociedad y nuestra Iglesia insensibles.

La declaración está ahí, inexorable. El que tenga oídos para oír el llanto de un niño exiliado, que oiga. El que tenga ojos para ver los rostros exangües de madres e hijos refugiados, que vea.

A veces, en mi corazón, yo le he pedido a Juan Pablo II que se venga a Centroamérica, antes de que sea tarde, si quiere hacer visitas de Buen Pastor. Su Polonia reprimida y la misma absurda guerra de las Malvinas no pasan de una dolorosa enfermedad frente a la masacre sistemática -verdadero genocidio- que decapita poblaciones enteras en Guatemala y El Salvador.

Quinientos mil refugiados, de los cuales un cuarenta por ciento son niños; desnutridos, traumatizados, prematuramente condenados a morir, muchos de ellos. «Muertos antes de tiempo», lamentaría nuestro profeta Las Casas.

Ser niño, ser refugiado y ser salvadoreño son hoy, en nuestra sociedad estúpida, como tres estigmas acumulados en una sola misteriosa fragilidad.

Todo lo que hagamos por esos niños, por sus madres, por esos pueblos pequeños -los menores de Judá, Pulgarcitos de América; y, sin embargo, codicia de los prepotentes- no será más que salvar nuestra propia condición de personas humanas.

Todos esos niños son hijos nuestros; sangre de nuestra sangre, derramada; alma humillada de nuestra propia alma.

¡Salvemos a los niños de El Salvador, para salvarnos a nosotros mismos!

Lo menos que podemos dar es dinero, publicidad, protesta, mili-tancia. Y la apremiante oración. No le estamos haciendo un favor a CDHES. Pagamos, tarde y mal, una deuda común.

Los que tengamos el coraje de llamarnos cristianos y asistir impasiblemente a esa tragedia de Raquel - que llora sobre sus hijos- o de soltar apenas una oración esporádica, un discurso ocasional o un cheque displicente, no tendremos respuesta en la cara, cuando el Soberano Juez nos pregunte, sin apelación, en aquel último Día:

-Yo era un refugiado en la carne de un niño salvadoreño (en Honduras, la militarmente utilizada por el Imperio, o en Nicaragua, cuya libertad el Imperio quiere impedir, o en Belice, o en Costa Rica, o en Panamá, o en México, o en los subterráneos de Guatemala, la india mártir)... ¡Yo era un refugiado en la carne de un niño salvadoreño, y tú no me atendiste!

Hermanos de la Comisión de los Derechos Humanos de El Salvador, cuenten conmigo, en todo, hasta la muerte.

Antes que el Justo Juez, nos juzgarán esos niños. Y yo quiero que me juzguen desde su fraterna libertad, limpiamente conquistada por sus padres, por sus abuelos, por sus hermanos mayores.

Esos niños, flores de llanto y sangre, anuncian el futuro diferentes de sus pueblos ahora prohibidos.

Contra toda esperanza y contra todo poder, y por causa del Resucitado que fue muerto y está vivo, yo creo firmemente en la resurrección de Centroamérica.

Niña precoz,
hermana primogénita
de la liberación
que se conquista.

¡Niña novia del Día prometido,
bautizada en la sangre,
grávida de Esperanza
y violada!

Quiero abrazarte, América,
por tu cintura ardiente,
¡Centroamérica nuestra!

(EDP, 180-183)

CANTO DEL TIEMPO MAYA

Sopla el viento consignas
por las duras almenas
y las piedras palpitan, como senos preñados,
revestidas de carne combatiente.
El tiempo es Tiempo Maya.
Con verde terquedad,
al sol de todos,
yergue el maíz paterno
sus millones de antorchas.

Entre el poder y el miedo,

transitorios,
muchos brazos custodian la insurrecta alborada.

Indígenas, no más,
sin credenciales,
allá en los campamentos -las tiendas del desierto-
los refugiados en su propia tierra
esperan regresar:
-Regresaremos
cuando en Guatemala
la democracia
ceda
lugar
a la Justicia;
cuando sea cristiana
la Verdad
y no el nombre.

Yo vuelco en garzas blancas
sobre el campo, reseco y conculcado,
mis presagios profetas.
Cae la tarde como un desafío
de incitantes penumbras
delante de los montes
que se las saben todas.
Dolor y furia y canto desbordados,
el Agua Azul viene de Historia adentro,
y sube de la eterna tierra maya
como un cuenco hervoroso de promesas
la sangre de los mártires.
El tiempo es Tiempo Maya.
-Seremos otra vez un Pueblo libre,
la nueva Guatemala
Con almendrados ojos
veremos nuevamente la hermosura.
Veremos los quetzales caseramente nuestros.
Cruzaremos los cerros prohibidos, hermanos,
en continua oleada de paz y fértil canto.
Cerraremos la herida de la impuesta frontera.
Barreremos, por fin, del calendario
tantos «días nefastos».
Sabias manos capaces
de darle al mundo opaco
luces de artesanía,
tejeremos la vida de colores,
trenzaremos la Historia de sorpresas diarias,
trabajadas en Paz y con Justicia
por el telar del Pueblo.

El tiempo es Tiempo Maya.

(TEP)

Qué piensa la Iglesia de Brasil acerca de las transformaciones que actualmente se dan en Centroamérica? ¿Qué significó para la Iglesia brasileña la muerte de Monseñor Romero?

-Desgraciadamente hay que constatar, una vez más, que las dos Américas -la hispana y la portuguesa, digamos, para entendernos- se desconocen mutuamente. Como se desconocen, de un modo alarmante, América del Sur y Centroamérica. Más concretamente, los grandes países sureños nunca se han sentido interesados por esos «Pulgarcitos» de la cintura de América. Lo que sucede con nuestros Pueblos, acontece con nuestras Iglesias. El enemigo, que es uno solo, nos conoce mejor. Es evidente que se ha ganado terreno

por parte de algunos grupos comprometidos y también por algunos sectores de la Teología y la Pastoral continentales, hasta en la esfera ecuménica.

Tengo la impresión de que la Iglesia de Brasil se puede dividir en tres alas, por lo que se refiere a su actitud frente a las transformaciones de Centroamérica.

Hay un ala, conservadora, que estaría más en la línea del actual CELAM. Ella se ha sobresaltado con la revolución de Nicaragua, por ejemplo, y no quisiera asistir a una revolución semejante en El Salvador o en Guatemala. Para ella, todo peligro se reduce fácilmente al Comunismo.

Una segunda ala vive más o menos superficialmente de las informaciones de la Televisión y de la Prensa. Sabe que se mata a mucha gente en Guatemala y en El Salvador. Sabe lo que se dice: América Central es un polvorín, etc., etc.

Una tercera ala, minoritaria, pero bastante significativa, me parece, acompaña de cerca las vicisitudes de esos Pueblos y de esas Iglesias hermanas. Ve con apasionada simpatía y, últimamente, con temblorosa expectación, la Nueva Nicaragua. Lamenta el repliegue, que considera antiprofético, de la mayor parte del Episcopado Nicaragüense cuando Nicaragua está necesitando más una postura profética rebosante de buen riesgo y mejor esperanza. Creo que posiblemente tanto El Salvador como Guatemala no tengan otra salida que la salida de Nicaragua. No se trata de una salida belicista o revolucionaria por capricho. Hay un realismo histórico que se impone. Ojalá, digo yo con esta Iglesia, se pudiese evitar el derramamiento de una sola gota de sangre hermana.

El CELAM de López Trujillo, con su intervencionismo que uno sinceramente no sabe cómo justificar, ha favorecido, sin duda, la actitud prevenida o hasta adversa de las dos primeras alas de la Iglesia de Brasil ante las vicisitudes del Pueblo y la Iglesia de Centroamérica.

La oscura victoria de Reagan, presidente a falta de otro en la otra América imperialista, carga de interrogantes sombríos el horizonte de Centroamérica. No faltará quien aspire más hondo con la llegada de Reagan al poder y a la mayor intervención.

La muerte de Monseñor Romero y sus últimos años de vida proféticos han sido juzgados según los parámetros de esas tres visiones que acabo de insinuar.

Creo, sin embargo, que una mayor parte del episcopado y de la Iglesia de Brasil se ha inclinado con veneración ante la figura mártir de Romero.

Para la Iglesia «que nace del Pueblo por el Espíritu» -como decimos aquí y creemos que así es-, Monseñor Romero es san Romero de América, Pastor y Mártir, un verdadero Patriarca de la Profecía y del Testimonio Pastorales en el Continente, una señal de contradicción salvadora. Más tarde se contará la historia eclesial de América Latina -la historia de su Jerarquía, más concretamente- por el antes y el después del martirio de Oscar Romero. (Angelelli y Valencia Cano, otros dos grandes Pastores víctimas, murieron, digamos, más clandestinamente).

Yo pienso, con otros, que deberíamos dedicar una entrañable atención a la Pastoral de Nicaragua en este tiempo salvífico de Reconstrucción nacional del país de Sandino. Nicaragua, para el bien del Pueblo y para la credibilidad de la Iglesia latinoamericanos, no puede fallar.

(Revista «Diálogo Social», Panamá)

En amor, en fe y en revolución no es posible la neutralidad.

Misionero muchos años en São Félix do Araguaia, al norte del Estado de Mato Grosso, dentro de la Amazonía brasileña, me siento ya profundamente latinoamericano. Sin embargo, continúo siendo un hombre del Primer Mundo, yo también, a pesar de que mi vieja querida España haya parecido tantas veces solamente como un suburbio tolerado del Primer Mundo ese...

Como hombre del Primer Mundo, a todos los posibles amigos del Primer Mundo que lean este mi libro «Nicaragua, combate y profecía», quiero pedirles que se fijen en las indiscutibles razones fundamentales que las personas del Primer Mundo olvidamos y que la Nueva Nicaragua ostenta gallardamente delante del Tribunal de la Haya o delante del tribunal de cualquier conciencia humana sensible al Derecho Internacional, a la Libertad y a la Paz, a la Identidad de los Pueblos y a su Autonomía, y a la Igualdad de todas las Naciones.

La libertad no puede quedarse en una estatua. No es un privilegio de unos supuestos «grandes». Estados Unidos no es «más» que Nicaragua ni Europa es «mejor» que África.

El general-patriarca Augusto César Sandino, figura mayor en la lucha contra el imperialismo norteamericano, escribía estas palabras proféticas:

«Nosotros (...) no protestamos contra la magnitud de la invasión. Los Estados Unidos se han metido en los asuntos de Nicaragua durante muchos años. (...) Cada día es más pronunciada su intervención. (...) Dice usted que los gobiernos de Honduras y de El Salvador me son hostiles. Peor para ellos. Mañana se arrepentirán de su actitud. Toda Centroamérica está obligada moralmente a unirse contra el invasor...»

La excusa del anticomunismo que Reagan y otros como él acostumbran a dar no justifica de ningún modo esa agresión, ni el imperialismo permanente que sojuzga a Centroamérica, ni el colonialismo secular o la miseria establecida oficialmente o la injusticia institucionalizada que mantienen sobre esos Pueblos «menores» el imperio -un día español, otro día inglés, ahora norteamericano- y la oligarquía local siempre lacaya. No se vende el comunismo, tan supuestamente perverso, con otras perversidades. Otro posible imperialismo futuro -de Rusia o de no sé quién- no se previene manteniendo, a sangre y fuego, una intervención imperialista a todas luces inicua. Es más que probable que los objetivos del Pentágono y el bien de la Casa Blanca no coincida con las necesidades vitales y los derechos humanos de Centroamérica. Lo que es «bueno» para Estados Unidos no siempre es bueno para el resto del mundo.

Estados Unidos debería entender que la causa de Nicaragua es la causa de toda América Latina. Que América Latina está dispuesta a decir «basta ya». Que no queremos ser dominados, ni por Reagan ni por el FMI ni por la General Motors ni por Rambo. Vamos a ser hermanos -personas humanas, Pueblos señores, Humanidad global- todos libres, todos iguales, cada uno siendo él mismo, todos juntos haciendo la difícil hermosa Historia humana.

Y, hablando en cristiano explícitamente, todos juntos haciendo Reino.

Porque esta causa de la pequeña Nicaragua agredida -su Pueblo y su Iglesia- es causa del Reino también. Ese Reino que nos es dado y que nosotros hacemos; Reino de Dios que es también Reino de los hombres y las mujeres; Reino de los blancos y de los indígenas y de los negros; Reino de las personas y de los Pueblos; plenitud gratuita allá -vencidas las barreras del Tiempo y de la Muerte- y diaria conquista acá -venciendo el egoísmo y la injusticia, venciendo la codicia del lucro y la prepotencia de las armas-.

Creo que la causa de Nicaragua es también la causa de toda la Iglesia de Jesús. Un caso-símbolo, un lugar-álgido, para vivir armónicamente y dialécticamente la fe y la política, un pasado de Cristiandad más o menos colonizadora y oligárquica y un futuro de Cristianismo más evangelizador y popular; lugar-caso-típico para mantener encendida, sobre las contingencias de un proceso histórico revolucionario, la credibilidad de la Iglesia «semper renovanda» y, en última instancia, la credibilidad de Jesús y de su Padre, nuestro Dios.

Como hay un Primer Mundo, hay una Primera Iglesia; con los recíprocos Tercer Mundo y Tercera Iglesia. Y la Primera Iglesia ha de entender y aceptar alegremente que la Tercera Iglesia sea, por fin, ella misma, fiel y autóctona, «católica» y diferente, para que una y otra puedan ser, en la unidad de la fe y en la pluralidad de la comunión, seguidoras y anunciadoras del Verbo de Dios encarnado en un tiempo y en una patria. (En una patria colonizada por otro Imperio, ¡precisamente!).

A los cristianos, a los católicos más concretamente, quiero decirles que en Nicaragua no existe esa supuesta «Iglesia Popular» -cismática o acéfala- que los enemigos interesados o los miopes estrechos han pretendido detectar alarmadamente. Existe, sí, una porción de Iglesia de Jesús -católica o evangélica- que se esfuerza por ser fiel a las exigencias históricas de su Pueblo, precisamente en nombre del Evangelio. Existe una tensión -saludable, a largo plazo, si muchos ponemos en ella las manos y las rodillas- que obligará a unos y otros al diálogo del pluralismo, a la complementariedad de los carismas y servicios, al realismo dialéctico de la Historia, a la fidelidad de los signos del Tiempo y del Lugar. Todo lo cual concuerda perfectamente con el espíritu del Concilio Vaticano II, por citar una instancia eclesiástica suprema.

Si no bastan esas razones y reivindicaciones e instancias, debo recordar a mis amigos de Estados Unidos y de todo el Primer Mundo que en Nicaragua, en toda Centroamérica, en la ancha Patria Grande de este Continente-al-sur existe, además, la torrencial reivindicación de una legión de «marcados con sangre», innumerable legión de testigos «que nadie puede contar». Y ellos nos están juzgando ya con la inapelable legitimidad de su testimonio extremo. A ese testimonio de sangre apela este mi frágil testimonio de papel...

(PIC, prólogo)

Vamos a hacernos cuatro preguntas, para responder por grupos:

1. ¿Qué angustias o temores sentimos en torno a *nuestra Iglesia de Nicaragua*?
2. ¿Qué desafíos o expectativas o esperanzas se nos presentan hoy?
3. Algunos interrogantes o cuestionamientos bien concretos.
4. ¿Cuál debe ser el futuro inmediato de la insurrección Evangélica?

Es verdad, esa «división» de la Iglesia -más, menos, con sus matices- no solamente se da aquí, en Nicaragua; es un fenómeno mundial. (Y, ¿por qué no recordar que hubo siempre, en la Iglesia, sus tensiones y diferencias, incluso entre santos?).

Hay como dos maneras de sentirse Iglesia frente al Mundo. Una, más espiritualista, que piensa ser más espiritual, y otra más comprometida con la realidad de la vida humana. Lo cierto es que lo que nos divide no es el Evangelio, sino la Política. Todos tenemos «nuestra» Política; no hay cabeza sin ideología.

Es cierto también que muchas veces la autoridad eclesiástica, el clero en general, vive un poco distante del dolor del Pueblo, de los procesos históricos, del momento fuerte del respectivo país.

También cabe la manipulación de la Religión, sin duda. Tanto por la derecha como por la izquierda. (Por el centro, ¡no digamos!). Aunque la experiencia y la historia nos vienen demostrando que son casi siempre las derechas las que manipulan la Iglesia y la Religión. A la Iglesia jerárquica, al clero, a las congregaciones religiosas, hasta ahora, les ha sido siempre más normal estar del lado de la burguesía, apoyar el «orden establecido» y temer las transformaciones sociales. Así fue en las luchas por la Independencia de nuestros pueblos latinoamericanos -aunque ahí no faltaron curas y frailes comprometidos con esas luchas- y fue en la cautividad de los indígenas o de los negros africanos y en los grandes movimientos sociales, obreros, culturales de los últimos siglos.

Con frecuencia se confunde el orden «establecido» con el orden «justo». En las Iglesias se ha repetido mucho que «toda autoridad viene de Dios», sin explicar bien esta palabra bíblica. Porque una autoridad que se apodera de un país o de muchos contra los respectivos Pueblos, chupando el sudor de los pobres, en favor de unos privilegiados o de un «primer» mundo -cuando sólo debería haber un mundo humano de todos- esa autoridad no puede venir del Dios de la Vida y de la Fraternidad.

...Necesitamos más motivación, más «mística»: o sea, una mayor profundización de nuestra fe, más claras las ideas cristianas, un conocimiento mejor de la Biblia y de la Teología; también una buena visión política y económica. Necesitamos más oración. Una pasión mayor por el Reino. Una verdadera amistad con el Señor Jesús. Y mucha unión entre nosotros, hermanos.

Si eso falta, los problemas de la propia Iglesia y las dificultades de la vida diaria nos desesperarán y acabaremos echándolo todo por la borda; huiremos de la lucha; nos acomodaremos, como tantos, «al suave», primero, y a lo «yo-no-quiero-saber-nada-de-nada», después.

Tampoco podemos olvidar que la Revolución tiene cosas negativas, deficiencias, tropiezos. El cristiano debe ser crítico. Sal en la comida, como dice Jesús; o en las heridas. Luz en la oscuridad. Fermento en la masa.

¿Qué contribuciones tenemos que aportar nosotros, como cristianos, a esta Revolución que también es nuestra? Vamos a echarle mucho Evangelio a la Revolución.

(NCP, 75-77)

A todos los hijos de Nicaragua
-madre de hombres y mujeres y niños libres-
que han sido capaces de amar su Libertad
hasta la muerte.

A todos los hijos cristianos de Nicaragua
que demuestran con el testimonio de su lucha
y de su esperanza y de su martirio
que nuestro Dios es verdaderamente un Dios Libertador.

A todas las madres de Nicaragua
que han dado a luz
tantos poetas, tantos libertadores, tantos mártires.

Al pueblo libre de Nicaragua
que sigue defendiendo, en el trabajo, en la fiesta,
en la frontera y en la oración,
su hermosa Libertad, nuevamente agredida por el Imperio.

A las Iglesias de Nicaragua
que quieren caminar,
como Jesús de Nazaret,
en la simplicidad del Evangelio de los Pobres,
y luchan por la construcción del Reino,
fortalecidas por el Espíritu del Resucitado.

Para que la Libertad de la Nueva Nicaragua
-que Sandino soñó en la montaña-
llegue a ser la entera libertad:
aquella Libertad con la que Cristo nos liberó.

Para que la Libertad de la Nueva Nicaragua
fermente la entera Liberación
de la Nueva América que soñamos.

Siendo Iglesia, hoy, aquí

La Iglesia en el Vaticano II
Carta al Papa Juan Pablo II
Cómo debería ser un obispo hoy
Luces y sombras en la Iglesia de hoy
Cómo profetiza el pueblo
¿Qué sería la «Iglesia popular»?
Las misiones hoy
Una vida religiosa renovada
Ecumenismo

1. IGLESIA

El *Vaticano II* fue una gran luz en mi vida. Le daba a uno «la razón» en tantas cosas sufridas, amadas... Alimentaba tantas esperanzas encogidas... Era realmente una «ventana» abierta al viento del Espíritu y a los torturados clamores de la Humanidad. Una primavera en la Iglesia. Sorbí sus documentos, principalmente «Lumen Gentium», «Gaudium et Spes» y «Ad Gentes». «Lumen Gentium» aún ahora me emociona.

Más tarde he sentido que el Vaticano II valió, sobre todo, por lo que intuyó, por lo que dejó entrar, por lo que abrió irreversiblemente, por la libertad cristiana que toda la Iglesia ganamos con él; por la profesión de Servicio al Mundo que hicieron los Padres y, con ellos, la Iglesia; por lo menos en proclamación teórica.

El Vaticano II fue un salto de partida. También la Iglesia se sobrepasa a sí misma, y el Vaticano II no es una palabra última. El Concilio tuvo para mí -supongo que para otros- el mérito cristiano de desmitificar la Iglesia como institución, como historia, como «lugar único» de Salvación. Y no quiero decir con esto que el Vaticano II negara nada de lo que realmente la Iglesia ha dicho o ha balbucido siempre de sí misma. Simplemente tradujo. Dijo que desmitificó. Y prescindió de muchas adherencias. Reconoció la creatividad del Espíritu Santo y la libertad de los hijos de Dios. Y fue capaz de entonar, aunque tímidamente, aquel «mea culpa» que hacía siglos se le pedía a la Iglesia.

El Vaticano II fue un alivio en la Fe comunitaria. Fue casi un nuevo bautismo colectivo. Un nuevo Pentecostés, dijeron los propios papas del Concilio, Juan y Pablo.

Como si viniera a primer plano, creciendo, un antiguo relieve olvidado, la Iglesia se volvió de pronto el Pueblo de Dios, todo un pueblo de elegidos, toda una comunidad mesiánica y sacerdotal.

Con esto, la jerarquía dejaba de ser «la» Iglesia. Y empezábamos a sentir, con una fe rejuvenecida, que «la» Iglesia éramos todos, también los seglares, y las mujeres. Sería mucho optimismo insinuar que el

jerarquismo, el clericalismo y el machismo eclesiástico acabaron, de una vez, con el Concilio. Mi experiencia de sacerdote y de obispo me han enseñado, muchas veces, lo contrario. Aún hoy y en estas latitudes, bastante menos condicionadas por solemnes tradiciones, los seculares, no digamos las mujeres, son «generosamente» tolerados. Cuando se los acepta en una asamblea o en un cargo, no se acepta que se porten como iguales. Pueden hablar, pero no hay que tomar muy en serio lo que dicen. Un menor es un menor... Somos rabiosamente clericalistas, jerárquicos; nos engañamos con una sorprendente facilidad con respecto a nuestras benévolas concesiones. ¿Qué más quieren «ellos»? Somos nosotros, los obispos, y en parte también los «padres», los que nos las sabemos todas... Es difícil hacerse a la idea vivida de que el carisma del servicio reclama consigo una actitud real de escucha y de diálogo y de caminar codo a codo. (Me gustaría poder compartir este sentimiento con muchos otros. Pienso que éste es un reducto evangélico de la Iglesia que está exigiendo una profunda conversión. Comenzando por Roma y acabando en el último prelado de Misiones o en el más embrionario Consejo Presbiteral).

(Y CJ, 151-152)

Siendo la Iglesia *Pueblo de Dios*, se entendía mejor que fuese el Pueblo de los Hombres, una «luz en medio de los pueblos», «signo e instrumento» también «de la unidad de todo el género humano» (LG 1): y que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren» fuesen gozos y esperanzas, tristezas y angustias de la Iglesia; que «todo cuanto fuese verdaderamente humano encontrase eco en su corazón»; que se sintiese ella «íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia» (GS 1).

La Iglesia era «esencialmente Misión». Pero ella estaba en el Mundo, era para el Mundo. Su Misión era la Salvación del Mundo. Así como el Verbo que se había hecho hombre y había asumido la Naturaleza y el Pecado y la Historia de los hombres, y por los hombres había muerto y resucitado.

Las parábolas del Reino -fermento en la masa, candelero en la oscuridad, semilla en la tierra- me parecieron más claras, más normales, y exigentes.

Dios quería la salvación de todos. Por todos había muerto su Hijo. La Iglesia no era una «sociedad perfecta»: sino el «perfeccionamiento» de la humana Sociedad. La Iglesia no podía ser un «ghetto», como Israel. Cristo había hecho del pueblo y de los pueblos un pueblo «uno», el Pueblo de Dios.

La Iglesia era la Humanidad querida por Dios, la que El pretendía conseguir, misteriosamente por parte de El, libremente por parte de ella. La Historia de la Salvación coincidía, misteriosamente, con la Historia del Mundo. Como no existe más que un solo Dios, no existe más que una sola Historia Humana. El Creador del Hombre y del Universo es el mismo Redentor y Glorificador del Hombre y del Universo. Esta convicción ha ido creciendo en mí y es hoy el horizonte despejado de mi Fe; es mi Esperanza.

Yo que me torturé tan celosamente en la obsesión de «salvar» a todos, a todos los posibles, con una prisa que se contaba por horas, por ocasiones al vuelo -mi formación misionera y los Cursillos de Cristiandad me configuraron en este celo obsesionado-, ahora creo esperanzadamente que Dios *salva a su ritmo y por muchos modos*. «De una manera fragmentaria», quizá, «pero de muchos modos», continúa Dios hablando al Mundo. Con el salvífico «aggravante» de la presencia de su Hijo, ya Muerto por el Mundo, y Resucitado.

Sigo creyendo que la Iglesia es Misión y que el mandato del Señor «id y anunciad» continúa válido y urgente. Sigo creyendo en los siete Sacramentos, por ejemplo, como expresión histórica del ser sacramental de la propia Iglesia. Pero creo en otros muchos sacramentos de contrabando que Dios se puede permitir usar, porque creo en Jesucristo, su Hijo, el Salvador de todos los hombres, como Sacramento primordial, cuya Sangre derramada no ha podido reducirse a un despilfarro en favor de pocos. Creo que la Salvación de Dios muchas veces «va por dentro». Creo que todo es Gracia. Creo que la Gracia es «mayor» que la Iglesia, porque la Gracia es el Amor universalmente salvador de Dios, en Cristo.

Si antes acepté que fuera de la Iglesia no había Salvación, ahora creo que *fuera de la Salvación no hay Iglesia*:

«Quizá -escribía en el diario, el 2-3-72- la fórmula nueva, y más verdadera, del viejo adagio eclesial sería: ¡"Fuera de la Salvación no hay Iglesia"! ¡Solamente salvando, la Iglesia es; sólo salvándose y salvando, se es Iglesia, sólo se hace Iglesia en la medida en que se salva el Mundo!"

La Iglesia no puede ser el «lugar hecho» donde se celebra la Salvación con regodeada posesión de privilegiados. La Iglesia es la señal abierta de la Salvación; el lugar «oficial», sí -comunitario y consciente-, de celebrarla: un lugar cierto, pero lugar de partida y de llegada y de encuentro; lugar de constante salida...

(Y CJ, 158-160)

A medida que se reconoce la Iglesia como Sacramento de Salvación, como Pueblo de Dios, se reconoce *tan «particular» como «universal»*. Con el Vaticano II yo también empecé a descubrir, con muchos otros, la «buena nueva de la Iglesia particular». Imprecisamente aún. Sólo más tarde he comprendido que «los signos de los tiempos» debían completarse con «los signos de los lugares»...

(Y CJ, 162)

La Iglesia es, por naturaleza, *tan católica como local*. «Para poder ofrecer a todos el misterio de la salvación y la vida traída por Dios, la Iglesia debe insertarse en todos estos grupos humanos con el mismo afecto con que Cristo se unió por su encarnación a las determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió» (AG 10). Cristo continúa encarnándose, por ella y con ella, en el mundo concreto de los hombres de cada tiempo, de cada lugar. Dios ama en singular y con eficacia. La Salvación se hace presente en el día a día y alcanza al hombre real, principalmente por medio de la Iglesia -«sacramento de Salvación» (id. 1)- en la medida en que ésta se acerca al hombre -con su testimonio, con su palabra «traducida» y con los Sacramentos vivenciados- y lo convida (a la conversión sincera) y provoca en él -por la fuerza del Espíritu que siempre está pronto para actuar la respuesta de la Fe que transforma y liberta.

Nosotros -obispo, padres, hermanas, seglares...- estamos aquí, entre el Araguaia y el Xingú, en este mundo real y concreto, marginado y acusador, que acabo de presentar sumariamente. Y somos aquí la Iglesia «visible» y «reconocida». O posibilitamos la encarnación salvadora de Cristo en este medio al que hemos sido enviados, o negamos nuestra Fe, nos avergonzamos del Evangelio y traicionamos los derechos y la esperanza agónica de un pueblo de gente humana que también es pueblo de Dios: los sertanejos, los posseiros, los peones, los indios; este pedazo brasileño de la Amazonia.

Porque estamos aquí, aquí debemos comprometernos. Claramente. Hasta el fin. (Solamente hay una prueba sincera, definitiva, de amor, según la palabra y el ejemplo de Cristo). Yo, como obispo, en esta hora de mi consagración, recibo como dirigidas a mí las palabras de Pablo a Timoteo: «No te avergüences del testimonio de Nuestro Señor, ni de mí, su prisionero, sino, sufre conmigo por el Evangelio, fortificado por el poder de Dios» (II Tim 1,8).

No queremos parecer héroes, ni originales. Ni pretendemos dar lecciones a nadie. Pedimos solamente la comprensión comprometida de los que comparten con nosotros la misma Esperanza.

Miramos con mucho amor la tierra y los hombres de la Prelatura. Nada de esta tierra o de estos hombres nos es indiferente. Denunciamos hechos vividos y documentados. Quien piense que nuestra actitud es infantil, torcida, imprudente, agresiva, dramatizante o publicitaria, que entre en su conciencia y lea con simplicidad el Evangelio; y que venga a morar aquí, en este «sertao» tres años, con un mínimo de sensibilidad humana y de responsabilidad pastoral.

El Vaticano II, Medellín, el Sínodo; la voz de las Conferencias Episcopales del Tercer Mundo; el Evangelio -antes y siempre-; no sólo justifican, sino que también exigen esa acción abiertamente comprometida. Ya pasó la hora de las palabras (no, ciertamente, la hora de la Palabra), de las connivencias y de las esperas conciliatorias. (¿Será que alguna vez fue esa hora?). «Quien no está conmigo está contra mí; quien no recoge conmigo, desparrama» (Le 11,23). «No basta reflexionar, obtener mayor claridad y hablar. Es preciso actuar. Esta nuestra no ha dejado de ser la hora de la palabra, pero se ha transformado, con dramática urgencia, en la hora de la acción» (Medellín, introducción).

Queremos y debemos apoyar a nuestro pueblo, ponemos a su lado, sufrir con él y actuar con él. Apelamos a su dignidad de hijos de Dios y a su capacidad de tenacidad y de Esperanza.

Hacemos un angustioso llamado a toda la Iglesia de Brasil, a la que pertenecemos. Pedimos, exigimos fraternalmente, su decisión, y la corresponsabilidad plena en la oración, en el testimonio, en el compromiso, en la colaboración de agentes y medios de pastoral. (En opinión de casi todos los que todavía luchan desinteresadamente, solamente la Iglesia parece tener una posibilidad decisiva en esta hora).

A los «católicos» latifundistas que esclavizan al pueblo de nuestra región -alienados ellos mismos muchas veces por la connivencia interesada o cómoda de ciertos elementos eclesiásticos- les pediríamos, si quisieran escucharnos, una simple elección entre su Fe y su egoísmo. «No se puede servir a dos señores» (Mt 6,24). De nada les servirá «dar Cursillos de Cristiandad» en San Pablo o patrocinar la «Navidad del pobre» y entregar limosnas para las «misiones» si cierran los ojos y el corazón ante los peones esclavizados o muertos en sus haciendas, ante las familias de «poseiros» que sus latifundios fuerzan a un éxodo eterno o cercan sádicamente fuera de la tierra necesaria para vivir. Lean el Evangelio, lean la primera carta de san Juan y la carta de Santiago...

Es fácil, con mucho dinero, encubrir con páginas enteras de los periódicos la verdad de los hechos, la realidad. Dios ve. Y el pueblo sabe cada día mejor lo que está sufriendo. Y no olvida.

Una vez más, con mayor urgencia, públicamente, apelamos a las supremas Autoridades Federales - Presidencia de la República, Ministerios de Justicia, del Interior, de Agricultura, de Trabajo, INGRA, FUNAI... (a la SUDAM, infelizmente, no podemos apelar, pues hasta el momento se mostró exclusivamente al servicio del latifundio)- para que escuchen el clamor ahogado de este pueblo; para que subordinen los intereses de los particulares al bien común, la «política de los bueyes» por la política en favor del hombre, las grandes inversiones -cada vez más publicitadas- de las carreteras, de la ocupación de la Amazonía, la «Mesopotamia del ganado», la mal llamada «integración nacional del indio», a las necesidades concretas y a los derechos primordiales, anteriores, del hombre nordestino, del «retirante» sin futuro, del hombre de la Amazonía, del indio, del poseiro, del peón...

Lo que hemos vivido nos ha dado la evidencia de la iniquidad del latifundio capitalista, como preestructura social radicalmente injusta; y nos ha confirmado en la opción clara de repudiarlo.

Sentimos en conciencia que debemos colaborar también nosotros a la desmitificación de la propiedad privada. Y que debemos urgir -con tantos otros hombres sensibilizados- una Reforma Agraria, justa, radical, sociológicamente inspirada y realizada técnicamente, sin demoras exasperantes, sin camuflajes intolerables. «Cristo quiere que los bienes de la tierra tengan una función social, y nadie tiene derecho a poseer más de lo necesario cuando a su lado hay otros que no tienen siquiera lo necesario para vivir. Por eso el Papa Pablo VI dijo: La propiedad no es un derecho absoluto e inalienable (Populorum Progressio)» (J.M. Santos Ascarza, Obispo de Valdivia, Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, en carta a la organización de los campesinos de Linares, el 19-5-70).

La injusticia tiene un nombre en esta tierra: el Latifundio. Y el único nombre cierto del Desarrollo aquí es la Reforma Agraria. (Y según Pablo VI, en la «Populorum Progressio», «el Desarrollo es el nuevo nombre de la Paz»...).

Esperamos que ningún cristiano con vergüenza caiga en el cinismo de calificar este documento como subversivo. Nos remitimos, una vez más, al Evangelio. Y también al Vaticano II, a Medellín y al último Sínodo (de 1971). «El testimonio (la función profética) de la Iglesia frente al mundo tendrá bien poca o ninguna validez si la Iglesia no da a la vez la prueba de su eficacia en su compromiso por la liberación de los hombres ya en este mundo. Por otra parte, la Iglesia podrá hacer los mayores esfuerzos para defender la verdad de su mensaje, pero si no la verifica con un amor comprometido en la acción, ese mensaje cristiano corre el riesgo de no merecer ante el hombre de hoy ninguna credibilidad» («La justicia en el mundo», Sínodo 1971, pág. 46).

Estas páginas son simplemente el grito de una Iglesia de la Amazonía -la Prelatura de São Félix, en el nordeste del Mato Grosso- en conflicto con el Latifundio y sometida a la marginación social, institucionalizada de hecho.

No dejamos de ver lo que hay de bello en la naturaleza o en el progreso de la Amazonía, ni subestimamos lo que el Gobierno de Brasil o los particulares hacen de bueno en esta región infinita. Hay poesía y publicidad en abundancia para cantar todo eso. Lo que en esta nuestra Amazonía es trágico, lo que en ella se hace erradamente, o se omite, lo que ya no se puede tolerar por más tiempo, eso es lo que nosotros -por deber pastoral y por solidaridad humana- debíamos publicar. Decir la verdad es un servicio. Y el propósito de decir la verdad nos hace libres.

Nuestra amargura no es falta de Esperanza. (Sólo la alienación o el egoísmo pueden vivir cómodamente felices en medio de la injusticia establecida). Sabemos de quién nos hemos fiado (2 Tim 1,12). Sabemos que «allí donde el pecado amenaza la liberación y la humanización de la vida, Dios nos envía su Hijo Único para liberar el corazón humano del egoísmo y del orgullo», y que «es precisamente aquí, en la encarnación, donde se encuentra el fundamento máximo de esperanza para el hombre y su universo». «...En su Espíritu y en su Iglesia Cristo ofrece a los hombres esta luz que necesitan, la confirmación de los valores humanos de dignidad y fraternidad, el coraje para practicar la justicia y sufrir los sacrificios de su realización». Y más aún: sabemos que «la justicia que los hombres realizan en este mundo llega a ser una anticipación de la esperanza final» («La justicia en el mundo», 56-57).

Este reconocimiento de la Iglesia como «particular», como «local» tiene sus *exigencias prácticas*, en la pastoral, en la liturgia, en el derecho (¿por qué no en el derecho?), en la vida. Tiene sus riesgos, claro. Y tiene sus «contestaciones» teóricas y prácticas.

Huelga decir que creo en el Papa, como Piedra visible de la colegialidad apostólica y de la comunidad eclesial, como ángulo ministerial de la comunión de Fe, como aquel que debe presidir, humildemente, en la caridad, a todo el Pueblo cristiano y a sus pastores. No creo, sin embargo, en el Vaticano como Estado, como poderío, como burocracia. Me molesta; pienso que embaraza el paso de la Iglesia de Jesús; deseo que se acabe. Lamento y rechazo los títulos y privilegios y prebendas de obispos y curas y religiosos. La carga de la Historia podrá explicar todo lo que se quiera, pero no lo justifica. Creo que el Evangelio va por otros rumbos.

Dicho sea con tanto respeto como libertad.

Si no pienso hacer la visita «ad limina» es porque me costaría muchos cruceiros en viajes y capisayos, y encontraría interferencias de antesalas que no puedo reconocer como «eclesiales». Lo que yo quisiera es encontrarme más sencilla y llanamente, y hablar de hermano a hermano, con Pedro, el obispo de Roma, esa, como he dicho, Piedra y ángulo ministerial de la comunión de todo el Pueblo y sus Pastores.

Si no estoy de acuerdo con todo el montaje económico de la Curia y con el modo con que ese montaje es administrado -salvas la buena voluntad y la pericia, de las que no dudo- es porque he vivido y vivo aquí, en el territorio mismo de la Prelatura, las contradicciones y los escándalos que ese tinglado económico y sus acciones -Liquigás sí, Liquigás no- producen, tanto en el pueblo como en sus explotadores.

Si censuro ciertas intervenciones de la Nunciatura, por ejemplo, que me ha tocado vivir y sufrir en la carne, más de una vez, y que sufren otros hermanos en el episcopado, es porque no las acepto como «ministerio eclesial», porque las siento, por lo menos, anacrónicamente desplazadas, porque pienso descubrir en ellas interferencias de la Diplomacia en desfavor del Evangelio.

Si me permito discordar a veces del Vaticano o de la presidencia de la CNBB, pongo por caso, a pesar de no ser más que un prelado de secano -o de floresta-, y si creo que puede discordar, a veces, cualquier otro cristiano que no sea ni prelado de secano siquiera, es porque creo en la Iglesia como fraterna al mismo tiempo que apostólica y jerárquica, como peregrina y en estado de búsqueda y de conversión al mismo tiempo que divina y en la garantía del Espíritu, como particular al mismo tiempo que universal.

Me parece muy cristiano, pongo también por caso, que un sacerdote de Roma escriba libremente su carta al Papa, a propósito del Año Santo; o que le escriban unos seglares conscientes de las Baleares, en el Mediterráneo; o que presenten su parecer y sus demandas, previamente al nombramiento del nuevo obispo, los sacerdotes y fieles de la Iglesia de Viena, en el Maranhão.

Decía a sus sacerdotes san Cipriano: «No quiero hacer nada por mi propio parecer, sin tener en cuenta vuestro consentimiento y el del pueblo».

«Nada sin el obispo», se ha repetido mucho, y con razón; ahora debería también repetirse mucho: «Nada sin el pueblo».

No pido quimeras. El Papa o un obispo pueden tener su curia, digamos. Lo que uno pide es que sea de otro modo, bastante diferente. Menos «curial» y más «evangélico». Sé también que no puedo pedir que se transformen en un día siglos pesados de Historia. Pero creo en la fuerza del Espíritu para hacer también «nuevas», sin esperar a la Parusía, esas «cosas».

A una mayor lucidez y corresponsabilidad de Fe, corresponderá siempre una mayor libertad de espíritu, de palabra y de acción.

Los de arriba habrán -habremos, porque estoy también un poco entre los de arriba- de acostumbrarse a oír la voz de los hermanos de abajo. Y los de abajo habrán de ejercitar, cada día con mayor libertad y normal frecuencia, también con mayor responsabilidad y riesgo, su derecho y su deber de hablar con los de arriba, su propia libertad y su responsabilidad, y su ministerio propio de apacentar la Grey (¡una grey de humanos hijos de Dios, no de borregos!).

Y unos y otros habremos de acostumbrarnos a caminar juntos, a pie llano, a nivel de comunión fraterna, sin muchos arribas y abajos, aceptando en la práctica la igualdad fundamental de todos los bautizados, favoreciendo de hecho el ejercicio del pluralismo dentro de la unidad de la Fe, y agradeciendo a Dios y a los hombres el libre juego enriquecedor del diálogo eclesial y mundano.

Esa fraterna actitud de escucha y de diálogo y de libertad, en nada perjudicará la constitución jerárquica de la Iglesia, reducida, claro, a sus debidos límites de salvaguardia y estímulo de la armonía de la Fe y de la Caridad, dentro del Cuerpo, y de servicio apostólico a la comunidad de los creyentes y al mundo de los hombres.

Repito, de nuevo, que declaro todo esto con tanta pasión porque me duele mucho esta Iglesia que mucho amo.

(Y CJ, 163)

Cómo debería ser un obispo hoy?

Hoy, como siempre, un obispo debe ser un obispo: «estar presente» en su Iglesia, presidirla evangélicamente; y estar presente en todo el mundo humano de esa Iglesia suya. Estar, vigilante y servidor, en la Iglesia y en el Mundo.

Habría de ser una referencia viva al Evangelio experimentado en comunidad. «Ubicadamente», como dicen los latinoamericanos. Sensible a las necesidades de su Pueblo y abierto a sus esperanzas, ejercería el ministerio de la consolación y el ministerio de la profecía. Y, por eso mismo, inevitablemente, sería tanto una señal de unidad como un signo de contradicción.

Habría de «dar la vida» por sus ovejas y, posiblemente, darla, un día, de golpe, en ciertas Iglesias de todo este Mundo marcado por la injusticia.

-¿Si no fueras obispo, dónde y cómo te gustaría vivir ahora?

-En una comunidad contemplativa en medio de los Pobres de la Tierra. En América Central, por ejemplo; en un poblado indígena; en un campo de refugiados...

-¿Qué le pedirías al Papa más encarecidamente?

-Acabo de escribirle una larga carta, con esas inquietudes y aspiraciones que aquí nos tocan más adentro, desde nuestra Iglesia, en este Tercer Mundo. La colegialidad corresponsable y la real catolicidad; el Ecumenismo dinamizado; la opción verdadera por los Pobres y sus procesos de Liberación; el seglar; la mujer; la renovación en serio de la Curia romana y sus relaciones con las Iglesias particulares y las respectivas conferencias episcopales; el testimonio y el diálogo...

(Revista L.E.A., Madrid, junio 1986)

Juan Pablo, Pedro apenas,
congréganos
en torno de la Piedra rechazada,
como piedras al sol.
Alienta en tus hermanos
la libertad del Viento,
pescador.

Confirma nuestra fe
con tu amor.
Danos la audiencia de la profecía
y la encíclica del silbo del pastor.

El tribunal de los pobres
juzga nuestra misión.
La Buena Nueva,
hoy como siempre,
es de Liberación.
Y el Espíritu se ha derramado
sobre los últimos de Sión.

La curia está en Belén
y en el Calvario
la basílica mayor.

Es hora de gritar con toda nuestra vida
que está vivo el Señor.
Es hora de enfrentar el nuevo imperio
con la púrpura antigua de la Pasión.
Es hora de amar hasta la muerte,
dando la prueba mayor.
Es hora de cumplir el Testamento
forzando, en la Oikumene,
la comunión.

Juan Pablo, Pedro apenas,
pescador,

(FVC, 76-77)

En Ocotal, Nicaragua

Por la noche, en el patio holgado de la casa parroquial, horas adentro, charlamos con un buen grupo de cristianos más comprometidos. Sobre la Iglesia. Y el papa. Algunas madres evocan aún, con el alma herida, aquella visita del papa a Nicaragua, tan poco afortunada, según ellas, según muchos.

Hablamos de la vida cristiana sencillamente asumida, hecha fidelidad diaria. Preguntas y respuestas se cruzan y me tocan hondo. La fe de ese Pueblo ya sólo podrá vivirse -por muchos de los mejores- con lucidez crítica, sin subterfugios, «sí, sí/no, no», como pedía Jesús. Remontando escándalos, distancias, incomprensiones, divisiones. Será una fe purificada en el crisol.

-Ustedes quieren que les hable del papa. Qué pienso yo del papa, de su visita a Nicaragua, de lo que hace el papa con la teología de la liberación y con las comunidades cristianas...

Miren: el papa, como sucesor de Pedro, con la misión de «confirmar a sus hermanos» en la fe, como Jesús se lo pidió al mismo Pedro, eso es asunto de fe católica para todos nosotros. Yo daría mi vida por defender esta verdad apostólica.

El papa, obispo de Roma, garantiza la unidad de la Iglesia, esparcida por el mundo en muchas Iglesias locales, cada una con su obispo. Sobre esta Piedra-Pedro Jesús «edifica» su Iglesia, en el sentido de que la mantiene visiblemente unida en una misma fe, en la celebración de la misma Eucaristía, en la comunión de la caridad y en la organización de los servicios pastorales. La verdadera «Piedra angular», el «fundamento único» -«nadie puede poner otro»- es el mismo Jesucristo; así lo afirma categóricamente el Nuevo Testamento y así lo creemos todos los cristianos.

El modo y manera como el papa ha vivido y actuado a lo largo de la Historia, el modo como vive y actúa hoy, eso ya es discutible. Pedro, además, es una cosa; el Vaticano, otra. El papa podría tener su curia y

sus ayudantes -que los necesita-, pero muy de otra manera. El papa podría ser papa de una manera más sencilla, más evangélica (a nuestro entender, ¿no?), más evangelizadora también. A ustedes no les gusta el Vaticano; a mí tampoco me gusta, como está. Eso no dice nada contra nuestra fe. Tenemos el derecho y tenemos el deber de querer y hacer que la Iglesia sea siempre más auténtica y más ejemplar. Ustedes son también «la» Iglesia. Obedecer al papa y a los obispos no significa callarse ante ellos, como niños sin responsabilidad, y aceptar simplemente todo lo que ellos digan o hagan. En la Iglesia debemos ser adultos. Todos somos Iglesia: santa y pecadora, la «casta prostituta», como decían los antiguos Santos Padres. Si la Iglesia nos hace, y es nuestra madre, también hacemos la Iglesia y es, en cierta medida, nuestra hija: fruto del Espíritu del Resucitado y fruto de nuestra fe común, de nuestra conducta responsable, de nuestra actividad misionera, de nuestro servicio al Reino.

El Concilio Vaticano II ha redescubierto providencialmente que la Iglesia es el Pueblo de Dios, congregado en Cristo. Un Pueblo que camina hacia la plena Liberación.

Esta Insurrección Evangélica que Nicaragua está viviendo nos obliga a caminar más conscientes y comprometidos: todos nos debemos «insurreccionar»: en la diaria conversión personal, en la participación activa dentro del proceso revolucionario y en la renovación permanente de nuestra Iglesia...

(NCP, 109-110)

São Félix do Araguaia.
22 de febrero de 1986,
Fiesta de la Cátedra de Pedro

Querido Papa Juan Pablo II,
hermano en Jesucristo y Pastor de nuestra Iglesia:

Hace mucho tiempo que quería escribirle esta carta, y hace mucho tiempo que la estoy pensando y la medito en la oración.

Me gustaría que fuese un coloquio fraterno -en sinceridad humana y con la libertad del Espíritu-, así como también un gesto de servicio de un obispo para con el obispo de Roma, que es Pedro para mi fe, para mi corresponsabilidad eclesial y para mi colegialidad apostólica.

Hace dieciocho años que estoy en Brasil, a donde vine voluntariamente como misionero. Nunca regresé a mi país natal, a España, ni con ocasión de la muerte de mi madre. Nunca tomé vacaciones en todo este tiempo. No salí de Brasil en diecisiete años. En estos dieciocho años viví y trabajé en el nordeste del Estado de Mato Grosso, como el primer sacerdote que se estableció de forma permanente en esta región. Hace quince años que soy obispo de la Prelatura de São Félix do Araguaia.

La región de la Prelatura está situada en la Amazonía legal brasileña y abarca un área de 150.000 km². Todavía hoy no cuenta con un solo palmo de carretera asfaltada. Sólo recientemente fue instalado el servicio telefónico. Frecuentemente la región queda aislada o muy precariamente comunicada a causa de las lluvias e inundaciones que interrumpen las carreteras. Es un área de latifundios, nacionales y multinacionales, con haciendas agropecuarias de centenas de millares de hectáreas, con empleados que viven frecuentemente en régimen de violencia y de semiesclavitud. Acompaño desde hace tiempo la dramática vida de los indígenas, de los «posseiros» (labradores sin títulos de tierra) y de los peones (braceros del latifundio). Toda la población en general, dentro de la Prelatura, ha sido forzada a vivir precariamente, sin servicios adecuados de educación, salud, transporte, vivienda, seguridad jurídica y, sobre todo, sin tierra garantizada para trabajar.

Bajo la dictadura militar, el Gobierno intentó, por cinco veces, expulsarme del país. Cuatro veces fue cercada toda la Prelatura por operaciones militares de control y de presión. Mi vida y la de varios sacerdotes y agentes de pastoral de la Prelatura ha sido amenazada y puesta a precio públicamente. En varias ocasiones, estos sacerdotes, agentes de pastoral y yo mismo fuimos apresados; torturados varios de ellos también. El P. Francisco Jentel fue apresado, maltratado, condenado a diez años de prisión, expulsado posteriormente de Brasil, muriendo finalmente exiliado, lejos de su país de misión. El archivo de la Prelatura fue violado y saqueado por el Ejército y por la Policía. El boletín de la Prelatura fue editado de forma falsificada por los órganos de represión del régimen y así fue divulgado por la gran prensa, para servir de cargo de acusación contra la misma Prelatura. Todavía en este momento tres agentes de pastoral están sometidos a procesos judiciales bajo acusaciones falsas. Yo personalmente tuve que presenciar muertes violentas, como la del padre jesuita João Bosco Penido Burnier, asesinado junto a mí por la policía, cuando los dos nos presentamos en la Comisaría-Prisión de Riberão Bonito para protestar oficialmente contra las torturas a que estaban siendo sometidas dos mujeres, labradoras, madres de familia, injustamente detenidas.

A lo largo de todos esos años se han multiplicado las incomprensiones y las calumnias de los grandes propietarios de tierras -ninguno de los cuales vive en la región- y de otros poderosos del país y del exterior. También dentro de la Iglesia han surgido algunas incomprensiones de hermanos que desconocen la realidad

del pueblo y de la pastoral en estas regiones apartadas y violentas, donde el pueblo, con frecuencia, cuenta sólo con la voz de la Iglesia que intenta ponerse a su servicio.

Además de estos sufrimientos vividos dentro del ámbito de la Prelatura, siendo responsable nacional de la CPT (Comisión Pastoral de la Tierra) y miembro del CIMI (Consejo Indigenista Misionero), me ha tocado acompañar muy de cerca las tribulaciones e incluso la muerte de tantos indígenas, campesinos, agentes de pastoral y de personas comprometidas con la causa de estos hermanos, a quienes la codicia del capital no les permite siquiera sobrevivir. Entre ellos, el indio Marçal, guaraní, que le saludó a usted personalmente en Manaus, en nombre de los pueblos indígenas de Brasil.

El Dios vivo, Padre de Jesús, es quien nos va a juzgar. Déjeme sin embargo abrir mi corazón ante su corazón de hermano y de Pastor. Vivir en estas circunstancias extremas, ser poeta y escribir, mantener contactos con personas y ambientes de la comunicación o de frontera (por edad, ideología, alteridad cultural, situación social, o por servicios de emergencia que prestan) puede llevarle a uno a gestos y posturas menos comunes y a veces incómodos para la sociedad establecida.

Como hermano y como Papa que usted es para mí, le ruego que acepte la intención sincera y la voluntad apasionadamente cristiana y eclesial tanto de esta carta como de mis actitudes.

El Padre me concedió la gracia de no abandonar nunca la oración, a lo largo de esta vida más o menos agitada. Me preservó de tentaciones mayores contra la fe y la vida consagrada, y me permitió el contar siempre con la fuerza de los hermanos a través de una comunión eclesial rica en encuentros, estudios, ayudas. Ciertamente por eso, creo que no me aparté del camino de Jesús, y espero, también por ello, seguir hasta el fin por este camino que es la Verdad y la Vida.

Lamento incomodarle con la lectura de esta larga carta, cuando tantos servicios y preocupaciones pasan ya sobre usted.

Dos cartas del Cardenal Gantin, Prefecto de la Congregación para los Obispos y una comunicación de la Nunciatura que hace poco recibí, me han llevado finalmente a escribirle esta carta. Esas tres comunicaciones urgían mi visita ad límina, interpelaban aspectos de la pastoral de la Prelatura y censuraban mi ida a América Central.

Me siento un poco pequeño y como distante en esta Amazonía brasileña tan diferente, y en esta América Latina, tan convulsionada y frecuentemente incomprendida.

He creído necesario hacerme preceder por esta carta. Me ha parecido que sólo un contacto sosegado personal entre nosotros dos, a través de un escrito pensado y claro, me daría la posibilidad de aproximarme verdaderamente a usted.

La otra forma mayor de encontrarnos ya está garantizada: rezo por usted todos los días, querido hermano Juan Pablo.

No tome como impertinencia la alusión que haré a temas, situaciones y prácticas secularmente controvertidas en la Iglesia o incluso contestadas, sobre todo hoy, cuando el espíritu crítico y el pluralismo atraviesan también fuertemente la vida eclesial. Abordar nuevamente esos asuntos incómodos, hablando con el Papa, significa para mí expresar la corresponsabilidad en relación a la voz de millones de hermanos católicos -de muchos obispos también- y de hermanos no católicos, evangélicos, de otras religiones, humanos. Como obispo de la Iglesia Católica, puedo y debo dar a nuestra Iglesia esta contribución: pensar en voz alta mi fe y ejercer, con libertad de familia, el servicio de la colegialidad corresponsable. Callar, dejar correr, con cierto fatalismo, la fuerza de estructuras seculares, sería mucho más cómodo. No pienso sin embargo que fuese más cristiano, ni siquiera más humano.

Así como hablando, exigiendo reformas, tomando posiciones nuevas, se puede causar «escándalo» a los hermanos que viven en situaciones más tranquilas o menos críticas, así también podemos causar «escándalo» a muchos hermanos, situados en otros contextos sociales o culturales, más abiertos a la crítica y deseosos de renovación de la Iglesia -siempre una y «semper renovanda»- cuando callamos o aceptamos la rutina o tomamos medidas unívocas indiscriminadamente.

Sin «conformarse a este mundo», la Iglesia de Jesús, para ser fiel al evangelio del Reino, debe estar atenta «a los signos de los Tiempos» y de los Lugares y anunciar la Palabra, en un tono cultural e histórico y con un testimonio de vida y de práctica tales, que los hombres y mujeres de cada tiempo y lugar puedan entender esta Palabra y se vean estimulados a aceptarla.

En lo que se refiere al campo social concretamente, no podemos decir con mucha verdad que ya hemos hecho la opción por los Pobres. En primer lugar, porque no compartimos en nuestras vidas y en nuestras instituciones la pobreza real que ellos experimentan. Y, en segundo lugar, porque no actuamos, frente a la «riqueza de la iniquidad», con aquella libertad y firmeza adoptadas por el Señor. La opción por los pobres, que no excluirá nunca a la persona de los ricos -ya que la salvación es ofrecida a todos y a todos se

debe el ministerio de la Iglesia- sí excluye el modo de vida de los ricos, «insulto a la miseria de los pobres», y su sistema de acumulación y privilegio, que necesariamente expolia y margina a la inmensa mayoría de la familia humana, a pueblos y continentes enteros.

No hice la visita ad límina, incluso después de recibir, como otros, una invitación de la Congregación para los obispos que nos recordaba esta práctica. Yo quería y quiero ayudar a la Sede Apostólica a revisar la forma de esa visita. Oigo críticas de parte de muchos obispos que la hacen, pues aun reconociendo que ella propicia un contacto con los Dicasterios romanos y un encuentro cordial con el Papa, se revela incapaz de producir un verdadero intercambio de colegialidad apostólica de los Pastores de las Iglesias Particulares con el Pastor de la Iglesia universal. Se realiza un gran gasto, se establecen contactos, se cumple una tradición. ¿Se cumple sin embargo la Tradición de «videre Petrum» y de ayudarlo a Pedro a ver toda la Iglesia? ¿No tendría hoy la Iglesia otros modos más eficaces de intercambiar, de establecer contactos, de avaluar, de expresar la comunión de los Pastores y de sus Iglesias con la Iglesia Universal y más concretamente con el obispo de Roma?

Nunca pretendería suponer en el Papa un conocimiento detallado de las Iglesias Particulares o pedirle a él soluciones concretas para la Pastoral de aquéllas. Para esto estamos los respectivos Pastores, ministros y consejos pastorales de cada Iglesia. Para eso están también las Conferencias Episcopales que, a mi entender y al de muchos otros, no están siendo debidamente valoradas e incluso están siendo preteridas o injustamente señaladas por ciertas actitudes de algunas instancias de la Curia Romana. Si las Conferencias Episcopales no son «teológicas» o «apostólicas», como tales -podrían no existir, sin ellas caminó la Iglesia-, tampoco son, en sí mismas, «apostólicas» o «teológicas», las curias, ni siquiera la Curia Romana: Pedro presidió y rigió la Iglesia, de modo diferente, en las diversas épocas.

El Papa tiene necesidad de un cuerpo de auxiliares, como también lo necesitan todos los obispos de la Iglesia, aunque debiera ser siempre más sencillo y participativo. Sin embargo, hermano Juan Pablo, para muchos de nosotros, ciertas estructuras de la Curia no responden al testimonio de simplicidad evangélica y de comunión fraterna que el Señor y el mundo reclaman de nosotros; ni traducen en sus actitudes, a veces centralizadoras e impositivas, una catolicidad verdaderamente universal, ni respetan siempre las exigencias de una corresponsabilidad adulta; ni siquiera, a veces, los derechos básicos de la persona humana o de los diferentes pueblos. Ni faltan, con frecuencia, en sectores de la Curia romana, prejuicios, atención unilateral a las informaciones, o incluso posturas, más o menos inconscientes, de etnocentrismo cultural europeo frente a América Latina, a África y a Asia.

Con ánimo objetivo y sereno, no se puede negar que la mujer continúa siendo fuertemente marginada en la Iglesia: en la legislación canónica, en la liturgia, en los ministerios, en la estructura eclesial. Para una fe y una comunidad de aquella Buena Noticia que ya no discrimina entre «judío y griego, libre y esclavo, hombre y mujer», esa discriminación de la mujer en la Iglesia nunca podrá ser justificada. Tradiciones culturales masculinizantes que no pueden anular la novedad del Evangelio, explicarán tal vez el pasado; no pueden justificar el presente, ni menos todavía el futuro inmediato.

Otro punto delicado en sí y muy sensible para su corazón, hermano Juan Pablo, es el celibato. Yo, personalmente, nunca he dudado de su valor evangélico y de su necesidad para la plenitud de la vida eclesial, como un carisma de servicio al Reino y como un testimonio de la gloriosa condición futura. Pienso, sin embargo, que no estamos siendo comprensivos ni justos con estos millares de sacerdotes, muchos de ellos en situación dramática, que aceptaron el celibato compulsoriamente, como exigencia, actualmente vinculante, para el ministerio sacerdotal en la Iglesia latina. Posteriormente, a causa de esta exigencia no vitalmente asumida, tuvieron que dejar el ministerio, y no pudieron ya regularizar su vida, ni dentro de la Iglesia ni, a veces, ante la sociedad.

El Colegio Cardenalicio está privilegiado, a veces, con poderes y funciones que difícilmente se conllevan con los derechos anteriores y con las funciones más eclesialmente connaturales del Colegio apostólico de los Obispos como tal.

De las Nunciaturas tengo, yo personalmente, una triste experiencia. Usted conoce mejor que yo la persistente reclamación de Conferencias Episcopales, de obispos, de presbiterios, de grandes sectores de la Iglesia, frente a una institución tan marcadamente diplomática en la sociedad y, con frecuencia, con una actuación paralela a la actuación de los episcopados.

Juan Pablo, hermano, permítame todavía una palabra de crítica fraterna al mismo Papa. Por más tradicionales que sean los títulos de «Santísimo Padre», «Su Santidad»... -así como otros títulos eclesiales tales como «Eminentísimo», «Excelentísimo»- resultan evidentemente poco evangélicos e incluso extravagantes humanamente hablando. «No se hagan llamar padres, o maestros», dice el Señor. Igualmente sería más evangélico -y también más accesible a la sensibilidad actual- simplificar la indumentaria, los gestos, las distancias, dentro de nuestra Iglesia.

Pienso también que sería muy apostólico que usted recabara una evaluación, suficientemente libre y participada, sobre sus viajes, tan generosos y hasta heroicos en muchos aspectos, y sin embargo tan contestados -y, a mi entender, no siempre sin motivos-: ¿no son esos viajes conflictivos para el Ecumenismo - testimonio de Jesús pidiendo al Padre que fuésemos uno-, para la libertad religiosa en la vida pública pluralista? ¿No exigen esos viajes grandes dispendios económicos por parte de las Iglesias y de los Estados, revistiéndose así de una cierta prepotencia y unos privilegios cívico-políticos con relación a la Iglesia Católica, en la persona del Papa, que se hacen irritantes para otros?

¿Por qué no reexaminar, a la luz de la fe, en favor del Ecumenismo, para dar testimonio al mundo, la condición de Estado con que se presenta el Vaticano, invistiendo a la persona del Papa de una dimensión explícitamente política, que perjudica la libertad y la transparencia de su ministerio de Pastor universal de la Iglesia?

¿Por qué no decidirse, con libertad evangélica y también con realismo, por una profunda renovación de la Curia Romana?

Sé del dolor que le produjo su viaje a Nicaragua. Aun así, me siento en el deber de confiarle la impresión -que otros muchos comparten- de que sus asesores y la actitud de usted mismo no contribuyeron para que ese viaje extremadamente crítico, y necesario por otra parte, fuese más feliz, y sobre todo, más evangelizador. Se abrió una herida en el corazón de muchos nicaragüenses y de muchos latinoamericanos, así como Vd se sintió herido en su corazón.

El año pasado estuve en Nicaragua. Ha sido mi primera salida de Brasil después de diecisiete años de permanencia en este país. Por la amistad que tengo, hace tiempo, con muchos nicaragüenses, por contactos personales o por carta, sentí que debía hacerme presente, como persona humana y como obispo de la Iglesia, en una hora de agresión político-militar gravísima y de profundo sufrimiento interno.

No pretendí sustituir al Episcopado local, ni subestimarlos. Creí sin embargo que podía y hasta debía ayudar a aquel pueblo y a aquella Iglesia. Así se lo comuniqué por escrito a los obispos de Nicaragua, tan pronto como llegué. Intenté conversar personalmente con algunos de ellos, pero no fui recibido. La jerarquía nicaragüense está abiertamente de un lado; al otro lado hay millares de cristianos, a los que también se debe la Iglesia.

Pienso sinceramente que nuestra Iglesia -yo me siento Iglesia de Nicaragua también, como cristiano y como obispo de la Iglesia- no está dando oficialmente en aquel sufrido país, y con repercusiones negativas para toda América Central, el Caribe y para toda América Latina, el testimonio que debería dar: condenando la agresión, propugnando la autodeterminación de aquellos pueblos, consolando a las madres de los caídos y celebrando, en la Esperanza, la muerte violenta de tantos hermanos, católicos en su mayor parte.

¿Sólo con el Socialismo o con el Sandinismo no puede dialogar la Iglesia, críticamente, sí, como críticamente debe dialogar con la realidad humana? ¿Podrá la Iglesia dejar de dialogar con la Historia? Dialogó con el Imperio romano, con el feudalismo, y dialoga, a gusto, con la burguesía y con el capitalismo, muchas veces acríticamente, según ha tenido que reconocer una posterior evaluación histórica. ¿No dialoga con la Administración Reagan? ¿El Imperio norteamericano merece más consideración de la Iglesia que el proceso doloroso con que la pequeña Nicaragua pretende ser ella, por fin, arriesgando y hasta equivocándose, pero siendo ella?

El peligro del comunismo no justificará nuestra omisión o nuestra connivencia con el capitalismo. Esa omisión o connivencia podrán «justificar» dramáticamente, un día, la revuelta, la indiferencia religiosa o hasta el ateísmo de muchos, sobre todo entre los militantes y en las nuevas generaciones. La credibilidad de la Iglesia -y del Evangelio y del propio Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo- depende, en gran parte, de nuestro ministerio, crítico, sí, pero comprometido con la Causa de los pobres y con los procesos de la liberación de los pueblos secularmente dominados por los sucesivos imperios y oligarquías.

Usted, como polaco, está en condiciones muy personales de entender dichos procesos. Su Polonia natal, tan sufrida y fuerte, hermano Juan Pablo, tantas veces invadida y ocupada, privada de su autonomía y amenazada en su fe por imperios vecinos (Prusia, Alemania nazi, Rusia, Imperio austro-húngaro) es hermana gemela de América Central y del Caribe, tantas veces ocupados por el Imperio del Norte. Estados Unidos invadió Nicaragua en 1898 y después volvió a ocuparla con sus marines de 1909 a 1933, dejando a continuación una dictadura que duró hasta 1979. Haití estuvo bajo ocupación de 1915 a 1934. Puerto Rico continúa ocupado hoy día, desde 1902. Cuba sufrió varias veces invasiones y ocupaciones, así como los demás países de la región, especialmente Panamá, Honduras y la República Dominicana. Más recientemente Granada sufrió la misma suerte. El propio Estados Unidos exporta para estos países sus sectas, que dividen internamente el pueblo y amenazan la fe católica y la fe de otras Iglesias evangélicas allí establecidas.

Sé también de sus preocupaciones apostólicas respecto de nuestra Teología de la Liberación, de las Comunidades cristianas en los medios populares, de nuestros teólogos, de nuestros encuentros, publicaciones y otras manifestaciones de vitalidad de la Iglesia en América Latina, de otras Iglesias del Tercer Mundo y de algunos sectores de la Iglesia en Europa y en América del Norte. Sería ignorar su misión de Pastor universal el pretender que usted no se interesase e incluso se preocupase con todo este movimiento

eclesial, máxime cuando América Latina, concretamente, representa casi la mitad de los miembros de la Iglesia Católica.

De todas formas, una vez más, le pido disculpas para expresarle una palabra sentida respecto al modo como están siendo tratadas por la Curia Romana, nuestra Teología de la Liberación y sus Teólogos, ciertas instituciones eclesiales -como la propia CNBB, en determinadas ocasiones- iniciativas de nuestras Iglesias y algunas sufridas comunidades de este Continente, así como sus animadores.

Delante de Dios puedo darle el testimonio de los agentes de pastoral y de las comunidades con que establecí contacto en Nicaragua. Nunca han pretendido ser Iglesia «paralela». No ignoran a la Jerarquía en sus legítimas funciones, y tienen conciencia de que son Iglesia, manifestando una sincera voluntad de permanecer en ella. ¿Por qué no pensar que algunas causas de este tipo de conflictos en la pastoral puedan provenir de la jerarquía también? Nosotros, con frecuencia, los miembros de la jerarquía, no reconocemos de hecho a los laicos como adultos y corresponsables en la Iglesia, o queremos imponer ideologías y estilos personales, exigiendo uniformidad o atrincherándonos en el centralismo.

Acabo de recibir la última carta del Cardenal Gantin, prefecto de la Congregación para los Obispos. En ella el Señor Cardenal, entre otras amonestaciones, me recuerda ahora la visita apostólica que recibí y recibí la Prelatura de São Félix do Araguaia en 1977. Quiero simplemente comunicarle a usted que esta visita fue provocada por denuncias o calumnias de un hermano en el episcopado; que el visitador apostólico pasó apenas cuatro días en São Félix, sin visitar ninguna comunidad, aceptando solamente conversar con poquísimas personas y ver el Archivo de la Prelatura, después de que le insistimos en que lo hiciese. Ni él, ni la Nunciatura, ni la Santa Sede, jamás me comunicaron las conclusiones de dicha visita, aun habiéndolo solicitado yo expresamente.

Quiero finalmente, reafirmarle, querido hermano en Cristo y Papa, la seguridad de mi comunión y la voluntad sincera de proseguir con la Iglesia de Jesús, en el servicio al Reino. Dejo a su criterio de Pedro de nuestra Iglesia, el tomar la decisión que juzgue oportuno sobre mí, obispo también de la Iglesia. No quiero crear problemas innecesarios. Quiero ayudar, responsable y colegialmente, a llevar adelante la misión evangelizadora de la Iglesia, particularmente aquí en Brasil y en América Latina. Porque creo en la perenne actualidad del Evangelio y en la presencia siempre liberadora del Señor Resucitado, quiero creer también en la juventud de su Iglesia.

Si usted lo considera oportuno, puede indicarme una fecha apropiada para que vaya a visitarlo personalmente.

Confío en su oración de hermano y de Pontífice. Dejo en las manos de María, Madre de Jesús, el desafío de esta hora. Le reitero a usted mi comunión de hermano en Jesucristo y, con usted, reafirmo mi condición de servidor de la Iglesia de Jesús. Con su bendición apostólica,

Pedro Casaldáliga,
Obispo de São Félix do Araguaia, MT

Qué luces y sombras destacarías en la Iglesia de hoy?

-Las sombras las ha destacado ya (con excesivo pesimismo, según la opinión de muchos) el prefecto del ex-Santo Oficio, cardenal Ratzinger, sintiendo, como san Agustín, quizá, que un cierto mundo se está acabando...

Por mi parte destacaría otras sombras en la Iglesia, vista tal vez desde un mundo que comienza:

- La falta de una verdadera opción por los pobres y por sus procesos de Liberación. Ni las personas ni las instituciones de la Iglesia somos «pobres», en general. Ni convivimos con los Pobres de la Tierra ni nos encarnamos en su realidad diaria. Les servimos simpatía, palabra, beneficencia... ¡Tememos sus reivindicaciones mayores!

- El centralismo -con mucha frecuencia etnocentrismo europeo, occidental- que implica el pluralismo en la comunión que desconoce de hecho las culturas otras y la legítima autonomía de las Iglesias particulares.

- El miedo al diálogo con la Humanidad en sus aspiraciones más profundas y universales (como el desarme total, la igualdad de los pueblos, la radical injusticia de las grandes dependencias y deudas, la mujer, el hambre...).

- La lentitud pseudo-eterna de nuestras reformas en curias y códigos. Especialista en eternidad, la Iglesia deja pasar, con frecuencia, el Tiempo...

Y basta de sombras, ¿no?

Las luces son, en primer lugar, el Concilio Vaticano II, que sigue ahí, en pie de Espíritu y de Historia.

El resurgir de las Iglesias del Tercer Mundo. Concretamente en nuestra América Latina, con Medellín y Puebla, con las Comunidades Eclesiales de Base, con el ancho martirologio que nos viene rebautizando como

en los primeros días de la fe cristiana, con la vapuleada y querida teología de la Liberación -en sus varias vertientes, negra también, a su modo, o femenina.

La irreversible toma de conciencia y de posición de los seglares en la Iglesia, como Iglesia plenamente tal.

El otro «misterio» de la Iglesia, como Pueblo de Dios, ahora vivido con mucha lucidez y fuerza por amplios sectores de la base.

Los focos múltiples de Ecumenismo, desde la base también o en instituciones de teología, de pastoral, de educación popular. El ecumenismo de las grandes acciones humanitarias por la Paz, a favor de los Exilados o Desaparecidos, por los Marginados, contra la Segregación.

No se puede negar que en estos últimos años nos ha venido encima una nube de retrocesos o de involución, pero el Tiempo Nuevo fue inaugurado y caminaremos, purificados, hacia adelante.

¿En qué puede ayudarse mutuamente la Iglesia del Primer Mundo y la Iglesia del Tercer Mundo?

- Se ayudarán en la medida en que se conozcan sin prejuicios y se respeten como iguales en dignidad y como diferentes -y complementarias también- en cultura y en coyuntura.

La Iglesia del Primer Mundo debería acoger agradecida, como un don del Espíritu, la creatividad, durante siglos prohibida, de las Iglesias jóvenes del Tercer Mundo. Hacerse portavoz, en el Primer Mundo, de la profecía de esas Iglesias y del clamor de sus respectivos Pueblos. Seguir prestando su ayuda misionera también, pero sin colonialismos ni paternalismos. Hacer su crítica, fraterna y sin superioridades.

La Iglesia del Tercer Mundo puede estimular en la Iglesia del Primer Mundo las fuerzas, quizá adormecidas, de la utopía evangélica, exigirle sintonía y pluralismo, pasarle un cierto frescor juvenil frente al ritualismo y al autoritarismo, ayudarle a describir la misión como un proceso circulatorio: misionamos, nos misionan, misionamos al mundo, el propio mundo nos misiona también...

Ahora, muy concretamente, se empiezan a celebrar ya los 500 años de la evangelización de América. ¿Por qué no celebrarlos críticamente, sin triunfalismos, agradeciendo el Evangelio, que siempre es un don de Dios, pero reconociendo la dominación, la depredación, el genocidio y la dependencia que acompañaron esa evangelización, compleja, ambigua, todavía hoy mal descifrada?

(Revista L.E.A., Madrid, junio 1986)

Tu mitra será un sombrero de paja sertanejo; el sol y el claro de luna; la lluvia y el sereno; la mirada de los pobres con quienes caminas y la mirada gloriosa de Cristo, el Señor.

Tú báculo será la verdad del evangelio y la confianza de tu pueblo en ti.

Tu anillo será la fidelidad a la nueva alianza del Dios liberador y la fidelidad al pueblo de esta tierra.

No tendrás otro escudo que la fuerza de la esperanza y la libertad de los hijos de Dios, ni usarás otros guantes que el servicio del amor.

(Invitación-recordatorio de la consagración episcopal, 23-10-1971)

Objetivo y líneas básicas de pastoral de la Prelatura de São Félix do Araguaia.

La Iglesia particular de la Prelatura de São Félix, MT, en comunión con la Iglesia del Tercer Mundo,

- por causa del Evangelio,
- e interpelada por la realidad local,
- opta por los oprimidos

y, en consecuencia, define su pastoral como evangelización liberadora, según la Palabra: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me consagró por la unción para proclamar la Buena Noticia a los pobres, anunciar a los cautivos la liberación y a los ciegos su recuperación de la vista, para dar libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor» (Is 61, 1-2; Le 4, 18-19).

En un primer análisis, que no pretende ser exhaustivo, destacamos de la realidad de opresión en que vive el pueblo de esta región los siguientes puntos:

- superstición, fatalismo y pasividad;
- analfabetismo y semianalfabetismo;
- marginación social;
- latifundio capitalista, responsable de la permanencia de esta situación de opresión.

Objetivo: La Prelatura tiene como objetivo desencadenar y acelerar en el Pueblo de la región el proceso de liberación total con que nos liberó Cristo (cf. Gál 5).

Medios: 1. Encarnación en la pobreza, en la lucha y en la esperanza del pueblo. 2. Educación liberadora por la concientización y la promoción humana. 3. La denuncia profética.

Compromisos: a) Conscientes de los conflictos e implicaciones que esa opción fundamental comporta, nos comprometemos a respetar las etapas del crecimiento liberador del pueblo y el pluralismo de carismas y servicios.

b) Respetando las opciones personales de los diferentes miembros del equipo, nos comprometemos también, como grupo eclesial, a una vivencia explícita de la Fe -en el testimonio de vida y en la oración, particularmente en la celebración eucarística- y a una revisión periódica, de confrontación entre la opción básica y la acción concreta.

(Y CJ, 77)

Nuestros dos o tres primeros años fueron mucho un sentirse espantado delante de todo tipo de distancias, y vivimos con la preocupación de conocer, de sentir la realidad. Después, a partir de esta voluntad de conocimiento de la realidad, por voluntad también de encarnación, hemos ido definiendo nuestro trabajo en cuatro niveles que podríamos traducir así: Pastoral directa, primero. Segundo, atención en materia de educación, en los varios niveles y aspectos, formal, no formal, adultos, no adultos, niños, jóvenes, diferentes clubs, reuniones, encuentros que significan educación. Tercero, salud. Atención sanitaria y prevención. También en los varios aspectos. Dando primacía a la sanidad preventiva y a la conciencia de la salud. Y cuarto nivel, problemática de la tierra. Descubrir, enseñar, ilustrar derechos. Fortalecer la lucha de un pueblo por sus derechos; un pueblo sertanejo y de indios en que la tierra es problema básico vital. A partir de esta lucha surgió la CPT, la Comisión Pastoral de la Tierra, a nivel de la Conferencia Episcopal nacional, que es hoy en Brasil, para mí, la gran fuerza de renovación, realmente desde la base, juntamente con el CIMI (Consejo Indigenista Misionero) y con lo que podamos encauzar de pastoral específicamente obrera, y al lado de algo más genérico como son las comunidades de base. Quisiera precisar, subrayándolo fuertemente, que esas cuatro líneas o estratos de nuestra pastoral son para la Iglesia de São Félix una sola evangelización de una sola realidad. A partir de la fe y a partir de la propia vivencia de esta realidad humana, pretendemos concientizar y pretendemos formar comunidad. La concientización y la formación de la comunidad son los dos objetivos inmediatos de nuestra pastoral, a la luz de la fe y con la fuerza de la esperanza, que esclarecen y que congregan y después celebran.

(DMG, 157)

Los pastores y los rebaños de ovejas y de corderos -con algunas cabras locas y la «chivita» querida que el ejército en desbandada se me llevó- poblaron mi corazón de niño. Siempre he sentido una especial ternura por el *evangelio del Buen Pastor*. Como los antiguos cristianos de las catacumbas. Como Israel la sentía por el Pastor Yahvé.

Israel, sin embargo, en los días de Jesús, ya veía en el pastor tanto el destello bíblico del Señor Yahvé como el tipo de una clase sociocultural impura. Y cuando Jesús se proclamaba pastor, ciertamente no huía de ninguna de esas dos caras que la imagen del pastor suscitaba en sus oyentes. Ser pastor -en aquel entonces, muy lejanas las tribus nómadas y los rebaños que la bendición de Yahvé aseguraba a los patriarcas- no era ser precisamente clase señorial o jerarquía sagrada o casta impoluta. El Talmud nos ha conservado duras referencias acerca de los pastores. El Padre convocó primero a los pastores de Belén, para la adoración de su Verbo hecho carne, no por las características idílicas que esos pastores adquirieron más tarde en nuestra imaginación sino por la abyecta disponible condición de su pobreza de entonces. Los pastores entraban de lleno en la categoría de «pobres de la tierra».

Nosotros, los obispos, pastores de nuestras iglesias, no acostumbramos a conjugar armónicamente los dialécticos contrastes del Buen Pastor: por un lado, la solicitud paterna del Pastor Yahvé sobre su pueblo, sus entrañas de misericordia con cada oveja descarriada o pequeña, aquella ternura maternal que Isaías describe tan entrañablemente y que arrebató a Teresa de Liseux; y, por otro lado, la humilde condición de servicio, de gratuidad, de soledad, de riesgo, que un pastor debe asumir, día a día, día y noche. Siendo siempre, un poco, «el otro», «el único», dentro del rebaño. A la manera de Dios, aun consideradas todas las infinitas distancias. Siempre haciéndose, un poco, el pastor, pasto y arroyo y sal y camino. No comiéndose las ovejas, sino dándose a comer. En una eucaristía pastoral permanente.

«Otros» nos hemos hecho, pero de muy otra manera... De pastores nos subimos a jerarcas. El cayado se nos hizo báculo de oro y de poder. Y transformamos, quizá, el pueblo de Dios, libre, en rebaño aborregado, sin iniciativa y sin decisión; en «borregos de Cristo», como dirían los mordaces anticlericales españoles.

Según el Buen Pastor, ser buen pastor es «dar la vida» por el rebaño. Pero nadie da la vida, de un chorro, en el día del testimonio último, si antes no fue dando diariamente la vida, a sorbos lentos. Porque no se trata de que nos quiten la vida. «Nadie me quita la vida», decía Jesús. Se trata de darla, libremente.

¿Qué sería pastoralmente «dar la vida por las ovejas»?

Yo pienso que, ante todo, un buen pastor debe procurar «dar vida» a su rebaño; debe hacer, por todos los medios a su alcance, que su rebaño, el pueblo, tenga condiciones dignas de vivir. Nuestro Dios es el Dios de la Vida. Él no se complace en un sacrificado rebaño de muertos. Todo lo que sea estimular la dignidad, la

salud, la libertad, la participación, la identidad, la alegría de un pueblo, eso es pastorear evangélico. ¿Para qué iba yo a «dar la vida», ocasionalmente, por mi pueblo un día determinado, si no me obsesioné diariamente por ayudar a mi pueblo a tener vida, vida digna, vida abundante, vida de personas, vida de hijos de Dios...?

En nuestra América Latina «dar vida» es, más dramáticamente aún, salvar de la muerte. De esa diaria y colectiva muerte, «morrida ou matada», como decimos en brasileño, que diezma apocalípticamente El Salvador y Guatemala y todos los países de nuestro continente, en mayor o menor proporción, diversificadamente en las diversas regiones, pero realmente en todas ellas. San Romero de América lo entendió y lo practicó muy bien, buen pastor él, modelo latinoamericano de pastores, incomprendido aún hoy por muchos de sus hermanos, canonizado ya por el pueblo.

«Dar vida» es también ir dando la propia vida: dando el propio tiempo; el sosiego personal; la privacidad, entre solterona y monástica, a que estamos acostumbrados; la comodidad y el confort; el buen nombre; la buena acogida -con las buenas comidas y las bebidas buenas- que las familias del señorío saben dispensar, muy desinteresadamente, a los eclesiásticos que se mantienen a la altura; los privilegios que el poder político, militar y económico siempre están dispuestos a conceder a un pastor mudo o cómplice.

El Buen Pastor se hizo «pastor y cordero». Nosotros -los obispos, los curas, los dirigentes de la comunidad- deberíamos hacernos cada día más vitalmente rebaño con el rebaño, pueblo con el pueblo.

Tengo la sensación de que muchos obispos imaginan que ellos no son pueblo de Dios. Están encima de ese pueblo. Como el pastor de ovejas-animales, sentado en lo alto del peñasco y tocando la flauta de idilio o de la prepotencia. Dios me perdona este pensamiento malo...

Claro está que ser pueblo no es fácil. Optar preferencialmente -¡ay el bien y el mal de los adverbios!- por el pueblo, por los pobres, aún se hace, con frecuencia. Intentar vivir con el pueblo y hasta como el pueblo -en pobreza, en diálogo y en riesgo-; tomar partido por el pueblo, socialmente y políticamente también, hasta las últimas consecuencias..., eso ya es pastoreo de otro estilo, talla evangélica, talla rara de buen pastor.

Si un día llega «la hora» de dar también la vida propia por las ovejas, ese será apenas el último lógico servicio de un buen pastor, servidor habitual de su rebaño. El martirio, para los cristianos sin glosas al Evangelio, como pedía Francisco de Asís, comporta una cierta connaturalidad. Quien da la vida cada día, un día da la vida, sencilla y generosamente. Valencia, Angelelli, Romero -por hablar de pastores, nuestros y próximos- así dieron sus vidas por el Evangelio y por el pueblo.

(EDP, 124)

Quisiera recoger una vieja expresión y darle vida: siempre hemos dicho que *la voz del pueblo es la voz de Dios*, ¿no? Siempre hemos entendido también -bien o mal-, que el profeta hablaba en nombre de Dios, en un momento, en una hora determinada, en una circunstancia concreta. Y que el profeta hablaba también a Dios en nombre del pueblo, le gritaba en nombre del pueblo. En ese sentido me parece que el pueblo está siendo profeta de sí mismo y profeta de sus propios pastores. La proximidad de los pastores -obispos, sacerdotes, religiosos- al pueblo, y el hecho de que el pueblo haya entrado en nuestros programas, en nuestras revisiones y en la reformulación de nuestros planes de pastoral, etc., nos ha obligado a sentir la realidad del pueblo. Para mí, el primer acto de magisterio y de profecía ha sido ese, la trágica realidad del pueblo, su pobreza, su estado de cautiverio; esto ha sacudido a la Iglesia y la sacudirá más aún. Y eso es una profecía maravillosa que obliga a la encarnación.

Ha sido profecía también porque nos está ayudando mucho a superar la distinción entre lo eclesiástico y lo eclesial. ¿Dónde acaba el obispo y dónde empieza el pueblo? ¿Y los sacerdotes y el pueblo? ¿Y los sacerdotes y la comunidad? ¿Y el obispo y la comunidad? En esto también está siendo profecía el pueblo.

Como lo está siendo también por sus propias expresiones orales o escritas, por sus cantos; se están creando cantos maravillosos en el país, liturgias populares; por ellos se revela el Espíritu, para que superemos nuestra autosuficiencia de pastores, obispos y sacerdotes, demasiado acostumbrados a distinguir entre lo litúrgico y lo extralitúrgico, como si el pueblo, nada, cosillas, pero en cuanto nosotros llegamos al trono, hala, el Espíritu comienza a llegar. No. En esto está siendo profecía el pueblo, demostrándonos por él su fuerza y su presencia, el Espíritu, como a Pedro desde los gentiles. Es curioso ver cómo los cantos y los textos que está creando el pueblo se distancian de las cosas imitadas e importadas. La identidad del pueblo surge y se expresa, sea en problemas de tierra, en problemas de comida, de salario, sale la esposa, salen los hijos, sale el día a día de un modo mucho más normal; y sacude nuestra fe y nuestra vida y nos impide que vivamos artificialmente la liturgia, por ejemplo, y la pastoral.

Se están publicando hojas y boletines. Esa «Iglesia del mimeó-grafo» tiene aquí mucha fuerza. Hay boletines, como nuestra humilde y popular «Alvorada» o como «A Folha» de Nova Iguaçu, que son perseguidos e incluso han sido instrumentalizados, suplantados, falseados. Se prepara en el país, a nivel nacional, un Congreso para estudiar el fenómeno y los contenidos y significaciones de estas hojas y boletines.

Se publican también pequeños manuales, expresión del pueblo, como también piezas populares de teatro que engloban y enriquecen la liturgia de la palabra. Claro que aún hay gente que es alérgica a eso, y se espanta.

Pero yo creo que esto es una avalancha, una marea de pueblo y de Espíritu que no hay quien pueda detener.

Finalmente me parece que el pueblo está siendo profeta para nosotros, los obispos y el clero, porque nos obliga a distinguir bien el reino de Dios del poder del mundo y del maligno. Como el pueblo está siendo oprimido y aplastado por el poder, nosotros, los pastores, si queremos ser más o menos auténticos y nos encarnamos en el pueblo, nos obligan a sentir ese poder y a sentirnos distantes de él, y a profetizar también. El espíritu profético del pueblo suscita en nosotros también el espíritu profético.

(DMG, 149)

Yo no aceptaría que haya tanto peligro de mitologización del pueblo. Para mí, nunca jamás, por muchos siglos que la historia camine, daremos, ni como Iglesia ni como sociedad, *el valor que debemos dar al pueblo*. El pueblo es el pueblo, y no hay más. Porque es la mayoría. Y, o estamos al servicio de él, o nos negamos como Iglesia, como sociedad, como inteligencia, etc.

Ahora bien, la «utilización» del pueblo la veo posible, ciertamente. Se puede dar. Se da. Y se dará, como se ha dado; a partir de una ideología o a partir de otra. Podemos decir que pasarán siglos hasta que lleguemos a compensar lo que ha sido utilizado el pueblo contra el propio pueblo y a favor del poder, del capital, de las oligarquías. En este sentido, el miedo es poco. Ahora, me parece que a medida en que se vive en el pueblo y se está en el pueblo, por aquel poder de profecía que el pueblo tiene, te sientes obligado a revisión con el pueblo mismo. Con eso ya no te es tan fácil caer en la utilización. Teóricamente lo es. Prácticamente, me parece que cada vez lo será menos.

(DMG, 151-152)

POBREZA EVANGÉLICA

No tener nada.
No llevar nada.
No poder nada.
No pedir nada.
Y, de pasada,
no matar nada;
no callar nada.

Solamente el Evangelio, como una faca afilada.
Y el llanto y la risa en la mirada.
Y la mano extendida y apretada.
Y la vida, a caballo, dada.

Y este sol y estos ríos y esta tierra comprada,
para testigos de la Revolución ya estallada.

¡Y «mais nada»!

(CEL, 53)

En la Universidad de Goiânia doy una charla sobre «*El profetismo en la Iglesia*» a un grupo de sacerdotes y religiosas que están haciendo un curso de reciclaje:

-Ser profecía es misión de la Iglesia. La profecía debe tomarla toda, porque toda ella, la Iglesia, es un pueblo de profetas. Todos sus ministros han de estar transidos de profecía.

-Profeta es aquel que tiene la acuidad necesaria para ver y para oír a Dios; para ver y oír a los hombres. Para interpretarlos: a los hombres y a Dios.

-El profeta es un inconformista con la situación de pecado y de injusticia que está ahí. Es un inseguro y siente miedo, porque sabe cuánto arriesga. Es un radical, porque ve lo «nuevo» de Dios y conclama a la novedad del Reino.

-Su palabra -como el «dabar» bíblico- no es sólo palabra dicha; es actitud, gesto, práctica. Palabra que no se cumple, no es palabra de Dios.

-Poseído por el Espíritu de Dios, todo él se hace palabra viva. La primera gran palabra de un profeta es su testimonio, la palabra entera de su vida.

-Jesús es «la» Profecía de Dios: su Palabra última.

-Un mundo siempre nuevo (en males, en bienes, en oídos, en necesidades, en expectativas), requiere siempre un habla nueva, nuevas señales, gestos nuevos. Sólo es profeta aquel que se da a entender.

-La Iglesia, como pueblo de profetas que es, debe hablar comunitariamente o no conseguirá evangelizar el mundo.

-Como la Iglesia no tiene la exclusiva de Dios ni la exclusiva de la Historia humana, ha de reconocer y acoger la profecía que habla fuera de ella. También para ella. Hay un mundo que profetiza, desde sus colores, desde sus luchas, desde sus gestos de solidaridad y de transformación social.

-La profecía es siempre el futuro de Dios -su Reino- en el presente histórico del hombre.

-Marcelo, el biblista amigo, sintetizaba así el Apocalipsis: «Los grandes, de triunfo en triunfo, van al fracaso. Los pequeños, de fracaso en fracaso, van a la victoria». En Aquel que fue muerto y es el Vencedor.

(ERF, 213-214)

La costumbre de decir «amén», con minúscula -hay un «Amén» con mayúscula que es el propio Señor Jesús-, habitó irresponsablemente a muchos cristianos a no asumir *la corresponsabilidad eclesial como un derecho y un deber diarios*, en todos los niveles de la Iglesia y a pesar de las incomodidades que esto trae consigo. Porque si todos nosotros somos Iglesia, debemos serlo vitalmente. Porque también nosotros hacemos esta Iglesia que nos hace. Porque la Iglesia es tanto nuestra madre como nuestra hija.

Por otra parte, la prepotencia jerárquica -demasiado «mundana», muy poco fraterna-, el centralismo romanista u occidental -muy poco «católico», nada propiciador de ecumenismo dentro y fuera de casa, en la Casa mayor del Reino- y el hiperortodoxismo a la caza de brujas o en constantes cortapisas -poco sensible a la comunión plural, desconocedor en la práctica de las realidades de otros mundos y de sus exigencias para los cristianos- han creado en muchos católicos un complejo de miedo eclesiástico, de sometimiento infantil, de uniformismo esterilizador. Cuando no se respira a gusto dentro de la Iglesia es porque a unos y otros, o a todos, nos falta el viento del Espíritu y nos sobran aires enrarecidos...

Costumbre y complejo muy poco evangelizadores de la Buena Nueva de Jesucristo, que es Vida y Liberación; muy poco favorecedores de la credibilidad con que la Iglesia debe presentarse al Mundo como una Comunidad Nueva, de hermanos iguales, más allá de toda esclavitud, trasunto esperanzador del Reino.

(Del prólogo a «La túnica rasgada», de Giulio Girardi)

¿Qué sería la «Iglesia popular»?

-En primer lugar yo quiero lamentar una vez más que se haya perdido la libertad y hasta la alegría de usar esta expresión. Varias veces se lo he reclamado a nuestros teólogos, que por una docilidad explicable en medio de ciertas persecuciones que los buenos teólogos de América latina vienen sufriendo, se vieron obligados a renunciar a una expresión llena de sentido y de legitimidad.

Si decimos «Iglesia jerárquica», con más razón podemos decir «Iglesia popular». Por dos motivos: la Iglesia «tiene» jerarquía, pero «es» pueblo, Pueblo de Dios. La jerarquía es minoritaria en la Iglesia, es un servicio a la iglesia y, a partir de la Iglesia, al mundo. Mientras que el pueblo, ese Pueblo de Dios, es la inmensa mayoría de la Iglesia total.

Por otra parte, hablar de Iglesia popular significaría, significa, una «Iglesia en la base», donde están los pobres. Una Iglesia en el lugar donde se puso Jesús. Una Iglesia en el pueblo que se reconoce, que recobra su identidad, que asume su proceso.

Para nosotros, en esta América Latina, hablar de un pueblo prácticamente es hablar de pueblo en proceso histórico. Más aún, pueblo en proceso histórico de liberación. En Brasil, por ejemplo, distinguimos normalmente -en los encuentros de pastoral, de teología o de trabajo popular- entre «masa» y «pueblo». Masa, pueblo, comunidad, liderazgo...

Bíblicamente hablando, el pueblo de Dios, «el pueblo que no era pueblo, que es pueblo ahora...». «Ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios».

En fin, se trata de una expresión tan hermosa que yo hago votos porque sea recobrada, sin rubores, sin ceder a incomprendiones, que podrán partir de la mejor buena voluntad, pero que ciertamente no parten de lucidez teológica ni de visión comprometida pastoral, y que posiblemente, sin querer, están haciendo el juego a los que no quieren que el pueblo sea pueblo, a los que no quieren que la Iglesia sea pueblo, a los que no quieren que el pueblo se haga Iglesia...

-*Iglesia popular e Iglesia de los pobres ¿serían términos semejantes?*

-Iglesia popular sería la Iglesia de los pobres conscientes, que se organizan, en proceso, en fermento de liberación...

-*Dice Leonardo Boff que Iglesia popular no se opone a Iglesia jerárquica sino a Iglesia burguesa...*

-Evidente. Y se opone también a Iglesia clerical, en el sentido peyorativo de la palabra (una Iglesia clericalista). La Iglesia popular acaba siendo la Iglesia pueblo de Dios, que opta realmente por los pobres, que se pone en su lugar, que toma partido por ellos, que asume su causa y sus procesos. Una Iglesia también que

tira de la jerarquía y del clero, tira de la teología, tira de la liturgia, tira del mismo derecho canónico y les hace bajar, en una kénosis histórico-pastoral, al lugar en que se puso el mismo Jesús, que es el pueblo.

-«Iglesia burguesa»... ¿sería una contradicción?

-Evidente, evidente.

-¿No puede existir una Iglesia burguesa?

-Pregunto: ¿cuál sería el real código canónico evangélico de la Iglesia? Y respondo: el mandamiento nuevo, las bienaventuranzas. En una Iglesia burguesa, Iglesia de privilegio, Iglesia de explotación de las mayorías, Iglesia de expulsión de las mayorías... ¿caben las bienaventuranzas? Una Iglesia burguesa ya no sería la Iglesia de Jesús.

-¿Es que el bautismo, la conversión, exigiría cambiar de clase...?

-Pregunto: ¿no es acaso el bautismo un sumergirse en la Pascua, en la muerte, en la resurrección? Ese sumergirse en la muerte de Jesús, evidentemente, ha de ser la muerte del egoísmo, la muerte del privilegio acumulativo y excluidor. Y, en ese sentido, la muerte a una vida burguesa. Una vida burguesa es una vida pecaminosa, estructuralmente pecaminosa.

-Según todo eso, la conversión exigiría ponerse de parte de los pobres. ¿Exigiría también participar en un partido?

-Ciertamente que hay que relativizar los partidos. Pero, evidentemente, si la dimensión política, la caridad política, la santidad política... son derivaciones connaturales de una vivencia cristiana consciente, encarnada histórica, esta dimensión política exigirá normalmente, en la realidad actual de la vida política de los pueblos, la participación en la política partidaria.

Hoy día, en muchos sectores de izquierda se relativiza cada vez más el partido. Ya fue con demasiada frecuencia el partido algo absoluto. Yo digo muchas veces: no hagáis del partido la Causa. La Causa es el Pueblo. El partido es apenas un instrumento. Pero continúa siendo una mediación normal en la vida de la mayor parte de las naciones.

-¿Qué responderías a la objeción de que la Iglesia es para todos, de que está por encima de las opciones políticas?

-Respondería que Cristo también vino para todos, y optó por los pobres. Y condenó a los ricos. Y rechazó el privilegio. Y fue sentenciado, torturado, ejecutado y colocado en la cruz por los poderes del latifundio, de la ley, del imperio.

No es posible pensar que el evangelio sea para todos por igual. Lo peor que se podría decir del evangelio es que fuera neutro. Yo suelo decir: el evangelio es para todos, a favor de los pobres y contra los ricos. Y me explico.

«A favor de los pobres» en lo que tienen ellos de pobreza evangélica, y contra la marginación y quizá la desesperación en que les toca vivir, Y «contra los ricos»: contra la posibilidad, la capacidad que ellos tienen de vivir en un privilegio que expolia a la inmensa mayoría de los hermanos, contra la capacidad de explotar a esos hermanos, contra la insensibilidad en que ellos viven, contra la idolatría en que ellos están sumidos.

En nuestro pequeño catecismo de São Félix hemos hecho hincapié en esto cuando, en la parte final, al referirnos a la moral cristiana, a la ley fundamental, poníamos, además de los diez mandamientos y las bienaventuranzas, las maleventuranzas de Jesús.

El rico, normalmente hablando, está excluido del Reino de los cielos. Sólo puede entrar en él si deja de ser rico...

(Del prólogo al libro «Nicaragua y los teólogos», de José María Vigil)

¿Cómo siente usted la relación Iglesia-medios de comunicación social?

-La misión de la Iglesia es «comunicar» la Buena Noticia de la salvación en Cristo Jesús. Una comunicación que, evidentemente, no se reduce al anuncio -porque incluye también la celebración y la práctica de esa Buena Noticia- pero que supone el anuncio en todo caso, necesariamente. «Sobre los tejados». «Oportuna e importunamente». Y, «¡ay de mí si no anunciare!»...

Un anuncio a todos, a la inmensa mayoría, a la «masa» humana. Encerrarse dentro de las paredes del templo sería convertir en un ghetto el Evangelio.

Hoy día los medios de comunicación social, por lo demás, configuran la «conciencia» y hasta la «verdad» de la mayoría. Una conciencia y una verdad normalmente distorsionadas y hasta pervertidas por el consumismo, por el lucro, por el hedonismo, por la prepotencia, por el etnocentrismo. La Iglesia tiene el deber de anunciar a esa inmensa mayoría y, siempre que sea posible, por esos medios mayoritarios, la plena Verdad, y de ayudar a formar una conciencia crítica y libre.

-¿Por qué la CNBB ha escogido las Comunicaciones como una de las prioridades para los próximos cuatro años?

-En las últimas Asambleas nacionales de la CNBB se percibe en muchos obispos una creciente preocupación con respecto a los Medios de Comunicación. En algunos, a veces, esa preocupación aparece simplemente como «moralista». Me parece percibir que en la mayor parte de los obispos preocupados por las comunicaciones éstas no son reconocidas como un instrumento máximo de verdad o de mentira, de liberación

y de dependencia. También nosotros, la jerarquía, estamos llegando a la conclusión de que prescindir de los medios de comunicación o utilización sólo esporádicamente es, en la práctica histórica de hoy, traicionar la misión evangelizadora.

La campaña de la Fraternidad, la TV «de ellos» invadiendo el Pueblo, algunas realizaciones más de casa -las de Verbo Films, por ejemplo-, una mentalidad y un ejercicio nuevos en la pastoral, la demanda de los laicos, de las comunidades, la misma experiencia de boletines, radios diocesanas, discos y videos pastorales, etc., van convirtiendo a los medios en un instrumento inevitable, entre nosotros, de la iglesia.

Y no siempre la calidad y la actualidad nos acompañan, ciertamente.

-¿ *Cuál es la importancia del Cine y del Video para la evangelización?*

-Estamos hartos de oír y de constatar que nuestra civilización es la «civilización de la imagen». El cine y el video son la imagen «permanente». El video es el cine en casa, en los centros comunitarios, en los clubs. El cine sigue siendo un espectáculo «grande», evocador. Una buena película marca. Hasta parece que cuando un libro es bueno ha de llegar a la pantalla...

Parece que ya no va a tener lugar (en los Centros Comunitarios, en las Asambleas diocesanas o sindicales o de política popular, en los cursos o encuentros pastorales o educativos) la simple palabra, ni siquiera el simple cartel: la imagen «viva» se impone.

La catequesis pide imagen. Incluso la celebración.

Lo cual no significa que la Palabra haya perdido categoría. La Palabra seguirá siendo siempre el mejor «intérprete» de la imagen. Lo que los ojos no captan lo dice la Palabra.

(Boletín «Verbo Films», 1988)

Seamos comunicación,
porque para eso hemos nacido
de la misma boca de Dios.

Seamos comunicación,
porque su Palabra
se comunica en nuestra propia carne.
Seamos comunicación,
porque hemos sido marcados
por el propio testimonio de su Espíritu.
Comuniquémonos, hermanos, comuniquémonos.
Hablemos la verdad, contra toda mentira.
Gritemos la esperanza, contra toda tristeza.
Hagamos el mensaje supremo del amor, contra todo egoísmo.
Sepamos amansar el griterío
del propio corazón atolondrado.
Sepamos enseñorear los medios de comunicación,
porque los hijos del Señor no pueden ser esclavos.

Oigamos toda cosa,
oigamos toda ala,
oigamos todo paso.

No podemos dejarnos aislar, sordos o mudos,
ni por el miedo,
ni por el lucro,
ni por orden de los dominadores.
Juntemos nuestras bocas en un solo grito de justicia
por encima del mar de los varios mundos,
por encima de los montes de las estructuras todas.

Hable el pueblo por la radio,
hable el pueblo por la prensa,
hable el pueblo en la TV.
Hable el pueblo la verdad.
La verdad le hable al pueblo.
La verdad.

De lo alto de los tejados,
en el corazón del mundo.

En torno al tumulto que aturde a los humanos,
forcemos el espacio de la humana libertad
para la noticia del Reino.
Gritemos el Evangelio.
Sepamos ser palabra transmisora de la Palabra,
verbos del Verbo, que se encarna siempre
en la vecindad de Nazaret,
en las periferias de Belén,
a orillas del lago de la muchedumbre hambrienta,
en las calles de la ciudad donde gritan
el mercado, la fiesta y los clarines del Imperio,
delante del Sanedrín y del Pretorio,
en la cruz que ellos descargan sobre los hombros
del Siervo sufriente,
en la silenciada vida del sepulcro,
en la vencedora mañana del Domingo.

Si un día ya no podemos hablar con más palabras,
hablemos con la vida en pie de testimonio.
Hablemos con los ojos a los hermanos aturdidos.
Oremos, sobre todo, a los oídos del Padre.
Y protestemos quizás
con la mayor palabra
de la sangre, proclamada
como pregón de Pascua.

(EDP, 157-159)

2. LAS MISIONES HOY

En nuestra infancia -una infancia también eclesial-, las Misiones eran «unos países lejanos». Tan lejanos de nosotros y de la Iglesia nuestra como posiblemente del Dios que poseíamos en exclusividad.

Ir a Misiones era llevar ese Dios a esos pueblos, «dejados de la mano de Dios». Nosotros éramos el nuevo Israel; ellos eran los nuevos gentiles.

Hoy sentimos -o deberíamos sentir, desde una fe más humilde y a la luz de una teología más crítica- que no hay ningún pueblo que esté lejos de Dios. Porque Dios está en el interior de todo pueblo como está en el interior de todo corazón humano.

Y, sin embargo, la Misión continúa siendo fundamental deber de la Iglesia. La Iglesia es «esencialmente misionera». Para ser fiel a su identidad, ella, hoy como ayer y mañana todavía, debe «ir» y «misionar» a «todas las gentes».

La Iglesia es, por definición, la «convocada» de todos los pueblos y «a todos los pueblos enviada». Como el Padre envía al Hijo, que es el Enviado, así Jesús envía a su Iglesia, que es la enviada. El Testamento del Resucitado es éste:
«Id, misionad...».

Ir, ¿desde dónde? Misionar, ¿a partir de qué?

Una teología, bastante superada, gracias a Dios, sentía a la iglesia como un pueblo inmenso y más o menos perfectamente establecido. ¿No la sentía como occidental, latina y hasta romana, en privilegiada exclusividad?

Más que establecida y singularizada en una cultura o en un continente, hoy la creemos en estado de Misión; peregrina y plural; cambiante en su expresión, «católica» como el propio Espíritu de Pentecostés que habla todas las lenguas.

Ningún continente tiene la exclusiva de la Iglesia de Jesús. La cuna de la cristiandad podrá ser el mediterráneo, pero la cuna del cristianismo es el propio corazón de Jesucristo.

Ninguna cultura es más connatural a la Iglesia que otra cultura. No hay culturas cristianas o anticristianas, por naturaleza. El Espíritu de verdad y de vida -que es el alma de la Iglesia- adopta y adapta al don y a las exigencias del Reino todas las culturas y todas las personas.

La misión de la Iglesia, entonces, es poner mediadoramente en contacto esas culturas y esas almas con el Espíritu de Jesús que se derrama a través del Evangelio. O mejor aún: esos pueblos (con su cultura y sus estructuras y su coyuntura histórica) y esas personas (que viven históricamente y políticamente sus dolores y sus esperanzas).

Misionar solamente las culturas -como pretendía un inaceptable pre-esquema de Puebla- sería una ilusión, en el mejor de los casos; o sería, en el caso peor, hacer el juego a los imperios dominantes.

Misionar tampoco podrá ser nunca -como ha sido con demasiada frecuencia- llevar e implantar cultura ajena y colonizadora. Sino llevar Mensaje. O suscitarlo desde la cultura e historia del «país de Misión», ayudando a cada pueblo y a cada persona a abrirse al Espíritu y al Reino. A abrirse en Iglesia -en convocada comunidad de fe cristiana- si es posible, también.

Por eso, toda Misión debe transformarse en diálogo y en comunión. El misionero misiona en la medida en que él mismo es misionado. Con un oído puesto en el Evangelio, como diría Monseñor Angelelli, el apostólico mártir de La Rioja, y el otro puesto en el pueblo, a quien es enviado.

Y ese espíritu de diálogo debe ser una actitud esencial, no una postura oportunista. Por desgracia la Iglesia, pongo por caso, empieza a hacerse africana sólo después de que África consiga declararse África. Y en África o en América o en Asia muy pocas veces la Iglesia, como tal, en su estructura, supo ser «indígena», en comunión vital con los nativos y contra los intereses e imposiciones de los invasores.

Por eso también, el misionero, hoy menos que nunca, no puede improvisar con superioridad paternalista. Debe aprender a ser misionero. Y, en última instancia, sólo puede aprender en la tierra de Misión y al abrigo del pueblo que lo acoge. En la Misión, como en el bautismo, se debe nacer de nuevo. Podrá y deberá el misionero prepararse previamente, claro está; mucho más misionales deberían ser las carreras eclesiológicas de los misioneros. Pero el misionero sólo se hará tal misionando y siendo misionado. Entre el Evangelio y el pueblo; frecuentemente, en la dialéctica tensión cristiana que consiste en estar en la cruz.

No sirven para «los países de Misión» los que no sirven para su propio país. Tampoco vaya nadie a Misiones para resolver las crisis que no consigue resolver en casa. La Misión ya es de por sí una gran «crisis» que sacude la existencia toda y la compromete.

Misionar es mucho más que llevar, enseñar, hacer.

No bastará con llevar el catecismo o la teología traducidos; o construir templos, escuelas y hospitales; ni siquiera bastará con administrar el bautismo y celebrar la eucaristía. Hay unas mediaciones humanamente indispensables, además de la gran mediación, que hacen que el bautismo sea un bautismo entero que alcanza el alma y el cuerpo, la vida personal y la vida social del neófito; y hacen que la eucaristía sea una mesa ubicada y una comunión local y compleja de la Pascua de cada pueblo en la Pascua del Señor. La *Evangelii Nuntiandi* habla de «el pueblo concreto».

Esas mediaciones se configuran científicamente en antropología y etnología, en sociología y política. Y se configuran humanísticamente en sensibilidad cultural y en paciencia histórica.

Esto no significará nunca reducir el Evangelio, que es irreductible. Pero impedirá al misionero sentirse reducido por su propia cultura o por la idiosincrasia de su Iglesia de origen. Impedirá también que el misionero se sienta extranjero en ninguna tierra humana, al mismo tiempo que se siente «en tierra extraña» en toda tierra.

En orden a la identidad de la misión evangelizadora y en la búsqueda de lo específicamente cristiano del anuncio, se ha formulado repetidamente esta pregunta: ¿Se trata de anunciar el Reino, el Cristo o la Iglesia?

El teólogo jesuita Jon Sobrino, incorporado vitalmente a América Central, muy próximo al Arzobispo mártir Monseñor Romero, respondería así: «todo estriba en saber si se quiere meramente anunciar a Cristo o hacer lo que hizo Jesús, y así declararlo como el Cristo».

Hacer lo que hizo Jesús.

La Misión-praxis será, en última instancia, la única Misión válidamente cristiana. No lo que digamos sino lo que seamos. Lo que digan nuestras vidas del Verbo de la Vida. Lo que de Buena Nueva aparezca en la vida del misionero y en la Iglesia que él representa. Lo que una Misión tenga de Evangelio comunicándose. Eso anunciará el anuncio de Jesús, que es el Reino. Eso anunciará el propio Jesús, que es el Rey y el Reino personalmente.

No debemos «tener ni oro ni plata», ni matemáticas o inglés, ni técnica ni antibióticos, ni cultura occidental cristiana. (A su tiempo y en su medida podremos administrar todo eso también, siempre que sea pobremente y sin colonialismos. Porque los medios del Reino pueden ser pobres y libres). Lo que debemos tener, como don gratuito y liberador, eso podremos dar evangélicamente: «en nombre del Señor Jesús» ayudar a una aldea, una tribu, un pueblo a «levantarse y a andar» con sus propias piernas culturales, pisando firme su propio camino, aunque en el rumbo del Reino.

Evidentemente, esa actitud misionera que he llamado esencial supone una radical pobreza evangélica. Solamente el pobre puede misionar, sin interferencias colonizadoras, sin dependencias foráneas, sin

etnocentrismos culturales o eclesiásticos. Sólo él puede ser enviado, tanto más confiable cuanto más despojado sea. En total disponibilidad de servicio a Aquel que lo envía y al pueblo al que es enviado.

La Misión es un servicio, en diálogo y en pobreza.

(EDP, 118-122)

La Iglesia solamente será nuncio del Reino en la medida en que sea *denuncia del anti-Reino*. Y solamente podrá ser testimonio del perdón y de la Gracia en la medida en que ella misma sea penitente y gratuita. «El anuncio de la Buena Nueva se hace siempre en un contexto de la mala noticia del robo y de la invasión de las tierras indígenas, de la extinción de sus culturas, de las prácticas paternalistas y opresoras. El anuncio de la Buena Noticia no puede hacerse separado de la denuncia del genocidio y etnocidio. Pero al anuncio y denuncia deben preceder la renuncia y la conversión de toda la Iglesia misionera».

Evangelizar ha sido demasiadas veces equivalente a civilizar, occidentalizar, integrar.

Algunos grandes misioneros de las Américas, de Asia o de África, a los que la Iglesia marginó bajo sospecha, sólo pecaron de una mayor sensibilidad evangelizadora. Ellos se negaron a transmitir cultura en la evangelización. Se encarnaron despejadamente como el Jesús de la Carta a los Filipenses. No se prestaron a martirizar a los pueblos a los que fueron enviados.

Porque el Evangelio nunca puede ser la sustitución de una cultura por otra, sino la fuerza transformadora de cualquier cultura, el alma de un pueblo, colectivo hecho dinámico, capas de la gratuita sublimación escatológica.

La misionología debería revisar, en su historia, los análisis que se han hecho, demasiado etnocéntricamente, de las reacciones de los pueblos llamados «paganos». Para descubrir los verdaderos motivos por los que esos pueblos martirizados reaccionaron frente a los extranjeros que invadían sus tierras y su alma, su lengua y sus mitos. En nombre del Dios «verdadero» se mató y se mata a un supuesto Dios «falso», asesinando las almas y también los cuerpos de sus adoradores, aniquilando culturas y pueblos enteros. ¡Nosotros tenemos que cargar tanto con la gloria como con la culpa del martirio!

(EDP, 221-222)

A los hermanos claretianos reunidos en el Encuentro Misionero de, Centroamérica y el Caribe

La Paz de Dios, Padre de todas las personas y de todos los pueblos, y la fuerza de su Espíritu en Jesús de Nazaret, el Cristo Señor, estén con vosotros.

Con simplicidad y libertad de hermano, quiero hacerme presente en vuestro encuentro por medio de esta carta y por la oración con que os acompañaremos estos días desde nuestro Mato Grosso, ahora inundado por las lluvias.

La hora en que os reunís es verdaderamente grave y, para nosotros, profética. Toda esa América Central se ha tornado un cruce de desafíos sociales y eclesiásticos, a los que nosotros los claretianos, por nuestro carisma de frontera -«lo más oportuno, urgente y eficaz»- debemos responder, sin claudicaciones, sin subterfugios, con el arrojado ímpetu que puso un día nuestro fundador, Antonio María Claret, en su iglesia de Cuba.

El miedo, la contemporalización, la mal llamada prudencia -a veces tan eclesiástica- serían una claudicación, misioneramente hablando. Seguir ejerciendo rutinariamente los ministerios de parroquia o de colegio o de cumplimientos pascuales o de administración de sacramentos sería ignorar la desesperada situación de muerte, de exilio, de exterminio étnico, de marginación a que están hoy sometidos los pueblos de esa América, eje histórico de toda América Latina.

Es necesario parar, evaluar críticamente, a la luz de la fe y de la ciencia política, oír «los clamores del Pueblo», intuir con espíritu de profecía.

El mayor pecado que la Iglesia -y nosotros como congregación misionera de la Iglesia de Jesús- podemos cometer, y ya estamos cometiendo, en esta hora trágica de América Central, es el pecado de omisión. Somos conniventes con la injusticia. No participamos de la cruz de los Pobres. Todavía no hemos dado una gota de sangre claretiana al caudal de martirio que riega hoy América Central. Estamos muy ausentes, quizá. Tenemos miedo de contaminarnos. Jesús no tuvo ese miedo. Claret fue un pastor habitualmente difamado.

Vosotros me comprenderéis. No desconozco ni desvalorizo el secular trabajo claretiano en esas tierras. Estoy hablando de la contingencia actual, que, a mi modo de ver, no hemos asumido.

Sé que discutiendo apenas, no se llegará a un compromiso colectivo. Oremos. Dejémonos interpelar por el Espíritu de Jesús. Acojamos el grito, el llanto, el martirio de tantos indígenas, campesinos, agentes de pastoral (seglares, religiosos, sacerdotes y obispos). Seamos capaces de convivir con los presos, los huérfanos, los refugiados, los hambrientos, los marginados.

Salgamos de nuestras confortantes residencias y de nuestros horarios asépticos. Dejémonos «urgir por la caridad de Cristo».

...Y no sigo. Perdonadme.

Quería escribir otro tipo de carta. Me ha salido este desahogo. Acogedlo con la misma libertad fraterna con que os lo escribo.

Aproximémonos más a la palabra, a la práctica, a la cruz de Jesús. (Y a su victoria sobre el pecado, sobre toda esclavitud, sobre; la muerte). Vivamos pobremente; sin privilegios. Acudamos a donde otros no pueden o no quieren acudir. Sepamos romper con la protección o con el favor -tantas veces sacrílego, por ser deshumano- de los grandes de este mundo. Acerquémonos a los pobres de la tierra.

Sepamos utilizar las mediaciones de la ciencia y de la historia. Para no hacer el juego al Lucro, a la Injusticia, al Consumismo. Podremos discordar. Deberemos respetar un sano pluralismo. Pero hemos de coincidir en las exigencias básicas del Evangelio: la Pobreza, la Renuncia, la Libertad de los hijos de Dios, el Compartir con los que no tienen, la Esperanza contra toda esperanza...

Si somos extranjeros, hagámonos «indígenas». Reconozcamos (de palabra, por obra, en la pastoral, apoyando las correspondientes organizaciones autóctonas) la alteridad y la identidad étnico-cultural de cada pueblo. No colonicemos más. Ni siquiera pastoralmente. Cada pueblo tiene su alma, y Dios la defiende y la cultiva como un destello diferente de su propia gloria. Vivamos América Latina como un destino, como una Historia de Salvación ubicada, como una gracia que nos complementa.

No tengamos miedo a la libertad. No tengamos miedo a las revoluciones verdaderamente populares. No tengamos miedo a la Historia que camina; porque la lleva el Espíritu de Aquel que hace nuevas todas las cosas.

Sin improvisaciones, claro está. Sin euforias o anarquismos. Programando. Comunitariamente dentro de una pastoral de conjunto. Pero tirando hacia adelante. Forzando el paso. Que para eso somos misioneros. Y la frontera es nuestro lugar. Humildemente fieles a nuestra vocación.

Que la Madre de Jesús -la pobrecita de Nazaret, cantadora del magnificat de la Liberación, dolorosa detrás del Hijo calumniado, perseguido, declarado subversivo por los poderes del imperio y de la sinagoga y por ellos ejecutado en la cruz pero gloriosa con El, ya vencedor de la muerte- nos vaya moldeando el corazón al aire de su Corazón fidelísimo y libérrimo.

Abrazo a todos, hermanos, con mucha ternura. Y os pido que oréis por nuestra pequeña Iglesia de São Félix do Araguaia. Separados por muchas distancias estemos unidos siempre en la oración de la fe y en las urgencias de la común Esperanza.

Vuestro hermano y compañero en Jesús, el Cristo que nos salva y libera.

TODAVÍA HOY RESPIRO EN CATALÁN

Este libro ha nacido de un poema, inicialmente de un solo verso. Y ese verso brotó de la conciencia-sensación «creciente» de que «cuanto más vamos, más volvemos».

Nostalgia patria y solariega, claro que sí. Nostalgia de viejo, o de «creciente», como ahora se dice con un eufemismo bastante pedagógico y cristiano si no huye de la vejez aceptada como ocaso de la vida y vigilia segura de la muerte.

(Hace tiempo que estoy convencido -seguramente porque me estoy haciendo viejo, pero también porque he visto a muchos viejos rehaciéndose con el buen Dios que llega- de que la vejez es el más eficaz de los sacramentos para la mayor parte de los hombres y mujeres que hacen camino normal por este mundo).

Nostalgia y nostalgia catalana

Soy más catalán a los 60 años que ya me esperan -si llega la Candelaria- que a los 25 ó a los 40. Lo digo en el libro e intento explicarlo rápidamente.

El Tercer Mundo que me ha tocado vivir y las opresiones con que lo subyuga el Primer Mundo; los Pueblos y las Culturas indígenas, prohibidos secularmente pero ellos, únicos; el etnocentrismo occi-dental-romano y la permanente obsesión de control de la santa madre Iglesia, que siento más como un pecado mío desde que yo también soy jerarquía; el hecho de haber renunciado al casamiento monógamo e indisoluble con una sola lengua y tener que hablar y escribir -tres amores, ninguno a pleno gusto- en catalán, en castellano y en portugués.

La «pairalitat»,

la raíz payesa, que he reencontrado en estas tierras tan dramáticamente campesinas, donde ser labrador fácilmente significa ser mártir, pero donde puedo convivir todavía, diariamente, con los pájaros cantores fuera de toda jaula y donde las gallinas comadres hacen caca en el palacio del obispo y con las vacas que me posan sus grandes ojos benignísimos desde las alambradas o en torno a las «masies» de los «posseiros».

«Huelo a leche de vaca

y traigo un corazón de payés».

Y la misión

Porque soy misionero y obispo. Bien o mal -Dios lo sabe- dedicado al servicio de toda la Iglesia, enviado al Mundo entero. Desde este rincón del Mato Grosso y el Araguaia, viniendo del rincón de Balsaren y el Llobregat.

Con la pasión -cristiana, pienso- que me viene de casa, de los Fejocistes, del tío mártir mosén Luis y de los mosenes de la parroquia y, ahora, de los militantes y mártires actualísimos que me acompañan en Brasil o en Centroamérica y en medio de toda esta aventura de Evangelio y Liberación que llevamos entre manos y sueños, en la Esperanza contra toda esperanza.

Quiero creer que respiro el Espíritu también.

Hablando de los desafíos de esta misión evangelizadora, escribo en los «Preámbulos»:

«He pensado a veces en arriesgarme a escribir un ensayo que confrontase dialéctica y complementariamente la identidad, la patria, la cultura, la misión, la Iglesia autóctona. Pero ni mis ajetreos de obispo ni quizá mi talante me permitirían hacerlo sosegadamente».

Y lo he hecho sin embargo, a sacudidas, al viento de Dios y de mi corazón, con un poema, por una carta, con una plegaria a la Moreneta, con un mensaje al mundo sardanista... Este libro tiene de todo un poco. Textos en prosa y en verso. Necesariamente condicionados -como recuerda oportunamente mi generoso presentador- por el contexto que los envuelve. «Yo soy yo y mi contexto», han de decir nuestras palabras.

Nostalgia y «pairalitat» en mí no podían permanecer beatíficamente paralizadas en un disco de canciones caseras. Veréis cómo hasta me permito estrujar algunas de estas canciones, tan mías hoy también.

Este libro-revoltijo trae consigo la «malicia» del sufrimiento que me toca vivir de cerca y las ganas de voltear el mundo que sienten millones de hermanos y hermanas en este Continente de la muerte y de la esperanza, que me ha hecho suyo, que yo he hecho mío, que me es una segunda Patria Grande definitiva.

«Cuanto más vamos...», he dicho. He caminado un buen trecho, es verdad. Estoy lejos. Soy otro dentro de la irrenunciable identidad. Y por eso quisiera que los míos, de casa, los catalanes de Catalunya, y con mayor razón si son cristianos y quieren ser «católicos», vivieran «de cara a los Pueblos de la Tierra», «escuchando todas las lenguas», «haciendo Pueblo suyo todo pueblo», abiertos y libres como el Evangelio.

Revista «Foc Nou», Barcelona, octubre 1987)

3. UNA VIDA RELIGIOSA RENOVADA

La Vida Religiosa sería, debe ser, si todavía creemos en su vigencia y en su futuro:

- para el Mundo, una expresión eclesial de la fuerza de contestación y de transformación que viene de la Resurrección de Jesucristo,

- y, para la propia Iglesia, una necesaria crítica constante a la función integradora del Cristianismo, que tan fácilmente se torna religión, integración sociocultural, civilización, etc., en detrimento de su Misión primordial.

Un «santo desvío», ayer como hoy. Una opción subversiva...

Históricamente sabemos que la Vida Religiosa, «para responder a las aspiraciones y necesidades» del respectivo mundo actual, cristalizó en aquellos símbolos, «escandalosos» en su momento, que la podían expresar evangélicamente: el desierto, la mendicancia, la obediencia incondicional al Papa. (El desierto, para huir de la acogida del Imperio. La mendicancia, para contestar la seguridad y las vanidades del Feudalismo y del Renacimiento. La obediencia incondicional al Papa, para compensar la rebeldía de la Reforma Protestante).

Siempre, por lo menos en los grandes momentos originales, de un modo radical, revolucionario.

Ahora, el nuevo signo, el único símbolo actualmente inteligible, de un modo radical, el contexto evangélico de Encarnación para una Vida Religiosa digna de credibilidad hoy, es EL PUEBLO. («La verdadera medida de todo sacerdote es el pueblo», decía hace tiempo un pastoralista francés»).

El pueblo como clase social. El pueblo políticamente conocido y sentido y asimilado; en una «expresión social, pública, histórica, política»; en un gesto tan concreto de «inversión social» que sea un verdadero cambio de clase. «Perder la identidad social» de antes. Asumir la causa del pueblo, no simplemente asistirlo. De ser «para» el pueblo y hasta «con» el pueblo, pasar a ser «como» el pueblo.

Superando el moralismo jurídico. Superando la neutralidad, que no existe. Caminando, sin miedos justificativos, sin fariseísmos asépticos, en la gran onda de la «política inevitable, que es la única plataforma de Encarnación que nos lleva Historia adentro».

La Vida Religiosa nunca será sólo ideología o política. Como el propio Evangelio, que las sobrepasa a todas, la Iglesia -y en ella la Vida Religiosa- nunca dejará en paz (en favor de aquella Paz que el Mundo no puede dar) ninguna política, ninguna ideología.

Ser del Mundo, no ser Mundo, ésa es la Cruz. ¿Superación o participación? «Ni una epidemia participativa, ni una separación fácil, sino dialéctica».

En todo caso, Encarnación. Con un estilo de vida que sea «la manifestación exterior socialmente constatable de la opción radical». Entre ambos debe haber una continuidad visible.

Y servicio. Servicio a los hombres concretos, en las situaciones concretas.

Pobreza-diaconía.

Disponibilidad total. ¿No sería esta disponibilidad lo específico, o, mejor, «lo propio» de la Vida Religiosa?

Ciertamente exige mucho esta visión nueva de la Vida Religiosa. Es toda una revolución. Porque los religiosos somos burguesía, hace siglos, y estamos al servicio de la burguesía, incluso cuando también atendemos, con limosnas, con las migajas del banquete social, a los pobres que se aproximan a nosotros o que nosotros mismos buscamos caritativamente en los suburbios de la Sociedad.

Es una opción política. «Nuestras obras están ligadas al desarrollo capitalista». Opinión peligrosa, ésa. Sobre todo, en América Latina. Opción posiblemente martirial. No hace falta ser profeta para afirmarlo. Basta abrir el periódico o conectar la radio.

Opción rigurosamente histórica e intransferible. «La conversión real y efectiva de la Iglesia al Pueblo será tal vez el acontecimiento más significativo de este fin de siglo». Y siendo nosotros, los religiosos, de algún modo, una vanguardia de la iglesia, debemos hacer esta opción, convirtiéndonos al Pueblo. Sin dejar de ser la hora de la palabra -digamos, glosando a Medellín-, sin dejar de ser hora de emitir los votos tradicionales -vividios, eso sí, de forma nueva-, ha llegado para nosotros, religiosos de América Latina, la hora de la acción, la hora de la opción radical.

No por razones ideológicas solamente, ni por estrategia. Sino a causa del Evangelio de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

La Vida Religiosa, opción radical. Los votos tradicionales serán asumidos radicalmente:

Frente a la riqueza, la Pobreza que libera. No simplemente una «pobreza de espíritu», sino una pobreza de clase, en el Espíritu. Para liberar a los pobres de su miseria y de su desesperación, acompañándolos en sus luchas y en sus esperanzas. Para liberar a los ricos de su riqueza y de su prepotencia, ayudando a «derribarlos de sus tronos» de privilegio, como canta María, la pobre de Yavé. Enriqueciendo a todos con nuestra Pobreza, como el Hijo de Dios que, siendo rico en Divinidad, se hizo Pobre encarnándose Hombre.

Frente al amor (a su lado, porque el amor nunca es un enemigo) el celibato o la virginidad como disponibilidad total. Como Pobreza también. Siendo eunucos por el Reino. Marginados, como escribió oportunamente Arturo Paoli. (Marginados, dentro de la Sociedad, «libre» en el amor, o muy bien organizada en el amor; dentro, a veces, de la propia Iglesia, libre de celibatos impuestos...).

Frente a la Sociedad, siendo de otra clase social, en la obediencia radical de Cristo, que siendo Señor se hizo esclavo. Con todas las consecuencias de marginación y de revolución que eso implica.

Por causa del Evangelio, siempre. Para que seamos testigos escatológicos en el mundo de hoy. Para que seamos fermento, sal, luz, dentro y fuera de casa.

(Del prólogo al libro «Proyecto de vida radical», de Fr. Mateus Rocha)

Hacia dónde debe caminar la vida religiosa?

Para ser sincero debo comenzar diciendo que siento tensamente incierto el futuro de las Ordenes y Congregaciones, dentro del estilo y tamaño con que las hemos conocido.

¿Sobrevivirán, como tales, o habrán de transformarse radicalmente, en lo que se refiere a su estructuración? ¿Serán sustituidas por nuevas formas de vida religiosa más flexibles, más pobres, menos paralelamente estructuradas al lado de las Iglesias particulares o locales?

¿Serán esas nuevas formas más autóctonas o indígenas, menos pretendidamente universales o «multinacionales», digamos? ¿No serán, paradójicamente, más católicas?

¿Podrán continuar subsistiendo los gobiernos generales y sus curias romanas y los gobiernos provinciales y sus curias provincianas, o serán sustituidos por grupos de responsables, elegidos periódicamente y por áreas de geografía y vida, menos en la cúpula y más en la base?

¿Serán más ecuménicas las viejas y nuevas instituciones de vida religiosa? (Más ecuménicas, en todos los sentidos de la palabra: por un ecumenismo intereclesial, por un ecumenismo intercongregacional, por un ecumenismo intervocacional).

¿No habrán de ser más radicales en la contemplación, en la pobreza, en la castidad disponible para el Reino, en la obediencia a Dios y a sus hijos, los hombres, dentro del cada día concreto de la historia?

¿No habrán de ser necesariamente mucho más cristianas, más explícitamente centradas en el seguimiento y en el anuncio de Jesucristo, el Fundador, el Maestro, el Señor?

¿No habrán de ser los nuevos religiosos mucho más arriesgados en su encarnación, por causa del Verbo Encarnado, compartiendo de verdad la suerte evangélica de todos los marginados de este mundo?

¿No habrán de ser, incómodamente, la contestación, intolerable y escatológica, al reino del dinero y del poder y del placer?

Preguntas que yo me hago, que todos nos hacemos, quizá. Preguntas normales, cuando nos preguntamos desde el ángulo incisivo de la fe cristiana y que, sin duda, desde esa fe cristiana, deberíamos responder afirmativamente.

El *cómo* y el *cuándo* de esas transformaciones ya son asunto de mayor coraje y de más realismo evangélico. Desgraciadamente, las instituciones, la propia santa madre Iglesia, sólo cambian a remolque y sólo reaccionan en profundidad a golpes de sufrimiento y de persecución. Las estructuras, todas, aun cuando relativamente necesarias, son reacias a la vida, siempre nueva...

(EDP, 133-134)

¿Cómo ve usted el futuro próximo de la vida religiosa latinoamericana?

-La vida religiosa latinoamericana está dando un testimonio limpio, comprometido, con mucha frecuencia heroico, sellado ya con la sangre de muchos mártires en este continente, en esta patria enorme. Pienso que progresivamente se irán multiplicando las comunidades insertas. Las mujeres, como a la hora de descubrir al Señor Resucitado, nos llevan casi siempre la delantera. Se multiplicarán las comunidades insertas. Crecerá el testimonio de encarnación, de pobreza, de disponibilidad. Los religiosos entenderán cada vez más que han de ser un servicio al mundo en la Iglesia, dentro de las Iglesias locales, y asumirán los ministerios más urgentes y más eficaces, porque pueden, por el hecho de ser religiosos, por la disponibilidad que les dan sus propios votos, por la cohesión de una comunidad contemplativo-apostólica. Marcharán cada vez más hacia las fronteras de la evangelización. Evidentemente, habrá tensiones -las hay, seguiré habiéndolas-. Lo que yo pediría es que los mismos religiosos, los respectivos superiores y Roma también, con una actitud pluralista de respeto y libertad al mismo tiempo -una actitud que me parece fundamentalmente cristiana- dejaran espacios alternativos para nuevas experiencias, para esas vivencias nuevas de vida religiosa en radicalidad tanto por lo que se refiere a la oración, como a la pobreza, la contemplación, el compromiso.

-¿Qué es lo que hoy dificulta más, según su opinión, el abrazar con toda radicalidad el Evangelio?

-Depende de la mentalidad, a veces también un poco de la edad -al menos de la edad espiritual, del ambiente, del lugar social o político en que se viva. Para algunos la mayor dificultad es quizá un cierto consumismo, la facilidad de vida, el horizontalismo, el poco ingenio festivo, infantil. Para otros la falta de una formación teológica más profunda y actualizada y el no utilizar las mediaciones sociopolíticas en el análisis de las coyunturas y de las estructuras de un país, de un continente, del mundo. Y la carga de tradicionalismo que cuesta dejar de lado, que impide que se viva la vida religiosa con una radicalidad equilibrada, sin dicotomías: radicales en la oración-contemplativa, radicales en la pobreza y en la libertad, radicales en el servicio y en el compromiso temporal de la construcción del Reino aquí ya.

-La vida religiosa es una forma peculiar de ser agentes de acción política. ¿Cómo ve Ud. este aspecto?

-Sabemos que la Causa de Jesús es el Reino. El Reino es su alimento, su sustento, la razón de su vida. Y ese Reino está ya aquí. Será después. Va siendo progresivamente. Es don y es conquista. Es tarea y es esperanza. Será un día en plenitud. Este Reino, ya aquí, como tarea y como conquista es también acción política, o sea, transformación de las estructuras de la sociedad para el bien común, en la defensa de la justicia, de la igualdad fraterna y en la defensa acérrima de todos los derechos humanos (del hombre, de la mujer, de los pueblos), en la superación de cualquier tipo de marginación o de racismo, de imperialismo o de dominación, de privilegio o de oligarquía. Leonardo Boff ha recordado muy oportunamente que necesitamos «santos políticos». Ya el mismo Pío XI dijo en una ocasión (nadie va a acusar a Pío XI de comunista, ¿no?) que la mayor caridad es la caridad política.

-¿Qué nuevas tradiciones están emergiendo en la vida religiosa?

-En primer lugar, esas comunidades insertas en la periferia del mundo, en las ciudades, en el campo, en las aldeas indígenas, en las fronteras de la sociedad o de la evangelización. En segundo lugar, una pobreza realmente asimilada, vivida en la propia estructura, en la persona de cada uno de los religiosos, en la compenetración con la misma pobreza del pueblo. En tercer lugar, la comunitariedad efectiva. Hace muchos siglos que hablamos de comunidad. Y quizá con mucha frecuencia la comunidad era una palabra. Yo siento que en muchas comunidades religiosas hoy, concretamente en América Latina, la comunitariedad es vida en la oración, en el trabajo, en la misma obediencia (la obediencia se está volviendo cada vez más comunitaria).

-¿Cómo ve usted la formación inicial de los jóvenes religiosos?

-En primer lugar creo que hay que presentarles la vida religiosa con toda radicalidad. No hay que pulir nada. No hay que afeitar los cuernos al toro. La plena radicalidad evangélica. Y se trata, sobre todo, de acentuar lo que es realmente el centro de la vida religiosa, porque es el centro de la vida cristiana: el seguimiento de Jesús, el redescubrimiento de Jesucristo, su contemplación, su estudio incluso, la cristología (¡hay espléndidos libros de cristología en la actualidad!); la cristología ha de ser desde el principio una asignatura diaria. En segundo lugar hay que hacerles sentir el pueblo, su sufrimiento, sus desesperanzas, sus esperanzas, sus luchas y sus procesos; situarles ya desde el principio, encarnarles en medio del pueblo; cortar toda posible distancia que los vuelva insensibles o los haga burgueses.

En tercer lugar darles una visión muy ecuménica del mismo cristianismo, de la Iglesia católica, en primer lugar dentro de casa y del mundo entero (¡nuestro Dios es el Dios de todos los hombres y de todas las mujeres y de todos los pueblos!). Eso facilitará un corazón misionero, desprendido de la familia, de patria, de culturas, y los dispondrá para esa pastoral, para esos ministerios de frontera que, a mi modo de ver, deberían ser muy característicamente los ministerios de todos los religiosos consagrados a la pastoral. Es importante también que se les dé una formación humana muy lúcida, muy abierta, más científica, que se les facilite el equilibrio emocional, la formación deportiva, artística, que se les cultive la sensibilidad.

La vida religiosa ha de ser asumida con mucha madurez. Y para eso es necesario que se facilite la madurez integral de la persona. Pienso, sobre todo, en el celibato, que evidentemente es una seria renuncia (¡jeunucos por el Reino!, que diría Jesús) una especie de pobreza evangélica para toda la vida. El celibato sólo puede ser un testimonio y hasta un equilibrio espiritual y una mayor disponibilidad para el servicio del Reino, si es asumido con plena conciencia y con plena madurez psicológica, sentimental, sexual. Entregamos aquello que sabemos que es un valor y lo oblacionamos por un valor mayor.

-Volviendo sobre el último tema, ¿cómo entiende usted la castidad, la pobreza y la obediencia por el Reino de los religiosos en el contexto latinoamericano?

-Tanto la pobreza, como la castidad, como la obediencia deberían ser cada vez «más populares», o sea, más insertas en la vida del pueblo, en su sufrimiento, en sus luchas, en sus esperanzas, en sus procesos. Si se me entiende la palabra, diría que tanto la pobreza, como la castidad, como la obediencia deberían ser vividas «políticamente» en un servicio de transformación de la sociedad que también es servicio al Reino. Los votos deben ser vividos individual y colectivamente. Debemos ser castos, pobres, obedientes. Serlo y parecerlo. Se decía de la Reina de España que había de ser honesta y parecerlo. Digámoslo de los religiosos, de las religiosas y de las respectivas congregaciones. No podemos olvidar nunca que la vida religiosa es un anuncio de la vida futura, según la doctrina más clásica de la Iglesia, que el Vaticano II reafirmó. Que es un testimonio para la Iglesia y para el mundo. Que brille nuestra luz. Que nuestros votos sean resplandecientes. Nuestras estructuras de vivienda, de vestido, de vacaciones, de comida, de relaciones sociales han de ser pobres, han de ser castas y han de vivir esa obediencia comunitaria a que antes me referí, una obediencia de servicio.

-¿Cómo ve usted la presencia de la mujer religiosa, de la comunidad religiosa femenina en el proceso de liberación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad?

-Dije antes que ellas van delante de nosotros como las Marías de la resurrección. Creo que los hombres debemos aprender de ellas el desprendimiento, la generosidad, la capacidad de ir a la frontera del testimonio y de la evangelización. Creo que, a medida que las religiosas viven su consagración con aquella madurez a que me refería, se integran muy bien en todo este proceso de liberación de la mujer. Ellas deben ser muy particularmente mujeres libres y liberadoras.

Recuerdo un testimonio que nos viene de fuera en cierta medida. El mismo Fidel Castro, con qué admiración ha repetido muchas veces lo que para él significa el testimonio de las religiosas trabajando en Cuba al servicio del pueblo en puestos que otros no aceptarían, con una dedicación, un arrojo y una constancia que difícilmente se encuentra en otros.

Lamentablemente debemos reconocer que la Iglesia todavía no le reconoce a la mujer en justicia el derecho que ella tiene. No le reconoce el espacio igual al hombre que le corresponde en la Iglesia y en la sociedad. Con sencillez, pero con libertad de espíritu, debo decir que realmente no encuentro ningún argumento verdaderamente bíblico o de la gran tradición que impida los ministerios a la mujer. Los argumentos que se citan son apenas argumentos culturales. Pienso en María, la Madre de Jesús, la mujer libre y fuerte, la mujer pobre, la virgen cantadora del Magnificat, la primera que fue testigo de la Pascua, la Ministra del Espíritu en Pentecostés. Su presencia fue una especie de mediación para que el Espíritu se derramara sobre la Iglesia y sobre el mundo.

-Inculturación e inserción de la vida religiosa. Vocaciones religiosas que surgen en otras culturas o en ámbitos de inserción. ¿Qué reflexión le merecen estos temas?

-He pedido antes que la vida religiosa y la Iglesia en general sean cada vez más ecuménicas. A medida que nos abramos al único Dios, que es el dios de todas las personas y de todos los pueblos, sabremos insertarnos e inculturarnos, superando colonialismos, sabiendo que la Europa que se consideraba eje del mundo no lo es, y haciendo eje del mundo al mismo Dios. Gracias a El ya hay gestos, experiencias de inculturación. Creo que se debe posibilitar, estimular intensamente. Es evidente que los diferentes pueblos, sobre todo en el tercer mundo, a medida que van creciendo en la conciencia, en la reivindicación, y en la

posesión de su identidad, exigirán cada vez más que los religiosos, los sacerdotes, la Iglesia se encarnen vitalmente en las respectivas culturas y en los procesos históricos que estos pueblos van viviendo. Por definición (¡es el primer dogma histórico de nuestra fe!) nosotros anunciamos al Verbo «encarnado». ¡A encarnarnos, pues!

-Usted conoce toda América Latina y conoce bien las comunidades que tienen un compromiso serio con el pueblo y conoce los centros de decisión tanto eclesiásticos como políticos. ¿Qué diría usted, finalmente, a esas comunidades que luchan por identificarse con el pueblo por anunciar el Evangelio?

-Pensando en esos centros de decisión eclesiástica, política, económica y cultural, les diría a los religiosos y a las religiosas del tercer mundo, concretamente de América Latina, a los que están en medio del pueblo, en las fronteras del testimonio y de la evangelización, que recuerden que Evangelio es siempre un grano de trigo que muere, que no se desanimen, que recuerden que la fuerza del Espíritu es un fermento que vencerá la inercia de la masa, de la masa eclesiástica, de la masa política, de la masa cultural, consumista. Me gustaría pedirles que recuerden que ser testigos del Evangelio de Jesús es sinónimamente y con mucha frecuencia de modo concreto ser mártires del Evangelio y del Reino. Muchos ya nos precedieron en esta señal mayor. La prueba mayor, que diría Jesús.

(Revista «Vida Religiosa», Madrid, 1-11-1987)

4. ECUMENISMO

He ido conociendo a las «otras» Iglesias.

La causa del Ecumenismo ha pasado a ser una dolorosa causa mía. Hace muchos años que me dilacera ver la oración-testamento de Jesús -«que todos sea uno»- tan sistemáticamente desatendida, tan beatíficamente sobreentendida, por los cristianos. La división de los cristianos me parece la más absurda división humana que haya registrado la Historia. Este es un misterio de fe, al revés. Una especie de locura de fe, colectiva. No debería ser, no podría ser.

Sé que la Causa de la Unidad, además de ser un misterio de Fe, es también un misterio de Cruz, que entre todos debemos cargar redentoramente hasta transformarla en testimonio pascual. Y sé que no es asunto de cuatro días lo que ha sido soberbia de siglos. Pero pienso que podríamos acelerar esta Causa. Pienso que deberíamos violentar su hora. Quizá nos andamos mucho por las ramas de las celebraciones bien compuestas y de los gestos teatrales y hasta de los tiquismiquis de «doctrina» y de «tradición» (¡salvas la Tradición y la Doctrina!), y nos permitimos el lujo de dejarle al Espíritu Santo lo que ecuménicamente, con un poco más de libertad de Fe y con un poco más de voluntad de reparación histórica, podríamos hacer ya, contando con El, nosotros. El Ecumenismo no se hará sólo orando, como no se hace, sólo enseñando o denunciando, la justicia; como no se hace la Iglesia sólo anunciando.

Espero que las Iglesias no se pasen la vida «imitando» los abrazos de Juan XXIII y Atenágoras y mandándose mutuamente observadores...

(YCJ, 160-162)

EL REINO Y LA IGLESIA

El Reino
une.
La Iglesia
divide
cuando no coincide
con el Reino.

(FCV, 75)

libres en la novedad del Espíritu

El hombre nuevo
En busca de una contemplación militante
La espiritualidad de la liberación
Amor político y solidario
El martirio
Entre la muerte y la esperanza

1. EL HOMBRE NUEVO

Con mayor o menor lucidez, con lógica vital más o menos consecuente, ya hemos descubierto la sociedad hecha sistema, dentro de la estructura que nos envuelve y condiciona, bajo la inevitable solicitación de la coyuntura diaria.

La Iglesia, perita en eternidad y menos perita en historia, durante siglos, muchas veces, fácilmente sólo veía personas; o individuos, sólo; o, más dicotómicamente aún, a veces solamente veía almas...

Sin dejar de enfrentar nunca esa globalidad estructural en la cual se forja la historia humana y dentro de la cual acontece el Reino, deberíamos ahora redescubrir, comprometidamente, la persona, miembro de la sociedad y protagonista de la historia y del Reino.

El Hombre -el varón y la mujer- es un ser estructurado y estructurante. La historia, el sistema y el Reino lo hacen, pero, a su vez, él hace el sistema, la historia y el Reino.

Para nosotros, los cristianos, el hombre es, ante todo, la imagen viva de Dios, que Jesucristo encarna en plenitud y corporalmente, como Unigénito del Padre y como hermano mayor de los demás hermanos.

Él, Jesús de Nazaret, es el prototipo del hombre, porque, superando victoriosamente la vieja humanidad de la esclavitud, el pecado y la muerte, «creó en sí mismo la nueva humanidad» (Et 2,15).

Ser hombres, ser verdaderamente humanos, para nosotros, habrá de ser «morir constantemente al hombre viejo» y transformarnos gradualmente en ese hombre nuevo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo e hijo de la pobre aldeana María.

El convertido Pablo, fariseo ahíto de la Ley, descubrió exultante la utopía cristiana del hombre nuevo y la proclamó, dentro de su contexto religioso-cultural, con trazos incisivos.

El Hombre Nuevo, sin embargo, es una utopía universal. Y los cristianos -que creemos en esa utopía como hecha realidad en Cristo Jesús- no tenemos la exclusiva de esa pasión avasalladora, sembrada por el Dios vivo en el corazón de cada ser humano y en la historia de cada pueblo.

En nuestra América Latina, por ejemplo, despierta hoy convulsivamente para la segunda liberación total, dos grandes hombres marxistas proclamaron, con sus palabras y con su vida -y con su muerte-, la utopía del hombre nuevo, la ensoñación incontenible del «hombre matinal»: el Ché y Mariátegui. Y en la revista «Amanecer» de marzo y abril de este año de muerte y de Gracia de 1982 acabo de leer un fragmento del libro premiado del comandante sandinista, Ornar Cabezas, sobre «la mirada del hombre nuevo» y «el hombre nuevo que está en la montaña...».

La reflexión y la vivencia de una espiritualidad de la liberación, en América Latina (en el Tercer Mundo, en el mundo más en general, pienso yo sinceramente), deberán tener como consideración y exigencia básicas la utopía necesaria del hombre nuevo. Ser cristiano, en cualquier parte del mundo, en cualquier hora histórica, es ser hombre nuevo en el Hombre Nuevo Jesús; pero ser cristianos hoy en nuestra América Latina, donde el Espíritu y la Sangre apremian, sólo puede ser empeñarse apasionadamente en ser de verdad, libremente, ante el escándalo del mundo y de la Iglesia, hombres nuevos, en una Iglesia nueva, para el mundo nuevo.

Hace días que intento delinear, para mis adentros, los rasgos fundamentales del hombre nuevo. Y ese intento es lo que ofrezco ahora, como una contribución balbuciente al libro del DEI sobre «Espiritualidad y liberación en América Latina».

Nuestros teólogos, nuestros sociólogos, nuestros psicólogos y nuestros pastoralistas dirán su palabra mayor, científicamente. Y nuestros santos y nuestros mártires harán verdad -lo hacen ya, con caudalosa efusión- el rostro Latinoamericano del hombre nuevo.

Los rasgos del hombre nuevo serían, a mi modo de ver;

1. LA LUCIDEZ CRITICA

Una actitud de crítica «total» frente a supuestos valores, medios de comunicación, consumo, estructuras, tratados, leyes, códigos, conformismo, rutina...

Una actitud de alerta, insobornable.

La pasión por la verdad.

2. LA GRATUIDAD ADMIRADA, DESLUMBRADA

La gratuidad contemplativa, abierta a la trascendencia y acogedora del Espíritu. La gratuidad de la fe, la vivencia de la Gracia. Vivir en estado de oración.

La capacidad de asombrarse, de descubrir, de agradecer.

Amanecer cada día.

La humildad y la ternura de la infancia evangélica.

El perdón mayor, sin mezquindades y sin servilismos.

3. LA LIBERTAD DESINTERESADA

Ser pobres para ser libres frente a los poderes y a las seducciones.

La libre austeridad de los que peregrinan siempre.

Una morigerada vida de combate.

La libertad total de los que están dispuestos a morir por el Reino.

4. LA CREATIVIDAD EN FIESTA

La creatividad intuitiva, desembarazada, humorada, lúdica, artística.

Vivir en estado de alegría, de poesía, de ecología.

La afirmación de la autoctonía.

Sin repeticiones, sin esquematismos, sin dependencias.

5. LA CONFLICTIVIDAD ASUMIDA COMO MILITANCIA

La pasión por la justicia, en espíritu de lucha, por la verdadera paz.

La terquedad incansable.

La denuncia profética.

La política, como misión y como servicio.

Estar siempre definido, ideológica y vivencialmente, del lado de los más pobres.

La revolución diaria.

6. LA FRATERNIDAD IGUALITARIA

O la igualdad fraterna.

El ecumenismo, por encima de razas y de edades y de sexos y de credos.

Conjugar la más generosa comunión con la salvaguardia de la propia identidad étnica, cultural y personal.

La socialización, sin privilegios.

La real superación, económica y social de las clases que están ahí, en orden al surgimiento de la sola clase humana.

7. EL TESTIMONIO COHERENTE

Ser lo que se es. Hablar lo que se cree. Creer lo que se predica. Vivir lo que se proclama. Hasta las últimas consecuencias y en las menudencias diarias.

La disposición habitual para el testimonio del martirio.

8. LA ESPERANZA UTÓPICA

Histórica y escatológica. Desde el hoy para el mañana. La esperanza creíble de los testigos y constructores de la resurrección y del Reino.

Se trata de utopía, la utopía del Evangelio. El hombre nuevo no vive sólo de pan; vive de pan y de utopía.

Solamente hombres nuevos pueden hacer el mundo nuevo. Pienso que estos rasgos corresponden a los rasgos del Hombre Nuevo Jesús. Así de utópicamente vivió Él; esto enseñó en Belén, en la Montaña y en la Pascua; así nos configura trabajosamente su Espíritu, derramado en nosotros.

(EDP, 113)

No siempre es fácil conjugar la contemplación con la lucha, ponerle ternura servicial a la irritante realidad. La desesperanza fácilmente nos socava el camino a lo largo de la fidelidad cotidiana.

Si ya parece «irreversible la Revolución» a cuantos tienen corazón revolucionario, ciertamente es irreversible el Reino para cuantos tenemos fe cristiana. Y al Reino nos debemos. La Insurrección Evangélica nos compromete a todos nosotros, y como en primer lugar. En su triple dimensión personal, sociopolítica, eclesial.

Un Pueblo Nuevo exige hombres y mujeres nuevos, que vivan denodadamente:

- la contemplación habitual,
- la gratuidad desinteresada,
- la pobreza popular, evangélicamente asumida,
- la libertad revolucionaria, en Aquel «que nos hace libres» y «hace nuevas todas las cosas»,
- la comunitariedad solidaria, sin competencias, en Iglesia una y plural y tal vez conflictiva,
- la servicialidad, tierna y combatiente al mismo tiempo,
- la historicidad política,
- la esperanza pascual.

(NCP, 152)

Creo en el imposible y necesario Hombre Nuevo!

No creo en la segregación racial o clasista. (Porque una es la imagen de Dios en el Hombre).

No creo en ninguna esclavitud. (Porque todos tenemos el derecho y el deber de vivir en la Libertad de Hijos con que Cristo nos ha liberado).

No creo en ningún capitalismo. (Porque el verdadero capital humano es el Hombre).

No creo en el desarrollo de las minorías ni en el desarrollo «des-arrollista de la mayoría. (Porque ese desarrollo ya no es el nombre nuevo de la Paz).

No creo en el progreso a cualquier precio. (Porque el Hombre ha sido comprado al precio de la Sangre de Cristo).

No creo en la técnica mecanizadora de «los que dicen al computador: nuestro padre eres tú». (Porque solamente el Dios vivo es nuestro Padre).

No creo en la consumidora sociedad de consumo. (Porque sólo son bienaventurados los que tienen hambre y sed de Justicia).

No creo en el llamado orden del status quo. (Porque el Reino de Dios y de los Hombres es un nuevo Cielo y una Tierra nueva).

No creo en la ciudad celeste a costa de la Ciudad Terrena. (Porque «la Tierra es el único camino que nos puede llevar al Cielo»). No creo en la ciudad terrena a costa de la Ciudad Celeste. (Porque «no tenemos aquí ciudad permanente y vamos hacia la que ha de venir»).

No creo en el hombre viejo. (Porque creo en el Hombre Nuevo).

¡Creo en el Hombre nuevo que es Jesucristo Resucitado, Primogénito de todo Hombre Nuevo!

¡Amén, Aleluya!

(YJC, 191)

BIENAVENTURANZAS DEL PUEBLO CRISTIANO

1. Feliz aquel que ama a Dios y vive, por la fe, en su presencia.

-El que cree, ora y tiene tiempo para participar en las celebraciones de la comunidad.

2. Feliz aquel que reconoce a Dios como el padre que cuida celosamente de sus hijos.

-No hagas de Él un negociante, recordándolo sólo a la hora de pedirle favores y a cambio de las promesas que le hagas.

3. Feliz aquel que ha descubierto que el verdadero Dios camina con el pueblo y quiere su liberación.

-No digas que es voluntad de Dios la explotación, la miseria, la injusticia, la existencia de ricos y pobres.

4. Feliz aquel que sabe que seguir a Jesús es vivir en comunidad, siempre unido al Padre y a los hermanos.

-No te engañes: quien se aleja de la comunidad, en busca de ventajas personales, se aleja de Dios; quien persigue a la comunidad, persigue a Dios.

5. Feliz aquel que respeta y trata a todos como iguales, como hermanos de verdad.

-No es verdadero cristiano quien desprecia al indio, al negro, al peón, al anciano, a la prostituta, al pobre.

6. Feliz aquel que confía en los compañeros. «El mundo será mejor cuando el menor que padece sepa confiar en el menor».

-No confíes en las promesas de los grandes. No pretendas apoyarte en «árbol que da mucha sombra». «Acuerdo» de patrón y trabajador no puede dar resultado.

7. Feliz aquel que cree que la vida y el buen nombre de los compañeros vale más que todo el oro del mundo.

-No es cristiano el que se deja llevar por la venganza, el que no sabe perdonar, el que levanta falso testimonio, el que traiciona a los compañeros.

8. Feliz aquel que ama y respeta a su familia: el marido, la mujer, los hijos, los padres.

-No estropees tu vida y la fidelidad de tu familia con tiranías, con el juego, en borracheras, en la prostitución.

9. Feliz aquel que sabe que su dignidad personal es sagrada.

-No vendas tu conciencia, tu libertad, tu voto, por dinero, empleo, ventajas.

10. Feliz aquel que ha descubierto que la verdadera religión consiste en amar a Dios como Padre y al prójimo como hermano:

- trabajando por el Reino de Dios,

- estando siempre al lado de los más débiles,

- no acobardándose nunca, ni siquiera en las dificultades y persecuciones,

- luchando por la liberación, en las organizaciones populares, en el sindicato, en la política, en la comunidad.

(EDP, 90-92)

2. EN BUSCA DE UNA CONTEMPLACIÓN MILITANTE

Desde mis años de formación mi oración fue invariablemente o una especie de contemplativa actitud - sin muchas fórmulas, o con fórmulas violentadas, porque siempre me ha costado rezar con la boca- o una petición insistente para mí, para los otros. Le he pedido mucho al Señor. Machaconamente. ¡Y garantizo que muchas veces el Señor ha tenido que bajar, de noche, a darme el pan! Los Cursillos de Cristiandad me reafirmaron en esa oración de súplica, con su «intendencia» y sus «palancas». No sé si era esa, un poco, a veces, la oración de los gentiles, que decía Jesús. Sé que la intención no era esa.

Últimamente casi he dejado de «pedir». Me dedico, eso sí, a recordarle a Dios ciertos nombres, ciertas situaciones. Le abro el corazón, lleno de referencias. Me pongo ante Él, impotente, y creo que confiado.

De todos modos nunca he renegado de la Oración, no la he minusvalorado nunca. Creo en la Oración. Pido mucho a los amigos que oren, por la Prelatura, por ejemplo. He guardado para con la oración una «inevitable» fidelidad, que ha sido una gracia compañera de todas las singladuras de mi vida. Poco me importa lo que diga la Psicología moderna: acepto la Psicología y creo en la Oración; las dos cosas a la vez. Si creo en Dios presente, me parece lógico «estar delante de Él». Su Presencia me acompaña, y necesito de los «momentos fuertes» para garantizar el clima que acoge esa Presencia. «El espíritu de oración y la oración misma», como enseñaba el Vaticano II.

(YCJ, 142-143)

Si, como nos decía Arturo Paoli en un retiro, orar es *frecuentar* al Señor Jesús, yo creo que en todos estos sufrimientos, preocupaciones, angustias, en esta lucha y esas contradicciones incluso, frecuento insistentemente al Señor Jesús. Apelando a él, viviendo su pascua, sintiendo su cruz, reclamando la fuerza de su resurrección; buscando su palabra y sus gestos como claves de interpretación, Cantando también. Una gran oración mía es el canto; el canto con el pueblo o a solas, en diversos momentos; incluso en los largos

viajes en ómnibus, contemplo y canto; a veces alguno me tendrá por chiflado, aunque no canto a todo pulmón, claro, sino en voz discreta. Me he hecho algo teillardiano y comulgo con la naturaleza y con la presencia universal de Dios en todo y en todos los seres. Ante esta hermosísima y ultrajada naturaleza siento la unidad y la presencia de Dios. Antes creía que la contemplación no era para mí, ahora estoy cada vez más dentro. En los viajes en autobús (he viajado diez, veinte, treinta, cuarenta, sesenta horas seguidas, dos, tres, cuatro, seis, siete mil kilómetros), contemplo mucho.

(DMG, 181)

Es un viejo dicho de verdad perenne: «nuestro modo de orar muestra cómo creemos», muestra cómo vivimos, muestra quiénes somos.

Los cristianos, lógicamente, deben orar como cristianos. «No oréis como los paganos... ni como los fariseos», decía Jesús a sus discípulos.

¿Y cómo sería la verdadera oración cristiana?

No es posible que en veinte siglos de vida la Iglesia de Jesús no haya acertado en su oración. No es posible que la Iglesia de Jesús no sepa también hoy orar.

De ayer a hoy, ¿cambió la oración? ¿O es que la oración no cambia? ¿Rezaremos hoy como los monjes de la Edad Media, o como las antiguas comunidades de Palestina?

El problema es éste: cómo orar hoy, aquí, sin huir de la vida, en este nuestro sufrido Brasil, en este nuestro continente latinoamericano, oprimido y en lucha: en casa, en el grupo de la ciudad o del campo, en el equipo de trabajo pastoral o en la pequeña comunidad religiosa, en medio del pueblo reunido.

Renovar la Iglesia -que «debe ser siempre renovada»- significa también renovar la oración de la Iglesia. Estamos llevando una pastoral nueva, más nuestra. Estamos aprendiendo y haciendo una teología más nuestra también -la querida y perseguida Teología de la Liberación-. Queremos y buscamos necesariamente una oración también nuestra.

Ni podemos inventar la oración a partir de cero, ni podemos seguir masticando rutinariamente.

La vieja manera de orar tal vez ya no nos sirve. Tal vez nunca la aprendimos muy bien, porque quedábamos presos en las fórmulas, en el lenguaje distante y mal digerido, en la dicotomía o separación entre la oración y el trabajo, entre el Dios del cielo y los hermanos de la tierra y, con ello, nos sentíamos inauténticos, incómodos. Cuántos compañeros, generosos hasta la muerte, tropezaron angustiados con esta dificultad... Cuántos más, ya menos generosos, se apartaron de la lucha porque no supieron reencontrar la oración en su nuevo contexto histórico de vida... El cristiano que deja de orar como cristiano, deja de luchar como cristiano, fatalmente, y, con frecuencia, deja incluso de luchar...

Cuesta, sí, encontrar una nueva manera de orar, condicionados como nos sentimos por la vieja manera, impuesta, convencionalmente heredada. La oración «oficial» de la Iglesia queda lejos de la vida, y aparece formularia. La devoción popular «ya pasó», para los más jóvenes o para los más críticos. Mientras tanto, como nuestra oración es «la historia de nuestra oración», según Jon Sobrino, no podemos desprendernos en un momento del modo de orar hasta ahora vivido.

Por lo demás, ¿habrá de ser tan nueva la nueva manera de orar? ¿Será necesario romper con un pasado empapado por el Espíritu e insuflado por él en la boca y en el corazón de los profetas, de los mártires, de los santos? La oración de un pueblo no se inventa como quien inventa un aparato o un nuevo baile para la moda...

Pero es cierto que cuesta encontrar una nueva manera cierta, les cuesta a muchos hoy encontrarse a gusto en la oración. Basta oír las confidencias que afloran más abiertamente en retiros espirituales, o leer cartas amigas de sacerdotes, de hermanas, de laicos en búsqueda. Basta que los obispos, sacerdotes, coordinadores, animadores sean sinceros en la evaluación de la «vida espiritual» de sus respectivas comunidades.

También es verdad que en toda América Latina, de unos años a esta parte, estamos asistiendo a una recuperación de la oración, viento y fuego y vida del Espíritu. «La contemplación y la lucha» van avanzando muchas veces maravillosamente hermanadas. Las publicaciones -libros, cuadernos, hojas- sobre oración se multiplican, y están floreciendo muchas experiencias de oración por todo este Continente, contrariamente a lo que los extraños o los acusadores imaginan. Como nuestros teólogos han destacado oportunamente respondiendo a incomprendiones venidas de arriba o de al lado, entre nosotros antes fue la vida que la teología; antes fue la espiritualidad que la teoría sistematizada; antes fue la sangre de los mártires que el papel de los libros o folletos. Hace mucho tiempo que nuestras comunidades cristianas de América Latina están «bebiendo en su propio pozo» el Espíritu de Jesús, el Muerto Resucitado.

Falta, sin embargo, sistematizar más las intuiciones y las experiencias de oración y contemplación que nuestros santos y nuestras comunidades -religiosas o populares- están viviendo. Sistematizar sin pretender sustituir fórmulas por fórmulas; sin que caigamos en una nueva rutina, ahora típicamente nuestra, sabiendo que la oración, como la vida, no se dejan codificar,

PRESENCIAS

Me encuentro hablando siempre
con amigos ausentes.

Me encuentro siempre
entre el instante y la muerte.

Me encuentro siempre
con un libro enfrente,
con un hombre doliente,
y un paisaje y la corriente,
y el sol rusiente,
y el sueño, por fin, clemente.

Y un pájaro y un niño y un árbol, vivientes.

Y Dios persistentemente presente.

(CEL, 51)

ABRAHÁN

Contempla las estrellas,
Abrahán.

No intentes numerarlas.

(FCV,72)

HE PLANTADO UN JARDÍN

He plantado un jardín. Cultivo flores
en latas y a entretiempos,
practico la belleza inútilmente.

Riego las hojas verdes y sus gritos efímeros.
Las protejo del viento huracanado,
del sol calcinador. Doy cada día
tres o cuatro miradas protectoras,
y sorprendo la creación haciéndose...

Ellas nunca me han dicho cómo sienten
este humano desvelo sin codicias;
pero viven, florecen, me acompañan;
atienden las visitas gratamente,
como hablando por mí, como diciéndome;
acordonan de paz el Araguaia,
y mojonan de esperas, de preguntas,
de respuestas, de cantos florecidos,
el horizonte largamente opaco.

(FCV, 69)

A TIENTAS POR LA VIDA

Veo el color apenas,
sin las formas.
Veo el fulgor del rumbo,
no el camino.
A los cincuenta años semiandados
siento la misma Voz
mal respondida.

Mañana será tarde.
Hoy es el día oscuro.
Ser fiel
sería
serlo
a cada gris instante,
sin mayores certezas,
detrás de la Llamada,
a tientas por la vida,
en muchedumbre;
a solas con el hombre
-humus, semilla, valla y horizonte-
que me posibilita;
en paz semipactada
-gratuita victoria-
con ese Dios
sin rostro
que me espera
-Padre y Mendigo mío,
mi Tormenta y mi Puerto-.

(FCV,53)

DANOS TU PAZ

Danos, Señor, aquella Paz extraña
que brota en plena lucha
como una flor de fuego;
que rompe en plena noche
como un canto escondido;
que llega en plena muerte
como el beso esperado.
Danos la Paz de los que andan siempre,
desnudos de ventajas,
vestidos por el viento de una esperanza núbil.
Aquella Paz del pobre
que ya ha vencido el miedo.

Aquella paz del libre
que se aferra a la vida.
La Paz que se comparte
en igualdad fraterna
como el agua y la Hostia.
(FCV, 84)

EL DIFÍCIL TODO

Tan sólo mejor
que la mejor parte
que escogió María,
el difícil todo.

Acoger al Verbo
dándose al servicio.
Vigilar Su Ausencia,
gritando su nombre.
Descubrir Su rostro
en todos los rostros.

Hacer del silencio
la mayor escucha.
Traducir en actos
las Sagradas Letras.

Combatir amando.
Morir por la vida,
luchando en la paz.

Derribar los troncos
con las viejas armas
quebradas de ira,
fornadas de flores.

Plantar la bandera,
la justicia libre,
en los gritos pobres.

Cantar sobre el mundo
el Advenimiento
que el mundo reclama
quizá sin saberlo.

El difícil todo
que supo escoger
la otra María...

(FCV,24)

ME HAS SEDUCIDO, SEÑOR

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir,
desde que aprendí tu nombre
balbuceado en familia.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir
en cada nueva llamada
el alto mar me traía.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir
hasta el confín de la tarde,
hasta el umbral de la muerte.

Me has seducido. Señor,
y me dejé seducir
en cada rostro de pobre
que me gritaba tu rostro.

Me has seducido, Señor,
y me dejé seducir,
y en el desigual combate

me has dominado, Señor,
y es bien tuya la victoria.

Me has seducido, Señor,
en un desigual comercio
y la victoria es bien nuestra.

(CM)

Creo en el celibato y en la virginidad, libremente aceptados, como una oblación evangélica. Como pobreza en el Espíritu. Como una fuerza cristiana: de testimonio escatológico, por un lado, y de disponibilidad eclesial, por otro. Pienso, sin embargo, que en el futuro habrá sacerdotes celibatarios y sacerdotes casados. Para bien del celibato. Y para bien del sacerdocio ministerial. Ni Dios dejará de llamar al carisma de la castidad por el Reino, ni los hombres y las mujeres de hoy o de mañana dejarán de responder a esa llamada, al igual que las mujeres y los hombres de ayer.

La castidad evangélica no es una «disciplina», es un carisma, dentro de la vocación cristiana.

(YCJ, 158)

MI SOLEDAD

Mi soledad soy yo.

No hay compañía,
que me acompañe todo.
En honda gran medida
vivir es andar solo.

(TE, 66)

¿ME DEJÁIS SOLO?

¿Me dejáis solo?
¿Con la verdad?
¿Por qué no me ayudáis
a examinar la piedra fascinante
que me ha traído siempre a la frontera?

Los caminos trillados
son caminos de todos.

Nosotros, por lo menos,
debemos arriesgar estas veredas
donde brota la flor del Tiempo Nuevo,
donde las aves dicen la Palabra
con el vigor antiguo,
por donde otros arriesgados buscan
la humana libertad...

Si el corazón es limpio
no ha de atraparnos nunca
la noche intransitable.
El viento y las estrellas
nos dictarán los pasos.

¿Por qué me dejáis solo,
con o sin la verdad?

(TE, 55)

QUIZÁS ESTA SOLEDAD

Quizás esta soledad
sea palpar horizontes
donde la noche se cierra
y andar, a pesar del miedo,
cuando tantos se recogen
al abrigo, y la montaña
se nos viene toda encima.
Soledad no es estar solo,
es vencer la compañía
que nos detiene y seguir,
con la mochila del riesgo,
consciente de la frontera
y el destino de ser hombre.

(TE, 76)

SOLEDAD

Como una novia imposible
me ronda la soledad.
Cuando la abrazo, me encuentro.
Cuando me encuentro, se va.

(FCV, 54)

PRUEBA

La soledad, por fin,
lejana y próxima.
La soledad total.

¿Dónde están los caminos conocidos?
¿Dónde está la alegría, compañeros?
¿Es la última víspera?

¿Por qué me abandonaste?
Me palpo y no me encuentro.
Me miro en los espejos a mi alcance
y no me reconozco.
¡Calladme, por ahora, el nombre que tenía!

¿Será que me bautizan en aguas de pobreza
los amigos llamados tantas veces, otrora?
¿Me espera, en la mañana,
algún camino nuevo?
¡Dejadme el pan cocido en el rescoldo!

Como el Rey que Tagore vio en ensueños,
llega el Señor, cargado de exigencias,
por todas las orillas...

Ahora es noche aún. Cerrada noche.
La red cuelga en el túnel de las falsas minúsculas
dejando apenas el preciso espacio
para surcar un muerto.

(FCV, 22)

La *Libertad* es una palabra que deberíamos escribir en todas las hojas, en todas las alas de los pájaros, en todos los postes del mundo, en todas las primeras y últimas piedras de todos los predios y casas, y todos los niños se deberían llamar Libertad. Tengo un poema en el que digo a mi madre que si me bautizase otra vez me pusiese el nombre de Pedro Libertad.

Ya dije que si nosotros pasamos por lo que hemos pasado, ha sido simplemente porque intentamos entrar en los derechos, en las aspiraciones y en la lucha del pueblo. Que quede eso bien claro. Sería un exhibicionismo y un masoquismo sin sentido si pensásemos o hablásemos de nuestra persecución, de nuestro sufrimiento; el centro de la cuestión es el pueblo. Puedes decir por ahí a nuestros amigos que pueden dudar de mí si quieren. Pueden dudar de mi honestidad, de mi caridad, de mi equilibrio mental... pero que no duden de mi fe en la Pascua. Esto está en la raíz de la propia alma, y esas mil circunstancias que fuimos viviendo consolidaron cada vez más esa vivencia de fe y de esperanza en la Pascua de Cristo. La esperanza cristiana nada tiene de pasividad. Lo contrario del cristianismo es esperar sentado. Quien entiende la resurrección de Cristo como una destrucción de la muerte, de la esclavitud, del pecado, y como una abertura definitiva para la vida nueva, para la libertad, para la Justicia, es lógico que sea un revolucionario. No se puede ser cristiano si no se es revolucionario. No se puede ser cristiano si no se es utópico. No se puede ser cristiano si no se es, en el mejor sentido de la palabra, activista.

(NDA, 192)

TESTIMONIO Y ESCÁNDALO

Cada día sé más
que no me pertenezco.
Ropa tendida al sol y al comentario,
públicamente vivo.
No tengo cercas, ni jardín,
ni un perro que me espante,
por lo menos de noche,
los visitantes más inoportunos.
Ya han hecho de mi capa
muchos sayos.
Sertáo que el fuego puso al descubierto,
que todos los viandantes clasifican
con ojos suficientes.
Tierra que Dios calcina de exigencias
y cubre tercamente de ternura,
de un verde renacido con los años,
contra toda esperanza.
Ya soy, a cada paso que insinúo,
testimonio o escándalo,
testimonio y escándalo.

(TE, 56)

YO ME ATENGO A LO DICHO

Yo me atengo a lo dicho:

La justicia,
a pesar de la ley y la costumbre,
a pesar del dinero y la limosna.

La humildad,
para ser yo, verdadero.

La libertad,
para ser hombre.
Y la pobreza,
para ser libre.

La fe, cristiana,
para andar de noche,
y, sobre todo, para andar de día.

Y, en todo caso, hermanos,
yo me atengo a lo dicho:
¡la Esperanza!

(FCV, 38)

3. LA ESPIRITUALIDAD DE LA LIBERACIÓN

Hablando de *Teología de la Liberación*, uno entiende que a Roma, a Europa, le cueste aceptar una Teología que viene de provincias... Roma, Europa, piensan muy «intelectualmente» -lo que no siempre corresponde a pensar más inteligentemente-. Y la Teología de la Liberación ha nacido de la vida más que de la especulación. De la vida de las comunidades, de la pastoral comprometida, del martirio colectivo, de la compleja realidad de este Continente «creyente y oprimido», como acostumbran a decir nuestros teólogos. Tampoco eso significa que la Teología de la Liberación no sea «seria» o que sus teólogos no sean «de raza» o que sea simplemente sociología religiosa...

Entiendo que haya una preocupación legítima de Roma y de toda la Iglesia europea por una teología «nueva» que llega a Europa también y que sacude a las comunidades y seminarios y agentes de pastoral. Ya no consigo aceptar como humana -menos aún como cristiana- las medidas que se adoptaron contra Leonardo Boff, el modo como se llevó el proceso «clandestino» -valgan el sustantivo y el adjetivo, por aproximación- contra Gustavo Gutiérrez, la pertinaz desconfianza con que vienen siendo tratados muchos obispos o instituciones o conferencias episcopales, ciertas actitudes de la Curia romana, toda esa animosidad eclesiástica -de unos y otros, al fin- que nos desgasta en batallitas internas y merma nuestro testimonio ante el mundo y el entusiasmo de la evangelización.

(Revista L.E.A., Madrid, 1986)

La *Espiritualidad de la Liberación* sólo pretende ser *Espiritualidad cristiana* y, en ese sentido, la *Espiritualidad cristiana* de siempre. El «seguimiento» de Jesús, vivir según su Espíritu, practicar su propia práctica: «La práctica de Jesús». Con los rasgos específicos del lugar y del tiempo, cultura e historia, desafíos y esperanzas, que aquí vivimos como Pueblo y como Iglesia.

La *Espiritualidad* del amor comprometido con los Pobres de la Tierra. Un amor político, en sus consecuencias diarias, la cruz del conflicto, asumida pascualmente. La solidaridad como expresión real de ese amor, pobre con los Pobres, fraterno en la igualdad efectiva. La vuelta a la contemplación que está en la raíz de las grandes culturas del Tercer Mundo. La gratuidad desinteresada. La alegría de nuestros cantos y colores y danzas. El servicio y la hospitalidad del indígena y del campesino. El martirio, como un «lugar» o un «destino», hecho habitual para aquel «amor mayor» que Jesús esperaba de los suyos.

La intención, la voluntad eficaz, la estrategia minuciosa y diaria de liberarse por dentro, de liberar, de colaborar denodadamente en todas las «luchas» de liberación de las personas, de la Sociedad, de la misma Iglesia. Comentando la «Insurrección Evangélica» que Miguel D' Escoto desencadenó en Nicaragua, con ocasión de su famoso ayuno, insistía yo en esos tres aspectos: debemos insurreccionarnos por dentro, debemos colaborar en la insurrección de la Sociedad -asentada en la injusticia- y en la insurrección de la Iglesia -semper renovanda.

Ser pobre con los Pobres. Compartir. Ser libre y libertar. Contemplar al Dios Vivo en la vida y en la muerte de sus hijos. Vivir Belén y la Pascua. «La infancia espiritual» es un tema básico en la literatura espiritual de Gustavo Gutiérrez, por ejemplo. La conflictividad pascual es un tema básico en los escritos de Jon Sobrino.

(Revista L.E.A., Madrid, 1986)

PREGUNTAS PARA SUBIR Y BAJAR EL MONTE CARMELO

*(A Gustavo Gutiérrez
maestro espiritual
en los altiplanos de la Liberación,
por su itinerario latinoamericano
"Beber en su propio pozo".
Desde la Amazonia brasileña,
en tiempos de probación
y de invencible esperanza criolla).*

«Por aquí ya no hay camino».
¿Hasta dónde no lo habrá?
Si no tenemos su vino
¿la chicha no servirá?

¿Llegarán a ver el día
cuantos con nosotros van?
¿Cómo haremos compañía
si no tenemos ni pan?

¿Por dónde iréis hasta el cielo
si por la tierra no vais?
¿Para quién vais al Carmelo
si subís y no bajáis?

Sanarán viejas heridas
las alcuzas de la ley?
¿Son banderas o son vidas
las batallas de este Rey?

¿Es la curia o es la calle
donde grana la misión?
Si dejáis que el Viento calle
¿qué oiréis en la oración?

Si no oís la voz del Viento
¿qué palabra llevaréis?
¿Qué daréis por sacramento
si no os dais en lo que deis?

Si cedéis ante el Imperio
la Esperanza y la Verdad
¿quién proclamará el misterio
de la entera Libertad?

Si el Señor es Pan y Vino
y el Camino por do vais,
si al andar sé hace camino
¿qué caminos esperáis?

4. AMOR POLÍTICO Y SOLIDARIO

La *caridad*. O sea, el amor a Dios, el amor por Dios, desde Cristo, como Cristo ha amado, según la fuerza que su Espíritu de Resucitado nos comunica para amar. Ahí rallan todas las elucubraciones y todas las referencias simplemente ideológicas. Porque hay que amar a todos, siempre, perdiendo, jugándose la vida.

Una caridad que se da íntegramente, que hace de la causa de Dios y de los hombres la propia razón de vivir, que muere por esta causa.

Yo he pasado mucha rabia en este Mato Grosso y he meditado mucho, con la boca llena de agua, como quien se ahoga, en la violencia y no violencia y me ha tocado perdonar muchas veces a los enemigos del pueblo que son, os lo digo con toda sinceridad, mis únicos enemigos -mis adversarios, si queréis que os hable como todo un obispo-. Eso, sin embargo, no me impide -Dios sabe hasta qué punto acierto o yerro- continuar detestando el capitalismo, la dictadura, el latifundio... Eso, por el contrario, me obliga a hacer lo posible para que esos enemigos «se acaben».

Paulo Freire, el maestro de América, ha dicho con lúcida precisión evangélica que el único modo de amar a los opresores es hacer que nunca más puedan oprimir a nadie. Y antes que Paulo Freire lo cantó María, la madre de Jesús, en su Magníficat: los poderosos han de bajar del trono y andar como todos, a pie lleno. Hay que amarlos despojándolos. Con eso los hacemos pobres y por eso mismo libres. Suponiendo que ellos quieran.

Quiero decir que la caridad o es política también o no es. Ya Pío XI hablaba del «amor político». La caridad de todo cristiano; la caridad de un obispo, pues, y la de una carmelita de clausura.

(EDP, 105-106)

A manera de confidencia fraterna con los lectores de la revista francesa «Spiritus» apuntaba yo unos presupuestos de conciencia de fe y de actitud pastoral que sostienen la pastoral de nuestra pequeña Iglesia de São Félix. Puedo comunicarlas también a todos los que sienten la inquietud evangélica de la misión.

1. El Pueblo de Dios es el mismo Pueblo de los Hombres, amados por Dios en Jesucristo. Así, la Historia de la Salvación coincide misteriosamente con la total Historia del Mundo. La Iglesia de São Félix no puede ser más que el Pueblo de São Félix, históricamente, hoy, aquí.

Evidentemente no negamos la identidad de la Iglesia ni pretendemos hacer de ella una mayoría anónima. Quisiéramos simplemente superar falsas dicotomías.

2. Para un Pueblo marginado, sólo es señal de Salvación aquella Iglesia que se margina con el pueblo. Más aún, creemos que la verdadera Iglesia de Jesús es aquella que «nace del Pueblo», por el Espíritu, siempre en comunión con todo el Cuerpo del Señor.

Tampoco negamos la jerarquía de la Iglesia. Querriamos simplemente verla evangélicamente otra.

3. La Iglesia no es el «lugar hecho» de la Salvación, ni, mucho menos, el «lugar importado». A los signos de los Tiempos hay que añadir los signos de los Lugares. La Iglesia, para ser católica, ha de ser tan Particular como Universal.

No hay Misión sin Encarnación. Todo colonialismo es pecado, porque niega la Encarnación.

La especificidad de la Iglesia no es su religión esquemática, sino su Fe viva. La comunión eclesial no es precisamente la latinidad etnocéntrica, sino la caridad orgánica, en la libertad de los hijos de Dios.

4. Marx no inventó la lucha de clases. Y nosotros, mucho menos. Está ahí. Y toda verdadera Pastoral será conflictiva, como lo es el Evangelio mismo. Optar por los pobres de la tierra significa optar salvíficamente «contra» los ricos de este mundo. (Digo «salvíficamente contra». No quiero repetir la gesta hagiográfica de los fundadores de São Félix, que escogieron como patrón del pueblo a San Félix de Válois -que dicen que no existió- precisamente porque él sería un buen abogado "contra los indios").

La Iglesia será siempre un sacramento tanto de unidad como de contradicción.

5. Toda pastoral es política. La Teología de la Liberación no es una moda latinoamericana, sino un postulado del Evangelio históricamente vivido.

Y hablamos de una política no necesariamente partidaria, pero sí comprometida. Como hablamos de la liberación total, siempre en la tensa Esperanza de la Parusía.

6. La Iglesia del Tercer Mundo debe denunciar y combatir la Injusticia de la Miseria y de la Opresión al mismo tiempo que anuncia y promueve el Evangelio de la Pobreza y de la Libertad.

Pensamos que éste es un carisma y una diaconía de la Iglesia del Tercer Mundo en favor de la Iglesia del Primero y del Segundo Mundos.

(PL, 31-32)

Carta de aliento al Pueblo de la Prelatura de São Félix

Os escribo esta carta en una hora de sufrimiento y de persecución. Quiero hablar y meditar con vosotros cosas que a todos nos interesan; de forma sencilla, para que todos podamos entender.

...Quién somos nosotros, vosotros lo sabéis. Sabéis lo que hacemos. Sabéis si somos «terroristas», «comunistas», «subversivos»... Vosotros y el Señor sois nuestros mejores jueces.

Recorriendo la región y viviendo en medio de vosotros fuimos viendo cuáles eran las mayores dificultades y sufrimientos del pueblo de la Prelatura:

- problemas de tierra para los «posseiros», en lucha con las grandes compañías o haciendas;
- mala administración, y politiquería de las autoridades locales;
- desatención total en salud, en enseñanza, en comunicaciones;
- caciquismo y explotación en el comercio, en las farmacias, etc.;
- esclavitud de los peones en las haciendas agropecuarias;
- arbitrariedades de la Policía Militar...

No podíamos ver todo eso con los brazos cruzados. Quien cree en Dios debe creer en la dignidad del hombre. Quien ama al Padre debe servir a los hermanos. El Evangelio es un fuego que le quema a uno la tranquilidad. No se puede ser cristiano y soportar la injusticia con la boca callada. Jesús dice en el Evangelio que El nos juzgará el último día por lo que hayamos hecho con nuestros hermanos más pobres y oprimidos.

Era preciso gritar, actuar. Incluso con riesgo personal. E intentamos gritar y actuar, según nuestras posibilidades.

Escribimos muchas cartas y relatorios a las Autoridades Estatales y Federales. Escribí mi libro titulado «Una Iglesia de la Amazonía en conflicto con el latifundio y la marginación social», que luego el general director de la Policía prohibió... Visitamos a esas autoridades muchas veces. Hablamos con los dueños de las haciendas y con los gerentes. Fuimos muchas veces a los diferentes lugares de conflicto en la región. Entramos en la lucha que vosotros llevabais adelante por vuestros derechos.

Y ahí comenzó nuestra persecución. Como vosotros erais oprimidos, comenzamos también nosotros a ser perseguidos por vuestros opresores.

Y recibimos toda clase de calumnias y amenazas. Perdimos la amistad de los poderosos y de los ricos. Fuimos tratados como «comunistas», «terroristas», «subversivos». Pusieron a precio nuestra vida. Fuimos presos...

Vosotros y nosotros, siendo una misma cosa, un solo pueblo, el pueblo de Dios que vive y trabaja en este sertão, sufrimos, de los mismos enemigos, la misma persecución...

...Y tantas otras persecuciones sufridas en esta región, casi siempre por defender el derecho a la tierra y a la vida que como personas tenéis.

Yo sé muy bien lo que esto significa, y vosotros también debéis saberlo. *Somos perseguidos porque estamos con el pueblo*, defendiendo sus derechos. *La prelatura del São Félix es una iglesia perseguida* porque no ha querido mezclarse con el poder de la política y del dinero. *Y seremos cada vez más perseguidos*, porque, con la fuerza de Dios, continuaremos al lado de los oprimidos y de los pobres...

Los tiburones y los políticos dicen que los obispos y los sacerdotes no deberíamos meternos en esos asuntos de tierras y de justicia. El coronel Euro Barbosa de Barros, comandante de la Policía Militar de Mato Grosso, que dirigió la última invasión militar contra la Prelatura, dijo repetidas veces que los sacerdotes y las hermanas sólo deben «cuidar de las almas»...

Pero, ¿quién va a definir cuál es la misión de la Iglesia, el coronel Euro o la propia Iglesia?

Por otra parte, ¿dónde están las almas? Los hijos de Dios tienen cuerpo y alma. Son personas. Y tienen derecho a vivir como personas, ya aquí en la tierra. La tierra y los bienes de este mundo son de todos y para todos, porque todos somos iguales. Dios es padre de todos, y a todos sus hijos quiere ver felices, en este tiempo y en la eternidad. Quien ama a su prójimo debe preocuparse del alma y del cuerpo de su prójimo. «Tuve hambre, estaba desnudo, era perseguido, estaba preso...», nos dirá Jesús el día del juicio.

Un país sin justicia para todos no es una Patria libre. Donde no hay Justicia y Libertad no hay paz ni progreso ni Evangelio.

Yo sé, hermanos, que esta persecución va a desanimar a algunos, y va a apartar a otros de nuestra amistad y hasta de la misa y de los sacramentos. Algunos se van a «avergonzar» del Evangelio... Algunos «posseiros» y otros abandonarán, asustados, la región. Los niños y la juventud sufrirán serias dificultades en

la enseñanza. El ganado de las grandes haciendas podrá ocupar libremente la tierra y las huertas de las familias, nuevamente emigrantes, siempre perseguidos por los tiburones...

Es tiempo de prueba, hermanos. Es también tiempo de fe, de unión y de coraje.

Es hora de escoger: o con el pueblo y con Cristo o contra Cristo y contra el pueblo. «Nadie puede servir a dos señores», dijo Jesús.

No se trata de ser «amigo de los sacerdotes»: se trata de ser *personas* y de exigir el derecho de todos a vivir como personas; *ser cristiano* es vivir conforme al Evangelio de Jesús, que es la Buena Nueva de la Verdad, de la Justicia y de la Libertad.

Unidos con Dios, y unidos todos en la oración, en el sufrimiento, en la tenacidad, vamos a continuar nuestro camino, como aquel antiguo pueblo de Dios caminó por el desierto hasta la tierra prometida. Nosotros ya fuimos liberados por la muerte y la resurrección de Jesús, y su Reino es nuestra Tierra Prometida, ahora aquí en la tierra y un día allá en el cielo. Por tanto, debemos liberarnos, cada día un poco más, de toda esclavitud y de todo pecado, y debemos eliminar de en medio de nosotros todo aquello que esclaviza y rebaja a nuestros hermanos.

«Quien confía en Vos no quedará defraudado», dice el salmo 24. «La Esperanza no engaña», dice el apóstol san Pablo (Rom 5,5). «Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros», decía Jesús a sus amigos; «No tengan miedo, no: yo vencí al mundo». Él, muriendo y resucitando, ya venció al «mundo» del egoísmo y de la esclavitud, al «mundo» de pecado y de muerte.

Nosotros también venceremos con Él. Un abrazo a todos.

(Carta de aliento al Pueblo, 15-6-1973)

Los varios nombres que el amor hacia los demás ha tenido a lo largo de los siglos hoy se cifran en esta palabra de cinco sílabas militantes: *¡so-li-da-ri-dad!*

Reconocimiento, respeto, ayuda, colaboración, alianza, amistad: todo eso, pero más todavía, es la solidaridad eficaz, esa manera de ternura colectiva, que diría la poetisa nicaragüense.

Siempre que sea solidaridad legítima y no algún sucedáneo; respetadas siempre las exigencias básicas que constituyen esa manera de ayudarse los pueblos entre sí, creciendo mutuamente, mutuamente aupándose.

Porque la solidaridad supone el reconocimiento de la identidad del otro, de su intransferible alteridad. Supone el reconocimiento de la independencia de las comunidades que se vinculan espontáneamente. Sólo se puede ser solidario con quien uno reconoce libre e igual. (Los Estados Unidos de Reagan -por poner un ejemplo que nos atañe agresivamente- no pueden ser solidarios de ningún otro pueblo, porque ellos se creen los mayores y mejores cuando no los únicos...).

La autonomía de los pueblos, la igualdad de pueblos y personas, la socialización de la vida -sus bienes, sus desafíos, sus esperanzas- son condición indispensable para vivir y convivir la solidaridad, sin paternalismos, sin dependencias, sin arrogancia, sin humillación. (Un imperio, una transnacional, la burguesía, dan limosnas -las echan desde arriba- o prestan con calculados intereses. El FMI -por citar un monstruo social contemporáneo que nos acosa día a día- es todo lo contrario de la solidaridad internacional).

En América Latina -América Latina y el Caribe, para decir la Patria Grande entera- la solidaridad es la continentalidad asumida como un desafío común de Liberación. Ser solidarios aquí es luchar juntos por la Liberación de todos. Los demás modos de ayuda, si quedan ahí, en ayuda simplemente, podrían incluso hacer el juego al enemigo, mentirle a la Historia, negarse al Reino -hablando en cristiano-. Dar, ayudar, promover, nunca podrán substituir al verbo ser-solidario. Como el nuevo nombre de la Paz sólo puede seguir siendo, entre nosotros, el nombre antiguo de la Justicia, la Liberación es el nombre propio de nuestra solidaridad latinoamericana.

Solamente es solidaria aquella persona, aquella comunidad, aquel pueblo que reconoce y exige el derecho de Liberación que asiste dramáticamente a nuestros pueblos y a todos sus hijos. Entre nosotros, sólo es solidario aquel que hace de ese derecho del hermano un deber suyo, practicando la Liberación, copracicándola: con la denuncia, con el anuncio, con la renuncia; con el diario ejercicio personal, familiar, comunitario, colectivo, de las liberaciones culturales, políticas, económicas, religiosas que nos exige la situación de dependencia múltiple a que estamos secularmente sometidos.

América Latina es mucho más que una canción para ciertas horas nostálgicas. Es un drama de familia, una misión ardiente que llevamos entre manos, una herencia intransferible a responsabilidades ajenas, una memoria de martirios innumerables, nuestro propio futuro indivisible. O nos salvamos continentalmente o continentalmente nos hundimos. Muchas patrias y muchas etnias, pero una sola solariega Casa. Hasta ahora consiguieron dividirnos para vencernos: con el castellano y el portugués, con los tratados y las fronteras, con las varias cruces y las diferentes espadas, con las seguridades nacionales y la geopolítica hemisférica.

De nuestra América Latina, una Iglesia, un Partido político, un Sindicato, una Corporación, una Asociación cultural que no vivan la solidaridad continental como algo constitutivo de su propio ser y quehacer se niegan al porvenir o se venden prostituidamente.

Nicaragua somos todos nosotros. Todos somos Chile y Paraguay. Todos somos la Amerindia-raíz o la Afro-América o los millones de menores marginados o los Campesinos o los Obreros o las Comadres que, en nuestro Continente, son prohibidos de ser-ellos-en-libre-dignidad-autóctona por el Sistema, por los Estados, por el Imperio, por la desnaturalizadora Cultura de importación.

Nuestra solidaridad se llama Liberación Continental.

(Colaboración al libro «A solidariedades prácticas de liberación a A.L.», de la CDHAL)

5. EL MARTIRIO

LOS MÁRTIRES DE LA ANDADURA DEL PUEBLO

Amparan el camino las manos de Su Padre.
Y el Espíritu sella la andadura,
con las alas abiertas Paz adentro.
El Primero en nacer desde la muerte,
Jesús, Testigo Fiel, rompe la marcha
y con la gloriosa mano herida
cancela la vigencia de la antigua tiniebla.

El rostro cotidiano del Pueblo está en Su Rostro.
Y van con El, hermanos de combate,
João Bosco, Margarida,
Rodolfo, Gringo, Tiáo,
Josimo, Chico, Santo,
¡...tantos, tantas!

San Romero celebra Eucaristía en el ara mayor del Continente,
vistiendo en profecía derramada
la estola de los mayas redivivos.
Mientras Marcal, el guaraní, empuña
la espiga del maíz,
pan de nuestra Amerindia.

Las herramientas gritan
la fuerza del trabajo organizado,
el fraterno poder de las manos unidas.

Por detrás de la cárcel,
derribada a golpes de una terca rebeldía,
rompe la gracia matinal del Reino.
Y las cercas de alambre se retuercen,
quebradas por la marcha justiciera.

La noche todavía mantiene en sus mazmorras
hermanos torturados.
Hay desaparecidos, todavía
en los silencios cómplices.
¡Inútilmente, Imperio, inútilmente!

Nuestros caídos mueren
con la Esperanza en flor entre las manos.

Nuestros muertos caminan empujando la Historia.
Contra los alaridos de la Muerte,
gritamos las consignas: ¡Tierra!, ¡Liberación!,
canto coral de todo un Pueblo en marcha.

Bajo esa clara nube de tanto testimonio,
herederos de Sangre,
testigos de testigos,
con ellos caminamos liberando el Futuro.
Caminamos por El, Horizonte y Camino.
Hijos de un mismo Padre,
nacidos de Su Muerte,
memoria de El y de ellos,
¡celebramos la Pascua!

(Revista «Liturgia», São Paulo, febrero 87)

¿Cuál es el sentido teológico que la Iglesia cristiana dio siempre al martirio, y cómo vive la realidad del martirio la Iglesia de América Latina?

-La Iglesia siempre dio al martirio el sentido de una fidelidad mayor, de una fidelidad extrema. Mártir - siguiendo a Aquel que es el testigo fiel, Cristo el Señor- es aquel que lleva su fidelidad al Evangelio, al Dios de la Vida, al amor a los hermanos hasta las últimas consecuencias. «Nadie tiene amor mayor que aquel que da la vida por aquellos a quienes ama». El mártir es pues el testigo-señal, que permanece fiel hasta el final.

El mártir es también alguien que congrega alrededor de sí a la propia comunidad. Desde los primeros tiempos de la Iglesia los cristianos celebran su liturgia en torno a las reliquias de los mártires, y frecuentemente en torno a su cuerpo físicamente presente. La Iglesia, explicitándolo más o menos, según las épocas, comprendió muy bien que Jesús y los primeros discípulos fueron perseguidos y asumieron la Cruz públicamente. La Cruz que Jesús nos pide que carguemos no es fundamentalmente una cruz de sufrimientos personales, de angustias internas. La Cruz de Jesús es una Cruz pública. Son el Imperio y la Sinagoga quienes lo persiguen y lo asesinan. Esa misma es la Cruz que los apóstoles y los discípulos de todos los tiempos vienen cargando.

-¿A quién se le puede llamar mártir?

-Puede ser llamado mártir aquel que da la vida por la misma causa por la que Jesús dio la suya. Jesús entregó su vida por el Reino, y todo aquel que muere por el Reino es Mártir.

Evidentemente, para nosotros, cristianos, aquel que muere conscientemente por la causa de la justicia, de la verdad, de la libertad, contra la tortura, profesando su Fe en el Dios de la Vida, que es el Dios de Jesucristo, será Mártir cristiano. Aquel que muere por la misma causa sin una fe explícita, no será mártir explícitamente cristiano. Los dos, sin embargo, serán mártires del Reino, porque fueron fieles a esta causa mayor del Reino.

-¿Por qué son celebrados los mártires?

-La Iglesia celebra a los mártires porque son un ejemplo, porque son una fuerza. Los teólogos de la liberación han destacado muy bien últimamente que lo contrario de la Fe es el miedo. Los mártires son aquellos que vivieron de tal modo su Fe que fueron capaces de vencer incluso el supremo miedo de la vida humana que es el miedo de la muerte.

-¿Qué es lo que caracteriza la celebración cristiana de los mártires?

-La celebración cristiana de un mártir parte de la Pascua de Jesucristo, de quien el mártir es compañero y seguidor fiel hasta la entrega de su propia vida. El mártir es alguien que se identificó tan profundamente con la vida y la misión del Señor Jesús, que aceptó compartir también su destino.

En una concentración popular sobre el mismo mártir donde la fe no es explicitada, ese mártir es un compañero del pueblo, un luchador por la causa del pueblo, sea o no compañero de Jesús. Pero si apelamos siempre a la causa mayor que es el Reino, la celebración popular y la celebración de la fe acabarán coincidiendo.

Jesús muere por ser fiel a la voluntad de! Padre. La voluntad del Padre es el Reino, y el Reino es «que todos tengan vida y la tengan en abundancia».

Nosotros sabemos, a la luz de la fe, que esa vida en abundancia, plena y total es la propia vida de Dios, su gracia, su amor, su Espíritu, la vida eterna. Quien no sabe eso explícitamente, pero lucha hasta la muerte para que haya vida, una vida en la verdad, en la justicia, en la fraternidad, en la liberación, para que haya vida teniendo tierra, teniendo vivienda, teniendo pan, teniendo libertad... ese está muriendo por la causa que llevó a Jesús a la muerte. Es un compañero de testimonio de Jesús.

-¿Qué representa en la andadura de la Prelatura de São Félix el martirio del padre João Bosco?

-La muerte del P. Bosco fue el punto culminante de la persecución que la prelatura venía sufriendo en aquellos años más agresivos, entre 1971 y 1976; porque se trata de una «muerte-martirio» sin discusión

posible, y porque es un padre el asesinado. El pueblo da a esa condición de padre un valor sagrado explícito, carácter de «señal» mayor.

En el P. João Bosco no había posibilidades de encontrar cualquier motivo «político» o cualquier rivalidad que pudiese «justificar» su muerte. En él se concentran las causas por las cuales la prelatura asumió la línea que asumió, las causas que la prelatura viene defendiendo. En un lugar -Riberão Bonito- muy marcado por la problemática de la tierra, sumamente marginado, donde la policía militar llegó a enviar un escuadrón de la muerte. En ese contexto, el martirio del P. João Bosco es la señal visible de la persecución infligida a toda la prelatura.

-¿Por qué murió el P. João Bosco?

-El murió, exactamente, porque con firmeza y mansedumbre evangélicas, simultáneamente, protestó contra la tortura. Es interesante destacar que en Estados Unidos, en Canadá, en varios países de Europa, la celebración del martirio del P. João Bosco ha subrayado este aspecto: él es un mártir contra la tortura y no solamente un mártir por la fe, contra la injusticia, por la verdad, por la liberación. Muy explícitamente, es un mártir que fue a protestar contra la tortura que se estaba infligiendo a dos pobres mujeres.

Hay un segundo aspecto que se refiere más a mi persona. El P. João Bosco insistió en acompañarme cuando iba, yo solo, a intentar liberar a aquellas dos mujeres, Margarita y Santana. Por solidaridad se empeñó en acompañarme, aun conociendo el riesgo que corríamos en aquella hora. João Bosco es un mártir de la caridad de un modo muy personal y muy colectivo. Caridad para conmigo, caridad para con aquellas dos mujeres y caridad para con el pueblo oprimido de la región.

-¿Qué símbolos están ligados a la vida y a la muerte del P. João Bosco?

-El templo-memoria. La Cruz de madera puesta delante del templo. Las fotos del P. Bosco esparcidas por las casas y en nuestras iglesias. Su nombre, dado a muchos niños que nacieron en la prelatura después de su muerte. La camisa ensangrentada del P. Bosco expuesta en la iglesia.

-¿Qué significa el santuario de los Mártires de la Andadura del Pueblo?

-El santuario de Riberão Bonito, desde el 12 de octubre de 1986, creció y se ensanchó; ya no es simplemente el santuario del P. João Bosco, sino el santuario de todos los mártires de la Andadura, de Brasil y de América Latina.

Este primer santuario dedicado a nuestros mártires quiere ser un homenaje a todos nuestros hermanos que se mostraron capaces de «permanecer en el amor» hasta el final, luchando por la causa indígena, por la causa del labrador, por la causa del obrero, contra la tortura. Veintiuno de estos mártires están ahí con sus fotografías y una inscripción que les da el título específico ligado a la causa de su muerte. Por ejemplo, mártir de la verdad, mártir de la pastoral de la juventud... Ellos representan a todos los hermanos martirizados, a los mártires anónimos, a los niños de Ronda Alta, los mártires anónimos del Nordeste.

El santuario de los mártires en Riberão Bonito recoge, en la andadura, lo que nuestro pueblo celebra con tanta intensidad, como se manifestó en el sexto encuentro intereclesial de las Comunidades Eclesiales de Base.

La costumbre de dedicar templos a los santos y a los mártires es muy antigua en la Iglesia cristiana. Agustín insistió mucho en levantar santuarios, en dedicar templos a la memoria de los mártires en el norte de África, así como en Roma, en Europa y en todo el mundo. Dedicar un santuario a los mártires de hoy está muy dentro de la sensibilidad religiosa del pueblo de ayer y de hoy. Siempre dentro de la religión de nuestro pueblo y siempre con la gran referencia cristiana, la Pascua de Jesús, su martirio y el martirio de sus seguidores.

(Revista «Liturgia», São Paulo, febrero 87)

En mí la muerte ha sido siempre un poco como en la canción aquella del Tercio: «soy *el novio de la muerte*». No sé bien por qué. Me parece que es un poco de todo. Puede incluso ser un problema de temperamento; eso se lo dejo a los psiquiatras. Me parece que es un poco de vivencia de infancia. (Vi de niño aquellos mártires de la zona roja, acompañado de tantos sentimientos, y de aquel terror, aquel miedo...). Me parece también que sea un poco -digo yo- raíz de mística hispánica. Y, ¿por qué no?, me parece que sea un poco de gracia. Yo creo -«creo»-, con toda gratitud y con toda simplicidad, que el Señor me ha dado esta vocación. Si algún día me encuentro con que esa vocación no se realiza; si muero a los noventa y tantos años y me es dado vivir hasta quedar tendido en una cama o en un sofá, en todo caso, la presencia del martirio en mi vida creo que habrá sido como un sacramento fabuloso.

Todas aquellas famosas meditaciones nuestras sobre la muerte, y los libros drásticos de Job, los libros sapienciales o las coplas de Jorge Manrique, y toda nuestra ascética y la literatura de la muerte que uno ha gustado, creo que todo se queda pequeñito al lado de una vivencia concreta de martirio en que descubre como una vocación, se perfila una aspiración, se concreta una petición de uno, una aspiración más o menos próxima. Claro, eso le obliga a uno a ser auténtico, ¿no?, y a ponerse entero. Y, en este sentido, esas muertes que he venido viviendo, por un lado me han hecho sentir de un modo drástico la injusticia. Y de ahí ha nacido en mí esa pasión por la justicia y por la libertad.

(DMG, 94-95)

A GASPAR GARCÍA LAVIANA

Como un vuelo cortado por la muerte,
igual que un crucifijo en carne viva,
como un abrazo extremo, que me llama,
me ha cercado tu nombre,
Gaspar, hermano mío.

Asturiano, justicia de minero,
bronco acantilado,
Corazón de Jesús en pura llaga.

Tola y sus montes callarán ahora
-verdes la guerra y la arboleda verde-
mientras hablamos junto al Dios que escucha,
mientras el Pueblo vela, todavía,
la Paz del Reino que se aplaza tanto.

Hablaremos tú y yo, Gaspar, a solas.
Al contraluz de mi anhelante fiebre.
Como si aún no fueras un glorioso llegado.
A corazón abierto,
Gaspar,
sin más testigo
que el Amor que ya vives cara a cara.

Terratenientes eran
los que ahogaban tus pobres,
los que ahogan mis gentes.
Y es el mismo Evangelio
que te ardía en las manos
más que el fusil inhóspito,
amor exasperado, hermano mío:
tus manos bajo el óleo
sangrándote,
llorándote los ojos cielo arriba.

Dime, Gaspar,
¿qué harías
si volvieras?

Y cuida bien de Tola.
Cuida de Nicaragua, todavía en combate
No dejes que tu sangre se marchite
En el cáliz (rajado) de tu Iglesia.

(NCP, 73)

Queridos hermanos de la Iglesia y del pueblo de El Salvador: Ayer nos llegó, y todavía con las imprecisiones características en estas latitudes, la noticia de la muerte del entrañablemente querido Monseñor Oscar A. Romero, arzobispo de San Salvador.

Una «buena nueva», en la óptica del Evangelio; un acontecimiento pascual.

En nombre propio, como obispo hermano y en nombre de toda mi Iglesia de São Félix do Araguaia, en este sufrido Mato Grosso brasileño, quiero expresaros, a vosotros -obispos, sacerdotes, comunidades, Iglesia y pueblo de El Salvador-, el testimonio de la más total comunión.

Sólo nos resta recoger la sangre de Monseñor Romero como una bandera de liberación pascual.

Él ha sido un buen pastor que supo dar la vida por el rebaño.

El sufrimiento de su pueblo lo santificó en la libertad y en la fidelidad totales.

Era un hombre libre que ayudaba a liberar.

Las oligarquías nacionales y los intereses imperialistas y todas las fuerzas represivas aliadas no podrán hacer callar esa última gran homilía de Romero, el grito limpio de su muerte, su misa más verdadera.

Modelo de obispo comprometido con la historia de su pueblo, su coherencia pastoral lo llevó al martirio.

Su sangre y la sangre de tantos hijos de Dios, pobres y oprimidos, labradores, sobre todo, e indígenas, jóvenes estudiantes y agentes de pastoral dedicados, forzarán el día nuevo de Centroamérica y limpiarán el rostro de nuestra Iglesia.

América entera y el mundo, toda la Iglesia de los pobres particularmente, se vuelven hacia El Salvador, hacia Centroamérica. Sois para nosotros un Evangelio vivo, un testimonio de Pascua.

No cedáis. Sed fieles. Estad unidos. Orad en común. Contad con nuestra oración y con nuestra solidaridad. Dadle voz y camino al pueblo. El Espíritu de Jesús resucitado está con vosotros. El miedo y la muerte siempre ceden ante la Vida. Gracias por vuestro testimonio, gracias por la sangre del arzobispo Romero. Su presencia, ya de resucitado, será una nueva «memoria subversiva» para nuestra Iglesia. Romero es un nuevo mártir de la liberación, un nuevo santo de nuestra América.

A todos os abrazo, os abrazamos, con inmensa ternura fraterna en Aquel que es el Testigo Fiel y nuestra Paz y la Resurrección y la Vida.

(EDP, 204-205)

En la edición de papel de esta obra, «Al acecho del Reino», figura aquí el facsímil de la carta que Pedro Casaldáliga recibió de monseñor Romero, fechada el día 24 de marzo de 1980, el mismo día de su asesinato, sin firma, acompañada por la carta de su sucesor, Mons. Ribera y Damas. He aquí la transcripción de dichas cartas.

San Salvador, 24 de marzo de 1980

Excmo. Sr. Obispo
Mons. Pedro Casaldáliga
São Félix – Brasil

Querido hermano en el Episcopado:

Con profundo afecto agradezco su fraternal mensaje por la pena de la destrucción de nuestra emisora.

Su calurosa adhesión, alienta considerablemente la fidelidad a nuestra misión de continuar siendo expresión de las esperanzas y angustias de los pobres, alegres de correr como Jesús los mismos riesgos, por identificarnos con las causas justas de los desposeídos.

A la luz de la fe, siéntame estrechamente unido en el afecto, la oración, y el triunfo de la resurrección.

Oscar A. Romero

Abril 19, 1980

Excmo. Ser. Obispo
Mons. Pedro Casaldáliga
São Félix – Brasil

Estimado Sr. Obispo:

Nos permitimos incluirle aquí carta que dejó redactada nuestro querido mons. Romero el mismo día de su asesinato y que esa noche tendría que firmar.

Al agradecer a Ud. Su Solidaridad cristiana con él y con nuestra Iglesia, le rogamos siempre contar con sus oraciones, para poder continuar la obra que El Señor, la Iglesia y que siguiendo estos criterios Mons. Romero realizó.

Agradecido le saluda,
Mons. Arturo Ribedra Damas
Administrador Apostólico

6. ENTRE LA MUERTE Y LA ESPERANZA

Mi Fe, hace ya tiempo, es *la Esperanza*.

Y «la esperanza cristiana no es solamente un "después" que nos ayuda a vivir; no es algo; es Alguien», decía el Cardenal Feltrin.

Mi Esperanza tiene nombre y apellido: JESUCRISTO RESUCITADO.

La Pascua de Jesucristo, que «es Nuestra Pascua», es la verdadera razón de mi Esperanza. Espero, porque creo que El ha resucitado y es «la Resurrección y la Vida».

Cuando descubrí, siendo seminarista, que la Gracia es «ya» la Gloria, «la Gloria a tientas» decíamos, que vivimos, ya aquí en la tierra, la única Vida Eterna que viviremos para siempre, creo que se me derrumbaron, de una vez, todos los cimientos de las dicotomías. (No quiero decir que el «cómo» se vive esta única Vida Divina, por la Gracia, aquí y allá, no me pareciese profundamente distinto. Cualquiera sabe que la tierra «aún no» es el Cielo...).

La total Historia humana era la única Historia de la Salvación. Todo ensayo de alegría y toda desesperación humanas, todo esfuerzo que el Hombre realiza, cada paso que el Hombre da, la intrahistórica esperanza de la lucha marxista, las muertes, sobre todo, de los que mueren por la Causa del Hombre, los golpes, quizá a ciegas, de cuantos intentan construir el futuro mejor... todo se transformaba en tensión escatológica, en «profesión -lúcida o loca- de Esperanza total». Y «la Esperanza no decepciona» (Rom 5,5).

«La Tierra es el único camino que nos puede llevar al Cielo», he repetido infinitas veces, con el inolvidable Padre Charles de nuestras lecturas misioneras.

Toda espera se hizo Esperanza. «Saber esperar» era saber vivir, activos, despiertos, con las lámparas llenas y encendidas..., «si es que mantenemos la entereza y la gozosa satisfacción de la Esperanza» (Hb 3,6).

«No, Camus, la esperanza no es la resignación. La resignación es sólo el silencio de la Esperanza. Pero la Esperanza tiene palabras de Vida Eterna. Resignarse no es aún esperar. Y puede muy bien ser todo lo contrario» (Diario 1 abril 1970).

Pablo descubrió el pecado, según Ligier, como una realidad universal resistente al Evangelio. Pablo descubrió también, según él mismo dice, que la Gracia sobreabundó donde abundó el pecado.

La Esperanza lo «descifra» todo, «en esperanza». Ella es como Moema, la india del romance, «en cuyo rostro hasta la muerte es bella». Por ella, la Naturaleza, misteriosa y temida, pasa a ser el Cosmos armonioso; la «Sociedad» pasa a ser Humanidad; la Historia pasa a ser Reino y Parusia.

(Y CJ, 198-199)

PROFECÍA EXTREMA, RATIFICADA

Yo moriré de pie como los árboles.

Me matarán de pie.

El sol, como un testigo mayor, pondrá su lacre sobre mi cuerpo doblemente ungido.

Y los ríos y el mar
se harán camino
de todos mis deseos,
mientras la selva amada sacudirá sus cúpulas, de júbilo.

Yo diré a mis palabras:

-No mentía gritándoos.

Dios dirá a mis amigos:

-Certifico

que vivió con vosotros esperando este día.

De golpe, con la muerte,

se hará verdad mi vida.

¡Por fin habré amado!

(FCV, 36)

ELLA VENDRÁ

Ya la acogí, en las sombras, muchas veces
y la temí rondándome, callada.
No era el vino nupcial, eran sus heces;
era el miedo al amor, más que la amada.

Pero sé qué vendrá. Confío en ella,
amada fiel de todos y maldita.
No hay modo de escapar a su querella.
Sin hora y sin lugar, ella es la cita.

Vendrá. Saldrá de mí. La llevo dentro
desde que soy. Y voy hacia su encuentro
con todo el peso de mis años vivos.

Pero vendrá... para pasar de largo.
Y en la centella de su beso amargo
vendremos Dios y yo definitivos.

(TE, 21)

NUESTRA HORA

Es tarde
pero es nuestra hora.

Es tarde
pero es todo el tiempo
que tenemos a mano
para hacer el futuro.

Es tarde
pero somos nosotros
esta hora tardía.

Es tarde
pero es madrugada
si insistimos un poco.

(TE, 68)

ROMANCILLO DE LA MUERTE

Ronda la muerte rondera,
la muerte rondera ronda.
Lo dijo Cristo antes que Lorca.

Que me rondarás, morena,
vestida de miedo y sombra.
Que te rondaré, morena,
vestido de espera y gloria.

(Frente a la Vida,
¿qué es tu victoria?
Él, con su Muerte,
fue tu derrota).

Tú me rondas con silencio,
yo te rondo en la canción.

Tú me rondas de aguijón,
yo te rondo de laurel.

Que me rondarás,
que te rondaré.
Tú para matar,
yo para nacer.
Que te rondaré,
que me rondarás.
Tú con guerra a muerte,
yo con guerra a Paz.

(Que me rondarás en mí
o en los pobres de mi Pueblo,
o en las hambres de los vivos
o en las cuentas de los muertos.
Me rondarás bala,
me rondarás noche,
me rondarás ala,
me rondarás coche.
Me rondarás puente,
me rondarás río,
secuestro accidente,
tortura, martirio.
Temida,
Llamada;
vendida,
comprada;
sentida,
mentida;
callada,
cantada...!)

Que me rondarás,
que te rondaré,
que te rondaremos,
todos,
yo
y Él.

Si con El morimos,
con El viviremos.

(Con El muero vivo,
por El vivo muerto).
¡Tú nos rondarás,
pero te podremos!

(MSC, 13)

EL CORAZÓN LLENO DE NOMBRES

Al final del camino me dirán:
-¿Has vivido? ¿Has amado?
Y yo, sin decir nada,
abriré el corazón lleno de nombres.

(TE,100)

LA PALMA DE TU MANO

Y llegaré, de noche,
con el gozoso espanto
de ver,
por fin,
que anduve,
día a día,
sobre la misma palma de tu Mano.

(FCV, 90)

PEQUEÑA PROFESIÓN DE ESPERANZA TOTAL

Garza blanca, adiós,
pequeña.
Buena Noticia de Dios.
Signum credibilitatis
de la Nueva Creación.

Ala de todos mis vuelos
estos años de sertáo.
Vela de tantas orillas
que acogen la desazón
de las aguas y los hombres.
Manilla de este reloj
de esperas y de esperanzas.
En mis silencios, canción.
En mis altivas respuestas,
signo de interrogación.
Y en mis prisas temporales,
campanilla de oración.
En mi Gracia,
gracia blanca,
Creación.

Yo me voy, para volver,
vivo de Resurrección,
para llevarte conmigo,
y devolverte mejor:
¡vivos en Carne y en Gloria,
por la Nueva Creación,
libres de todo pecado
y de toda explotación
-Cielos Nuevos, Nueva Tierra-,
ríos, garzas, hombres. Dios!

(FCV,91)

OJOS NUEVOS

Entonces veré el sol con ojos nuevos
y la noche y su aldea reunida;
la garza blanca y sus ocultos huevos,
la piel del río y su secreta vida.

Veré el alma gemela de cada hombre
en la entera verdad de su querencia;
y cada cosa en su primero nombre
y cada nombre en su lograda esencia.

Confluyendo en la paz de Tu Mirada,
veré, por fin, la cierta encrucijada
de todos los caminos de la Historia

y el reverso de fiesta de la Muerte.
¡Y cebaré mis ojos en Tu Gloria,
para ya siempre más ver, verme y verte!

(MSC, 25)

SOMOS EN ULTIMA INSTANCIA

Somos, en última instancia,
el Reino que nos es dado
y que hacemos cada día
y hacia el que, anhelantes, vamos.
(TE, 82)

En compañía de los que han creído

Si Francisco de Asís viviera hoy en América Latina
San Romero de América, pastor y mártir
María, la madre de Jesús

1. SI FRANCISCO DE ASÍS VIVIERA HOY EN AMÉRICA LATINA

Si Francisco de Asís viviera hoy en América Latina, viviría franciscanamente, claro, y latinoamericanamente también; pero de modo diversificado, según que viviese en Brasil o en El Salvador o en Bolivia.

Porque América Latina, aun siendo una realidad común -«un continente creyente y oprimido», como dicen nuestros teólogos- no deja de ser plural.

De todos modos, viviría como un indio o como un favelado o como un oprimido cualquiera de nuestro pueblo. Sería pobre, pero de verdad. No haría apenas «opción preferencial por los pobres». Porque quien opta por los pobres, es que no es pobre. Y quien opta preferencialmente por los pobres... qué sé yo, es un decir, se queda también, aunque sea menos preferencialmente, con los ricos (nuestra santa Madre Iglesia ha sabido hacer esto muy bien durante siglos, dicho sea con perdón de todos los que somos Iglesia). Sería un agente de pastoral, para poder anunciar más eclesialmente la Palabra. Porque Francisco era muy eclesial. Hoy posiblemente sería menos «eclesiástico».

Se llevaría muy bien, sin duda, con las comunidades cristianas populares. Y sentiría que son ellas las que están restaurando nuestra vieja Iglesia, más o menos en ruinas...

Estaría apasionadamente a favor de la justicia y de la paz. Creo que viviría más politizado -cada época tiene su carisma-, porque no es posible que Francisco de Asís no asumiese Medellín y el grito de los pobres de la tierra latinoamericana y ese vendabal de Espíritu y de sangre que sacude nuestro continente.

Creo que se angustiaría hasta la muerte -posiblemente sería mártir hoy Francisco de Asís, si viviera en América Latina- viendo tanta violencia, crónicamente institucionalizada, que destroza las almas y los cuerpos de poblaciones y naciones enteras.

Sería, ¿cómo no?, un exiliado o un torturado o un desaparecido.

Sería evangélicamente antinorteamericano -con perdón de todos los norteamericanos pueblo, sobre todo de los norteamericanos que son franciscanos por añadidura-; porque me temo que el Sultán de Estados Unidos no lo escucharía con el mismo respeto con que el Sultán sarraceno lo escuchó.

Posiblemente iría hasta Roma, de grumete en un navío, para recordarle al Papa la intolerable atrocidad de las masacres de El Salvador y Guatemala, mucho más intolerables que los conflictos de Beagle o las Malvinas y más que la dura situación de la Polonia papal. De paso, intentaría convencer al Papa de que la revolución sandinista es mucho más cristiana que todos los gobiernos democristianos o las católicas repúblicas del continente que no tienen ningún conflicto diplomático con la Santa Sede Vaticana.

Conminaría a las multinacionales y sus productos químicos y radioactivos y a todos los procesos suicidas que destrozan florestas y contaminan las vidas y los ríos y el aire y la luz de las estrellas.

Asís era una ciudad luminosamente humana: alma, piedra y paisaje. Y Francisco la bendijo, antes de morir, como se bendice el vientre de una madre. ¡Pobre Francisco queriendo bendecir, impotente, las monstruosas aglomeraciones de São Paulo o México, o Buenos Aires...!

Tampoco consigo entender cómo se las habría Francisco para amansar a los humanos (?) lobos de la represión, sueltos a millares por nuestro continente. ¡Qué dulce el lobo de Gubbio junto a esos lobos!

Francisco sería, aquí también, un trovador popular, de guitarra en bandolera, cantando indígenamente el dolor y la esperanza de toda esta Patria Grande, nuestra Indio-Afro-América. La cultura y la religión populares serían su cultura y su religión, pero con mucho aliento de revolución y de teología de la liberación en el fondo del alma y en la exultante boca.

Francisco amaría fraternalmente a muchas Claras latinoamericanas -religiosas y seglares- que viven consagradas al servicio del Reino con una despojada dedicación.

Sé que sentiría delante de ciertas cruzadas contra el comunismo, la misma cristiana decepción que sintió ante las cruzadas contra Mahoma. Porque ni las unas ni las otras combaten limpiamente por el Reino, con la cruz, para la liberación de los pobres. Siendo así que los pobres valen infinitamente más que el santo sepulcro y que los lucros del capital.

¿Fundaría Francisco una familia religiosa, hoy, en América Latina, después de lo que él sabe ahora de las Ordenes y Congregaciones? En todo caso, a su familia religiosa y a las otras familias religiosas y a todos los cristianos nos recordaría que el Evangelio ha de ser entendido «sin glosas» (pero esto nos lo recordaría inútilmente...).

Sería aún más contemplador, si es posible ser más contemplador de lo que fue aquel seráfico contemplativo. Porque la contemplación es tanto más urgente y vital cuanto mayor es la lucha por la justicia. Porque la verdadera revolución cristiana solamente se hace a fuerza de mucha oración. Porque América, con todo el Tercer Mundo, es un continente esencialmente contemplativo.

Para terminar, creo que Francisco estaría muy de acuerdo -aun ruborizándose un poco, si es que hay rubor en la Gloria- con el maravilloso libro que nuestro perseguido teólogo franciscano, Leonardo Boff, acaba de publicar sobre «El vigor y la ternura» en San Francisco.

«Concilium» decía, en un número reciente, que cada uno tiene «su» Francisco, en la mente y en el corazón. Este Francisco de Asís que yo acabo de suponer hoy en América Latina es «mi» Francisco de Asís, evidentemente. Todos los otros posibles Franciscos me merecen el mayor respeto.

Alabado sea mi Señor porque un día nos dio esta criatura humana criatura llamada Francisco y porque todavía hoy nos da esta inquieta voluntad de ser también nosotros latinoamericanamente franciscanos.

2. SAN ROMERO DE AMÉRICA, PASTOR Y MÁRTIR

El ángel del Señor anunció en la víspera...

El corazón de El Salvador marcaba
24 de marzo y de agonía.

Tú ofrecías el pan,
el Cuerpo vivo
-el triturado cuerpo de tu pueblo;
su derramada Sangre victoriosa-
la sangre campesina de tu pueblo en masacre
que ha de teñir en vinos de alegría la aurora conjurada.

El ángel del Señor anunció en la víspera,
y el Verbo se hizo muerte, otra vez, en tu muerte;
como se hace muerte, cada día, en la carne desnuda de tu cuerpo.

Y se hizo vida nueva
¡en nuestra vieja Iglesia!

Estamos otra vez en pie de testimonio,
¡San Romero de América, Pastor y Mártir nuestro!
Romero de la paz casi imposible en esta tierra en guerra.
Romero en flor morada de la Esperanza incólume de todo el
Continente.

Romero de la Pascua latinoamericana.

Pobre pastor glorioso,
asesinado a sueldo,
a dólar,
a divisa.

Como Jesús, por orden del Imperio.

¡Pobre pastor glorioso,
abandonado

por tus propios hermanos de Báculo y de Mesa...!

(Las curias no podían entenderte:
ninguna sinagoga bien montada puede entender a Cristo.)

Tu pobrería sí te acompañaba,
en desespero fiel,
pastor y rebaño, a un tiempo, de tu misión profética.
El pueblo te hizo Santo.
La hora de tu pueblo te consagró en el kairós.
Los pobres te enseñaron a leer el Evangelio.

Como un hermano

herido

por tanta muerte hermana,

tú sabías llorar, solo, en el Huerto.

Sabías tener miedo, como un hombre en combate,

¡pero sabías dar a tu palabra, libre, su timbre de campana!

Y supiste beber

el doble cáliz

del altar y del pueblo

con una sola mano consagrada al Servicio.

América Latina ya te ha puesto en su gloria de Bernini

-en la espuma- aureola de sus mares,
en el retablo antiguo de los Andes alertos,
en el dosel airado de todas sus florestas,
en la canción de todos sus caminos,
de todas sus trincheras,
de todos sus altares...
¡En el ara segura del corazón insomne de sus hijos!

San Romero de América, Pastor y Mártir nuestro:
¡nadie
hará callar
tu última homilía!

(EDP, 237-239)

3. MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

Entre los amigos tengo *fama de «mariano»*.

Y, realmente, he contado mucho con la Virgen en mi vida. Y he hablado y he escrito mucho de Ella. He rezado mucho a la Virgen. He meditado bastante en Ella. La he sentido muy presente. La amo. Confío en Ella.

Creo en María, Pobre de Yahvé, inmaculada llena de Gracia, siempre Virgen, Madre del Hijo de Dios, Jesucristo, maternalmente asociada a la Vida y a la Muerte de su Hijo, singularmente glorificada en su Asunción, figura y madre de la Iglesia...

Con los años, y con la nueva teología después del Vaticano II; con la experiencia cristiana de la lucha social; con la pobreza de ambiente y de espíritu que le han cincelado a uno en este Mato Grosso, también mi fe en María se ha ido desnudando, más libre y más verdadera. Y Ella ha venido a ser cada vez más, en mi pensamiento y en mi corazón, la cantadora del Magnificat, profetisa de los Pobres libertados; la mujer de pueblo, madre marginada en Belén, en Egipto, en Nazaret y entre los grandes de Jerusalén; «la que creyó», y por eso es bienaventurada; la que «rumiaba», en el silencio de la fe, sin visiones, sin muchas respuestas previas, las cosas, los hechos y las palabras de Jesús, su Hijo; la madre del Perseguido por todos los poderes; la dolorosa madre del Crucificado; la testigo más consciente de la pascua; la más auténtica cristiana de Pentecostés; una gran señal escatológica en medio del Pueblo de la Esperanza...

(Y CJ, 169-170)

María de la Liberación

María de Nazaret, esposa prematura de José el carpintero
-aldeana de una colonia siempre sospechosa-,
campesina anónima de un valle del Pirineo,
rezadora sobresaltada de la Lituania prohibida,
indiecita masacrada de El Quiché,
favelada de Río de Janeiro,
negra segregada en el Apartheid,
harijan de la India,
gitanilla del mundo,
obrero sin cualificación, madre soltera, monjita de clausura,
niña, novia, madre, viuda, mujer.
Cantadora de la Gracia que se ofrece a los pequeños,
porque sólo los pequeños saben acogerla;
profetisa de la liberación que solamente los pobres conquistan,
porque sólo los pobres pueden ser libres:
queremos creer como tú,
queremos orar contigo,
queremos cantar tu mismo Magnificat.

Enséñanos a leer la Biblia -leyendo a Dios-
como tu corazón la sabía leer,
más allá de la rutina de las sinagogas,
y a pesar de la hipocresía de los fariseos.

Enséñanos a leer la Historia -leyendo a Dios,
leyendo al hombre-
como la intuía tu fe,
bajo el bochorno de Israel oprimido,
frente a los alardes del Imperio Romano.

Enséñanos a leer la Vida -leyendo a Dios, leyéndonos-
como la iban descubriendo tus ojos, tus manos, tus dolores, tu esperanza.

Enséñanos aquel Jesús verdadero,
carne de tu vientre, raza de tu pueblo, Verbo de tu Dios;
más nuestro que tuyo,
más del pueblo que de casa,
más del mundo que de Israel,
más del Reino que de la Iglesia.
Aquel Jesús que, por el Reino del Padre, se arrancó de tus brazos de la madre
y se entregó a la muchedumbre,
sólo y compasivo, poderoso y servidor, amado y traicionado,
fiel ante los sueños del Pueblo,
fiel contra los intereses del Templo,
fiel bajo las lanzas del Pretorio,
fiel hasta la soledad de la muerte...

Enseñamos a llevar ese Jesús verdadero
por los callados caminos del día a día,
en la montaña exultante de las celebraciones,
junto a la prima Isabel
y a la faz de nuestros pueblos abatidos que, a pesar de todo lo esperan.

María nuestra del Magnificat:
¡queremos cantar contigo!
¡María de nuestra Liberación!

Contigo proclamamos la grandeza del Señor, que es el único grande,
y en El nos alegramos contigo, porque, a pesar de todo, El nos salva.
Contigo cantamos, María, exultantes de gratuidad,
porque El se fija en los insignificantes;
porque su poder se derrama sobre nosotros en forma de amor
porque El es siempre fiel,
igual en nuestras diversidades,
único para nuestra comunión,
de siglo en siglo, de cultura en cultura, de persona en persona.
Porque su brazo interviene históricamente,
por intermedio de nuestros brazos, inseguros pero libres;
porque un día intervendrá, definitivamente El.
Porque es El quien desbarata los proyectos de las transnacionales
y sostiene la fe de los pequeños
que se organizan para sobrevivir humanamente.
Porque vacía de lucros los cofres de los capitalistas
y abre espacios comunitarios
para el plantío, la educación y la fiesta
en favor de los desheredados.
Porque derriba de su trono a todos los dictadores
y sostiene la marcha de los oprimidos
que rompen estructuras en busca de la Liberación.
Porque sabe perdonar a su Sierva, la Iglesia,
siempre infiel creyéndose Señora,

siempre amada escogida, sin embargo
por causa de la Alianza que El hizo un día en la sangre de Jesús.

María de Nazaret, cantadora del Magnificat, servidora de Isabel:
¡quédate también con nosotros, que está por llegar el Reino!,
quédate con nosotros, María,
con la humildad de tu fe, capaz de acoger la Gracia;
quédate con nosotros,
con el Espíritu que te fecundaba la carne y el corazón;
quédate con nosotros,
con el Verbo que iba creciendo en ti,
humano y Salvador, judío y Mesías, Hijo de Dios e hijo tuyo,
nuestro Hermano,
Jesús.

(EDP, 137)

¿Quién es María para Vd.?

-Para enmarcar significativamente la imagedita de la Virgen en la iglesia de la Vila Santo Antonio de esta ciudad de São Félix do Araguaia, le pedí el P. Cerezo Barredo, compañero entrañable de Misión por estas Américas, que pintase esta leyenda:

«Comadre de Nazaré,
Mae de Jesús,
Companheira da caminhada».

O sea:

- Mujer aldeana, comadre pobre, esposa de un trabajador galileo, hija de su Pueblo -con toda la gloria y toda la carga de Israel-, nacida bajo la dominación del Imperio Romano y en una hora nacional de esperanza y exasperaciones mesiánicas.

- Verdadera madre de Jesús, aldeano también de Nazaret. Con todo lo que significa ser madre de un aldeano que se transforma en profeta siempre a la búsqueda de una total fidelidad a Aquel que llama Su Padre; aclamado e incomprendido por las muchedumbres, seguido y traicionado por unos compañeros insignificantes, perseguido por todos los poderes de la política, del dinero y de la religión, y finalmente condenado a la extrema ignominia de la Cruz.

- La primera, la mejor, entre todos los cristianos. Miembro vivo, ejemplar, paradigmático, de la Comunidad de los seguidores de Jesús. Tan singular en la Iglesia, a medida que la misma Iglesia toma conciencia de sí y clarifica su fe en Jesucristo, que acaba siendo considerada ella, María, como regazo y consolación de la comunidad cristiana: Madre de la Iglesia.

-¿Cuáles son las virtudes de María que más le atraen?

Su fe, que es simultáneamente

- acogida de Dios y proclamación de su Salvación liberadora
- y disponibilidad de sierva para el Misterio y la Causa de Jesús.

Una fe oscura y gratuita, como siempre es la verdadera fe. Pero también, responsable y trabajada: sabe preguntar a Dios; sabe leer los signos de los tiempos; sabe rumiar...

La aclamación que Lucas pone en boca de Isabel, el día de la Visitación, traduce muy bien la imagen que la primera comunidad cristiana se forjaba de María: «Dichosa tú, que has creído».

Su *caridad* servicial, que el Evangelio nos muestra sobre todo en la visita a Isabel y en las bodas de Caná.

-¿Siente devoción a María bajo alguna advocación especial?

He vivido y he proclamado la devoción a la Virgen en una interminable letanía de advocaciones, conocidas u originales. Todos los nombres -todos los piropos- me han parecido pocos para Ella.

De niño me llegaba más «la Mare de Déu del Castell» de mi pueblo Balsareny y la «Moreneta» de «Montserrat». Aquí me toca mucho la Virgen latinoamericana de Guadalupe.

Si hubiera de escoger, entre los posibles títulos y misterios marianos, me quedaría

- con su corazón, que es toda su interioridad, llena de Gracia y de Fe;

- con la niña de la Anunciación, la profetisa del Magnificat, la madre marginada de Belén, la comadre de Nazaret, la mujer fuerte de la Pasión, la señora victoriosa de la Pascua...

-¿Cree que ha estado o está en crisis la devoción a María?

Sin duda. Ha estado en crisis la devoción a la Virgen y está en crisis aún en ciertos sectores de la Iglesia, más «críticos» o quizá menos «maduros». Una crisis explicable, por otra parte y hasta providencial, por los excesos de credulidad, fanatismo o mercantilismo con que tantas veces se ha usado esa devoción en la Iglesia Católica. Una crisis de saludable renovación, que nos viene obligando a situar adecuadamente a María en el Misterio de Cristo y dentro de la gran comunidad eclesial.

-¿Qué juzga debiera hacerse para avivar en el pueblo cristiano la devoción auténtica a María?

Dependerá de ambientes (cultura, edad, situación social). Pero en todos ellos pienso que se debe:

- ayudar al pueblo cristiano a ir a María a partir de la Biblia y desde Jesucristo;

- abastecer su piedad mariana con los referenciales de la gran Tradición, oriental y occidental, de la Iglesia;

- renovar teológica, litúrgica y pastoralmente la celebración de festividades y romerías marianas, transformándolas en ocasión de evangelización y de compromiso evangélico;

- vivir y enseñar a vivir el Magnificat;

- poner la Virgen actualizadamente al alcance de la juventud, dentro de la vida, en medio de las luchas y aspiraciones del Pueblo, en cada cultura...

(Entrevista concedida a López Melús)

María de Nazaret» todavía es actualidad. Incluso en esta nuestra Iglesia de la contestada Liberación. Digo más: es sobre todo en nuestra Iglesia donde ella es actualidad, nueva y fuerte. Porque es más que latinoamericana, utopía, paradoja y misterio, periferia marginal y victoria de la pequeñez, en María de Nazaret, comadre pobre, esposa del campesino-obrero-haz-de-todo, cantadora libertaria del Magnificat, seguidora del «subversivo» Jesús, Hijo del Dios Vivo e hijo de ella, condenado y ejecutado por el Imperio y por el Templo, Resucitado sin embargo, y Presentísimo.

Y es bueno que nuestras comunidades cristianas, las queridas Comunidades Eclesiales de Base y cuantos creen en ellas y las acompañan, recuperen, renovados, la presencia y el ejemplo de María de Nazaret. Porque también es verdad que, entre todos, conseguimos oscurecer la identidad de María e hicimos a María distante del Pueblo más consciente en su fe o más militante en su día a día. Aquel dicho antiguo «nunca suficiente sobre María», acabó siendo un «basta de María», tal vez...

María de Nazaret se fue haciendo, demasiado, quién sabe -o todos sabemos-, la Señora celestial, milagrosa, propicia para ciertos días mayores, protectora influyente junto al Altísimo Señor. Una espiritual «madame», deshumanizada. Cuando ella es la primera «creyente» fiel -feliz porque creyó, dice el Evangelio en la mejor síntesis mariológica-, la más sincera seguidora de Jesús, la cristiana ejemplar. Iglesia viva, símbolo de la Iglesia. Siendo Madre de Jesús, sí, misteriosamente virgen-madre, gloria Señora Nuestra, también. Una cosa y otra, juntamente. Así es ella y así debe ser para nuestra devoción; para ejemplo de cuantos intentamos seguir a Jesús, como ella lo siguió; para los que esperamos estar un día, con Jesús, gloriosos, como ella está ahora.

(Del prólogo a la edición brasileña del libro «María de Nazaret» de José María Vigil)

VISITA ESPIRITUAL A SANTA MARÍA DE MONTSERRAT

1. Madre dichosa que has creído dócilmente la Palabra y, con tu Fe, has hecho posible el cumplimiento de la Promesa:

renueva en la pureza del Evangelio la antigua Fe de la nueva Cataluña y ayúdanos a transformar nuestra Fe enferma en testimonio revelador de Vida, en quehacer político de Historia y en signo profético de aquella Patria última que esperamos.

2. Niña del vecindario de Nazaret, mujer del Pueblo, casada con un trabajador, pobre entre los pobres de Yavé:

libera nuestra Cataluña del materialismo consumista y del bienestar insolidario; arráncanos de la neutralidad, imposible en este mundo de explotados y explotadores, y fuerza a la Iglesia catalana a optar, como Jesús, a través de la convivencia y de la acción, en favor de los Pobres de la Tierra, que son los únicos herederos del Cielo.

3. Profetisa de la Liberación, trovadora del Magnificat en las montañas de Judea y desde esa cincelada testa de Cataluña:

consérvanos la cabeza arraigada en la tradicional sensatez y limpia de toda mentira foránea; libera nuestro espíritu de toda esclavitud y corrupción, y confírmanos como militantes indefectibles de la Causa de aquella Liberación total con que tu Hijo nos liberó para siempre.

4. Santuario de la Nueva Alianza, vientre materno de la Eucaristía, Sinaí nuestro de Montserrat:

reconcílianos con el Padre, en el Espíritu del Hermano Mayor, Jesucristo; salva la unidad de Cataluña por encima de todo partidismo, hermanando en una gran familia los catalanes de cepa y los otros catalanes, y

haz de nuestro Pueblo, habituado a la Mar abierta, una comunidad de diálogo y de colaboración, España y Europa adentro, con todas las naciones, hasta con los Pueblos más despreciados del Tercer Mundo.

5. Hija de un pueblo sometido al Imperio, Madre de un Hijo perseguido y condenado; Corazón de mujer y de madre, sacudido por el sufrimiento y por la expectativa de tu gente; Cristiana fidelísima en el seguimiento de Jesús, hasta la prueba extrema de la Cruz redentora:

enséñanos la humilde fidelidad del día a día, a ras de Pueblo y cargando la Cruz, y haz que el trabajo y el progreso de la atareada Cataluña sean siempre un servicio desinteresado en la construcción del Reino.

6. Estrella del alba de la Pascua florida, testigo primera de la Resurrección, lucero de Montserrat que soleas nuestras noches:

fortifica en nosotros aquella Esperanza que, ni en las desventuras de la Patria ni en las infidelidades de la Iglesia, jamás se desanima y no se escandaliza jamás; que sabe forjar la venida del Tiempo Nuevo ya aquí en la Tierra y que sobrepasa, con tu hijo resucitado, las tinieblas de la Muerte, hacia la Vida plena.

7. María de Pentecostés, cumbre acariciada por el Viento del Espíritu, Cenáculo de la plegaria y de la cultura de Cataluña:

haznos abiertos siempre al Espíritu; gentes de oración, de reflexión y de estudio; levadura y fuego del Evangelio en el Mundo de hoy; ecuménicamente apasionados por la Iglesia Una que Cristo pedía en su testamento y constructores, en todo lugar y con todos, del Reino de Dios y de los Hombres.

Oración

Oh Dios viviente que sois el Amor,
fuerza y hermosura en la Naturaleza,
guía en la marcha de todos los Pueblos
y compañía en lo más hondo de todo corazón humano,
Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro:

Vos que acogisteis a María para Madre de vuestro Hijo y consagrasteis la montaña de Montserrat como Santuario de nuestra Madre y de nuestro Pueblo, haced que todos los catalanes, bajo la mirada de nuestra Moreneta, caminemos hermanados en Cristo, fieles a la Casa solariega de la Tierra seguros de la Casa solariega del Cielo.

Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.

(EAR, 27-29)

por Jesús
de Nazaret,
el Señor,
el Hermano

Hablo de Jesucristo en todas estas páginas, como es lógico. ¡Creo que creo de verdad en Él! ¡Creo en Él y Le adoro! Le amo. Vivo de Él, por Él. Me gustaría dar por Él la vida. Espero, en todo caso, morir en Él para vivir con Él eternamente. ¡Creo en este Amigo que me presentaron mis padres, la Iglesia; Dios hecho hombre, nacido en Belén, de la casta de David venida a menos, hijo verdadero de María, judío y obrero, natural de un pueblo colonizado; Hombre que ama y sufre y muere, perseguido y condenado por el Poder de los hombres; Resucitado por el Poder de Dios, Hombre Hijo de Dios, misteriosamente igual al Padre, «en Quien habita corporalmente la plenitud de la Divinidad», cuyo Espíritu anima a la Iglesia, Camino, Verdad y Vida, Salvador de los Hombres, el Señor!

Muertos los ídolos y los fantasmas, creo firmemente, creo únicamente en Él, el Dios Hombre que ha asumido y revolucionado y solucionado la Historia humana, y es el Rostro verdadero del Dios vivo y el Rostro primogénito del Hombre Nuevo.

(YCJ, 143-144)

JESÚS DE NAZARET

¿Cómo dejarte ser sólo Tú mismo,
sin reducirte, sin manipularte?
¿Cómo creyendo en Ti, no proclamarte
igual, mayor, mejor que el Cristianismo?

Cosechador de riesgos y de dudas,
debelador de todos los poderes,
Tu carne y Tu verdad en cruz, desnudas,
contradicción y paz, ¿eres quien eres!

Jesús de Nazaret, hijo y hermano,
viviente en Dios y pan en nuestra mano,
camino y compañero de jornada,

Libertador total de nuestras vidas
que vienes, junto al mar, con la alborada,
las brasas y las llagas encendidas.

(TE, 25)

¡SEÑOR JESÚS!

Mi fuerza y mi fracaso
eres Tú.
Mi herencia y mi pobreza.
Tú mi justicia,
Jesús.

Mi guerra
y mi paz.
¡Mi libre libertad!

Mi muerte y mi vida,
Tú.

Palabra de mis gritos,
silencio de mi espera,
testigo de mis sueños,
¡cruz de mi cruz!
Causa de mi amargura,
perdón de mi egoísmo,
crimen de mi proceso,
juez de mi pobre llanto,
razón de mi esperanza,
¡Tú!

Mi tierra prometida eres
Tú...

La Pascua de mi Pascua,
¡nuestra gloria
por siempre,

Señor Jesús!

(FCV, 36)

Y EL VERBO SE HIZO CARNE

En el vientre de María
Dios se hizo hombre.
Y en el taller de José
Dios se hizo también clase.

(FCV, 11)

HAMBRE DE TÍ

*«Amor de Tí nos quema,
blanco Cuerpo».*
Unamuno

Hambre de Tí nos quema, Muerto vivo,
Cordero degollado en pie de Pascua.

Sin alas y sin áloes testigos,
somos llamados a palpar tus llagas.

En todos los recodos del camino
nos sobrarán Tus pies para besarlas.

Tantos sepulcros por doquier, vacíos
de compasión, sellados de amenazas.
Callados, a su entrada, los amigos,
con miedo del poder o de la nada.

Pero nos quema aún tu hambre, Cristo,
y en Tí podremos encender el alba.

(TE, 58)

AL CRISTO DE LA TRINIDAD DE MAXIMINO CEREZO BARREDO

Tus manos sobre los Pobres,
por Tí llegados a Dios
y acogidos en familia
de igualdad comunitaria.

Tus manos en las del Padre,
corriente de un mismo Espíritu.

Tus manos en cruz, tendidas
hacia las manos del Mundo,
orillas del Tiempo Nuevo,
Camino, Verdad y Vida.

Trinidad venida a menos
para hacernos todo a todos.
Manos/Casa,
Llagas/Pascua,

Alas/Vuelo,
¡Uno y nuestro!

¡Trinidad que nos arrastra
lucha adentro, Pueblo adentro,
con el Hijo,
pobre Hermano,
también muerto!

(TE, 47)

SE LLAMA JESÚS

Dios ha venido a casa, desdiciéndose de su gloria.
Ha pedido permiso
al vientre de una niña sacudido por un decreto del César
y se ha hecho uno de nosotros:
un palestino de tantos en su calle sin número,
semiartesano de toscos quehaceres,
que ve pasar los romanos y los bencejos,
que muere, después, de mala muerte matada,
fuera de la Ciudad.

Ya sé
que hace mucho
que lo sabéis,
que os lo dicen,
que lo sabéis fríamente
porque os lo han dicho con palabras frías...
Yo quiero que lo sepáis
de golpe,
hoy, quizás
por primera vez,
absortos, desconcertados, libres de todo mito,
libres de tantas mezquinas libertades.

Quiero que os lo diga el Espíritu
¡como un hachazo en tronco vivo!
Quiero que Lo sintáis como una oleada de sangre en el corazón de la rutina,
en medio de esta carrera de ruedas entrechocadas.

Quiero que tropecéis con El como se tropieza con la puerta de Casa,
retornados de la guerra, bajo la mirada
y el beso impaciente del Padre.

Quiero que Lo gritéis
como un alarido de victoria por la guerra perdida,
o como el alumbramiento sangrante de la esperanza
en el lecho de vuestro tedio, noche adentro, apagada toda ciencia.

Quiero que lo encontréis, en un total abrazo,
Compañero, Amor, Respuesta.

Podréis dudar de que haya venido a casa,
si esperáis que os muestre la patente de los prodigios,
si queréis que os sancione la desidia de la vida.
Pero no podéis negar que se llama Jesús, con patente de pobre.
Y no podéis negarme que Lo estáis esperando
con la loca carencia de vuestra vida repudiada
como se esperan el aliento para salir de la asfixia
cuando ya la muerte se enroscaba al cuello,
como una serpiente de preguntas.

Se llama Jesús.
Se llama como nos llamaríamos
si fuéramos, de verdad, nosotros.

(EAR, 153)

AMOR CELOSO

Tú pides,
pidés siempre,
pidés mucho,
Señor.
Lo pides todo.

Te gusta ir entrando, como un fuego,
vida adentro de aquellos que te aman
y abrasarles las horas, los derechos, el juicio.
Tú haces los eunucos y los locos del Reino.

Abusas del amor
de los que son capaces
de abusar de tu Amor.

No muchos, más bien pocos.

(Todos podrán salvarse,
pocos quieren salvarte plenamente).

Teresa de Jesús, que lo sabía
de andar trochas y noches del Carmelo,
te lo advirtió. Inútilmente, claro.
Sigues siendo el Total,
la zarza ardiendo
sobre el Horeb de todos los llamados.

Delante de tu Gloria, Amor celoso,
no hay más gesto posible que descalzar el alma.
Tú eres. Tú nos haces.
Calcinándonos,
el Viento de tus llamas nos liberta.

Tú nos amas primero, en todo caso.

(TEP)

DIOS ES DIOS

Yo hago versos y creo en Dios.
Mis versos
andan llenos de Dios, como pulmones
llenos del aire vivo.
Carlos Drummond de Andrade
hace –hacia- versos,
mejores que los míos,
y no creía en Dios.
(Dios no es simplemente la Belleza).

El Che entregó su vida por el Pueblo
y no veía a Dios en la montaña.
Yo no sé si podría convivir con los Pobres
si no topara a Dios en sus harapos;

Seguimos el orden cronológico de las ediciones originales (-), juntando a cada una de ellas sus traducciones, marcadas con un punto (*), si las hubiere. Véase la lista completa de las obras de Pedro Casaldáliga, actualizada, en su página: <http://servicioskoinonia.org/pedro> Allí mismo pueden recogerse las obras que están digitalizadas y disponibles al público.

Libros

- *Palabra Ungida*, editado por el Teologado Claretiano de Zafra (España), 1955, 63 pp.
- *Llena de Dios y de los hombres*, editado por él Teologado Claretiano de Salamanca (España), 1969, 36 pp.
- *Nuestra Señora del siglo XX*, Editorial PPC, Madrid, 31962, 241 pp.
- *Senhora do seculo XX*, Edicoes Reinado do Coracao de Maria, Lisboa, 1965, 258 pp.
- *Una Igreja da Amazonia em conflito com o latifundio e a margina-lizacao social* (carta pastoral, 1971), sin pie de imprenta, 121 pp.
- *Una Chiesa dell'Amazzonia in conflitto con il latifondo e l'emarginazione sociale*, Asal, Roma, 1972.
- *Ich kann nicht langer schweigen, Adveniat, Essen (Alemania), 1972, 177 pp.*
- *Clamor Elemental*, Ed. Sigüeme, Salamanca, 1971, 103 pp.
- (CABESTRERO, Teófilo), *Una Iglesia que lucha contra la injusticia*, «Misión Abierta» 7-8 (1973), Madrid, 228 pp.
- *Tierra nuestra, libertad*, Edit. Guadalupe, Buenos Aires, 1974, 151 pp.
- *Fleuve libre, ó mon peuple*, Cerf, París, 1976.
- *Yo creo en la justicia y en la esperanza. El Credo que ha dado sentido a mi vida*, Desclée de Breuwer, Bilbao (España), 1976, 202 pp.
- *Credo nella Giustizia e nella Speranza*, Asal, Roma, 1976, 220 pp.
- *Creio na Justiça e na esperança*, Civilização brasileira, Rio de Janeiro, 1977, 249 pp.
- *Je crois en la Justice. Etre évêque au Brasil*, Cerf, París, 1978, 162 pp.
- *I believe in Justice and Hope*. Fides-Claretian, Notre-Dame, Indiana (EE.UU.), 232 pp.
- *La muerte que da sentido a mi credo. Diario 1975-1977*, Desclée de Breuwer, Bilbao, 1977, 86 pp.
- *La morte che da senso al mio credo*, Citadella editrice, Assisi (Italia), 1979, 142 pp.
- *Antologia retirante*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1978. (CABESTRERO, Teófilo),
- *Diálogos en Mato grosso con Pedro Casaldáliga*, Edit. Sigüeme, Salamanca (España), 1978, 186 pp.
- *Mystic of Liberation. A portrait of bishop Pedro Casaldáliga of Brazil*. (Prefatory Poem by Ernesto Cardenal), Orbis Books, New York, 1981, 200 pp.
- *Mystik der Befreiung*, Jugenddienst Verlag, Wuppertal (Alemania), 1981.
- *Airada esperanza*, Ed. Claret, Barcelona (España), 1978, 171 pp.
- *Pere Llibertat*, Ed. Claret, Barcelona (España), 1978, 140 pp.
- (MARTINS, Edilson), *Nós, do Araguaia. Pedro Casaldáliga o bispo da Teimosia e Libertado*, Edições Graal, Rio de Janeiro, 1979, 221 pp. (Prólogo de Leonardo Boff).
- *Cantigas menores*. Projornal, Goiânia (Brasil), 1979, 84 pp.
- *Kleine Gesänge*, Hermann Brandt, 1988, 80 pp.
- CASALDÁLIGA, Pedro; TIERRA, Pedro), *Missa da terra sem males*, Editorial Tempo e presença, São Paulo, 1980, 91 pp.
- *Missa da terra sem males*, Edit. Libramento, São Paulo, 1980.
- *Misa de la Tierra sin males*, Desclée de Brouwer, Bilbao (España), 1980, 76 pp. Traducción alemana de la «Misa de la Tierra sin males» en;
- BRANDT, H. (Herausgeber), *Die Glut kommt von unten, Neu-kichener Verlag Neukirchen-Vluyn (Alemania Federal), 1981, y en: GOLDSTEIN, Horst (Herausgeber), Tager zwischen Tod und Auferstehung. Geistliches Jahrbuch aus Lateinamerika*, Palmos Verlag, Dusseldorf (Alemania), 1984.
- *Messa della Terra senza malí, a cura del CEM e della rivista «Mis-sione oggi»*, Parma (Italia), senza data.
- CASALDÁLIGA, IZQUIERDO MALDONADO, CNBB, SOUZA MARTINS), *Profetas, tierra y capitalismo*, Cinep, Bogotá, 1981, 193 pp.
- *A cuia de Gedeão. Poemas e autos sacramentais sertanejos*. Vozes, Petropolis (Brasil), 1982, 98 pp.
- *En rebelde fidelidad. Diario 1977-1983*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1983, 222 pp.
- *Nella fedelta ribelle. Diario 1977-1983*. Citadella Editrice, Assisi, 1985. --
- (CASALDÁLIGA, Pedro; TIERRA, Pedro), *Palmares. Il villaggio della liberta. Missa dos Quilombos, a cura del CEM e della rivista «Missione oggi»*, Parma, 1982.
- *Traducción alemana de la "Misa de los Quilombos"* en: GOLDSTEIN, Horst (Herausgeber), *Tage zwischen Tod und Auferstehung. Geistliches Jahrbuch aus Lateinamerika*, Palmos Verlag, Dusseldorf, 1984.
- *Experiencia de Dios y pasión por el pueblo. Escritos pastorales*. Sal Terrae, Santander (España), 1983, 239 pp. Prólogo de Alberto Iniesta.
- *Cantares de la entera libertad*, IHCA-CAV-CEPA, Managua, 1984, 81 pp.
- *Fuego y ceniza al viento. Antología espiritual*, Sal Terrae, Santander (España), 1984, 95 pp.

- *Fire and Ashes to the Wind. Spiritual Anthology*, Claretian Publications, Quezon City, Philippines, 1984, 111 pp.
- *Fuoco e cenere al vento. Antologia spirituale*, Citadella Editrice, Assisi, 1985, 92 pp.
- *Nicaragua, combate e profecía*, Ayuso/Misión Abierta, Madrid, 1986, 189 pp. Prólogo de Mario Benedetti. Epílogo de Leonardo Boff.
- *Prophets in combat. The nicaraguan Journal of bishop Pedro Casaldáliga*, Meyer stone Books, Oak Park, Illinois (Estados Unidos), 1987, 114pp.
- *Nicaragua, combate e profecía*, Vozes, Petropolis, ²1986, 196 pp. (A. DUTERNE, P. CASALDÁLIGA, T. BALDUINO), *Francisco Jentel, defensor do povo do Araguaia*, Paulinas, São Paulo, 1986, 75 pp.
- *El tiempo y la espera*, Sal Terrae, Santander, 1986, 126 pp.
- *Encara avui respiro en català*, Ed. Claret, Barcelona, 1987, 185 pp.
- *Con Dios en medio del pueblo*. Paulinas, Bogotá, 1987, 95 pp.
- *Al acecho del Reino. Antología de textos 1968-1988*, editorial Nueva Utopía y Ediciones Endymión, Madrid 1989, 305 pp
- *Na procura do Reino. Antologia de textos 1968-1988*, FTD, São Paulo 1988, 278 pp
- *A l'aguait del Regne. Antologia de textos 1968-1988*, Claret, Barcelona 1989, 250 pp
- *Auf der Suche nach dem Reich Gottes*, Hermagoras Verlag, Viena 1989, 320 pp
- *In Pursuit of the Kingdom. Writings 1968-1988*, Orbis Books, Nueva York 1990, 254 pp
- *In cerca di giustizia e libertà. Antologia di testi: 1968-1988*, Editrice Missionaria Italiana, Bologna 1990, 383 pp
- *Al acecho del Reino. Antología de textos 1968-1988*, Claves Latinoamericanas, México 1990, 344 pp
- *El vuelo del Quetzal. Espiritualidad en Centroamérica*, Coordinadora Regional Centroamericana Oscar Romero, Managua, primera edición: 1988, segunda edición: 1989, 195 pp
- *El vuelo del Quetzal. Espiritualidad en Centroamérica*, Maíz nuestro, Bogotá 1989, 195 pp
- *El vuelo del Quetzal. Espiritualidad en Centroamérica*, Iglesia de Cuenca, Cuenca (Ecuador) 1989, 195 pp
- *El vuelo del Quetzal. Espiritualidad en Centroamérica*, Centro Ecuaméxico de Estudios y Secretariado Internacional de Solidaridad Mons. Romero, México 1989, 195 pp
- *El vuelo del Quetzal. Espiritualidad en Centroamérica*, Acción Ecuamélica / Misioneros Maryknoll / Misioneros Claretianos, Caracas 1989, 195 pp
- *Il volo del Quetzal. Spiritualità in Centroamérica*, La Piccola Editrice, Celleno (Italia) 11989, 21990, 234 pp
- *Todavía estas palabras*, Verbo Divino, Estella (España) 1989, 21994, 100 pp
- *Contemplativos sobre la marcha*. Algunas notas de espiritualidad que Don Pedro Casaldáliga compartió en México, colección «Espiritualidad» n.º 3, editado por Comunidades Eclesiales de Base / Cebs, México 1989, 28 pp
- *Anfora de barro*, Alandar, Madrid 1989, 20 pp
- *Les coqs de l'Araguaia*, Cerf, Paris 1989, 163 pp
- *Aguas do Tempo*, Ed. Amazônida, Cuiabá 1989, 61 pp
- *Durst nach Liebe und Gerechtigkeit*, Hermagoras Verlag, Wien/Klagenfurt 1989, 316 pp
- *La flor de Izote que rebrota entre ruinas y cenizas* (con I. SOBRINO y P. RICHARD), sin pie de imprenta. El Salvador 1990, 54 pp
- *Llena de Dios y tan nuestra. Antología mariana*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1991, 112 pp
- (Teófilo CABESTRERO), *En lucha por la paz. Las Causas de Pedro Casaldáliga*, Sal Terrae, Santander 1991, 133 pp
- (ID), *En lluita per la pau. Les Causes de Pere Casaldáliga*, Editorial Claret, Barcelona 1991, 110 pp
- (con BOFF, CODINA, GIRARDI, LOIS, NOLAN, PIXLEY, SOBRINO, VIGIL), *Sobre la opción por los pobres*, Nicarao, Managua 1991, 151 pp
- (ID), *La opción por los pobres*, Sal Terrae, Santander 1991, 165 pp
- (ID), *Sobre la opción por los pobres*, Rehue, Santiago de Chile 1992, 139 pp
- (ID), *Opção pelos pobres hoje*, Edições Paulinas, São Paulo 1993, 175 pp
- (ID), *Con i poveri della terra*, Cittadella Editrice, Assisi 1993, 211 pp
- (ID), *¿Qué es optar por los pobres?*, Ediciones Paulinas, Bogotá 1994, 145 pp
- *Cartas a mis amigos*, Nueva Utopía, Madrid 1992, 253 pp
- (Teófilo CABESTRERO), *El sueño de Galilea. Confesiones eclesiales de Pedro Casaldáliga*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1992, 163 pp
- *El somni de Galilea. Confessions eclesials de Pere Casaldáliga*, Editorial Claret, Barcelona 1993, 152 pp
- (con José María VIGIL), *Espiritualidad de la Liberación*, Verbo Divino, Quito 1992, 290 pp
- *Espiritualidad de la Liberación*, Paulinas, Bogotá 1992, 290 pp
- *Espiritualidad de la Liberación*, Sal Terrae, Santander 1992, 21993, 287 pp
- *Espiritualidad de la Liberación*, CRT, México 1993, 283 pp
- *Espiritualidad de la Liberación*, Lascasiana, Guatemala 1993, 283 pp
- *Espiritualidad de la Liberación*, Guaymuras, Tegucigalpa 1993, 358 pp
- *Espiritualidad de la Liberación*, Envío, Managua 1993, 284 pp
- *Espiritualidad de la Liberación*, Amigo del Hogar, Santo Domingo 1993, 315 pp

- *Espiritualidad de la Liberación*, Conferre, Santiago de Chile 1993, 283 pp
- *Espiritualidad de la Liberación*, Nueva Tierra, Buenos Aires, junio 1993, 284 pp
- *Espiritualidad de la Liberación*, UCA Editores, San Salvador 1993, 287 pp.
- *Espiritualidad de la Liberación*, Talleres Claret, La Ceiba (Honduras) 1993, 172 pp
- *Espiritualidade da Libertação*, Vozes, Petrópolis 1993, 21993, 31994, 41996, 247 pp
- *The Spirituality of Liberation*, Burns and Oates, Londres 1994, 244 pp
- *Political Holiness. A Spirituality of Liberation*, Orbis Books, Nueva York 1994, 244 pp.
- *The Spirituality of Liberation*, Claretian Publications, Manila, Pilippines, 1995
- *Spiritualità della liberazione*, Cittadella Editrice, collana «Spiritualità del nostro tempo», Assisi 1995, 385 pp
- (PULEO, Mev), *The Struggle is one. Voices and Visions of Liberation*, State University of New York Press, Albany, New York 1994, pp. 230-244.
- *Sonetos neobíblicos, precisamente*, prólogo de Jorge Pixley, Editorial Lascasiana, Managua, febrero de 1996, 64 pp
- *Sonetos neobíblicos, precisamente*, prólogo de Gustavo Alonso, Editorial Claretiana, Buenos Aires, julio de 1996, 64 pp.
- *Sonetos neobíblicos precisamente*, Nueva Utopía, Madrid 1996, 73 pp, prólogo de José María Valverde.
- *Sonetos Neobíblicos Precisamentente*, Editora Musa, São Paulo, outubro 1996, 84 pp, prefácio de Rinaldo Gama
- *Juventude com Espírito*, CCJ, Centro de Capacitação da Juventude, São Paulo, setembro 1996, 35 pp
- (con BEOZZO -org.-, BARROS, CAVALCANTI, SAMPAIO e SCHWANTES), *Espiritualidade e Mística*, CESEP-Paulus, São Paulo 1997, 129 pp
- *Nossa espiritualidade*, Paulus, São Paulo, 1998, 53pp
- *Nuestra espiritualidad*, Lascasiana, Managua, Nicaragua.
- (Francesc ESCRIBANO) *Descalç sobre la terra vermella. Vida del bisbe Pere Casaldàliga*, 1999, Edicions 62, Barcelona 1999, 151 pp
- (Francesc ESCRIBANO) *Descalço sobre a terra vermelha*, Editora da UNICAMP, São Paulo 2000, 151 pp, traducción de Carlos Moura sobre el original catalán.
- (Francesc ESCRIBANO) *Descalzo sobre la tierra roja. Vida del obispo Pedro Casaldàliga*, Ediciones Península, Barcelona 2000, 198 pp. Traducción del catalán: Antoni Cardona Castellà
- (Francesc ESCRIBANO) *Descalzo sobre la tierra roja. Vida del obispo Pedro Casaldàliga*, Círculo de lectores, Barcelona 2000, 198 pp. Traducción del catalán: Antoni Cardona Castellà
- (Francesc ESCRIBANO) *Pedro Casaldàliga. A piedi nudi sulla terra rossa. Testimonianza. Solidarieà. Profezia*. EMI, Bologna 2005, 240 pp. Presentazione di Alex Zanotelli.
- (Con Félix SAUTIÉ y Benjamín FORCANO) *Evangélio y Revolución*, Nueva Utopía, Madrid 2000, 259 pp.
- (con Benedito PREZIA, org., y Pedro TIERRA), *Ameríndia, Morte e Vida*, Vozes, Petrópolis 2000, 109 pp.

Discos, casetes, films y videos

- *Missa da terra sem males* (cásete), Produção: Equipe Edicoes Paulinas, São Paulo, 1980, música de Martin Coplas.
- *Missa da terra sem males* (film), 16 mm., 35 minutos, Produção: Verbo Filmes, Sao Paulo, 1981.
- *Missa dos Quilombos* (disco), Produção: Mazóla, Belo Horizonte (Brasil), 1982, música de Milton Nascimento.
- *Missa dos Quilombos* (cásete), Producao: Ariola, Sao Paulo, 1982.
- *E o Verbo se fez índio* (disco e casete), Produção: Verbo Filmes, São Paulo, 1985, música de Martín Coplas.
- *Pé na caminhada* (video), 35 mm., 80 minutos, color; Produção: Verbo Filmes; roteiro: Pedro Casaldàliga; Narração: Leonardo Boff; Direção: Conrado Berning, São Paulo, 1987.
- *Ameríndia* (video), 70 minutos; guión: Pedro Casaldàliga; dirección: Conrado Berning; producción Verbo Filmes, São Paulo 1990.
- *Cantigas na contramão*, (disco y casete); música: Cirineu Kuhn; producción: Verbo Filmes, São Paulo 1991.
- *Os 7 sinais da Vida* (serie de 8 videos sobre los sacramentos), producción: Verbo Filmes, São Paulo 1992.
- *Los siete signos de la vida*, Centro Bíblico Verbo Divino, Asunción 1993
- *Die Sieben Lebensquellen*, Verbo Filmes-D, Münster 1994
- *Sangue Mártir*, (serie de cinco casetes), en colaboración, Verbo Films, São Paulo 1987.
- (En colaboración) *Os doze em Itaiçi* (video), Verbo Filmes, São Paulo 1994.
- (En colaboración) *O anel de tucum* (video), Verbo Filmes, São Paulo 1994.
- *Canção para Zumbi* (video), Verbo Filmes, São Paulo 1995.
- *Menina do Araguaia* (video), Verbo Filmes 1996 (?).
- (En colaboración) *Em clima de Jubileu* (video), Verbo Filmes, São Paulo 1997.

-*As sete palavras de Cristo na cruz* (compact disc, Digital Audio CD 12233-5), Paulinas-COMEP, Sonopres®
-*Tierra Nuestra Libertad*. Poemas de dom Pedro Casaldáliga. Música de Amanda Guerreño. ABAI, Associação Brasileira de Amparo à Infância, Mandirituba, Curitiba, Brasil. Sound Group 000 02331. Sadaic AAIDI.